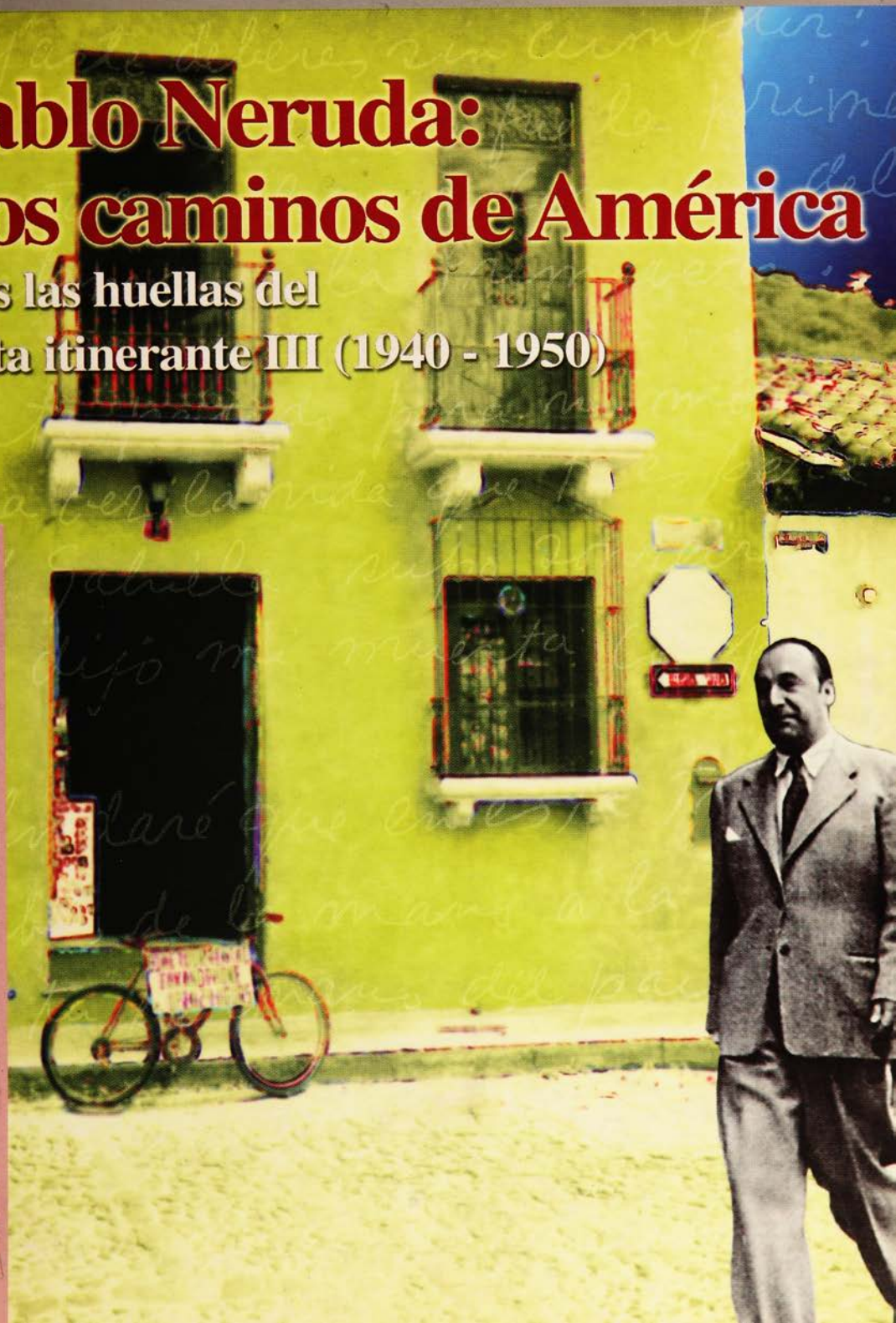


EDMUNDO OLIVARES B.

Pablo Neruda: Los caminos de América

Tras las huellas del
poeta itinerante III (1940 - 1950)

COLECCION TEXTO SOBRE TEXTO





94 (652-65)

004

3055



1518131

BIBLIOTECA NACIONAL

EDMUNDO OLIVARES B.

Estudioso de Neruda, ha escrito numerosos artículos sobre la vida y obra del poeta. Sus anteriores libros *Pablo Neruda: Los Caminos de Oriente* y *Pablo Neruda: Los Caminos del Mundo*, publicados por LOM Ediciones en 2000 y 2001 respectivamente, han obtenido una excelente acogida de público, recibiendo también algunos apreciativos juicios críticos, destacando los de Mario Valdovinos (Revista de Libros, *El Mercurio*), José Miguel Varas (*Rocinante*), Darío Oses (*Cuadernos Fundación Neruda*) y las encomiásticas palabras con que Volodia Teitelboim prologa el anterior volumen: *Los Caminos del Mundo*. Edmundo Olivares ha publicado también la novela *La Nube*, en 1988, el libro de poemas *Finis Mundi*, (1999); y en coautoría con Aída Figueroa, el libro *Mi amigo Pablo* (2003). En 1992, Olivares realizó un vasto documento computacional multimedia *Hiper Guía Nerudiana: Una exploración al Universo de Pablo Neruda*, compuesto por 40 unidades temáticas sobre aspectos biográficos y bibliográficos de la trayectoria de Neruda, con un amplio repertorio de información gráfica y documental. Fue ganador del Segundo Premio en el Concurso de Guiones de Cine convocado en 1972 por la Escuela de Artes de la Comunicación de la Universidad Católica, y es también un fotógrafo de larga trayectoria, con varias exposiciones individuales en Chile y en Brasil.

Edmundo Olivares Briones

Pablo Neruda:
Los caminos de América
Tras las huellas
del poeta itinerante III
(1940-1950)



Colección Texto sobre Texto

LOM PALABRA DE LA LENGUA YÁMANA QUE SIGNIFICA SOL

Olivares Briones, Edmundo

Pablo Neruda: Los caminos de América, Tras las huellas del poeta itinerante III (1940 – 1950) [texto impreso] / Edmundo Olivares Briones. — 1ª ed. — Santiago: LOM Ediciones; 2004.

830 p.: 16x21cm. - (Colección Texto sobre Texto)

ISBN : 956-282-651-1

R.P.I.: 140.599

I. Neruda, Pablo – Crítica e interpretación. I. Título.
II. Serie.

Dewey : 928.61.— cdd 21

Cutter : O48p

Fuente: Agencia Catalográfica Chilena

EDMUNDO OLIVARES BRIONES

© LOM Ediciones

Primera edición, 2004

Registro de Propiedad Intelectual: 140.599

I.S.B.N: 956-282-651-1

Diseño, Composición y Diagramación:

Editorial LOM. Concha y Toro 23, Santiago

Fono: 688 52 73 Fax: 696 63 88

web: www.lom.cl

e-mail: lom@lom.cl

Impreso en los talleres de LOM

Maturana 9, Santiago

Fono: 672 22 36 Fax: 673 09 15

En Buenos Aires *Editores Independientes S.A.* (EDIN)

Paraná 230, 1º piso, oficina Nº 12, Cap. Fed.

Fono: 5411-43730980 Fax: 5411-43734210

edinbares@yahoo.com.ar

Impreso en Santiago de Chile.

Introducción

La conexión americana

Este libro –el último de la trilogía “Tras las huellas del poeta itinerante”– está dedicado a documentar el período de la vida de Pablo Neruda que se inicia en 1940 –en los momentos en que acaba de ser nombrado cónsul general en México– y que se cierra en 1950, cuando el poeta se encontraba recorriendo los ásperos y dilatados caminos del exilio.

Se trata de una de las fases más novelescas y azarosas de su existencia, una década en que vive la aleccionadora experiencia mexicana, es elegido senador de la República, conquista el Premio Nacional de Literatura, adhiere al Partido Comunista, es desaforado y sufre la persecución y el exilio. En este período escribe y publica el *Canto General*.

A fines de 1950 Neruda es una figura señera de la intelectualidad latinoamericana, un hombre en que palabra y acción se conjugan en favor de dos causas que él considera vitales: la defensa del pueblo y la lucha por la identidad, independencia y cohesión de la América Latina.

Como contrapunto a estos éxitos, y como consecuencia de su beligerante y a veces destemplada acción política, se ve acusado de “traición a la patria” –un cargo que es todo un sarcasmo, tratándose de un poeta de tan extensa, hermosa y ferviente obra dedicada a Chile– y enfrentado al gobierno de Gabriel González Videla (al que acusa de haber traicionado la confianza del pueblo), se ve envuelto en una violenta escalada de acusaciones y contra acusaciones que concluyen con un desafuero que lo priva de su inmunidad parlamentaria y lo deja en condiciones de ser procesado por los tribunales de justicia.

Es el momento en que el poeta entra en la clandestinidad para vivir durante un año en Chile oculto y protegido tanto por amigos como por anónimos militantes comunistas, para salir finalmente hacia el exilio, cruzando a caballo la Cordillera de los Andes rumbo hacia la Argentina.

Pero ni la actividad parlamentaria ni los halagos del éxito y mucho menos la persecución política han apartado a Neruda de su trabajo poético.

A lo largo de todo este período, con lentitud primero y con avasalladora fuerza y rapidez más adelante, se irá estructurando el *Canto General*, una obra que sobrepasando la idea original –que era realizar un poemario dedicado exclusivamente a Chile– se proyecta a toda la América Latina, convirtiéndose en crónica poética, historia cantada, relación lírica y a veces sangrante de la pre-historia y la historia de nuestros pueblos.

Obra descomunal, desafío lindante con lo imposible, el *Canto General* representa muy bien eso que el compositor griego Mikis Theodorakis llamó "La Biblia de la América Latina", el código, el referente original, la fuente espiritual a la par que terrenal sobre la cual crece y se desarrolla nuestra historia.

Y también un retrato, agreguemos, una especie de documento de identidad supranacional que sobrepasando fronteras e ideologías intenta mostrar al ser americano en todas sus dimensiones: del héroe patrio al déspota recurrente, del constructor de acueductos prehispánicos al obrero del salitre o el carbón, del alfarero chibcha al pescador del mar austral, del poeta antiesclavista del Brasil al fundador de imprentas y periódicos populares en el Norte de Chile.

El *Canto General* puede ser exhibido como un documento cívico-poético de la América Latina que ha sido emitido –no por una transitoria autoridad civil– sino por un poeta cuya resonancia universal parecía ya asegurada en esos años.

Solo considerando la obra acumulada hasta 1950, Neruda era ya un poeta que hacía cumplido honor a la lengua castellana, y con los nueve libros publicados hasta la fecha ya tenía un sitial asegurado en la poesía universal.

Pero no es posible hablar del poeta Neruda sin llamar a su lado al político Neruda, inseparables como son en un solo accionar en que confluye lo poético, lo cívico, lo social y lo ideológico.

Si se proyecta una mirada retrospectiva a lo que ha sido su trayectoria –desde que iniciara en 1927 su carrera consular hasta fines de 1950– se verá que el ex cónsul y ex senador no ha sido precisamente cuidadoso para mantener sus posiciones de relativo privilegio, y que, por el contrario, se ha expuesto una y otra vez a perderlas debido a posturas asumidas frente a graves situaciones de carácter cívico-político. Ocurrió en España, en 1936, junto con el estallido de la Guerra Civil y ocurrirá en los años '40 en Chile, cuando enfrentado a González Videla, Neruda sienta como deber ineludible alzar su voz para denunciar atropellos y persecuciones, como las del carbón, en Lota; como la del campo de relegación de Pisagua.

En estos años en que se extiende por todo el mundo el enrarecido y odioso clima provocado por la Guerra Fría, dentro de América Latina el remoto y aislado Chile tendrá el raro privilegio de dar cabida a un dramático capítulo que enfrenta a un senador con un presidente. A un poeta comunista y a un encarnizado perseguidor de comunistas.

A cada cual su razón o su sinrazón.

El tiempo, los sufrimientos, la ira, los insultos, los discursos; todo podría parecernos algo remoto pero en ningún caso ajeno. Como tampoco podría sernos ajeno el acerado sentimiento democrático, libertario y americanista que Neruda imprime a las páginas de su *Canto General*, que no quiere otra cosa que ir más allá del discurso y del odio para ser poesía... memoria... conciencia.

Exasperada memoria, doliente conciencia, y aun así esperanzada percepción y reflejo de lo que somos.

Agradecimientos

Séanos permitido agradecer a las numerosas personas que contribuyeron a enriquecer la información bibliográfica y documental que se ha utilizado en este trabajo o que han apoyado el proceso de investigación. En especial, a Margarita Aguirre, Aída Figueroa, Sergio Insunza, Darío Oses, Adriana Valenzuela, Ana María Díaz, Nurielidín Hermosilla, Nuriluz Hermosilla, Abraham Quezada, Carlos Portales, Marcel Young, Claudio Henríquez, Pía Figueroa, José Miguel Barros, José Ricardo Morales, Lola Falcón, Poli Délano, Gladys Sanhueza, Fernán Meza, Rose-Marie Graepp, Amanda Schnohr, Germán Rocco, Ana María Novoa y Claudio Rocco, de Santiago de Chile. En México a Andrés Henestrosa, Rafael Vargas, Marco Aguayo, Ana María Flores, Raúl, Silvia y Pilar Elgueta, Carolina Tatelboim, Darío Salinas, Andrea Huerta, Juan E. Esquivel, Eduardo Lizalde, Víctor Díaz Arciniega, Alejandro de la Mora, José Francisco Conde, Joaquina Rodríguez Plaza, Selena Rastovic, Luz Elena Zamudio, Marco A. Campo, Gabriel Henríquez H., Fabienne Bradu, Miguel García R., Itala Schmelz, Mónica Montes, Gladys Schifferli, Eladia Lozano, Patricia de los Ríos y Guadalupe Martínez. En España a Pedro Bermejo y Gunther Castanedo, y en Estados Unidos a Hensley C. Woodbridge.

Estos agradecimientos se extienden a las siguientes instituciones, su cuerpo directivo y su personal: Biblioteca del Congreso Nacional, Santiago de Chile; Biblioteca Nacional, Santiago de Chile; Biblioteca de la Universidad de Chile, Archivo Siglo XX de Santiago, Biblioteca de RR. EE. de Santiago, Acervo Histórico Diplomático de la Secretaría de RR.EE. de México, Biblioteca Nacional de España, Biblioteca Nacional de México, Biblioteca José Vasconcelos de México D.F.

Para establecer las referencias y citas consignadas en este estudio, se han tenido a la vista los diarios, revistas y libros que contienen las publicaciones originales, y solo excepcionalmente se han transcrito textos citados por otros autores, en cuyo caso se consigna el crédito correspondiente.

Se agradece también en forma especial la contribución de la Fundación Pablo Neruda, de cuyos archivos hemos podido recoger importante documentación. En particular, varias cartas del epistolario de Neruda, hasta ahora inéditas, como asimismo el Expediente judicial relativo al proceso de desafuero del Senador Neruda. Por otra parte, el acceso al Expediente judicial relativo a disolución del matrimonio Reyes-Hagenaar ha sido facilitado por Sergio Insunza.

Sin embargo no es posible escribir sobre Pablo Neruda sin dejar también constancia de otro tipo de reconocimiento, que debe ser extendido a los numerosos autores y estudiosos de su obra que a través de artículos, ensayos, libros y monografías han ido estableciendo un repertorio analítico y documental que resulta material de consulta indispensable para todo nuevo trabajo. La extensa y variada obra de Hernán Loyola, la clásica biografía del poeta escrita por Margarita Aguirre, el gran estudio de Amado Alonso; las muy completas biografías de Emir Rodríguez Monegal y de Volodia Teitelboim; los trabajos de José Miguel Varas, Bernardo Reyes, el meritorio y documentado trabajo de David Schidlowsky y, en fin, el vasto conjunto de trabajos firmados por escritores chilenos y extranjeros que se han ocupado de Neruda, constituyen una especie de "fondo común", de carácter esencialmente acumulativo, en el cual se asienta necesariamente todo estudio posterior.

Por otra parte, muy importante ha sido contar en esta oportunidad con los textos recogidos por Hernán Loyola en los volúmenes IV y V de las Obras Completas de Pablo Neruda —correspondientes a la denominada "nerudiana dispersa"— un acopio documental que permite acceso a material no solo poco conocido, sino también de difícil acceso.

De cada una de las obras citadas y consultadas se da debida referencia en las notas bibliográficas que acompañan este volumen.

Primera parte

Intervalo chileno
El poeta y su circunstancia.
(1940)

*Patria mía: quiero mudar de sombra.
Patria mía: quiero cambiar de rosa.
Quiero poner mi brazo en tu cintura exigua
y sentarme en tus piedras por el mar calcinadas,
a detener el trigo y mirarlo por dentro.*

Himno y regreso
(Canto General)

De regreso a esta tierra pacífica y vinícola

Cuando Pablo Neruda regresa a Chile –en los últimos días de 1939– lo hace contra su voluntad, ya que su máxima aspiración en este momento hubiera sido continuar en París, ampliando su misión como encargado de la inmigración española.

Al poeta no le basta con ese contingente de poco más de dos mil hombres, mujeres y niños que han sido embarcados en el “Winnipeg”. Tanto más habría que hacer en favor de esta fatalizada gente, mucha de la cual padece y muere en los campos de concentración en Francia.

En el contexto internacional, la transición entre 1939 y el Nuevo Año de 1940 se ha producido en un escenario muy poco favorable a los tradicionales deseos de Paz, Prosperidad y Felicidad...

La Segunda Guerra Mundial entra ya en su quinto mes de expansivo desarrollo, con un reguero de trágicas noticias que ennegrecen con sus grandes titulares las primeras páginas de los diarios del mundo.

Ya no es la Guerra Civil Española la que provoca los grandes titulares pero ahí están, en su reemplazo, esos otros encabezados desplegando a todo lo ancho de la página sus negros y ominosos caracteres.

Desde Chile, la guerra se ve bastante lejana, pero la forma intensa y apasionada con que se ha seguido aquí el desarrollo de la Guerra Civil Española no deja de producir un traspaso natural de interés hacia esta nueva guerra, que no es sino una extensión de la siniestra ofensiva que ha emprendido el nazi-fascismo para dominar Europa.

De manera inevitable, el conflicto europeo empieza a afectar, comprometer, involucrar a más y más personas, haciendo sentir en los más distantes rincones del mundo una pesada carga psicológica, que tiene su origen no solo en las graves y alarmantes noticias cotidianas, sino también en esas interrogantes que muchos analistas hacen notar.

¿Cuán amplia y generalizada podrá ser esta guerra mundial? ¿Quién puede sentirse realmente a salvo, donde quiera que esté?

Este es el momento en que Neruda vuelve a su patria, después que el Gobierno chileno ha dado por finalizada su gestión en favor de los republicanos españoles.

Algún tiempo atrás –escribiendo a Neruda desde París– Luis Vargas Rozas citaba una frase de Edgard Varèse que parecía ser un buen reflejo de la

manera cómo era percibido Chile en Europa: *Ce petit pays, lointain, pacifique et vinicole...*

Pues bien, este pequeño y lejano –aunque no del todo pacífico– país no estaba del todo ajeno a las consecuencias de estas últimas guerras, puesto que albergaba ya en su territorio a mucha gente que las ha visto incubarse o que ha padecido algunas de sus consecuencias.

Entre ellos no solo figuran los refugiados españoles, sino muchos otros ciudadanos europeos que desde la subida de Hitler al poder han estado buscando en América la paz y seguridad que en sus países no pueden ya tener.

A este contingente debe agregarse un buen número de chilenos que residían en Francia, España, Alemania, Italia y otras naciones, y que desde 1938 han estado llegando de regreso a Chile forzados por la situación que ahora imperaba en esos países. Muchos son artistas, pero hay también diplomáticos, catedráticos y hombres de negocios; sin contar a los infaltables turistas culturales y otros viajeros compulsivos a quienes la guerra empujaba ahora de regreso a casa.

Un listado mínimo con los nombres de quienes vuelven a Chile en estos momentos incluye a Luis Vargas Rozas, Juvencio Valle, Acario Cotapos, Tótila Albert y otros. Y por supuesto a Pablo Neruda y Delia del Carril.

La acogida que se ha brindado al poeta a su llegada a la Estación Mapocho ha sido amplia, agitada y emotiva.

Dando cuenta de su arribo, la revista *Qué Hubo* señalaba en su edición del 2 de enero:

“Pocas veces habíamos presenciado una recepción tan cálida, tan emocionante, como fue la que el pueblo y la intelectualidad chilenos y los refugiados españoles tributaron al poeta y diplomático Pablo Neruda a su llegada a Santiago. Escritores, políticos, profesores, artistas y centenares de admiradores esperaban al poeta. Al descender Neruda del tren, y mientras caía de abrazo en abrazo, se escucharon gritos fervorosos:

–¡Viva Pablo Neruda!

–¡Viva el poeta del pueblo!”

Esta será la única y espontánea acogida al poeta. Porque, ciertamente, no están los tiempos para mayores celebraciones.

Recordemos que tanto en 1932 –a su regreso de Oriente– como en 1937 –al volver de su Consulado en Madrid y breve estadía en París– poco habían tardado los amigos de Neruda en organizarle un gran banquete de bienvenida y agasajo.

Ahora, cuando podrían existir motivos aun mayores para festejarlo y celebrar el feliz resultado de la odisea del “Winnipeg”, no habrá festejos,

banquetes o celebraciones, ni Neruda podría en verdad aceptarlos. Las razones son muchas y muchos son los pesares.

Por ejemplo: ¿Cómo celebrar lo del “Winnipeg” sin recordar que, por desgracia, no se pudo aumentar el número de refugiados, que no se consiguió dar mayor amplitud a aquella misión para ponerla realmente a la altura de la tragedia?

Y por otra parte, ¿qué ánimo celebratorio podrá existir si se analiza la contingencia político-social que enfrenta Chile en estos momentos? ¿Si se presta atención a las larvadas amenazas de subversión que todavía subsisten en lo político? ¿Si se evalúan seriamente las denuncias que señalan la organización en toda América Latina de una red pro-nazi? ¿Si se está atento a la amplia difusión que se hace de los planes de Hitler para extender hacia Brasil, hacia Argentina, hacia Chile su escalada invasora? ¿Cómo celebrar cosa alguna en medio de este panorama?

Como era de esperar –y aunque los festejos pudieran faltar– lo que no iban a faltar eran las críticas. Y entre éstas, aquella especie majaderamente repetida de que Neruda habría favorecido a los intelectuales al hacer la selección de los pasajeros del “Winnipeg”.

En las declaraciones que hace al periodista de *Qué Hubo*, Neruda sale al paso de esta crítica en particular:

“...la selección se hizo escrupulosamente, apelando a la capacidad de cada cual en su oficio. Puede decirse que los refugiados que llegaron a Chile son la flor de los obreros y los campesinos de España”. Y, luego, precisando los términos de su misión, agrega: “Tenía instrucciones terminantes de mi Gobierno, en el sentido de buscar técnicos, especialistas, trabajadores, y no politiqueros especializados en la confusión y en la división”.

Para Neruda, el recuerdo de la convulsionada, confusa y dividida Europa arranca, por supuesto, de la España ensangrentada que alcanzó a ver y sufrir. Pero proviene también de esa Francia, que alcanzó a ver –estoica y febril– en el momento mismo en que comenzaba a movilizar sus hombres para enfrentar la amenaza de Hitler.

La fatalidad de la guerra no es algo que el poeta quiera o pueda olvidar. Por el contrario, es un escenario de pesadilla que resulta terrible imaginar ahora, proyectado como está a una escala mucho mayor.

No está de más recordar que Neruda –en cuanto cónsul– ha tenido la responsabilidad funcionaria de informarse para a su vez informar al gobierno. Hace muy poco –todavía en París– la carta que el presidente Aguirre Cerda le ha enviado para felicitarle por la llegada a Chile del “Winnipeg”, incluía un párrafo muy explícito a este respecto:

"Cercano Ud. al teatro de la guerra, debe tener un concepto sobre la situación general, así como algunos aspectos particulares que aquí no se perciben con claridad –situación de los refugiados, verdadero carácter de la lucha en el Oeste, posición de Rusia, Italia y demás países– que son materia de meras suposiciones, en circunstancias que su conocimiento exacto nos permitiría, quizás, delinear con más precisión la política comercial que debemos asumir. En lo que respecta al aspecto político, Ud. ya conoce nuestro firme propósito de mantener la neutralidad de Chile".

Por cumplir con su deber, entonces –pero de manera igualmente perentoria por razones personales– es mucho lo que Neruda ha indagado y averiguado, y está muy al tanto de lo que bulle y rebulle en el caldero internacional.

Y el panorama no es alentador.

En el contexto internacional, el año de 1940 se perfila ya como una larga sucesión de días plagados de noticias que solo podrán hablar de muerte y destrucción.

Patria y poesía: La alianza de lo cívico-poético

Durante el viaje de regreso a Chile, el alivio que siente Neruda al dar fin a su misión unido a la ansiedad que siente por volver a su patria, le lleva a escribir los emotivos versos de un poema que titula: "Himno y regreso".

Estos versos pueden ser vistos como un saludo entrañable a una patria reencontrada, a la que el poeta se dirige con un apasionado sentimiento que es a la vez de entrega y posesión:

*Patria, mi patria, vuelvo hacia ti la sangre.
Pero te pido, como a la madre el niño
lleno de llanto.*

*Acoge
esta guitarra ciega
y esta frente perdida.
Salí a encontrarte hijos por la tierra,
salí a cuidar caídos con tu nombre de nieve,
salí a hacer una casa con tu madera pura,
salí a llevar tu estrella a los héroes heridos.*

*Ahora quiero dormir en tu substancia.
Dame tu clara noche de penetrantes cuerdas,
tu noche de navío, tu estatura estrellada.*

El poema tiene, en efecto, algo de himno patrio, en la medida en que se plantea como una invocación cívico-poética a esta tierra que –en la aguzada percepción que inspira el *Canto General de Chile*– se le presenta tan hermosa y tan querida como involuntaria y momentáneamente desatendida.

Y es para expresar la promesa de que a ella se dedicará ahora –después de haber salido a *encontrarle hijos por la tierra*– que afirma y proclama:

*Patria mía: quiero mudar de sombra.
Patria mía: quiero cambiar de rosa.
Quiero poner mi brazo en tu cintura exigua
y sentarme en tus piedras por el mar calcinadas,
a detener el trigo y mirarlo por dentro.*

*Voy a escoger la flora delgada del nitrato,
voy a hilar el estambre glacial de la campana,
y mirando tu ilustre y solitaria espuma
un ramo litoral tejeré a tu belleza.*

*Patria, mi patria
toda rodeada de agua combatiente
y nieve combatida,
en ti se junta el águila al azufre,
y en tu antártica mano de armiño y de zafiro
una gota de pura luz humana
brilla encendiendo el enemigo cielo.*

*Guarda tu luz, oh patria!, mantén
tu dura espiga de esperanza en medio
del ciego aire temible.
En tu remota tierra ha caído toda esta luz difícil,
este destino de los hombres
que te hace defender una flor misteriosa
sola, en la inmensidad de América dormida.*

Haciendo contraste con esta luminosa patria recobrada, el Chile “no-poético” con que Neruda se encuentra en poco y nada ha cambiado desde que lo dejara hace nueve meses, al iniciar su misión en París.

Será en el áspero terreno de la contingencia política y social del momento en que se inserte su breve estadía en Santiago, mientras la Cancillería estudia cuál ha de ser su próximo destino consular.

Esta vez no llega con un gran libro por publicar (como ocurrió en 1937 con *España en el corazón*). Llega en cambio con una obsesiva preocupación por promover en Chile una urgente toma de conciencia frente a las amenazas que vienen del fascismo y del nazismo y que –de resultar éstos triunfantes– bien pudieran llegar hasta la América Latina. Es una suerte de guerra personal contra la indolencia la que Neruda se apresta a iniciar en Chile, y la suya es una especie de fiebre perpetua que lo mantiene en un estado de inquietud algo exasperada, que le viene de sentirse obligado a decir –y volver a decir– algunas cosas que considera urgentes y perentorias, cosas que nadie aquí parece entender o compartir.

Y no es que en Chile se esté desinformado.

Lo que ocurre es que la óptica nacional es inevitablemente pueblerina –isleña– tal como una isla parece ser Chile visto desde afuera. Y al abrigo de esta insularidad, nadie parece tener mayor interés o verdaderos motivos

para sentirse amenazado por conflictos que tienen lugar a tanta distancia del territorio nacional.

Pero Neruda lo sabe. Las amenazas existen. Resulta imprescindible recoger algo de esta atmósfera, atender a estos hechos, para entender al Neruda que acaba de llegar.

Lo que ha visto, lo que ha sabido, lo que ha leído estando en París. Las noticias que le llegaban y le llegan acerca de sus amigos españoles. Los informes que recibe acerca de la situación que se vive en la España totalitaria de Franco, a la sazón en plena faena de aniquilamiento de sus contrarios. Los designios de Hitler, que ya contemplan la invasión inminente de esa dulce Francia que recién acaba de dejar. Todo le lleva hacia un estado que no puede ser de contemplación.

Examinando el comportamiento de Neruda en los últimos años, se podría concluir que ha estado inserto en una especie de milicia cívico-poética en la que se ha enrolado voluntariamente desde el comienzo mismo de la Guerra Civil Española. Una milicia en la que no ha tenido tregua hasta el momento. Es la misma milicia cívico-poética que asume ahora una forma diferente, con una intencionalidad y sentido abiertamente chileno y americano. Y será en gran parte debido a este sentido americanista que Neruda no tendrá mucho que dudar cuando llegue el momento de decidir cuál será su próximo puesto consular.

En el ámbito familiar, no han sido muchas las noticias recibidas desde Temuco, y dando respuesta a una carta reciente de Laura el poeta le confidencia algunas de sus preocupaciones y planes en unas breves líneas:

"Isla Negra, Febrero, 1940.-

Querida hermanita: Gracias por tu carta que me ha causado mucha aflicción por la enfermedad de mi querido cuñado. [...] Yo estoy aquí en una casita que compré a tres horas de Santiago, en la costa. A fines de marzo salgo para México. Pero este será el último viaje que hago, pienso volver y radicarme definitivamente en Chile en setiembre de 1941. Te tengo un regalo que te traje de París, dime cómo te lo mando.

Teresa no me ha mandado los arriendos. Me gustaría le escribieras recordándole, porque estoy mal de dinero, ya que tengo que mandar a Maruca una mensualidad muy alta. Teresa me propone comprarme mi parte en 8.000 pesos. ¿Qué te parece?

Por otra parte yo quisiera vender para poder arreglar la casita que tengo aquí". No podrías venir a verme? Si me dices que sí, te diré en una próxima cómo se llega por aquí".

La carta incluye otras consideraciones de tipo familiar y termina con una advertencia que, según parece, todavía resulta necesaria:

"Dirección: Pablo Neruda, "El Tabo", por Cartagena. No pongas Reyes que se pueden perder las cartas".

La "casita" de Isla Negra, en efecto, se halla en estado muy precario, una condición que la larga ausencia de Pablo y Delia ha agravado y que ahora les obliga a pensar en la necesidad de algunas urgentes reparaciones.

En estos días de verano, la pareja alterna largos fines de semana en Isla Negra con días de residencia en Santiago, albergados en la casa de Ñuñoa de Luis Enrique Délano y Lola Falcón.

Y con respecto al viaje a México, por buen camino va una gestión que hace Neruda para que Délano pueda ingresar al servicio consular, dada su experiencia acumulada en Madrid en años previos, cuando fuera sucesivamente secretario personal de Gabriela Mistral y luego suyo. Con mucho optimismo se barajan estos planes que, de resultar como se espera, permitirían que Neruda y Délano trabajaran y vivieran juntos en México.

El poeta y la contingencia (I).

La entrevista

No hay duda de que Neruda ha llegado desde Francia con una enorme carga de experiencias de todo tipo. Viene lleno de anécdotas que contar, de episodios que recordar, de trabajos y vicisitudes que tal vez sería mejor olvidar.

Debido en parte a la intensidad de la labor desarrollada en Francia, y en parte porque es mucho lo que quiere olvidar o dejar voluntariamente sin registro, nada queda en su obra poética de estos días que tenga un específico valor documental o testimonial.

A los pocos días de su llegada a Santiago, la primera y extensa entrevista que concede a la prensa se transforma en lo que podría considerarse formalmente como una "Declaración de Principios". El poeta aprovecha la ocasión no solo para responder a la curiosidad del entrevistador, sino para definir tareas que considera cruciales en este momento.

Aquellos que pudieran leer estas palabras en el contexto del simple hecho noticioso –esto es, el regreso a Chile del Cónsul encargado de la inmigración española– bien podrían dedicarles una segunda lectura, más atenta y analítica. Porque es un Neruda tenso, inquieto, angustiado, el que entrega su percepción de la contingencia internacional. Es un testigo castigado por la visión directa de esta gran conflagración mundial, que bien pudiera amenazar también a su patria. Es un poeta que no puede olvidar a aquellos que en España todavía sufren prisión y muerte.

No dejará de sorprender a muchos el carácter algo desmesurado (e incluso exasperado) con que Neruda reacciona ante el estado de cosas que encuentra en Chile: la pasividad ambiente, por ejemplo; la falta de un espíritu solidario, la indiferencia de quienes no desean involucrarse en la lucha contra el nazifascismo –esa bestia lejana– sin entender que su sombra se halla más cerca de lo que pudiera parecer.

De aquí proviene la tónica incisiva, cruda y aleccionadora que tienen y seguirán teniendo sus intervenciones públicas –cartas, discursos, declaraciones– todo ello ideológicamente teñido y marcadamente beligerante.

¿Tomaba en cuenta el poeta los riesgos que esta actitud suya podrían acarrearle?

Más adelante, cuando deba enfrentar una serie de odiosos ataques en su contra, se podrá detectar hasta qué punto sus palabras despertaban la furia y resentimiento de algunos personajes.

En rápida sucesión, tres son las intervenciones de Neruda que vale la pena considerar:

- 1) Discurso pronunciado en Lima, durante el viaje de regreso a Chile.
- 2) Entrevista a la revista *Qué Hubo*, de Santiago.
- 3) Carta Pública, dirigida al Dr. Cruz Coke, a quien invita a ser consecuente con sus ideas y no postularse como candidato a Senador en representación del Partido Conservador.

Se trata de tres episodios que resultan de mucho interés para precisar y entender la actitud de Neruda en el contexto de estos días.

Del discurso y la carta ya hablaremos más adelante. Por el momento, convendrá marcar algunos párrafos de la entrevista que ha publicado la revista *Qué Hubo*, en su edición del 9 de enero.

En ella el poeta expresa sin eufemismos su pensamiento sobre varios tópicos de la actualidad, varios de los cuales tienen que ver, naturalmente, con la política y la poesía. Algunos segmentos de la entrevista nos permiten conocer el tono e intención que tienen esas respuestas:

—¿Encuentra usted cambios favorables en la situación política chilena?

—Los pasos más importantes en la política nacional del último tiempo son los discursos de Marmaduke Grove y Carlos Contreras Labarca, que tienden a hacer desaparecer la lucha estúpida que ha venido existiendo entre los partidos socialistas y comunistas.

En general, noto en Chile que la gente es pesimista y superficial. Hay un barómetro muy fácil de comprender sobre este asunto y es el estado de agresividad de las Derechas. Yo fui insultado a la llegada del 'Augustus' por algunas 'señoras distinguidas'. Este signo no puede ser mejor. [...] Significa que estamos firmes, que la Derecha está desesperada. Durante toda la travesía los pasajeros reaccionarios desacreditaron a Chile, llegando a propalar que el dólar se cotizaba a \$ 60. Esto significa que se están cumpliendo los puntos contemplados en el programa del Frente Popular. Si fuéramos hacia atrás, esa gente estaría feliz.

—¿Cree que la derecha está cimentada en una amplia base social?

—No soy partidario de que un país viva en perpetua división en dos sectores. Pienso que debe existir una convivencia basada en la nacionalidad, costumbres y desarrollo de las instituciones de nuestro país. Pero creo que el grupo directivo de la oligarquía chilena, es decir, el foco cerril de ella es muy pequeño, tan pequeño que si llevara al país a un estado de guerra civil, desaparecería en el primer día de la lucha.

—¿Qué juicio le merecen las recientes declaraciones del arzobispo monseñor José María Caro?

—Precisamente, otro de los buenos signos que he encontrado a mi vuelta han sido las palabras del arzobispo, a quien se puede definir como un hombre puro que está a la altura del movimiento de liberación del pueblo chileno. Tanto su figura moral como física recuerdan a uno de los fundadores de la patria, Camilo Henríquez”.

Más adelante, cuando se le plantea la inevitable pregunta acerca de si el escritor debe participar en política, Neruda se expresa en términos muy rotundos, para condenar al intelectual “que no nutre sus raíces en los problemas de su pueblo”, expresando su parecer de que todo lo que se afina en lo popular “permanece fresco y vivo”.

—Si yo mismo, Pablo Neruda —concluye— no doy la expresión de mi raza, no será porque a mi raza le falte riqueza y cualidades, sino porque mi corazón fue demasiado chico. El primer poeta de Chile está por salir.

—¿Qué piensa de sus enemigos literarios?

—Yo no tengo enemistades literarias. A mí me odian sin que yo odie. No me odian exactamente a mí sino al lugar que ocupo en el espacio. Yo me vengo escribiendo versos y mandando españoles a Chile, es decir, viviendo sin tinieblas, a la luz del día. [...] No he comprendido jamás por qué en la tierra no ha de haber sitio para muchos poetas cuando los elefantes ocupan más espacio y, sin embargo, hay lugar para todos ellos. Odio el insulto y la agresión y no porque sea incapaz de practicarlas. He demostrado lo contrario las pocas veces que he tenido ocasión de actuar. Desde hace algunos años dos o tres provocadores expulsados de casi todos los conglomerados chilenos, empuercan nuestra vida literaria y agitan todo lo sucio de sus personas para demostrar que existen. No los odio ni les admiro pero creo que cuando revienten, Chile se pondrá más fragante”.

Como no podía dejar de ocurrir, al preguntársele su opinión sobre las controversias y críticas surgidas ante la llegada de los refugiados españoles, Neruda responde:

—“Puedo decir que sobre la inmigración española toda discusión ha terminado. Creo que la inmigración española es un triunfo más para el Gobierno de Chile, un nuevo laurel para nuestro ministro Abraham Ortega. No hay que revivir las polémicas, que tampoco nunca tuvieron razón de ser ni importancia. El editorial del martes 2 de este mes de *El Diario Ilustrado* en que se hace el más grande elogio que se haya escrito en ningún editorial anterior a la comisión de técnicos que me ha tocado enviar, cumpliendo las instrucciones del Presidente de la República y del ministro de Relaciones, cierra este capítulo tan debatido. Pero hay que recordar que miles de hombres continúan en

Francia, rodeados por alambradas de púas y que son personas ávidas de trabajo. En el desorden del mundo actual solo tienen una esperanza: Chile”.

Después de tocar otros temas relacionados con la situación en la España de Franco y sobre la guerra que se desarrolla en Europa, llega el minuto de formular una pregunta que todos tienen interés en conocer:

“¿Se ha dicho frecuentemente que usted es militante comunista? ¿Cuál es la verdad?

...no milito en ningún partido político. Sería para mí un orgullo militar en el gran Partido Comunista Chileno. Desgraciadamente, no me encuentro a la altura de disciplina, devoción, madurez y sacrificio que ha alcanzado la inmensa mayoría de sus militantes. En la política chilena los comunistas han sido un ejemplo cuyo eco va más allá de las fronteras. No tengo méritos para aspirar a esa distinción ni soy político profesional para que esto pueda interesar a nadie.

Entonces yo soy de ese partido nuevo en la historia de Chile que se llama frentismo. Soy de familia de radicales, tengo simpatías por los comunistas y me parece grandioso el Partido Socialista chileno. Hoy que comienza a desprenderse de los que han predicado el odio a los otros dos grandes partidos de izquierda”.

Hacia el final de la entrevista, al preguntársele sobre su labor poética, responde:

“Trabajo con empeño en mi poema ‘Canto General de Chile’, en que hablaré de todo lo que está vivo en mi tierra, desde los héroes antiguos hasta la geología, botánica, producción minera, todo.

Creo que estoy en la edad en que debo cumplir la deuda que tengo con mi país, deuda que viene desde muy lejos. Durante largos años los intelectuales nos hemos acordado de todo, menos de Chile”.

La entrevista finaliza con una breve y rotunda afirmación: “Estoy orgulloso de ser chileno”.

Así concluye esta entrevista, que en sus líneas finales ha dejado reformulada aquella orientación poética que en estos momentos le apasiona. La que se proyecta hacia Chile y que lleva anexa –quieras que no– una indudable, inseparable y obligatoria connotación política.

El poeta y la contingencia (II).

El discurso

La segunda intervención pública de Neruda se ha producido en los últimos días de 1939, en el momento en que regresaba a Chile al término de su misión diplomática en favor de los refugiados españoles.

He aquí que durante la travesía que el barco realiza bordeando las costas sudamericanas se produce un hecho que no debe pasar desapercibido.

A su paso por Lima y de manera bastante providencial, ocurre que justo en aquellos momentos se preparaba un homenaje a Uriel García, que por ese entonces acababa de ser elegido senador por su país.

Neruda no solo es invitado a adherir al banquete sino que se le pide que diga algunas palabras.

José Uriel García, un destacado historiador de filiación socialista, había publicado en 1937 un libro titulado: *El nuevo indio: Ensayos indianistas sobre la sierra sur-peruana*, y no resulta extraño que Neruda y él se hayan comportado de inmediato como antiguos amigos, vinculados por comunes lazos americanos y por parecidas inquietudes respecto de las antiguas culturas de la América Latina.

Podría conjeturarse, entonces, que un ávido e interesado Neruda pudo escuchar de labios de Uriel García un cierto tipo de “mensaje” o “encargo” o “recado” sobre la cultura precolombina del Perú, algo que el poeta chileno estaba íntimamente preparado para recibir y examinar, a la luz –precisamente– de sus propias indagaciones y estudios sobre el pueblo araucano en el contexto del proyectado “Canto General de Chile”.

Alguna poderosa chispa conectora (no del todo reconocida aun) debió saltar de este contacto chileno-peruano, ya que con ocasión del banquete antes mencionado, Neruda pronunciará una breves palabras de saludo, en las que el tópico americanista aparece nítidamente expresado:

“Señor Senador:

Os saludo con emoción y angustia, emoción que significa conocer los honores que merecidamente os señalan, y angustia porque al rededor de los que como Uriel García se levantan con tanta dignidad y con tanta tranquila fuerza, al rededor de ellos se cargan y se encienden las desesperadas esperanzas de nuestro destino de americanos libres.

Hablamos solos, los americanos, en un mundo duramente desierto, creemos y dudamos en la soledad de un territorio misterioso, sin más testigos

que las ancianas piedras sagradas. Y de esta soledad debemos sacar resistencia y esperanza, porque alguien mañana preguntará por nosotros, por cada uno de nosotros, golpeando las puertas de la historia.

Aquí estamos en el Perú, en el remoto corazón de América. Nos rodea el viento de todas las regiones. El peruano vive sobre sus edades enterradas, sobre sus joyas sangrientas, y tiene tierra poderosa y ardiente para el porvenir. Del silencio saldrán muchas cosas ardientes. Del silencio y de la tierra.

Conocí por muchos años a un peruano maduro, también fruto mayor de nuestra patria. Era todo silencio y se llamaba César Vallejo. Era mi hermano en poesía y esperanza. Pero a ese hombre lo ahogó la ausencia. Se murió no por falta de aire, sino por falta de tierra.

Sí, a estos territorios los aíslan las grandes ausencias.

Volvamos a nuestra tierra, a nuestra grande América. Llenémosla de rumores, de voces, de silencio, de llamas vivas. Vivimos una hora solemne entre todas y nuestra voz comienza a vivir".¹

Dos aspectos llaman poderosamente la atención en este texto.

Primero: ciertas palabras, ciertas asociaciones presentes en este discurso ¿acaso no nos remiten de inmediato a *Alturas de Macchu Picchu*, anticipándonos algo de su alucinante atmósfera al hablarnos de edades enterradas, al mencionar esas joyas sangrientas y esas ancianas piedras sagradas?

Mas aun, ¿acaso no resultan claramente anticipatorias sus palabras cuando dice: *Del silencio saldrán muchas cosas ardientes. Del silencio y de la tierra?*

Sin duda está aquí expresada—y aun antes de que Neruda tome contacto vivo y directo con la ciudadela sagrada— la raíz de lo que será *Alturas de Macchu Picchu*, que solo vendrá a ser conocida en toda su alta dimensión muchos años más tarde.

En segundo término, en este discurso Neruda aparece convocando en forma por demás explícita a los hombres de América a inclinarse sobre su tierra para fecundarla y llenarla de voluntades —*llamas vivas*— dispuestas a dar testimonio de su ser y su quehacer americano, para que nadie se quede sin saber quiénes somos, cuáles son nuestros antepasados, dónde están nuestras más profundas raíces, cuando mañana alguien pregunte por nosotros —como dice el poeta— *golpeando las puertas de la historia*.

Entre la fecha de aquel discurso de fines de 1939, la segunda visita de Neruda al Perú, en 1943 (cuando finalmente suba a Macchu Picchu y reciba el impacto de su magnificencia) y la fecha de escritura del poema ocurren muchas cosas. Ocurre México. Ocurre Guatemala y Cuba y Panamá y Colombia. Ocurren ríos de caudal americano que se entrelazan y confluyen hacia un común destino.

Ahora bien, si es que aun quedaba alguna zona de indefinición con respecto a la índole y entonación de ese futuro *Canto General*, será precisamente

en 1943, al regresar a Chile desde México, cuando se produzca aquel hecho –¿circunstancial, providencial, fortuito, mágico, estelar?– en que el poeta estaba maduro ya y con todos sus sentidos afinados para recibir el impacto de Macchu Picchu.

La manera como se conjuga esta experiencia bien podría parecer cosa natural –es la lógica continuidad de la estadía o residencia americana de Neruda– pero no es dable subestimar otros factores que bien podrían provenir directamente “de los astros” o, más pragmáticamente, de la voluntad del poeta, que no está demás recordar tuvo a menudo ese poder de generar situaciones claves, amparado en una clarividencia que le llevaba a anticipar determinadas coyunturas de tiempo y espacio.

Neruda *sabía* que debía ir a Macchu Picchu.

En octubre de 1943, pues –y viniendo desde México– Neruda visitará otra vez el Perú, y en esta ocasión subirá hasta Macchu Picchu y se dejará herir por esta soledad que habla, por este silencio que testifica; se expondrá al influjo sagrado que irradia esta ciudadela en la que el poeta lee, escucha y siente la palpitación de la América precolombina. Esto es lo que vendrá. Sin embargo ya están presentes –en estos comienzos de los años '40– los antecedentes, las intuiciones, las misteriosas conexiones que dan cohesión, sentido y continuidad a estos caminos de América que el poeta se apresta a recorrer.

El poeta y la contingencia (III).

La carta

Este poeta que ha escrito "Himno y regreso"; este cónsul que ha dado respuesta a las críticas sobre su reciente misión en París; este intelectual que ha perfilado en Lima una visión de la unidad latinoamericana es, de pronto, el mismo hombre que asume una postura nítidamente política –un lenguaje político, una intencionalidad política– al escribir y dar publicidad a una "Carta Abierta" destinada a provocar un considerable remezón en el ámbito noticioso.

Publicada a página completa por la revista *Qué Hubo*, el texto aparece precedido de una breve nota que señala:

"La carta que publicamos, como una verdadera exclusividad de *Qué Hubo*, dirigida por el gran poeta Pablo Neruda al eminente médico y pésimo político don Eduardo Cruz Coke, es de una actualidad que deslinda con lo sensacional. Documento sobrio, sereno, elevado y redactado con la soberbia gallardía que caracteriza el estilo de Neruda, contiene ideas muy serias acerca de la política chilena y de las contradicciones fundamentales que en ella se observan. Entregamos a la meditación de nuestros lectores, y también del doctor Cruz Coke, esta carta y su profundo contenido".

Nada ni nadie obligaba a Neruda a dar este paso. Ya bastante incisivas y claramente polémicas habían sido algunas de sus respuestas a la entrevista anterior. Sin embargo, y actuando de acuerdo con esa fiebre participativa y crítica que le mueve, no vacila en colocar su firma en un documento en verdad singular, que conlleva la peregrina intención de convencer a un destacado y respetado médico para que *no se postule* a un cargo senatorial. Y no porque lo crea poco calificado para serlo. Todo lo contrario. Es porque lo admira y respeta, y porque no quisiera verlo llegando al Senado... en representación de los partidos políticos de derecha.

En sus párrafos más destacados, este es el texto de la carta:

"Santiago, 3 de abril de 1940
Señor Cruz Coke.– Presente
Mi distinguido amigo:

A muchos chilenos nos preocupa, desde hace tiempo, tanto su actividad como la que detrás de usted se agita.

Su actividad y su inactividad, su incidencia y su prescindencia.

Aquellas actitudes salidas de su paciente esfuerzo y de su cultivada ciencia, y por las cuales usted ha salido de sus casillas, ha hablado y ha actuado. Y aquellas más inquietantes, en las cuales usted vuelve a sus casillas, y al silencio de su cultivada conciencia. [...]

Yo recuerdo su admirable lucha por la medicina preventiva. Usted estaba rodeado por el inmortal egoísmo del hombre. Usted estaba tratando de arrancar, con todos los medios de su poderoso espíritu, unas gotas de piedad, de las más endurecidas circunstancias. Usted estaba rodeado de sus enemigos: los viejos comerciantes de esclavos, los atroces encomenderos, los violentos feudatarios de Chile. Contra ellos, luchando hasta la desesperación arrancó usted esta ley tan honrada y tan honrosa. Era patético mirar su silueta delgada y nerviosa luchando contra la hegemonía de los impasibles. En aquel tiempo me habló usted de su lucha. Cada concesión por usted arrancada era una victoria grande para su espíritu solitario. Usted me confesó que en las Derechas estaban sus enemigos y que era duro el trance.

De esto hace ya tiempo. Mi patria ha visto retirarse, exterminarse, la pesadilla política de tantos años. Un trabajo vivo hacia la libertad, un trabajo sobrehumano quitó el poder ejecutivo de las manos feudales. Una gran sonrisa iluminó los harapos de Chile.

Entonces comienza una era más terca aun que la pasada.

Las Derechas se organizan, y dan al país un nuevo tipo de pesadilla. Una conspiración constante, una mala voluntad despechada e insolente, una agitación trabajada con todo el dinero de los poderosos para que el Gobierno del pueblo no cumpla su destino.

Y ahora se sienta usted entre ellos. [...]

¿Va usted a dejar sus cátedras de manera definitiva, sus hospitales y sus clínicas para luchar contra su pueblo?

En esta lucha senatorial en que es usted el candidato del Club de la Unión, ha tenido usted una frase poco airosa. Ha dicho que hubiera preferido tener un adversario de más relieve.

Se refería usted a Máximo Venegas, a quien no conozco, y que es también mi candidato. Se llama Máximo Venegas, hoy. Mañana puede llamarse Juan Pérez o Juan Ramírez; no nos importa. Son los nombres del pueblo. Son los hombres que casi nadie conoce, no de una élite sino de una inmensa familia popular que quiere actuar sin intermediarios en nombre de derechos que nunca fueron respetados.

Sucede lo contrario, aquí, en su caso. Usted es un nombre y un hombre individualizado por su calidad. Conservadores y liberales echan mano a su nombre, y en él quedarán las huellas de esas manos. Son manos antiguas, que muchas veces han dejado huellas de sangre.

Hoy toman su figura que en el pasado nos ha parecido angélica para ponerla como una máscara detrás de la cual las fuerzas infernales puedan actuar a gusto. Llamo fuerzas infernales a las que usted bien conoce: la opresión capitalista y la injusticia social.

Está viviendo Chile una hora crepuscular de nacimiento. El Gobierno popular comienza a levantar una estructura grandiosa y las primeras piedras reciben la furia del enemigo social.

En esta verdadera revolución hemos visto triunfar sin odio y continuar sin violencia. No ha querido nuestro pueblo exterminar a sus enemigos. Mientras las derechas preparan una guerra civil que puede ser terrible, los nuestros continúan su construcción pacífica.

No podría decirle a usted: 'Retírese de la política'. Este ha sido el refrán obligatorio de la crítica literaria derechista dirigida a mi persona y a todos los intelectuales. Detrás de este consejo hay una sombra, y detrás de esta sombra las cosas como son: la explotación del hombre por el hombre, y el deseo de que el intelectual no mire, no vea ni se exprese.

Le digo en cambio. 'Retírese de la mala política'. ”²

Muy cara pagará Neruda más adelante esta osadía, esta especie de desacato, esta insólita ocurrencia.

Con los términos de esta carta queda muy claro que a sus ojos –en su irreducible opinión de intelectual comprometido– esta Derecha chilena no es sino la expresión local de esa misma Derecha española que hoy, en la sangrante España, destroza los últimos hombres y libros y vestigios de la época republicana.

Queda claro también que Neruda no acepta esas amistosas sugerencias –tantas veces expresadas– que le instan a dedicarse a su poesía, que le estimulan a vivir en la paz y la conformidad del verso de salón, ese que no perturba ni las ideas ni la digestión. La poesía “pura”, en verdad; la que da la espalda a la realidad.

Al iniciarse estos agitados años '40, nadie puede pronosticar o anticipar que los vientos que hoy está sembrando Neruda demorarán casi diez años en convertirse en las tempestades que lo llevarán al exilio, en una época en que –curiosamente– él mismo perderá un cargo de senador, y con lo cual –finalmente– esta misma Derecha que hoy combate se verá libre de su incómoda presencia, no solo en el Parlamento, sino que en Chile mismo.

Amado Alonso y la poesía “hermética” de Pablo Neruda

Dado el contexto de los hechos referidos en los tres capítulos anteriores, está claro que en la óptica nerudiana de este minuto existen temas primordiales –graves y urgentes– que opacan todos los demás.

Siendo así, la aparición en estos momentos de un macizo estudio dedicado a analizar el derecho y el revés de su poesía no podía representar para él algo así como una apoteosis. Un momento jubilar. Un acontecimiento como para echar las campanas al vuelo. No en las actuales circunstancias.

Ocurre que el poeta se halla ahora en otra dimensión, en otra órbita, y aunque el libro en cuestión sea para él un hito consagratorio –no puede dejar de serlo– se trata de un texto que examina, escudriña, analiza y desmenuza algo que para Neruda representa el pasado. Tiempos idos. Batallas ya libradas, perdidas o ganadas para bien o para mal.

Según su parecer, la contingencia política interna, la guerra mundial, el clima de amenazas e incertidumbres que agobian al mundo convierten a lo especulativamente literario en algo malsano o escapista o irrelevante.

Es a la luz de estos antecedentes que debemos considerar el relativo despego –¿el desdén incluso?– con que Neruda recibe el extenso y meritorio libro que Amado Alonso dedica a su obra, en parte principal al estudio de los poemas de *Residencia en la tierra*.

Sin embargo –y como si estos motivos no fueran suficientes– existen otras razones que refuerzan la actitud de Neruda.

Para entender mejor su posición, resultan muy significativas algunas fragmentarias referencias que indican cómo –durante la redacción de su estudio– Alonso persiguió tenazmente, por carta y en persona a Neruda, para que le suministrara pormenores y precisiones sobre la génesis de los poemas de *Residencia*, indagaciones que al poeta chileno fastidiaban enormemente.

Luego, en 1944, durante una visita que el poeta y crítico argentino César Fernández Moreno hace a Neruda en Isla Negra, entre muchos temas de conversación sale el tema del libro de Alonso, y el argentino pregunta a Neruda cuál es su opinión sobre el tal estudio. La respuesta de Neruda es tajante respecto de los méritos y propósitos del libro:

–“¿Alonso? Es como mirar a alguien haciendo la digestión”.

Este episodio, consignado por Emir Rodríguez Monegal en su substancioso libro *El viajero inmóvil*, ayuda a entender esa tremenda antipatía que el poeta chileno sentía por todo lo que significara acercarse a la poesía con poderosas luces de quirófano y pinzas y tijeras y bisturís para escarbarla, pincharla y desmembrarla; en el intento de explicar cómo y por qué vive la criatura, cómo se mueve y respira y arde y sufre y emociona.

Corroborando esa actitud, he aquí otras palabras de Neruda que remachan su pensamiento:

“Nunca he tenido interés en las definiciones, en las etiquetas. Me aburren a muerte las discusiones estéticas. No disminuyo a quienes las sustentan, sino que me siento ajeno tanto a la partida de nacimiento como al post mortem de la creación literaria. ‘Que nada exterior llegue a mandar en mí’, dijo Walt Whitman. Y la parafernalia de la literatura, con todos sus méritos, no debe sustituir a la desnuda creación”.³

Ahora bien, poniéndonos a conveniente distancia (e independencia) de los juicios y pareceres de Neruda, cumplamos la tarea de dejar asentados algunos pormenores sobre el estudio de Alonso y sus contenidos.

De partida, el título con que Amado Alonso bautiza a su libro podría resultar incitador o desalentador, según el parecer de quienes pudieran mirarlo como una gran promesa o bien como una gran amenaza:

Poesía y estilo de Pablo Neruda. Interpretación de una poesía hermética. Buenos Aires, 1940.

Su autor, el filólogo español Amado Alonso, no se ha ahorrado esfuerzos ni desvelos para ser el primero en levantar en el ya vasto territorio de la poesía nerudiana lo que pudiera ser una suerte de Mapa o Guía, con los que desea auxiliar a aquellos desprevenidos lectores que transitan por los caminos –no siempre despejados– de una obra que no ha cesado de crecer y evolucionar.

No deja de resultar paradójal que justamente en este año –cuando Neruda se halla a cada vez más convencido de la necesidad de una poesía más simple, más directa, más cercana al pueblo y en sintonía con sus luchas y esperanzas– aparezca este macizo y ambicioso estudio, que ya de por sí es una expresiva consagración internacional a la ensimismada, caótica, densa y a ratos asfixiante poesía de *Residencia en la tierra*.

No hay duda de que para Amado Alonso ha sido esta una tarea gigantesca, incluso desmesurada, a la cual se ha aplicado con pasión e intensidad durante mucho tiempo. Ahora bien ¿por qué un catedrático y filólogo español de la talla de Alonso ha elegido –entre muchos otros poetas de España e Hispanoamérica– a Neruda y su poesía *residenciaria* como tema de estudio, reflexión y análisis?

Partiendo de la base de que hay en esta obra mérito suficiente como para justificar el esfuerzo, Alonso ha elegido esta poesía porque la considera algo así como una aventura a lo desconocido, a lo misterioso, a lo intraducible. Una poesía que se interna en zonas hasta ahora no visitadas por otros poetas, una poesía que viaja a una especie de *tierra incógnita*, en donde lo normal fuera expresarse como en sueños o en delirios o en estado de intoxicación sensorial.

Nada puede resultar más provocador para alguien que –como Alonso– maneja con precisión tanto la lógica de la palabra utilitaria como la analógica de la palabra poética, que esta súbita perplejidad, esta incredulidad inicial al encontrarse con la poesía *residenciaria*.

En ella, Alonso descubre que es posible ir más allá, mucho más allá de lo hasta ahora conocido, y que este poeta es capaz de organizar las palabras –las inocentes o indecentes palabras– de un modo caótico, caprichoso, oscuro y enigmático, produciendo poemas que pueden resultar inicialmente herméticos, pero de cuya frecuentación es posible salir con otros ojos, con otra mirada; con otros sentidos o percepciones que pueden dejar al lector un tanto agotado, quizá, pero extrañamente vivo y de alguna manera enriquecido.

Todavía en nuestros días, los jóvenes lectores bien podrían considerar el acceso a la poesía de *Residencia* –el contacto primero– como el inicio de un largo viaje de exploración y descubrimiento.

Para aquellos jóvenes lectores de los años 30, que ya conocían el Neruda de los 20 *Poemas de amor*, estaba reservada la aventura inaugural de encontrarse con esta poesía sobre la cual no existía aun juicio formado, una obra que carecía de postes de señalización, de derroteros recomendados, en suma, una poesía que no estaba anotada y acotada para hacerla más accesible. De aquí que la tarea de Amado Alonso tenga ese gran mérito y esa enorme utilidad. Traza un primer mapa –no siempre exacto, quizá– pero que establece las grandes coordenadas, perfila el territorio y levanta el gran bosquejo que servirá de base para todas las exploraciones posteriores.

Es preciso avanzar con cuidado, con recelo –incluso con temor– para no pisar sedimentos vegetales que no son simplemente hojas hechas polvo, árboles muertos, materia orgánica camino de ser tierra; sino también sueños malogrados, deseos insepultos, besos marchitos, lágrimas y penas y fragmentos desprendidos del tejido de los días. Cosas vistas y vividas y perdidas, cosas que al caer la noche bajan a la tierra como semillas malogradas, para encontrarse y reciclarse y ser parte del substrato común que se nutrirá los días de mañana.

Esto –y más– hay en los poemas de *Residencia*. Mucho más acecha entre las palabras –entre lo dicho y lo entredicho– y sin embargo no será la inteligencia, tampoco la razón, las que ayuden a iluminar estas visiones.

Y así lo entiende el propio Amado Alonso cuando expresa:

"Para comprender y gustar la poesía de Pablo Neruda no es buen camino el de entender intelectivamente primero las construcciones externas y desde ellas entrar después en el sentimiento, sino que, al revés, las construcciones externas nos serán comprensibles cuando lleguemos a ellas desde el sentimiento que las provoca".

Y en otro capítulo, al tratar de penetrar la densa materia poética que ofrece "Galope muerto", reconoce:

"Por más que queramos agotar las sugerencias de esta imagen traduciéndola a pensamientos de razón, no acabaríamos nunca; es más, la desvirtuaríamos, como al contar despiertos ciertos sueños extraños".

Cosa por demás curiosa: el exégeta reconoce aquí la inutilidad o imperfección de sus herramientas, pero continúa utilizándolas porque, desde su perspectiva, el sentir y el entender no se excluyen y hay un placer mayor reservado a quien entiende-sintiendo y siente-entendiendo todas las resonancias que encierra cada verso.

En la trayectoria de Neruda, la aparición en 1940 del libro de Amado Alonso se convierte en un hito no menos importante que la aparición misma de las dos primeras *Residencias* en el Madrid de 1935. Y representa el punto más alto en la celebración de esta poesía "hermética".

Pero —y vaya paradoja— la contrapartida de toda esta celebración está llegando y se origina nada menos que en el propio Neruda. Ahora que su poesía residenciaria ya ha sido reconocida, aceptada y celebrada, Neruda comenzará a desconocerla. Comenzará a mirarla con malos ojos. Empezará a distanciarse cada vez más de ella, hasta llegar finalmente al extremo de repudiarla pública y formalmente.

¿Cómo y por qué se produce esta extraña mutación?

La respuesta es obvia: el Neruda de hoy es otro Neruda. Es un Neruda que, ante la interrogante curiosidad de algún periodista, bien podría responder con uno de los versos de sus *20 Poemas de Amor*:

Nosotros, los de entonces, ya no somos los mismos.

Alberti... ayer y hoy

En aquella reciente entrevista para la revista *Qué Hubo*, Neruda había alcanzado a anunciar la inminente llegada a Chile de Rafael Alberti y María Teresa León, con lo que empezaría a cumplirse uno de sus grandes deseos, que era nada menos que convencer al mayor número posible de sus amigos españoles en el exilio –escritores, intelectuales, artistas– para que hicieran de Chile su nueva patria. Entre todos ellos, Rafael y María Teresa estaban de los primeros, gracias a esa sólida y fraterna relación establecida en los días de convivencia en España y continuada más tarde en París.

Pues bien, se producen algunos desfases, unos cambios inesperados; y ahora que Neruda ya sabe –en carácter definitivo– que su destino inmediato será México, poco tarda en enterarse de que Rafael Alberti y María Teresa León no se radicarán finalmente en Chile, pese a las conversaciones y acuerdos que así parecían confirmarlo. Ocurre que a su llegada a Buenos Aires, y en tránsito hacia Chile, los Alberti se habían encontrado con amigos que querían retenerlos allí a toda costa.

Entre ellos se contaba Amado Alonso, ya con una sólida posición en la Argentina, que es uno de los que se han movilizado en la expectativa de encontrarles alguna ocupación, algún medio de vida en Buenos Aires.

A la postre será el propio Rafael quien explique cómo –a pesar del clima político poco favorable de la Argentina– verá abrirse algunas posibilidades concretas que le obligaban a repensar su decisión de venirse a Chile:

“–Bueno, realmente nosotros íbamos a Chile –recuerda Alberti–. A la Argentina era auténticamente imposible ir como refugiado. Chile los había admitido por medio de Neruda. Además estaba el Gobierno de Aguirre Cerda, que era un Gobierno de Frente Popular y había admitido a mucha gente. [...] Yo iba a Chile, no iba a la Argentina, porque allí estaba Neruda. Pero al pasar por la Argentina, donde nos hicieron un recibimiento estupendo, teníamos que bajar y tomar el tren para atravesar la cordillera. Desembarcamos en Río de la Plata y me acuerdo que estaban esperándonos una escritora, que era cónsul de Chile precisamente, Marta Brunet, Ricardo Molinari y muchos más, y algún español que había llegado allá. Estaba también nuestro primer editor, Losada, que había fundado hacía dos años la Editorial Losada. Bajamos y nos dieron permiso de cuarenta y ocho horas para estar en la ciudad antes de tomar el tren para Chile. Entonces, hablando con Losada, me dijo: ‘Mira, vosotros no debéis ir a Chile. Chile es un

país estupendo, pero, en fin, yo soy vuestro editor, yo os puedo ayudar, podemos publicar lo que tengáis inédito y hacer una antología (como hizo la mía; yo estaba recibiendo ya algún dinero de él) y recomenzar la vida y a ver si se puede lograr un permiso para que os quedéis acá o por lo menos para que volváis de Chile, porque la situación en Chile, económicamente, no es tan buena como en la Argentina e incluso me he enterado de que Pablo se va de cónsul a Méjico, de manera que si no está Pablo'... Entonces yo, aunque tenía muchos amigos chilenos encantadores, porque Chile es uno de los países más simpáticos de América, por razones bien claras, me quedé”.

En mucho ayudará a esta toma de decisión la simpatía con que acogen a los Alberti todos los amigos argentinos de Neruda, quienes se apresuran a formar un cerco protector en torno a los recién llegados.

La carencia de documentos válidos para que la pareja permaneciera legalmente en la Argentina era un escollo nada fácil de superar, pero lo primero era conseguirles un lugar donde albergarlos. Y será a poco andar, en la persona de Rodolfo Aráoz, en quien encuentren el generoso anfitrión que pondrá a su disposición la finca que poseía en Totoral, Córdoba, lugar en donde los Alberti podrán permanecer sin ser molestados –a estratégica y conveniente distancia de Buenos Aires– mientras se tramitaba un permiso de residencia definitivo.

Es así como la vida separa los caminos de los Alberti y los Neruda, al menos en lo inmediato, y Chile se queda –definitivamente– sin la presencia de estos dos grandes españoles en calidad de eminentes refugiados.

Dando por descontado el gran aporte cultural que pudieren haber entregado ellos a Chile, da para pensar o imaginar la dimensión lúdica y festiva que hubiese tenido la vida en común de estos cuatro amigos en Santiago. Recordemos que ellos ya habían compartido techo y mesa en París, cuando Neruda se encontraba organizando la travesía del “Winnipeg” y corrían los días aciagos que precedieron al estallido de la Segunda Guerra Mundial. El anecdotario de esos días es tan nutrido –y a veces tan disparatado– que llega a parecer cosa de invención. Curiosamente, no será Neruda sino Alberti el que recuerde y narre muchas de estas anécdotas.

Está, desde luego, la historia de cómo fueron obligados a abandonar el apartamento del *Quai de l'Horloge*, después de haber agotado la paciencia de todo el vecindario con una sucesión de ruidosas veladas, que solo terminaban en horas de la madrugada al son de unos coros varoniles tan entusiastas como estridentes.

Ocurre que no había español aspirante a un pasaje en el “Winnipeg” que no se dejara caer alguna vez en el departamento del cónsul chileno, llevando en las manos algún botellón, en el pecho una bruta nostalgia y en la garganta un ímpetu cantor pronto a manifestarse al calor de las primeras copas.

Si el cantor hubiese sido uno, tal vez, pero al final de cada velada todos cantaban a gritos las canciones de la Guerra Civil, haciendo temblar los vidrios del edificio y los nervios del vecindario.

Según recuerda Alberti: "Un día Ehremburg, que estaba en París, me dijo: 'Yo iba por la orilla contraria del Sena (que es muy ancho) y oí unas voces enormes y me dije: ésa debe ser la casa de Pablo, porque en París no grita nadie de esa manera'. Y efectivamente, eran unos asturianos que habían llegado y que estaban cantando".

Aun en una ciudad tan tolerante y sabia como París, habituada a las mil extravagantes conductas de miles de artistas, locos o iluminados, es poco probable que se haya repetido esta embarazosa situación: un respetable cónsul se ve amablemente invitado por *madame la concierge* a desalojar su apartamento, por razones que superan lo tolerable. *Excusez-moi, monsieur le consul... todo está bien... no hay nada personal... pero esos amigos suyos, monsieur, esos cantos... c'est ça!, monsieur le consul... les chants... les chanteurs!*

Al margen del anecdotario que Alberti ha referido sobre el tiempo compartido con Neruda —con su *confrère* Pablo— notable es el testimonio que nos entrega acerca de la personalidad de su amigo en cuanto coleccionista contumaz y compulsivo. Se trata de unas palabras que valen como un verdadero retrato de este poeta ávido de todo, que se mostraba incapaz de ignorar o desoír al niño que lo habitaba.

Según Alberti: "Pablo compra todo lo que ve y le llama la atención de manera infantil. Un día andábamos, por ejemplo, por una callejuela de París y había un zapatero, un pequeño zapatero, en una callecita cualquiera de Montparnasse o por ahí. En la puerta tenía como distintivo una enorme llave de hierro, que seguramente estaba allí desde hacía tiempo. Bueno, pues Pablo se empeñó en llevarse aquella llave que estaba empotrada, con hierros hincados en la pared y debía de estar allí de toda la vida. El zapatero se quedó muy asombrado, pensando que éramos unos guasones, unos tipos completamente borrachos. '¡Pero cómo voy a darles la llave! —nos dijo—. ¡Pero si no es posible y menos venderla!' '¡Yo quiero esa llave!' —insistía Neruda—. Total que al día siguiente fue un albañil, rompieron el muro y Pablo se llevó aquella llave enorme. Luego está la época en que coleccionaba barcos, y dondequiera que hubiese un barco, esos barcos maravillosos, esos modelos de fragatas o barcos en botellas, todo lo compraba. Todo el dinero que tenía era poco. Nunca tenía un centavo porque se los gastaba en sus caprichos del momento. Mira, Pablo Neruda salió de París en plena guerra, hacia el mes de noviembre o por ahí, con todo París a oscuras porque era el momento de la *drôle de guerre*, el momento en que los alemanes permanecían estáticos y no pasaba nada. Pero ya en París se temía que hubiera incursiones aéreas y había una oscuridad profunda. El se fue en tren para tomar el barco en El Havre o en Cherburgo, no lo sé con exactitud, pero la cuestión es que nos presentamos en la

estación Corpus Barga, nosotros, una serie de amigos, Gori Muñoz, un escenógrafo español muy importante que está en la Argentina, valenciano, todos ayudando a llevar a Pablo su extraño equipaje. El equipaje era una porción de baúles y cosas, pero como los barcos no se podían meter en ninguna parte y formaban una auténtica flota, los llevábamos nosotros en la mano, más o menos envueltos en papel, y otros sin nada, porque aquella fue una noche terrible y el tiempo escaseaba. Entonces aparecimos con una escuadra, cada uno con uno o dos barcos, y los *porteurs*, no sé como se llaman, los *fachini*, en fin, todos preguntando ¿y quién es ese 'mesié' que se lleva tantos barcos en un día tan terrible como éste en que se está esperando un bombardeo? Pablo sacó sus barcos, entró en un departamento donde había gente ya sentada, y empezó a hacer levantar a todo el mundo y convirtió el vagón en un arsenal y se marchó a Chile con su colección de barcos. Luego, cuando yo llegué a Chile, estaban todos maravillosos. Su casa era verdaderamente interesante. En aquel momento ya coleccionaba caracoles. Hace poco regaló la colección a la Universidad, porque llegó a ser una de las colecciones de caracoles más importantes del mundo. Pablo tiene los caracoles más extraordinarios, porque, por dondequiera que ha ido, ha dado la lata a todo el mundo para conseguir un caracol. Estuvo en China y logró que le dieran los caracoles más fantásticos del Mar Amarillo y se los llevó, creando situaciones imposibles, casi retrasando los aviones porque quería un caracol no sé de dónde y por fin el gobierno le mandaba el caracol a última hora al aeropuerto. En Brasil se le antojó un pajarraco que yo no sé qué era, de una especie muy rara, y no se fue hasta que se lo dieron. En fin, todo cosas así. De modo que en la casa de Pablo hay una serie de cosas, la famosa llave de París, un organillo que compró en Marsella, al lado de otras estupendas, como los caracoles, que ahora ya se encuentran en la Universidad. Pablo, como ves, es una persona muy agradable, muy terrible, muy absorbente, al que yo le debo dos cólicos hepáticos"...⁴

De Neruda podría decirse que era por naturaleza un acumulador obsesivo y persistente, de lo cual hubo temprana manifestación en sus primeras colecciones infantiles, que eran, por cierto, las que podía permitirse a sus escasos años: piedrecitas de colores, huevos de pájaros, insectos del bosque austral.

Dando por archi sabida la obvia proyección que este apetito acumulador tendrá en la vena coleccionista del poeta, convendría examinar otro aspecto menos obvio de esta pasión acumuladora, que se manifiesta en la forma como el poeta "adquiere" sus amistades, la manera como "adquiere" su postura de intelectual comprometido y la forma como "adquiere" su militancia política. No se trata de meras relaciones personales, de inscripciones o adhesiones a una causa. En Neruda existe la disposición innata a extremar lo que ama, a exacerbar su intención posesiva o participativa.

La expansión de su apetito coleccionador crecerá a parejas con su gradual acceso a un mundo compuesto de incontables maravillas. No solo los

libros baratos de la juventud, sino las ediciones primorosas o antiguas que hacen el deleite del bibliófilo más exigente. No solo uno o dos o tres amores juveniles, sino toda una actitud de búsqueda y celebración de la relación hombre-mujer. Y así, en progresión, afinando en gusto, ampliando el registro, exagerando el ansia posesiva de barquitos o mariposas o caracolas o pipas o botellas... de todo, en realidad.

Y puesto que la gama de sus intereses, afectos y gustos era amplia y siempre abierta a agregar nuevas cosas, esa avidez suya le empujaba hacia un estado de permanente desear –incluso lo ajeno–, actitud en la que más de alguno de sus amigos saldrá alguna vez damnificado.

No son tantos los meses que separan aquellos días vividos en París de estos días en que Alberti se radica en Argentina y en que Neruda se apresta a emprender viaje a México. A donde quiera que vayan, ambos llevarán su carga de misiones que cumplir y de palabras por decir, sean éstas de alta poesía o de charla coloquial y sin amarras.

Que no se engañen, empero, los que los ven brindar de pronto a grandes voces y reírse de lo propio y de lo ajeno. No está el luto presente, pero la conciencia vigila y la memoria quema. Las heridas están abiertas.

España es una gran cárcel. Muriendo a pausa y sin remisión, en una de ellas se encuentra Miguel Hernández, mientras escribe sus últimos versos, intransigentes y luminosos.

El mundo se encuentra sumergido desde hace varios años en una atmósfera opresiva, siniestra y sin piedad. Es una de esas épocas que llaman a los poetas a redescubrir y catapultar el poderío de la palabra.

Para señalar en Alberti al que cumple y continúa esta tarea, Neruda dice de él: “Este poeta de purísima estirpe enseñó la utilidad pública de la poesía en un momento crítico del mundo. En eso se parece a Maiakovski. Esta utilidad pública de la poesía se basa en la fuerza, en la ternura, en la alegría y en la esencia verdadera. Sin esa calidad la poesía suena pero no canta. Alberti canta siempre”.⁵

Para ser consecuente con este juicio, Neruda se esforzará siempre por ser uno más entre los “poetas de utilidad pública”, y de ello hará profesión de fe y tarea sin descanso.

Cuando comienzan estos turbulentos años '40, Alberti trabaja ya en los poemas de su próximo libro –el primero a publicarse en el exilio– titulado *Entre el clavel y la espada* y Neruda agrega páginas y páginas a lo que será el *Canto General*.

Los que –como ellos dos– tienen vida y voz ardientes, no dejarán jamás de recordar a los caídos, no dejarán de hablar nunca de y por sus muertos queridos, y en los años sucesivos irán dando a luz los poemas de la reivindicación y la fraternidad, aquellos en que todos se quedan a vivir ya de por siempre instalados en la historia.

Amistades y enemistades literarias

El año anterior, con motivo de la llegada a Chile de los refugiados españoles, Neruda había salido al paso de algunas críticas y voces discordantes, rechazando de plano, entre otras imputaciones, aquella que le acusaba de haber efectuado una selección que favorecía a los intelectuales y daba preferencia a sus amigos.

Muy por el contrario. La mejor demostración de su apego a las instrucciones recibidas del Presidente Aguirre Cerda –favorable a la llegada de pescadores, agricultores y técnicos calificados– estaba en el hecho de que en el pasaje del “Winnipeg” no venía ninguno de sus grandes amigos: poetas, artistas y escritores.

Aun así, a comienzos de 1940 Neruda no perdía la esperanza de que algunos de ellos comenzaran a llegar por otros medios a Chile, para lo cual se hallaba pronto a aportar esfuerzos y contactos.

Pena, entonces, la no llegada de Rafael y María Teresa; lástima grande no poder reanudar esas amistades de la época dorada de la preguerra en Madrid. Aquellas fiestas, aquellas copas, aquellas discusiones poéticas y políticas...

Nostalgia sin remedio la evocación de un tiempo que no puede ser reeditado.

Ahora bien, debido a la malograda expectativa de acoger a los Alberti, y en el deseo de enviar un saludo fraternal y oportuno a algunos de aquellos amigos españoles que aun pudiesen venir a Chile, Neruda escribe en estos días una página en que se duele de esas ausencias, al tiempo que rinde a algunos de ellos el tributo de su admiración y afecto. Este artículo le sirve, además, para examinar un tema de muy larga data: el de sus “Amistades y enemistades literarias”, que es precisamente el título que da a su artículo.

Grandes amistades. Grandes enemistades.

Se trata de un tópico recurrente, que viene desde los comienzos mismos de su trayectoria poética, y que ya ha dado origen a una sorprendente cantidad de papel picado.

Al tratar en primer lugar de los adversarios, la reflexión de Neruda –entre irónica y perpleja– examina con curiosidad de entomólogo este fenómeno que ha visto repetirse tantas veces: el de los enemigos que desde siempre le han salido al paso... porque sí y porque no:

"Tal vez a nadie por estas tierras le haya tocado en suerte desencadenar tantas envidias como a mi persona literaria. Hay gente que vive de esta profesión, de envidiarme, de darme publicidad extraña, por medio de folletos tuertos o tenaces y pintorescas revistas. He perdido en mis viajes esta colección singular. Los pequeños panfletos se me han quedado en habitaciones lejanas, en otros climas. En Chile vuelvo a llenar mi maleta con esta lepra endémica y fosforescente, arrinconando de nuevo los adjetivos viciosos que quieren asesinarme. En otras partes no me pasan estas cosas. Y sin embargo, vuelvo. Es que me gusta ciegamente mi tierra y todo el sabor verde y amargo de su cielo y de su lodo. Y el amor que me toca me gusta más aquí, y este odio extravagante y místico que me rodea pone en mi propiedad un fecundo y necesario excremento. No solo de estrellas vive el hombre".⁶

Y en seguida –puesto que su pensamiento está en España y lo español– agrega la contrapartida, el reconocimiento a la generosa dimensión de la amistad encontrada lejos de Chile:

"España, cuando pisé su suelo, me dio todas las manos de sus poetas, de sus leales poetas, y con ellos compartí el pan y el vino, en la amistad categórica del centro de mi vida. Tengo el recuerdo vivo de esas primeras horas o años de España, y muchas veces me hace falta el cariño de mis camaradas".

Entregado en carácter de primicia a la revista santiaguina *Que Hubo*, el artículo se ocupa en seguida de trazar una breve semblanza de algunos de los amigos distantes: Vicente Aleixandre, Miguel Hernández y Rafael Alberti. Junto a ellos, aparece un saludo dedicado a los dos únicos amigos que están en Chile: Arturo Serrano Plaja y Vicente Salas Viú.

Porque en estas líneas está reseñada una parte viva y substancial de la experiencia española de Neruda, a la par que un tributo a la amistad, no se pueden dejar de citar algunos párrafos escogidos de este texto.

Al referirse a Aleixandre escribe:

"Su profunda y maravillosa poesía es la revelación de un mundo dominado por fuerzas misteriosas. Es el poeta más secreto de España, el esplendor sumergido de sus versos lo acerca tal vez a nuestro Rosamel del Valle. [...]"

De todos mis amigos lo separo, por la calidad infinitamente pura de su amistad. En el recinto aislado de su casa la poesía y la vida adquieren una transparencia sagrada.

Yo le llevo la vida de Madrid, los viejos poetas que descubro en las interminables librerías de Atocha, mis viajes por los mercados de donde extraigo inmensas ramas de apio o trozos de queso manchego untados de

aceite levantino. Se apasiona con mis largas caminatas, en las que él no puede acompañarme, por la calle de la Cava Baja, una calle de toneleros y cordeles estrecha y fresca, toda dorada por la madera y el cordel.

O leemos largamente a Pedro de Espinosa, Soto de Rojas, Villamediana. Buscábamos en ellos los elementos mágicos y materiales que hacen de la poesía española, en una época cortesana, una corriente persistente y vital de claridad y de misterio”.

Más adelante, para hablar de Miguel Hernández, el acento se carga de una sombría furia que no puede perdonar a sus verdugos:

“¿Dónde estará Miguel Hernández? Ahora curas y guardias civiles “arreglan” la cultura en España. Eugenio Montes y Pemán son grandes figuras, y están bien al lado del forajido Millán Astray, que no es otro quien preside las nuevas sociedades literarias en España. Mientras tanto, Miguel Hernández, el grande y joven poeta campesino, estará si no fusilado y enterrado, en la cárcel o vagando por los montes.

Yo había leído antes de que Miguel llegara a Madrid sus autos sacramentales, de inaudita construcción verbal. Miguel era en Orihuela pastor de cabras y el cura le prestaba libros católicos, que él leía y asimilaba poderosamente.

Así como es el más grande de los nuevos constructores de la poesía política, es el más grande poeta nuevo del catolicismo español. En su segunda visita a Madrid, estaba por regresar cuando, en mi casa, le convencí que se quedara. Se quedó entonces, muy aldeano en Madrid, muy forastero, con su cara de patata y brillantes ojos.

Mi gran amigo, Miguel, cuánto te quiero y cuánto respeto y amo tu joven y fuerte poesía. Adonde estés en este momento, en la cárcel, en los caminos, en la muerte, es igual: ni los carceleros, ni los guardias civiles, ni los asesinos podrán borrar tu voz ya escuchada, tu voz que era la voz de tu pueblo”.

Finalmente, en la semblanza que Neruda hace de Alberti, ahí están los rasgos esenciales del gran gaditano:

“Es Rafael Alberti el poeta más apasionado de la poesía que me ha tocado conocer. Como Paul Éluard, no se separa de ella. Puede decir de memoria la “Primera soledad” de Góngora y además largos fragmentos de Garcilaso y Rubén Darío y Apollinaire y Maiakovski. [...] con Rafael hemos sido simplemente hermanos. La vida ha intrincado mucho nuestras vidas, revolviendo nuestra poesía y nuestro destino”.

Y luego, como si pudiera servir como una última exhortación para que el amigo enrumbe todavía hacia Chile, agrega:

"Este joven maestro de la literatura española contemporánea, este revolucionario intachable de la poesía y de la política debiera venir a Chile, traer a nuestra tierra su fuerza, su alegría y su generosidad. Debería venir para que cantáramos. Hay mucho que cantar por aquí. Con Rafael y Roces haríamos unos coros formidables. Alberti canta mejor que nadie el 'tamborilero', el 'Paso del Ebro', y otras canciones de alegría y de guerra".

¡Quién lo iba a decir! Gracias a estas palabras ha quedado descubierta la verdad.

El año anterior, cuando los Neruda y los Alberti vivían juntos en París, los grandes culpables por la expulsión del cómodo y bien situado apartamento en las riberas del Sena no habían sido únicamente los ocasionales visitantes.

No hay duda de que el vozarrón de Rafael debió ser el más atronador y el primero en espantarle el sueño a los vecinos.

El final del artículo queda reservado para algo que Neruda llama "Envío", un breve mensaje, una especie de recado o saludo bastante utilizado por el poeta en su época juvenil. En este caso, el "envío" escoge a Serrano Plaja y Salas Viú como depositarios de un emotivo mensaje, que vale como compendio y resumen de toda la experiencia hispana del poeta chileno:

"Vosotros –les dice– sois los únicos amigos de mi vida literaria en España que habéis llegado a mi patria. Hubiera querido traerlos a todos, y no he desistido de ello. Trataré de traerlos, de México, de Buenos Aires, de Santo Domingo, de España.

No solo la guerra nos ha unido, sino la poesía. Os había llevado a Madrid mi buen corazón americano y un ramo de rimas que habéis guardado con vosotros.

Vosotros, ¡cuántos! todos, habéis aclarado tanto mi pensamiento, me habéis dado tan singular y tan transparente amistad. A muchos de vosotros he ayudado en problemas recónditos, antes, durante y después de la guerra.

Vosotros me habéis ayudado más.

Me habéis mostrado una amistad alegre y cuidada, y vuestro decoro intelectual me sorprendió al principio: yo llegaba de la envidia cruda de mi país, del tormento. Desde que me acogisteis como vuestro, disteis tal seguridad a mi razón de ser, y a mi poesía, que pude pasar tranquilo a luchar en las filas del pueblo. Vuestra amistad y vuestra nobleza me ayudaron más que los tratados. Y hasta ahora, este sencillo camino que descubro es el único para todos los intelectuales. Que no pasen a luchar con el pueblo los envidiosos, los resentidos, los envenenados, los malignos, los megalómanos.

Ésos, al otro lado.

Con nosotros, amigos y hermanos españoles, solamente los puros, los fraternales, los honrados, los nuestros".

Una despedida accidentada

En los primeros días de julio de 1940 y ante la inminente partida de Neruda hacia México, los amigos y simpatizantes del poeta se movilizan para organizar la correspondiente despedida.

Como los tiempos que corren no son precisamente de holgura económica, se desecha la consabida cena o almuerzo con lista de adherentes, y se opta por dar a la despedida un carácter público, a través de un acto cultural que se efectuará en el Salón de Honor de la Universidad de Chile.

La fecha elegida es el 10 de julio, y este mismo día una nota de prensa ayuda a la difusión del acto con la siguiente información: "Velada en honor de Pablo Neruda se efectuará hoy. La ha organizado la Alianza de Intelectuales como homenaje de despedida". El texto completo que acompaña la nota señala: "La Alianza de Intelectuales de Chile ha preparado para hoy un homenaje de despedida a Pablo Neruda, el que se efectuará a las 18:30 horas en la Universidad de Chile. Han sido invitadas a este acto numerosas personalidades de nuestros círculos intelectuales, además de otros elementos pertenecientes a diversas actividades.

Se desarrollará el siguiente programa:

1º Discurso de ofrecimiento del Presidente de la Alianza, Julio Barrenechea.

2º Discurso de Ángel Cruchaga a nombre de la Sociedad de Escritores.

3º Discurso del intelectual español Vicente Salas Viú, por la Junta de la Cultura Española.

4º Número musical a cargo de Pablo Garrido.

5º Pablo Neruda. Palabras de despedida y lectura del *Canto General de Chile*, obra última e inédita del poeta".

Del desarrollo de esta velada cultural pudo no haber quedado mayor registro o comentario, de no haber sido por un curioso acto fuera de programa que sorprendió a todos los asistentes e indignó a los amigos del poeta, provocando una de esas situaciones que la prensa suele calificar como "un bochornoso incidente".

De las variadas versiones que de este episodio se dieron en la prensa, la que aparece (sin firma) en el diario *La Nación*, reseña mejor que otras lo ocurrido, a través de un texto que combina lo propio de una crónica cultural con algunas pinceladas de nota policial.

Todos aquellos que se lamentaban por no haber asistido al Salón de Honor, y de "haberse perdido" este "escándalo", podían leer ahora un detallado

relato que no ahorra pormenores, y que comenzaba señalando el revuelo y la amplia repercusión que había tenido el episodio: "Tema de animados comentarios ha sido el incidente ocurrido anteayer en la tarde en la Universidad, con motivo de la velada organizada por la Asociación de Intelectuales para despedir a don Pablo Neruda que parte al extranjero a asumir un cargo consular".

Luego, y después de referirse al desarrollo del acto y a los discursos contemplados en la parte inicial del programa, agrega: "El señor Neruda se puso de pie a continuación para agradecer el honor, pero solo hasta aquí duró el ambiente de tranquilidad en que se estaba desarrollando la fiesta. El escritor don Braulio Arenas que se encontraba entre los espectadores interrumpió el homenaje, diciendo en alta voz que 'cómo podía atreverse a burlar al Salón de Honor de la Universidad sin antes dar cuenta de su actuación en el envío de refugiados españoles a Chile'. Una sensación de estupor se advirtió entre todos, y como se viera que el interpelante pretendía avanzar hacia el señor Neruda, algunos de los amigos de éste trataron de evitarlo, produciéndose un violento cambio de palabras. No obstante, el señor Arenas logró sus propósitos y con un rápido movimiento arrebató de las manos de aquél el discurso que iba a leer, rompiéndolo ante la concurrencia.

Hubo algunas escenas violentas, con algunos destrozos materiales, de poca importancia, en el Salón. Intervino también Carabineros, impidiendo que el incidente alcanzara mayores proporciones.

Restablecida la tranquilidad después de no largos momentos, el público esperó con expectación la palabra del señor Neruda, en respuesta al cargo que se le había formulado. Pero éste se limitó solo a leer algunos de sus poemas"...⁷

Uno de los amigos de Neruda que participan en esta refriega es Diego Muñoz, y de la brevísima versión que él nos entrega se desprende que —a diferencia de lo que se señala en *La Nación*— la intención de Arenas de arrebatar el discurso a Neruda se habría visto frustrada ante la no menos rápida acción de los amigos. La versión de Muñoz es la siguiente: "Por suerte estaba cerca mi primo, el poeta Jorge Bravo Muñoz, que impidió la consumación del hecho y que, con mi ayuda, sacó en volandas a Braulio Arenas fuera del salón y en medio del griterío que condenaba el atentado que había pretendido consumir".⁸

Como resulta comprensible, de esta pintoresca *performance* habrá la versión pro-Neruda y la versión anti-Neruda. Habrá quienes se indignen y quienes se regocijen con este episodio.

Coincidentemente, no hace mucho que Neruda se refería a sus amigos y enemigos literarios y, con una cierta admirativa sorpresa, se declaraba incapaz de entender el por qué de todo ese largo y persistente empeño demoledor en su contra. Ahora ya tiene otro capítulo que agregar a esa vieja historia, solo que esta vez el ángulo para el ataque no viene de lo estrictamente literario sino de lo político y, ¿cómo desconocerlo? también de la odiosidad personal.

El señor Arenas detesta al señor Neruda.

Para dar una respuesta global a los unos y los otros, Neruda escribe poco después una carta con la que da por cerrado, archivado y olvidado el episodio.

Apelando a una ironía que combina bien con el estilo de sainete que tiene el caso, Neruda se burla de Arenas, escribe deliberadamente mal su apellido y satiriza su condición de ilustre desconocido, aludiendo a unas "obras completas" suyas, obviamente inexistentes.

El siguiente es el texto completo de la carta, en la que no faltan las debidas y serias precisiones:

"Al Director de *La Hora*, Santiago. Chile.

A bordo del 'Yasukuni Maru', 24 de julio 1940.

Las preocupaciones de mi viaje me impidieron antes, señor Director, escribir a usted sobre algunos hechos derivados de un pintoresco incidente provocado durante una lectura de mi nuevo libro *Canto general de Chile* en la Universidad, por un empleado de la Municipalidad.

Este señor ha aclarado poco después su actuación en declaraciones bombásticamente reproducidas por los periódicos, atribuyendo su actitud de promotor del incidente al hecho de que, por mi culpa, no se vendan sus libros. Es lamentable el hecho en sí mismo, por la pérdida que significa para la cultura chilena estos libros no vendidos y encuentro natural que sus autores promuevan toda clase de incidentes tendientes al alza de la venta.

En cuanto a las imputaciones sobre rendición de cuentas de dineros erogados por auxilios al pueblo español durante su heroica lucha, el Comité que percibió los fondos y el ex Embajador de la República, don Rodrigo Soriano, han publicado en su diario aclaraciones que me dejan totalmente aparte de manejo, envío o distribución de estos fondos, administrados por las entidades responsables. Naturalmente, este pseudocargo implica también, con seguridad, un aumento en la venta de las obras completas del señor Larenas.

Quiero agradecer a usted, señor Director, la caballerosidad que significa el no haber acogido en sus columnas esta pequeña y venenosa campaña literatesca, y haber dado a la publicidad las aclaraciones del Embajador Soriano y del presidente del Comité de Ayuda al Pueblo Español.

Otros diarios —*El Imparcial*, *La Nación*, *El Mercurio* y la revista *Ercilla*—, no solo mistificaron los hechos para aprovechar políticamente este ridículo incidente, sino que se negaron a publicar las respetables declaraciones de Rodrigo Soriano y del Comité.

De *El Imparcial* y *El Mercurio* solo puede esperarse tal actitud. Nada, ninguna bajeza puede serles indiferente. De *La Nación*, para comprender su actitud, basta con saber que hace un mes firmé, con Julio Barrenechea y otros escritores,

una petición al Ejecutivo del Frente Popular para que se cambie la Dirección y Redacción de ese diario, enemigos emboscados de nuestro Gobierno Popular.

La revista *Ercilla*, dirigida por un peruano, es la misma de siempre. La misma que días antes de las elecciones presidenciales publicara un párrafo, escrito diez años antes por Carlos Vicuña, en contra de Pedro Aguirre Cerda. La misma que manchó sus columnas con los conceptos venenosos de Ariosto Herrera sobre el general en jefe de nuestro ejército. Esta revista, bien dirigida, quiere manchar a todo el mundo en Chile. Sigamos dando un ejemplo de tolerancia, y sigamos organizando festivales en honor de los exiliados peruanos, que 'técnicamente' se ríen de nosotros.

Señor Director: estas campañas literarias, acompañadas por elementos dudosos de la política y del periodismo, se vienen repitiendo desde hace años en contra mía. ¿Quién no recuerda las famosas acusaciones de plagio, la campaña de "Irisol" en *El Imparcial*, las innumerables revistas literarias que tienen casi por objeto exclusivo denigrarme?

Lo comprendo.

Estoy dispuesto a vengarme en forma terrible: seguiré escribiendo, seguiré acumulando mi obra de manera implacable. Seguirán publicándose mis libros, como hasta hoy, en Santiago, Buenos Aires, México, París, Moscú. Y tal vez en la España recuperada volverán los soldados republicanos a fabricar el papel y a imprimir libros míos. Y continuarán mis libros escritos en la infancia, repitiendo y repitiendo sus ediciones, porque ellos guardaron, entre sus informes líneas, algo del alma colectiva de esos días, y mis nuevos libros, mi nueva poesía, seguirán cavando la entraña del misterio y dando nueva luz y nueva sombra a los años que me toque vivir".⁹

La carta aclaratoria a que Neruda ha hecho mención y que había sido publicada en este mismo diario algunos días antes estaba firmada por Ismael Valdés, ex tesorero, y J. M. Calvo, secretario general del Comité Chileno pro Ayuda España Leal, y expresaba en su parte principal:

"A propósito de una insidiosa acusación, aparecida recientemente en cierta prensa de esta capital, en contra de don Pablo Neruda, rogamos a Ud. se sirva hacer la siguiente aclaración:

Que es total y absolutamente falso que el señor Neruda haya tenido alguna vez injerencia en el manejo de fondos recolectados a beneficio de la República o de los niños españoles, siendo dichos fondos por el contrario controlados siempre por los Tesoreros de las Organizaciones chilena y española que se ocupaban de tal auxilio, estando los balances y comprobantes respectivos, que recibieron oportuna publicidad, en poder de don Ismael Valdés, ex Tesorero

del Comité Chileno pro Ayuda España Leal y a disposición de quienes lo soliciten. Que la intervención del señor Neruda en algunos actos de beneficencia en favor de España republicana fue siempre en su carácter de Presidente de la Alianza de Intelectuales y como organizador y programador de dichos actos”.

Con estas cartas debería cerrarse este episodio y este capítulo.

Existen en este momento otras cosas mucho más graves e importantes de qué ocuparse.

Por ejemplo, este 24 de julio, en la misma fecha en que Neruda escribe esta carta, se produce en Madrid un intento por violar la sede diplomática de Chile, para arrancar por la fuerza a los republicanos asilados en la Embajada.

Unos días antes, la España de Franco había roto relaciones diplomáticas con Chile, y Chile, junto con entregar el cuidado de sus intereses en España al Gobierno amigo del Brasil, ha debido esforzarse al máximo por hacer que se respete y se mantenga el derecho de asilo que protege la vida y libertad de los 17 republicanos asilados en la Embajada en Madrid.

Por una u otra razón, a Neruda continúa “doliéndole España”, y esto es algo que no puede remediarse.

¿Por qué México?

Desde la razón, pero también desde el corazón, venía el genuino afecto que Neruda sentía por México y su gente.

Uno y muchos factores ayudaban a mantener viva esta corriente de simpatía.

Para comenzar, no hay que olvidar que en la persona de su “pariente” mexicano y colega en las letras, Alfonso Reyes, tenía Neruda un gran amigo que había acudido en su ayuda durante los asfixiantes días de sus consulados en Oriente, cuando don Alfonso –en ese entonces embajador en Argentina– se había movilizado espontáneamente para intentar conseguirle el ansiado traslado.

Este sentimiento pro-mexicano se había robustecido ampliamente durante la Guerra Civil Española, con el contacto con Octavio Paz, Carlos Pellicer y otros intelectuales mexicanos durante el Congreso de Escritores en Valencia; pero en parte principal por una actitud de los mexicanos que el angustiado poeta de *España en el corazón* no podía sino admirar y aplaudir: dentro de la América Latina, México era el único país que tenía la firme voluntad de apoyar a la República Española, no solo enviando voluntarios a integrar las Brigadas Internacionales, sino con la decisión y la capacidad necesarias para apoyar efectivamente su lucha con el envío de armas y otros pertrechos bélicos.

Más tarde, al producirse el final de la lucha, cuando la causa republicana termine por desplomarse, México será el más activo y el más generoso entre los países dispuestos a abrir sus puertas para recibir a los exiliados.

Influenciado, pues, por la adhesión de México a una causa que también había hecho suya, una prueba de la admiración que Neruda sentía por México y su Gobierno quedará expresada en un poema leído en aquellos años de la guerra, durante un homenaje al presidente Lázaro Cárdenas efectuado en el Teatro Caupolicán de Santiago, el 18 de julio de 1938.

Era, por cierto, un poema de circunstancia, que solo pretendía elogiar la solidaridad mexicana con la República española:

*Qué orgullo te tenemos, México hermano, México, águila verde,
desde arriba del mapa como laurel de hierro
dejas caer una hoja que recorre
todo el desamparado corazón de Sudamérica
como un lingote rápido de orgullo,
y de tu sol central como de una granada
salen olas de luz para nuestras banderas.*

*México, yo me acuerdo
de ti cuando en Madrid volvían
mis compañeros combatientes
de vuelta de la sangre.
Me traían no una flor de trinchera,
me traían no un pájaro recién asesinado,
sino un puñado de cápsulas de bronce
detrás de las que pude descifrar con orgullo
la siguiente leyenda "MÉXICO, 1936".*

*Ellos, los combatientes,
trajeron hasta mí tu flor de fuego,
trajeron hasta mí tu plumaje de pólvora,
para decirme México nos ayuda, no estamos tan solos, hermano.
Y entonces
no me sentí hijo de una patria traicionada,
no me sentí habitante de un mundo que acorralaba a España,
me sentí hijo de América, y una gota
de tu valiente sangre, México, salió a cantar al mundo.¹⁰*

Esa actitud de México –de su Gobierno, de su pueblo– no podía dejar de conmover por entonces a Neruda, como no podía dejar de conmover a todos los partidarios de la República española, que la veían obligada a combatir no solo contra sus enemigos sino también contra el asfixiante cerco internacional que le impedía o le racionaba el suministro de armas y municiones.

Durante los días de su misión en París como encargado de la inmigración española, Neruda había seguido con interés las noticias que daban cuenta de lo que México estaba haciendo en este mismo sentido, en su caso un esfuerzo gigantesco y prioritario para facilitar la llegada de miles de refugiados republicanos a su territorio.

A diferencia de Chile –que ponía énfasis en sus necesidades de técnicos y trabajadores especializados– México no colocaba barreras a intelectuales, artistas, profesionales liberales, escritores y profesores.

El resultado es que un buen número de españoles que eran amigos o conocidos de Neruda acabaría por asentarse en México.

Estando todavía en París y a punto de dar por finalizada su misión como encargado de la inmigración española, Neruda analizaba las opciones que se le presentaban para dar continuidad a su carrera, y entre ellas la que lo inclinaba hacia México era sin duda la más poderosa.

Diversas gestiones se hacen ante el Ministerio de RR.EE. para satisfacer sus deseos y después de rechazar el cargo de Secretario de la Embajada en México, el poeta obtiene finalmente dos importantes victorias. Se le nombra Cónsul General en México y se acepta su recomendación para que Luis Enrique Délano ingrese al servicio consular y asuma el cargo de vicecónsul en México. Todo esto ocurre no sin fricciones con el Departamento Consular de RR.EE. y con el entonces Cónsul en México, Carlos Briceño, un funcionario que llevaba poco tiempo en su cargo y al cual por fuerza hubo que pedir la renuncia.

—¿Está contento con su nueva destinación? —le había consultado un periodista

—Estoy más que satisfecho, feliz —ha respondido el poeta—. Amo a México, gran país, gran democracia, tierra de poetas, de luchadores, de hombres embebidos en una construcción permanente.

Ahora bien, sin respuesta tendrá que quedar otra interrogante, que nadie formuló entonces:

—¿En qué medida ha contribuido a esta elección esa línea americanista —esa voluntad americana— que Neruda ha empezado a mostrar en su poesía y en sus declaraciones?

La interrogante tiene sentido, porque no deja de ser interesante recuperar una fecha que demuestra la antigua atracción que Neruda sentía por México.

Ya en unas breves declaraciones a la revista *Ercilla* —en octubre de 1937— recién llegado de Europa, sin consulado y aun sin saber cuál sería el destino de su carrera— al serle preguntado cuánto tiempo permanecería en Santiago, Neruda había respondido lacónicamente:

—Tal vez hasta marzo. Pienso ir a México.

La intención estaba allí —tan tempranamente como entonces— pero las tareas pendientes, la situación política, la elección presidencial de 1938 y muchas otras cosas —misión del “Winnipeg” incluida— dejarán pendiente aquel propósito.

Ahora, en los últimos días de julio de 1940, Neruda inicia viaje hacia México, acompañado de Delia del Carril y de Luis Enrique Délano, este gran amigo y antiguo colaborador —en carácter particular— en el consulado en Madrid.

Grandes son las expectativas que despierta este viaje, que tiene algo de expedición y conquista.

Pero en lo principal, todos tienen la certeza de que los días que les esperan no han de ser ni tan agitados ni tan terribles como los vividos en Madrid.

Notas

- 1 Revista *Qué Hubo*, Santiago, 02-01-40.
- 2 Revista *Qué Hubo*, Santiago, 06-04-40.
- 3 Pablo Neruda: *Confieso que he vivido*, Edit. Planeta, 1988, p. 457.
- 4 José M. Velloso, *Conversaciones con Rafael Alberti*, Sedmay Ediciones, p. 84.
- 5 Pablo Neruda: *Confieso que he vivido*, ob. cit., p. 194.
- 6 P. Neruda, "Mis amistades y enemistades literarias", Revista *Qué Hubo*, 07-02-40.
- 7 "Un incidente en la Universidad", diario *La Nación*, Stgo., 13-07-40.
- 8 Diego Muñoz, *Memorias*. Mosquito Editores, Santiago, 1999, p. 205.
- 9 En *Obras Completas de Pablo Neruda* (OCPN), Galaxia Gutemberg, Círculo de Lectores, Barcelona, 1ª Edición - 2001- Vol. IV, p. 995.
- 10 *Ibid.*, pp. 404-406.

Segunda parte

Residencia en México

La conexión americana

(1940-1943)

*Y así de tierra a tierra fui tocando
el barro americano, mi estatura,
y subió por mis venas el olvido
recostado en el tiempo, hasta que un día
estremeció mi boca su lenguaje.*

Canto General

México, 1940

La conexión americana (I).

México

Se ha cumplido el deseo del poeta y México se presenta al fin ante sus ojos como la tierra propicia para anclar en ella su ya declarada pasión americana y americanista.

Este hito de tanta importancia, aparece reseñado por él en poquísimas palabras:

“Mi gobierno me mandaba a México. Lleno de esa pesadumbre mortal producida por tantos dolores y desorden, llegué en el año 1940 a respirar en la meseta de Anáhuac lo que Alfonso Reyes ponderaba como la región más transparente del aire. México con su nopal y su serpiente; México florido y espinudo, seco y huracanado, violento de dibujo y de color, violento de erupción y creación, me cubrió con su sortilegio y su luz sorpresiva”.¹¹

Al embarcarse hacia México, en julio de 1940, Neruda ha partido obediente al llamado de ese “sortilegio” que le hará vivir una etapa decisiva, una nueva *residencia en la tierra*, tan germinal, vital y desbordante como fuera asfixiante, corrosiva y ensimismada su anterior residencia en Oriente.

En un barco de bandera japonesa, el “Yasukuni Maru”, arriba a Manzanillo, para seguir de inmediato a Guadalajara. Desde allí y tras breve estadía parte hacia Ciudad de México por tren.

Para un hombre que tanto ha viajado en años anteriores, para un cónsul que se ha visto llegando a ciudades totalmente extrañas –e incluso hostiles– y en las que ha debido sufrir y batallar para encontrar asidero vital y conquistar amigos, el arribo a Ciudad de México es toda una novedad y una alegría; una historia completa y absolutamente diferente.

Ahora –cosa totalmente extraña– debe esforzarse incluso por pasar desapercibido, al menos inicialmente, mientras se organiza y toma posesión de su cargo.

Con todo, no es el reconocimiento público que ahora tiene, o la categoría de Cónsul General que ostenta por vez primera lo que hace que este arribo a México sea tan especial y diferente.

En parte principal lo es porque el cónsul-poeta viene en plan de conocimiento, con una intención muy clara de descubrir a México y, en el proceso –y por extensión–, asentar pie firme en lo americano, reconocerse a sí mismo como parte del Ser Americano.

Se trata de algo así como una amarra espiritual y visceral que no resulta fácil describir porque –de manera parecida a una compleja pasión– hay en esta atracción elementos que vienen tanto de la cabeza como del corazón: curiosidad intelectual, intuiciones, percepciones y certezas; unidas y complementadas con todo lo sensorial y sensual de esta tierra: olor, color, sabor de México; razas, costumbres, artesanías y, en el fondo de todo –repicando sordamente en el subconsciente– algo así como una campana enterrada, que señala esta tierra como el lugar que el poeta debe excavar para encontrar el camino que le conducirá a una nueva cumbre de su poesía.

Como antes, cuando llegaba a España justo en los días de preguerra, ¿no hay aquí, otra vez, una circunstancia determinante –un destino– que pone al poeta chileno justo donde debe estar para emprender una nueva etapa en que vida, poesía y circunstancia contribuirán a forjar una obra radicalmente diferente a la anterior?

De ninguna manera, dirán los racionales. No se trata de algo fortuito, sino de la expresa voluntad del poeta, que le ha empujado hasta México en esta etapa de su vida y de su evolución como poeta comprometido.

Sea como fuere, aquí está el poeta chileno con sus convicciones ideológicas y su actitud combativa, que no es sino la continuidad natural del proceso que comenzó en España, prosiguió en Chile y se extiende ahora a México, en donde existe en este momento una enorme cantidad de refugiados españoles republicanos, y entre los cuales cuenta con amigos de la talla de José Bergamín, León Felipe y muchos otros.

El grave panorama internacional, la escalada de la guerra mundial, la tremenda lucha de las democracias contra el fascismo y el nazismo, todo se halla en su punto de mayor actualidad, y Neruda no tarda en verificar de qué enconada manera se ha producido en México la misma toma de posiciones ideológicas que hay en todas partes. Si bien existe aquí un enorme apoyo a las izquierdas y una mayoritaria posición antifascista; existe también una corriente que es partidaria de Franco y que es decididamente anticomunista.

Está claro que el actual gobierno mexicano es de tendencia izquierdista, y es esto lo que ha hecho posible la amplia acogida de los republicanos españoles.

Pero México no es monolítico, y el recién llegado cónsul chileno no tardará en incurrir en el desagrado de un sector de la prensa y de determinadas personalidades, que le harán blanco de las mismas críticas que le habían hecho antes en España y Chile: el indebido “desdoblamiento” de este cónsul de profesión en un opinante y a menudo politizado poeta.

Nada más decidor que el título de la primera entrevista que aparece en la prensa mexicana: “Nerudistas y antinerudistas”, un título que dejaba reconocida –también en México– esa realidad que para Neruda no era novedad a la luz de sus pasadas experiencias en España, Francia y Chile. Si desde los días de la

Guerra Civil Española la suya era una constante milicia, una persistente acción; no podía sino generarse una reacción que era parte inevitable de este proceso.

Una buena reseña del ambiente que ha rodeado la llegada del nuevo cónsul nos la ofrece Wilfredo Cantón, quien en su documentado estudio *Neruda en México*, escribe: "Aunque desde principios de 1940 se rumoreara que vendría a residir a México, es hasta el 16 de agosto del mismo año que Pablo Neruda llega a nuestro país. De riguroso incógnito los primeros días, poco a poco va trascendiendo la noticia de su presencia. Se le ve acompañado de algunos exiliados españoles; se sabe que se aloja en el Hotel Montejo. Su primera declaración pública la hace en entrevista con Raúl Ortiz Ávila. Dice: 'Tienen ustedes en México grandes poetas: quisiera que en Chile los poetas tuvieran como los de aquí, esa peculiaridad que radica en la forma... Yo no puedo decirles a los poetas de Chile nada sobre este asunto, porque precisamente yo he perseguido deshacer la forma, la forma que es propia de México'. Declaración tan secretamente contradictoria, tan levemente polémica, se completa con una rotunda afirmación en favor de los republicanos españoles".¹²

De esta manera, tanto en lo poético como en lo político –en la amistad de los unos y en la enemistad de los otros– asentada ha quedado la inserción de Neruda en la contingencia mexicana. En todo lo que vaya surgiendo al correr de los días estará presente esa mezcla de literatura e ideología, la una en función de la otra, a veces con deslindes precisos, a menudo como expresión única en que convergen razón y sentimiento. Explicito ha quedado su vínculo con los republicanos españoles, y abierta queda la mirada, vivo el interés por lo mucho que de México tiene que aprender y conocer.

De uno de los nuevos amigos que Neruda ha hecho a poco de llegar –el guatemalteco Luis Cardoza y Aragón, periodista, escritor, poeta y crítico de arte residente en México desde 1932– proviene un testimonio que los muestra desde el inicio en plan de franca sintonía literaria e ideológica: "Recién venido me buscó Neruda –refiere Cardoza en sus memorias–. Cuando supimos que estaba a punto de llegar publicamos notas muy afectuosas en los suplementos dominicales de *El Nacional*, que yo cuidaba. Varias de ellas fueron de Efraín Huerta, entonces ya destacado poeta que formaba parte de la redacción de *Taller*, revista mensual de crítica y poesía.

Pasó por mí al periódico y fuimos a su departamento situado frente al actual edificio de la Cruz Verde, en donde murió Trotsky, esquina de Revillagigedo y Ayuntamiento; ocupaba el último piso.

Estábamos solos, comenzamos a charlar antes de la medianoche y partí en la madrugada. El recuerdo de Federico García Lorca era tan vivo en mí como si no hubiesen pasado diez años de la última vez que nos abrazamos en los muelles de La Habana, en junio de 1930; en Neruda, el recuerdo era de cuatro años antes y aun más deslumbrador y dolorido".

En los años siguientes, la amistad del poeta chileno con Cardoza y Aragón habrá de mantenerse en un plano afectuoso aunque no muy cercano. De hecho, Cardoza es un espíritu muy independiente –lúcido, crítico, algo incisivo– y aunque su postura es de izquierda no puede ni quiere ser hombre de partidos. Aun así esta amistad perdurará, y llegará el día en que resulte de extrema importancia durante el exilio de Neruda en París, en 1949.

En lo que respecta a sus funciones diplomáticas, con fecha 21 de agosto Neruda toma posesión formal de su cargo de Cónsul General y al día siguiente envía a Santiago un oficio en que informa que ha procedido a trasladar las oficinas a “un local más amplio y apropiado, situado en la Avenida del Brasil N° 21”.

Además –y junto con señalar que esta nueva sede se halla cercana al Palacio de Gobierno, oficinas públicas y sector comercial– agrega que “la claridad y amplitud del nuevo local permitirá al Cónsul General que suscribe inaugurar dentro de pocos días una Biblioteca Pública Chilena”.

Eficazmente secundado por Luis Enrique Délano, Neruda se propone innovar en la forma y en el fondo en materia de relaciones culturales, abriendo espacios de participación y creando formas de acercamiento chileno-mexicanas. De lo que no está muy seguro es del grado de aprobación o apoyo que estas iniciativas puedan recibir de la Cancillería chilena. Sin embargo la idea de una biblioteca adjunta al Consulado tiene toda su preferencia y está clasificada como una de las más inmediatas prioridades.

Una mirada preliminar al México que descubrió Neruda

Se suele dar por descontado que el contacto de Neruda con la cultura, la historia, el paisaje y la gente de México –con la multiforme presencia y vitalidad de su linaje americano– habría de tener considerable impacto en su poesía.

Es probable, sin embargo, que aun estemos lejos de reconocer y examinar con la suficiente detención –y con auxilio de la necesaria documentación– la exacta naturaleza de esa especie de poderoso soplo emocional, original y americano, viviente y perdurable, que la realidad de México entrega a este poeta que –después de sus días de Oriente y sus días de España– estaba ya maduro, receptivo y entrañablemente preparado para entender –y entenderse– con la raíz indoamericana de nuestros pueblos, este gran tema que ya venía reclamando con fuerza su atención, como lo demuestra aquel discurso en Perú y algunas de sus recientes declaraciones a la prensa en Santiago.

Será este interés por la raíz americana, a la par que su obsesiva preocupación por la amenaza que significa el fascismo internacional y sus malsanos rebrotes en territorio americano lo que determine su actitud en los años siguientes.

Para una y otra finalidad México ofrece ámbito propicio, cielo favorable, un clima estimulante para trabajar y crear. Cuando Neruda elige a México lo hace en parte porque necesita a México, en parte porque adivina México, en parte porque presiente y sabe que México tiene mucho que enseñarle.

De parecida forma a lo que le ocurriera antes con Gabriela Mistral, Neruda no puede sustraerse al pasmo, a la conmoción íntima, a esta especie de verdad de pronto revelada que se presenta ante quienes, viniendo desde una realidad –la de Chile– se confrontan de pronto con esta otra realidad –la de México– que siendo tan próxima en el plano de las ideas generales o el lenguaje, les resultaba tan desconocida en lo visceral, en lo telúrico, en la experiencia sensorial de asentar pie allí donde nacieron altas culturas prehispánicas, culturas que antes de existir la palabra “América” ya configuraban la realidad de América.

Es así como Neruda se apresta a saborear México, escudriñar México, aprender México; sabiendo ya mucho de México, de ese México que al igual que Chile tan abierta y decididamente había abierto sus puertas a los exiliados republicanos españoles, pero intuyendo por sobre todo que no puede dejar de establecer con México el nexo espiritual que su poesía necesita. Poco a poco, casi todos los países de la América Latina empiezan a recibir el abrazo, el afecto, la indagación de este poeta que empieza a comprender que su proyectado *Canto General de Chile* no es sino el núcleo de un más vasto “Canto” de proyección americana.

La intensidad de los lazos de afecto que Neruda desarrolla con México solo puede ser comparada con la que en su momento se dio con España.

Desatendidos y minimizados pueden quedar, en efecto, los conflictos, las rencillas o los circunstanciales desacuerdos que matizaron la relación de Neruda con un sector valioso e importante de la intelectualidad mexicana.

En lo sustantivo, un mutuo respeto y un irrenunciable tronco común permiten soslayar lo accesorio, dejando incólume esa entrañable relación de parentesco basada en la razón tanto como en el corazón.

Por eso, cuando Neruda se dispone a hablar de México, hay que prepararse para una vertiginosa inserción en la vitalidad y colorido de unas palabras que ningún propagandista turístico de México pudo jamás llegar a componer:

“México con su nopal y su serpiente. México florido y espinudo, seco y huracanado, violento de dibujo y de color, violento de erupción y creación, me cubrió con su sortilegio y su luz sorpresiva.

Lo recorrí por años enteros de mercado a mercado. Porque México está en los mercados. [...] México es una tierra de pañolones color carmín y turquesa fosforescente. México es una tierra de vasijas y cántaros y de frutas partidas bajo un enjambre de insectos. México es un campo infinito de magüeyes de tinte azul acero y corona de espinas amarillas.

Todo esto lo dan los mercados más hermosos del mundo. La fruta y la lana, el barro y los telares, muestran el poderío asombroso de los dedos mexicanos fecundos y eternos”.¹³

Para cualquier poeta –y más aun para uno tan celebrador de las bellezas de la tierra– el paisaje de México se presenta como una sucesión interminable de sorprendentes apariciones, y la mirada se encandila y el lenguaje se hace chisperío barroco, entonación sensual, palabra enamorada para celebrar la forma y el color:

“Vagué por México, corrí por todas sus costas, sus altas costas acantiladas, incendiadas por un perpetuo relámpago fosfórico. Desde Topolobambo en Sinaloa, bajé por esos nombres hemisféricos, ásperos nombres que los dioses dejaron de herencia a México cuando en su territorio entraron a mandar los hombres, menos crueles que los dioses. Anduve por todas esas sílabas de misterio y esplendor, por esos sonidos aurorales. Sonora y Yucatán; Anáhuac que se levanta como un brasero frío donde llegan todos los confusos aromas desde Nayarit hasta Michoacán, desde donde se percibe el humo de la pequeña isla de Janitzio, y el olor de maíz magüey que sube por Jalisco, y el azufre del nuevo volcán de Parícutín juntándose a la humedad fragante de los pescados del lago de Pátzcuaro. México, el último de los países mágicos, mágico de antigüedad y de historia, mágico de música y de geografía”.

Ahora bien, al margen de lo geográfico, bastante más compleja sería la tarea de internarse en las complejidades político-sociales del México actual.

Precisamente en este año llega a su término la Presidencia del General Lázaro Cárdenas, que dará paso a la de Ávila Camacho. Durante el mandato de Cárdenas ha habido un enorme esfuerzo para llevar educación y cultura a todos los rincones del país y se ha trabajado intensamente para aplicar la reforma agraria y para elevar la condición de las siempre olvidadas poblaciones indígenas. En el plano internacional, fuera de prestar decidido apoyo a la España Republicana, Cárdenas había manejado con gran firmeza las siempre difíciles relaciones de México con los Estados Unidos, en especial en lo relacionado con la explotación del petróleo.

El legado de Cárdenas es inmenso, y aunque exista una opinión mayoritariamente favorable a su gestión, no podrían faltar las críticas, algunas de las cuales se expresan en juicios como los que emite Victoriano Anguiano, en su libro: *Lázaro Cárdenas. Su feudo y la política nacional*, cuando dice: "Indudablemente que hay grandeza en varias de su actitudes y que en su haber pueden contarse vigorosas acciones de tipo humanista que todavía no han sido suficientemente valorizadas; y otras de afirmación de la dignidad nacional y la independencia económica de México. Pero es absurdo y anti-histórico que pongan el grito en el cielo sus amigos, protegidos y francotiradores, cuando se le señalan sus errores, obstinaciones, vanidades y pasiones que como ser humano ha tenido y tiene, y de los cuales no pudo despojarse al actuar como hombre y como gobernante".¹⁴

Lo que ocurre es que un hombre como Lázaro Cárdenas no sale de la escena política de la noche a la mañana, y sus ideas e influencia están destinadas a seguir gravitando en los asuntos públicos del país, lo cual seguirá incomodando a sus contrarios.

Del nutrido anecdótico de Cárdenas en el poder hay un episodio que sus enemigos gustaban de recordar como una muestra de la manera autoritaria y "mesiánica" con que actuaba. En un pueblito del Estado de Guanajuato, Cárdenas había entrado en la iglesia, subido al púlpito y desde allí dirigido a los asombrados feligreses un encendido discurso en que fustigaba la labor anti-gobierno del sacerdote del lugar, reprochándole su persistencia en una prédica y una actitud que estimaba sediciosa.

Sin embargo no hay duda de que el pueblo lo veneraba, en la medida en que veía en él un presidente decidido a enfrentar los grandes y graves problemas de los más desposeídos.

En lo que respecta a la política indigenista de Cárdenas, nada más elocuente que su Mensaje al Congreso de Pátzcuaro, resumen y compendio de su estatura como gobernante: "A causa del régimen de opresión y del desconocimiento de los valores humanos, la Colonia encubrió la crueldad efectiva de la servidumbre con la fórmula protectora de las encomiendas; la República creyó asegurar

la redención del indígena otorgándole nominales derechos y fórmulas de libertad; pero nada se hizo por la liberación económica y educativa, y así continuó siendo carne de explotación. No es exacto que el indígena sea refractario a su mejoramiento ni indiferente al progreso. Si frecuentemente no exterioriza su alegría ni su pena, ocultando como una esfinge el secreto de sus emociones, es que está acostumbrado al olvido en que se le ha tenido; cultiva campos que no compensan su esfuerzo; mueve telares que no lo visten; construye obras que no mejoran sus condiciones de vida; derroca dictaduras para que sus nuevos explotadores se sucedan y como para él solo es realidad la miseria y la opresión, asume una actitud de aparente indiferencia y de justificada desconfianza. Pero cuando una política perseverante ha logrado borrar el abismo de incomprendiones y ha podido inspirarles confianza, cuando llegan a tener la convicción de que las autoridades ejercen el poder como medio para su liberación, entonces corresponden con entusiasmo, con tenacidad y lealtad inquebrantables. La Revolución ha proclamado como procedente la incorporación del indígena a la cultura universal; esto es, el desarrollo pleno de todas las potencias y facultades naturales de la raza, el mejoramiento de sus condiciones de vida, agregando a sus recursos, subsistencias y trabajo todos los implementos de la técnica, de la ciencia y del arte. Nuestro problema indígena no es conservar 'indio' al indio, ni indigenizar a México, sino mexicanizar al indio, respetando su sangre, captando su emoción, su cariño a la tierra y su inquebrantable tenacidad, se habrá enraizado más el sentimiento nacional y enriquecido con virtudes morales que fortalecerán el espíritu patrio, afirmando nuestra personalidad. México cuenta entre sus más preciadas conquistas la muy valiosa de haber logrado despertar en la población indígena un verdadero sentido de superación... por este camino se llegará a fortalecer a una gran mayoría convirtiéndolos en ciudadanos útiles, al mismo tiempo que se podrán abolir las diferencias de castas... se desarrollarán con más eficacia las energías productivas; se acabarán los rezagos del feudalismo que han subsistido a pesar de las luchas emancipadoras y se alcanzará en definitiva la unidad política y social que constituye la base de una organización verdaderamente nacional, que haga posible una efectiva solidaridad interamericana".¹⁵

En líneas muy generales, éste es el México con que se encuentra el flamante Cónsul General de Chile.

Tres años durará la estadía de Neruda en México, como casi tres años ha durado antes su permanencia en España. Dos residencias tan diferentes y sin embargo tan complementarias.

En los capítulos siguientes, y acompañando a Neruda desde los días iniciales de su estadía en México, tendremos oportunidad de descubrir con él —y

en gran parte a través de él– la fascinación, el gigantismo, la multiplicidad y la vitalidad de la tierra mexicana.

Sin embargo, existían en esos momentos en México aun otros motivos para que el poeta chileno se incorporara con ánimo expectante en esta nueva realidad.

Aquí Neruda no solo encontrará un gran número de refugiados españoles –no pocos de ellos sus amigos–, tendrá también oportunidad de enterarse en detalle de una parte de la historia del exilio español que hasta este momento no había tenido oportunidad de profundizar.

El exilio español en México

Muchas y muchas páginas serían necesarias para documentar –con la debida detención– la vasta crónica del exilio español en México.

En este libro apenas será posible presentar una visión muy resumida, que debe partir, obligadamente, con la mención a una loable iniciativa mexicana en favor de los “niños de la guerra”, que databa de 1937.

En efecto, el 7 de junio de 1937 había llegado a Veracruz el vapor “Mexique”, transportando 442 niñas y niños de entre cinco y catorce años –todos ellos huérfanos de la Guerra Civil Española– y con ello quedaba virtualmente inaugurada la política de puertas abiertas que el Gobierno de Cárdenas acabaría implementando en favor de los republicanos y sus familias.

Para precisar el origen de la idea, el Presidente Cárdenas declarará más tarde: “La traída a México de los niños españoles huérfanos no fue iniciativa del suscrito; a orgullo lo tendría si hubiere partido del Ejecutivo esta noble idea. Fue de un grupo de damas mexicanas que entienden cómo debe hacerse patria y que consideraron que el esfuerzo que debería hacer México para aliviar la situación de millares de huérfanos no debía detenerse ante las dificultades que se presentasen. El Gobierno Federal, interpretando la trascendencia humanitaria de esta idea, la apoyó, y alojó a 500 niños que han venido a convivir con niños mexicanos, también huérfanos, en las escuelas internados que se instalaron en Morelia”.¹⁶

Estos son “Los Niños de Morelia” –tal como se les llamará en adelante– puestos al cuidado de todo un sistema de internado escolar, algo militarizado, que se encargará de dar continuidad a sus estudios a la par que insertarlos en la vida mexicana.

La recepción a los huérfanos había sido excepcional. Uno de estos niños, Emeiterio Paya, entregará años después el siguiente testimonio:

“Llegamos a Veracruz, donde se nos hace objeto de un recibimiento verdaderamente extraordinario, conmovedor. La gente llorando de emoción, los niños que veníamos asustados de una guerra, mareados por un viaje muy largo, manifestaciones de todo tipo, de organizaciones obreras, campesinas, dándonos la bienvenida... Recuerdo que ni siquiera pisamos tierra mexicana, nos metieron directamente en el tren por una pasarela de madera, y por las ventanillas del tren el pueblo se volcaba en amor y en ternura por los niños. Sacábamos las manos y las retirábamos llenas de cosas: flores, juguetes, dinero, frutas que no conocíamos, como el mango o la piña”.¹⁷

Entre los recuerdos de este “niño de guerra” aparece también un reflejo de los miedos y angustias que han padecido durante la guerra. Al día siguiente de su arribo a Morelia, el Presidente Cárdenas y su esposa llegan hasta el internado que les alberga para un acto oficial de bienvenida. Formados en el patio de la escuela, los niños asisten con natural expectación a este primer acto de importancia en sus nuevas vidas. De pronto, un pequeño avión hace su aparición y se aproxima hacia la escuela volando a muy baja altura. Ante el estupor de autoridades y maestros, niños y niñas se arrojan a tierra, tratando desesperadamente de hallar reparo en un patio que no ofrece escondite posible. Pero no, no es un avión nazi que viene a ametrallarlos, es un inocente avión de propaganda comercial, que arrastrando una banderola de color proclama las bondades del “Ungüento 666”. Con lágrimas en los ojos, la esposa de Cárdenas, doña Amalia Solórzano, recibe un patético ejemplo de lo que estos niños han vivido y sufrido en los meses precedentes.

Algún tiempo después de la llegada de “Los Niños de Morelia” empezaría a tomar forma el gran proceso inmigratorio, cuando familias enteras se veían forzadas a abandonar España a causa de la derrota de los republicanos.

Ya en julio de 1939 se había producido el tercer viaje del vapor “Mexique”, con 2.091 pasajeros. En sus dos viajes precedentes –como asimismo en otros varios navíos, entre ellos el “Sinaia” y el “Ipanema”– otros miles habían llegado a territorio mexicano hasta superar la cota de los 8.000. Pero esta cifra seguirá creciendo, incluso durante los años de la Segunda Guerra Mundial, hasta llegar a una cifra que algunos autores hacen llegar hasta 20.000 y aun más.

Al intentar una visión global del exilio español de 1939, nada mejor que recurrir a la documentada versión de José Luis Abellán. A tratar el tema del exilio en México, escribe: “Aunque fueron muchos los países que acogieron con beneplácito a los españoles –Argentina, Chile, Venezuela, Puerto Rico, Santo Domingo– hay que destacar, por encima de todo, la actitud del Gobierno mexicano que, presidido entonces por el General Lázaro Cárdenas, elaboró una generosa política de acogida. Este singular mandatario, que había apoyado durante la Guerra Civil al Gobierno de la República española en los foros internacionales, decidió continuar la misma política, una vez terminada la guerra, y así dio órdenes a los miembros de su cuerpo diplomático asentados en Francia para que hicieran llegar al Gobierno francés la buena disposición de México para acoger a todos los republicanos españoles que lo quisieran. [...]”

El resultado de esta política fue, en primer lugar, conceder la nacionalidad mexicana a todos los que lo solicitasen y, en segundo lugar, se creó una llamada Casa de España en México, para integrar a los “refugiados” –así se les llamó popularmente– en tareas profesionales iguales o similares a las que hubiesen tenido en España. La actitud de Alfonso Reyes –que había vivido 14

años en España— fue en esto decisiva; también contribuyó a que la editorial Fondo de Cultura Económica, iniciada por Cárdenas para contribuir a la formación de economistas —de ahí su nombre—, pasase a convertirse en una editorial de cultura general, especializada en el área de las Humanidades. En este aspecto la presencia de los españoles fue fundamental, ya que colaboraron en todos los órdenes de la actividad editorial, no solo como autores, sino también como traductores y directores de colecciones.

Este exilio de intelectuales españoles representó un vivo contraste con la emigración laboral que protagonizó el siglo XIX, compuestos en su esencia por trabajadores de humilde origen que fueron a América para resolver ante todo un problema de subsistencia. Ahora se trataba de minorías intelectuales altamente cualificadas en muy diversos ámbitos del saber, lo que cambió la imagen de España en el nuevo continente, contribuyendo a esa aproximación de la que aquí hablamos. Por otro lado, los propios españoles realizaron lo que ellos mismos llamaron un ‘segundo descubrimiento de América’, que les llevó a integrarse en un proyecto cultural compartido”.¹⁸

Dentro del enorme proceso migratorio que se está produciendo —con su terrible cortejo de penalidades sin nombre— existe un gran número de españoles que se van quedando al margen de las expediciones llamadas “oficiales”, y que por una u otra razón son los más olvidados y los más expuestos al desastre.

Es aquí donde se hace presente un grupo de hombres y mujeres altruistas, que sin hacer alarde alguno se esfuerzan por mitigar sus padecimientos y ayudar a evacuarlos hacia puertos favorables. Son los cuáqueros, a quienes el ex embajador de España en México, Pedro Bermejo, recuerda en el siguiente texto: “¿Cómo llegaron a sus anhelados destinos, México o Chile, estos compatriotas nuestros, rechazados por los organizadores oficiales de las expediciones? Más de uno me dijo que gracias a los cuáqueros, ingleses o americanos, quienes les encontraron acomodo y les pagaron los pasajes en otros barcos. ¡Los cuáqueros! Era la primera vez que yo los oía nombrar como protectores de españoles en desgracia. Había leído la segunda parte de las memorias de Neruda, *Para nacer he nacido*, pero la alusión que allí se hace a los cuáqueros me había pasado desapercibida. Releída ahora en el contexto general del exilio español a América Latina, resulta impresionante: Neruda dice que él, que nunca ha sentido debilidad alguna por las religiones, se descubre mentalmente cuando oye el nombre de los cuáqueros ‘porque en el puerto de embarque —Burdeos, aclaro yo, o Pouillac, que está al lado— aparecieron estos magníficos sectarios que pagaban la mitad de cada pasaje español hacia la libertad sin discriminar entre ateos o creyentes, entre pecadores o pescadores’. [...]

El interés de los cuáqueros por sacar de Francia a cuantos españoles lo desearan estaba en perfecta consonancia con la ayuda que habían venido prestando a la España republicana antes y después de que terminara la guerra

civil. También se la prestaron, en forma de donaciones de alimentos, a Auxilio Social, el órgano asistencial de la España franquista. Pero es evidente que la asistencia en las regiones dominadas por el gobierno de la República fue de mucho mayor calado, tanto por estimar que allí era más necesaria como porque era mejor recibida. En Madrid, Valencia y Barcelona los cuáqueros crearon centros de atención a los niños y en ellos se les proporcionaba alimentos, ropas y cuidados médicos. Crearon igualmente escuelas y colonias infantiles. En Almería, Murcia y Alicante abrieron hospitales que estaban al servicio de los niños y de los viejos, los sectores más desvalidos de la población.

Cuando las carencias y necesidades de los republicanos españoles se trasladaron a Francia, allí fueron los cuáqueros para tratar de remediarlas. Establecieron centros de aprovisionamiento en Perpignan y en Marsella y desde ellos, con unos cuantos camiones, repartían comida, mantas y tiendas por los campos de concentración donde malvivían los españoles. En algunos de los campos de mayor población, como el de Argelés, con 65.000 internos, o el de Saint-Cyprien con 70.000, montaron hospitales e improvisaron escuelas y hasta una maternidad con 40 camas. Igualmente merece destacarse la labor que hicieron en pro de la reunión de las familias, cuando, como era frecuente, los miembros estaban dispersos por todo el territorio francés.

¿Quién, en nombre de España, se ha molestado alguna vez en agradecer todo esto? Ciertamente, nadie en la España franquista que, aunque en menor proporción, también recibió sus volúmenes de ayuda por parte de los cuáqueros. Nadie tampoco, que yo sepa, en la España de la democracia, que sí, en cambio, y por boca del Rey, ha expresado reiteradamente su reconocimiento y gratitud a los dos países, México y Chile, que mayor número de españoles republicanos acogieron.

¿Qué historiadores de las religiones han tenido la gentileza de explicarnos quiénes son los cuáqueros para que no les hagamos el agravio de confundirlos con los mormones, los testigos de Jehová o cualquiera de los cientos de grupos religiosos que pululan por el mundo? A mi entender, tampoco nadie. Y, sin embargo, bien sabe Dios que vale la pena conocerlos, porque la historia de los cuáqueros, en cuanto benefactores de la humanidad, es ejemplar e insuperable".¹⁹

Respecto del exilio, será también en México donde surja una reflexión profunda –e inevitablemente dolorida– acerca de lo que significa el cercenamiento de la patria. Pero en el caso del exilio español a América existe un factor diferenciador que lleva a José Gaos a acuñar el término "transterrado", como más ajustado y preciso decir.

"Destierro –añade Pedro Bermejo– no hay duda de que significa pérdida o salida de la propia tierra, de la patria en una palabra, para quedarse sin algo equivalente con qué sustituirla. Y es aquí donde Gaos alzó su voz para afirmar rotundamente: si ser un desterrado significa lo que queda dicho, entonces los exiliados españoles en México y aun en los demás países de la

América de habla española, no son desterrados sino transterrados. Porque no han perdido definitivamente su tierra ni la han cambiado por nada sino que de la tierra propia, de su patria, han pasado a otra similar, que tiene con la suya originaria tantos y tan fuertes vínculos que es capaz de sustituirla a plenitud, sintiéndose en ella como en su propia casa. Al salir al destierro, el exiliado se expatrió, se quedó sin patria, pero al instalarse en México o en cualquier otro país hispanohablante, se empatrió o recuperó una patria. Dejó entonces de ser desterrado y se convirtió en transterrado.

Don José Gaos, el ex Rector de la Universidad de Madrid y catedrático de ética de su Facultad de Letras, expuso estas ideas en el curso de una comida entre profesores mexicanos y españoles. Trataba así de agradecer la acogida que a él y a otros intelectuales como él les habían dispensado México en general y la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM en particular".²⁰

Ahora bien, aunque haya cierta discrepancia en los registros, las cifras de republicanos exiliados en la América Latina totalizaría no menos de 30.000 personas, de las cuales unas 20.000 hallarán acogida en México, 3.100 en República Dominicana y 2.300 en Chile. El número de radicados en otros países como Cuba, Puerto Rico, Venezuela, Santo Domingo, Colombia, Argentina y Estados Unidos llegaría a 3.000, aproximadamente.

Ya para 1940, una activa corriente de inmigrados españoles ha estado fluyendo hacia México, y solo el estallido de la guerra mundial ha hecho disminuir rápidamente este proceso, aunque sin hacerlo cesar del todo. De hecho, todavía en 1942, y enfrentando graves peligros, llegará a Veracruz el último viaje oficial, del cual da cuenta Carmen Palencia, hija de uno de los exiliados, que con el tiempo llegará a ser catedrática de Microbiología de la Universidad de Michoacán.

"Mi padre estaba condenado a trabajos forzados para hacer el Transahariano. Allí los que sobrevivieron fue porque de veras eran muy fuertes y seguían con la esperanza de librarse de todo aquello, y llegar a algún lugar donde ya estuvieran tranquilos. Mi abuelo murió en un campo de concentración. En el campo de concentración donde estuvo mi padre estaban ya todos sentenciados a morir. Pero llega Hitler, con los judíos, y no tenía dónde meterlos, y los metieron en ese campo de concentración y los españoles tuvieron que salir. Y Lázaro Cárdenas dijo: 'Que venga el último barco'. Y el 'Niasa', en el que él llegó, hizo su último viaje, y lo trajo a Veracruz, el 20 de octubre de 1942. Cuando él llegó, besó la tierra".²¹

Mucho más adelante, en abril de 1957, en un homenaje que los emigrados hacen a Lázaro Cárdenas, el entonces Presidente de la República Española, Diego Martínez Barrio, manifestará:

"Los emigrados amamos a este país con el caudaloso y violento amor que amamos al nuestro, sin distinguir ya entre uno y otro porque, si para la gran mayoría España es el sepulcro de sus padres, México ha sido la cuna de sus hijos".

México en el exilio español

En su condición de principal gestor de la llegada de los refugiados republicanos a Chile, a Neruda le interesaba conocer a un matrimonio mexicano –Fernando y Susana Gamboa– a quienes les había correspondido ejercer una misión muy parecida a la que él ha desempeñado en Chile en favor de la inmigración española. Pero en el caso mexicano –y dada la magnitud de la empresa– eran muchos más los que habían participado en ella.

Refiriéndose a este punto, Víctor A. Maldonado comienza por mencionar al personal consular existente en ese tiempo en Francia: “El Consulado de México, encabezado por Gilberto Bosques, contaba entre sus miembros al cónsul Aurelio Zepeda, al cónsul Edmundo González Roa, quien procedía del Consulado de México en Amberes; a Fernando Alatorre, José María Zapata, Eduardo Prado, Pedro Inzunza, Mauricio Fresco, Luis Lara Pardo, José Serrano, Margarita Asimans, Francisco Gutiérrez Ochoa y José Scher. A estos nombres se agregaban, con énfasis especial de afecto por quienes en su tiempo los trataron, los nombres de Fernando Gamboa y Susana, su esposa. Ambos sostuvieron en España la causa de la República y ya en Francia, fueron los primeros en recibir el cortejo de los vencidos. Con ellos, Susana atravesó por dos veces el Atlántico, encargada, por parte del Gobierno de México, del buen éxito de las expediciones del ‘Sinaia’ y del ‘Mexique’.”²²

Ahora bien, al margen del número de refugiados acogidos por uno y otro país ¿qué semejanzas y qué diferencias existían entre el caso chileno y el caso mexicano?

En lo principal: la notable amplitud, rapidez y decisión con que el general Cárdenas había puesto en práctica su política pro España Republicana.

Y cuando algunos de los miembros de su Gobierno habían hecho presente la conveniencia de que se efectuara algún tipo de selección o calificación previa para aceptar a estos refugiados, la respuesta de Cárdenas había sido concluyente: “A los que han luchado por el Gobierno legítimo de su país no se les puede ofender con un interrogatorio”.

Por cierto, a un número considerable de estos refugiados no había que pedirles identificación. Llegaban precedidos de justa fama o reconocimiento, y por fuerza ha de resultar asombrosa la variedad y categoría de sus títulos. Del libro *El exilio español en México*, recogemos estas precisiones documentales: “El éxodo que provocó la Guerra Civil Española fue enorme. Algunos calculan medio millón de exiliados. La mayor parte podían calificarse de intelectuales, que buscaron,

casi todos, los países americanos, en los cuales eran más fáciles las condiciones de su trabajo en virtud del vínculo común del idioma. Se dice que, por la frontera catalana huyeron “dos mil médicos, mil abogados, siete rectores de universidades, ciento cincuenta y seis catedráticos y doscientos treinta y cuatro escritores y periodistas [...]. A México se trasladaron seis rectores, cuarenta y cinco catedráticos de filosofía y letras e historia, treinta y seis de ciencias exactas, físicas y naturales, cincuenta y cinco de derecho, setenta de medicina, doce de farmacia, ciento cincuenta y uno de las diversas materias impartidas en los institutos, así como un número considerable de maestros, sin referirnos a gran parte de los poetas, escritores y artistas exiliados”.²³

Neruda llega, pues, a México, para encontrarse con otra España fuera de España, con una virtual República Española en el exilio, que se muestra cohesionada en lo esencial –aunque discrepante en muchos aspectos–, una comunidad que lucha por superar el drama vivido y que se esfuerza por prolongar en tierra americana una seria y fecunda labor, que esta vez tiene un carácter voluntariamente integrador, un recuperado y fecundo nexo de lo hispano y lo americano.

Un primer listado de los amigos españoles que Pablo y Delia reencuentran en México incluye necesariamente a José Bergamín, Miguel Prieto, León Felipe, José Herrera Petere, Juan Rejano, entre otros; a los que se irán agregando muchas otras figuras destacadas de las artes y las letras republicanas, a las que no hubo antes ocasión de conocer, pero con las cuales habrá ahora un acercamiento natural y progresivo.

Recordando estos días, en que los viejos y los nuevos amigos se reúnen, Neruda escribe:

“Llegaban a mi casa los españoles Wenceslao Roces, de Salamanca, y Constanza de la Mora, republicana, pariente del duque de Maura [...] y León Felipe, Juan Rejano, Moreno Villa, Herrera Petere, poetas; Miguel Prieto, Rodríguez Luna, pintores, todos españoles. Los italianos Vittorio Vidale, famoso por haber sido el comandante Carlos del 5º Regimiento, y Mario Montagnana, desterrados italianos, llenos de recuerdos, de asombrosas historias y de cultura siempre en movimiento. Por ahí andaba también Jacques Soustelle y Gilbert Medioni. Éstos eran los jefes gaullistas, representantes de Francia Libre. Además pululaban los exiliados voluntarios o forzosos de Centroamérica, guatemaltecos, salvadoreños, hondureños. Todo esto llenaba a México de un interés multinacional y a veces mi casa, vieja quinta del barrio de San Ángel, latía como si allí estuviera el corazón del mundo”.²⁴

Imposible resulta reseñar en poco espacio a la enorme actividad que caracteriza al México de estos días, las muchas iniciativas culturales que surgen, las muchas personalidades extranjeras que llegan para hacerse parte

de lo que aquí ocurre. En este contexto se produce el nacimiento y evolución de empresas e instituciones en que mexicanos y españoles aportan lo suyo para el desarrollo del país.

La fundación de la Editorial Séneca, por ejemplo, al cuidado de José Bergamín y secundado por Emilio Prados. La creación de numerosas instituciones de enseñanza, entre ellas el Colegio Madrid, el Instituto Luis Vives, la Academia Hispano-Mexicana y varias otras. La creación de la ya mencionada Casa de España –con Alfonso Reyes a la cabeza– que dará paso más adelante al Colegio de México en cuanto institución central de convergencia cultural hispano-mexicana.

Y entre las numerosas personalidades españolas –unas 500– que comienzan a hacer obra en México figuran nombres tan destacados como Joaquín Xirau, Agustín Millares, José Gaos, Emilio Prados, Adolfo Sánchez Vázquez, José y Francisco Giral, Pedro Carrasco, Blas Cabrera, Marcelo Santaló, Francisco Barnés, Rodolfo Halffter, Elvira Gascón, Bernardo Giner, Pedro Bosch, Rafael Méndez, Adolfo Salazar, Jesús Bal y Gay, Ramón Iglesia, y muchos otros.

Sin embargo, en medio de atmósfera tan auspiciosa, poco podrá sorprender a Neruda verificar que –tal como ha ocurrido en Chile– existe un sector que mira con recelo o disgusto o franca desaprobación la llegada a México de tal cantidad de refugiados.

Quien nos habla de este tema es Alfonso Sánchez Vázquez, cuando expresa:

“...estos españoles lograron rehacer sus vidas compartiendo las penurias de la mayoría de los mexicanos, pero también los aires de libertad y dignidad que, en su patria, no podrían respirar. La mirada comprensiva y generosa de que, por regla general, eran objeto en la calle y lugares de trabajo, tenía como excepción la mirada hostil, ofensiva, de los sectores más regresivos de la sociedad mexicana. Al atacar así, sobre todo desde la prensa, a los ‘refugiados rojos’ atacaban también a la política progresista revolucionaria del gobierno del General Cárdenas. Ahora bien, a lo largo de los años, la mirada de México –de sus sucesivos gobiernos y el pueblo mexicano– se mantuvo siempre limpia y solidaria. Nunca regateó su reconocimiento a la obra y la conducta con las que los exiliados respondían a la generosa acogida que les había brindado”.²⁵

Con la llegada de los refugiados a México se iba a imponer un necesario distingo entre los españoles “de antes” y los “de ahora”. Esta era una realidad que todo extranjero recién llegado –los Neruda, los Délano– necesitaban entender para no incurrir en algún tipo de error social o diplomático.

Con el término un tanto desdeñoso de “gachupín”, el pueblo mexicano había designado siempre al español llegado a sus tierras en plan de hacer fortuna a toda costa, para “hacerse la América”, a como diera lugar.

Estos otros inmigrantes que ahora venían llegando por oleadas cada vez más numerosas, hispanos eran y eran vehementes y gritones como los gachupines, pero, ¿eran o no eran sus iguales?

Con la autoridad que le da su conocimiento directo de esta situación, José Antonio Matesanz nos explica el trasfondo de aquellos y lo que los diferencia de estos otros:

“Los gachupines llegan con una mano delante y otra detrás a hacer “su” América, a enriquecerse, porque no saben desear otra cosa y porque tener dinero implica tener un lugar bajo el sol que todos reconocen y acatan. Los refugiados republicanos, en cambio, traen como consigna “no” hacer la América, o más exactamente hacerla de otro modo para diferenciarse todo lo posible de los gachupines. [...] Los gachupines en su gran mayoría fueron partidarios de Franco durante la guerra civil, y su apoyo a los rebeldes fue grande: les hicieron propaganda por todos los medios a su alcance y les dieron hombres, dinero. Los refugiados no tenían por qué interponerse frente a la actitud resentida y hostil hacia los gachupines, actitud tradicional en México y a mayor abundamiento reforzada por los agrupamientos de las facciones políticas durante el gobierno de Cárdenas”.²⁶

A este respecto es de interés el testimonio de una refugiada republicana, Pilar Villalba, que señala: “Alguien ha dicho que antes los españoles, los gachupines, cuando llegaban ponían en cada esquina una tienda de abarrotes, o sea, de ultramarinos, y desde que llegaron los refugiados, siempre nos hemos llamado así, en cada esquina había una librería”.

Generalizaciones aparte, el hecho es que los republicanos aceptan y adoptan de buen grado la denominación de “refugiados”, y desde esta condición –que habla de precariedad, peligro y cosa transitoria– se las arreglan para hacer obra inmediata, para crecer y progresar, insertándose sin demasiada fricción en la economía y en la sociedad mexicanas.

Muchos años más tarde, interrogado acerca de lo que significó el exilio español en México, Fernando Gamboa trazará en medidas palabras una síntesis de todo el proceso, señalando:

“Como se sabe, el pueblo mexicano tiene un nuevo sentido de la historia después de nuestra Revolución. Sabe que en medio de lo cruento y terrible que fue la Conquista, a partir de entonces México es un país mestizo, en el que la sangre española corre por sus venas y que la lengua y la sangre forman parte fundamental del mexicano. Al mismo tiempo, después del México independiente, la imagen de los españoles venidos aquí por situaciones económicas deformó el perfil de España, al ubicárseles como herederos de los encomenderos. Como

consecuencia, había mucha resistencia a lo español, si bien es cierto que la Revolución Mexicana, al tratar este punto nos dio bases de la identidad nacional, al determinar que el verdadero mexicano no es aquel que asume una postura indigenista, pero tampoco hispanista, sino que el mexicano es la mezcla de ambas culturas. Somos 'mexicanos' ya.

Fue una revelación que arrojados en nuestras playas, recibidos por el pueblo y gobierno de México, la totalidad de los españoles republicanos mostraran la imagen del verdadero pueblo español, completo. A México llegó un pueblo, no una parte de ese pueblo. Lo digo porque vinieron desde campesinos, obreros de distintas especialidades, artesanos, profesionistas, políticos, educadores, científicos, artistas, en suma, un pueblo, el pueblo completo, incluyendo mujeres que nunca habían venido; eventualmente venían artistas, hombres de negocios, no había turismo español que viniera. Es la primera vez que viene una masa. Y con las dificultades de todo destierro y con la esperanza puesta en la liberación de España, y con una gratitud fraternal hacia México se incorporaron, se arraigaron y decidieron hacer su vida aquí. Claro que todos tenían la esperanza de volver, pero las circunstancias históricas no lo permitieron, por ello se sumaron a nuestro pueblo, se integraron lealmente a México.

En poco tiempo, dentro de lo que es el tiempo de un pueblo, superaron con su esfuerzo y su lealtad, la oposición y resistencia que encontraron en ciertos sectores por su llegada.

Durante los primeros años recibieron toda clase de ofensas, se les llamaba los 'refugachos' y sin embargo, después los propios españoles de la antigua colonia los trataron fraternalmente y aun con admiración.

Algo muy bello que hay que acreditar a esta emigración, formada toda ella por hombres de bien, es que nunca hubo un hecho negativo; no se puede decir nada indebido de la conducta cívica de los españoles republicanos, nunca estuvieron vinculados con hechos delictuosos; es una emigración blanca, ni vagos ni vividores. Ahora bien, a eso hay que añadir y hay que afirmar que ha sido muy importante por todos los aspectos que han aportado a la vida de México en los últimos 40 años".²⁷

Para Neruda, ante la magnitud de las cifras y la calidad de los abogados, arquitectos, catedráticos, filósofos, médicos, científicos, historiadores y poetas y periodistas de la España republicana que han llegado a México; no ha podido dejar de ser motivo de pesadosa reflexión la pequeñez de la visión que se ha tenido en Chile, que ha impedido extender su "asilo contra la opresión" a un número mucho mayor de refugiados.

Pero ya se sabe: a duras penas se había conseguido llevar adelante la misión del "Winnipeg", y simplemente no se habían dado las condiciones políticas y

económicas que hubiesen permitido –como era el deseo de Neruda– continuar al menos con un segundo embarque esa tarea.

Pero todo esto es tiempo pasado.

En el presente, lo que rodea al recién llegado cónsul general es la compañía o cercanía de muchos de esos amigos españoles que en algún momento creyó no volver a ver jamás. Son los que junto a muchos mexicanos, varios chilenos, otros latinoamericanos y algunos amigos europeos comienzan a dar al departamento de la calle Revillagigedo una animación que supera a la que hubo en otro tiempo en Madrid, en el recordado departamento del barrio de Argüelles.

Entre los que aparecen de repente trayendo recuerdos del antiguo Madrid, hay incluso algún ex miembro de las Brigadas Internacionales –como el periodista checo de origen judío, Egon Erwin Kisch–, a quien Neruda vuelve a encontrar aquí huyendo del nazismo. Como tantos otros europeos de ascendencia judía, Kisch ha abandonado su patria y al cabo de una azarosa trayectoria ha llegado finalmente hasta México, luego de pasar por los Estados Unidos en donde no ha conseguido obtener la necesaria visa de residencia.

Ahora bien, si se presta atención a la lista de los nuevos y antiguos amigos mexicanos, de los chilenos y otros latinoamericanos –de los muchos conocidos y los muchos por conocer– habrá que concluir que los días mexicanos del poeta iban a estar saturados de una tremenda actividad social, política y literaria, dentro de la cual el cargo de Cónsul General añadirá no pocas preocupaciones adicionales.

En México, por lo demás, se pone definitivamente en evidencia un hecho curioso, tal vez, pero bastante comprensible: el poeta Pablo Neruda es varias veces más activo, más asediado y más popular que el cónsul Ricardo Reyes, aun en su nueva e importante categoría de Cónsul General.

Esa España que nos une

A los pocos días de haberse establecido en Ciudad de México, y en recuerdo y homenaje a los días de España, Neruda decide efectuar una comida que reúna a los intelectuales y artistas mexicanos que habían asistido al Congreso Internacional de Escritores Antifascistas efectuado en Valencia en 1937.

Los principales invitados son Octavio Paz y su mujer Elena Garro, conjuntamente con Juan de la Cabada y Silvestre Revueltas.

Recordemos que en 1937, y en su calidad de coorganizador del mencionado Congreso, había correspondido a Neruda la misión de cursar las invitaciones y coordinar la presencia de los escritores hispanoamericanos. Muchos no pudieron llegar, pero entre los representantes de México ahí estaban el joven Octavio Paz y sus compañeros, una delegación que llevaba a la España Republicana la solidaridad de los intelectuales y el pueblo mexicanos.

En sus memorias, Neruda hace una breve y apresurada referencia a ese primer encuentro con Octavio Paz: "Entre noruegos, italianos, argentinos, llegó de México el poeta Octavio Paz, después de mil aventuras de viaje. En cierto modo me sentía orgulloso de haberlo traído. Había publicado un solo libro que yo había recibido hacía dos meses y que me pareció contener un germen verdadero. Entonces nadie lo conocía".

Dígame de pasada que el libro a que se refiere Neruda es *Luna silvestre*, un poemario publicado en 1933, cuando Paz tenía 19 años, algo que no deja de ser curioso si se considera que también el primer libro de Neruda –*Crepusculario*– había visto la luz al cumplir éste sus 19 años.

Sin embargo no son meras coincidencias de fechas o una compartida adhesión a la poesía lo que une al chileno y al mexicano. A partir de este encuentro, se dará por entendido que ambos son buenos amigos, naturalmente hermanos por razones que son tanto ideológicas como literarias.

Al año siguiente de aquel encuentro en España, Octavio Paz había saludado en México la aparición de *España en el corazón* con unas palabras que reflejaban su fervor por la causa Republicana. Había escrito Paz:

“..en el corazón secreto de la madera, en el canto agrio y desgarrado de los panes, allí, en el mundo de lo real, de lo real hasta la desesperación, encontró la poesía a Pablo. A Pablo llamado poéticamente Neruda. Y su poesía no fue jamás un poema, un hermoso poema, sino un fluir vivo, vencedor, apasionado hasta hundirse en el fondo de la materia sonora y silenciosa; un fluir

espeso, impuro, como una gran y confusa corriente trágica... Poesía lunar y solar, del cielo, del subcielo y del sobrecielo. [...] Pablo Neruda, testigo y víctima del mundo y de sus fuerzas, conciencia del tiempo creador, es, también juez, juez y parte... y es juez justiciero, partidario de lo justo. Partidario de la vida, de España, contra la nada, contra la maldita caricatura que es el franquismo... sus palabras son las de la justicia divina. Que las oigan los que quieran... Que lo oiga España que ahora tiene a Pablo Neruda en el corazón".²⁸

Otro salto en el tiempo nos lleva a Ciudad de México –noviembre de 1939–, momento en que se produce una singular operación de rescate literario, en que estaban involucrados los poetas españoles del siglo XVII, la desaparecida revista madrileña *Cruz y Raya*, la revista mexicana *Taller* y un trinomio compuesto por José Bergamín, Pablo Neruda y Octavio Paz.

¿De qué manera se relacionan los unos y los otros y esta revista con aquella?

Ocurre que dentro de esa especie de trasvasije cultural que se estaba operando en México en esos momentos –debido a iniciativas conjuntas de intelectuales mexicanos y refugiados españoles– uno de sus resultados ha sido la idea de rescatar un proyecto que no había podido concretarse en España debido a la guerra civil.

La historia se remonta a los días en que José Bergamín había pedido a Neruda una selección antológica de poetas españoles del siglo XVII, con la intención de hacerla parte central de un próximo número de su revista *Cruz y Raya*.

Neruda cumple su tarea eligiendo poemas de Luis Martín, Sor Juana Inés de la Cruz, el conde Bernardino de Rebolledo, Juan de Tassis, Conde Villamediana y Cristobalina Fernández de Alarcón. Además, y a manera de presentación y homenaje a los poetas seleccionados, Neruda agrega un poema de su autoría, titulado "Discurso de la liras".

Desgraciadamente, y de manera similar a lo sucedido con la edición nonata de *Caballo Verde*, esta edición de *Cruz y Raya* nunca llegará a publicarse.

El final del episodio está resumido por el propio Octavio Paz, cuando señala: "Sabedor de que José Bergamín había logrado salvar el poema de Neruda y los otros textos, le pedí que me permitiese publicarlo en *Taller*. Accedió generosamente. En agosto del año siguiente llegó Neruda a México y aprobó la publicación de su poema".²⁹

Estos son los antecedentes que vinculan a Neruda con Octavio Paz. A ambos con Bergamín. A los españoles con los mexicanos. A Neruda con unos y otros. A todos con todos.

Ahora, en agosto de 1940, al producirse el reencuentro de Neruda y Paz, el poeta chileno tendrá que reconocer que su colega no es precisamente un desconocido. Es alguien a quien rodea un creciente prestigio, un hombre en quien se reconoce un rumbo y una personalidad que le señalan como figura promisoría de la intelectualidad mexicana. Habría que añadir que Octavio Paz, a la sazón con

27 años, es 10 años menor que Neruda, y aunque su interés continúa siendo la poesía, ya manifiesta un claro interés por la reflexión sociológica y literaria, por los grandes temas de la cultura contemporánea.

Decir que reina en México una efervescencia, un bullir y rebullir de entusiasmos, un enorme despliegue de actividad político-literaria es poco decir.

De especial interés para Neruda resultan las numerosas revistas que los exiliados han puesto en circulación. Entre ellas destaca *Romance*, una publicación que pudiera ser heredera de la extinta *Hora de España*. Fundada por Lorenzo Varela y Antonio Sánchez Barbudo, *Romance* ha publicado su primer número en febrero de este año, y cuenta con un selecto grupo de colaboradores españoles y mexicanos.

Al margen de lo literario, la guerra mundial es tema de primera plana.

Las terribles noticias que se filtran desde la España de Franco hablan de una sistemática política de exterminio de los republicanos en prisión. En calidad de documento de excepcional importancia, cabe reproducir aquí algunos párrafos del libro *El exilio español (1936-1978)*, de Julio Martín Casas y Pedro Carvajal Urquijo:

“A comienzos de los años cuarenta, buena parte del continente europeo quedaba en poder de las potencias del Eje. En España, la dictadura de Franco se vio con las manos libres para llevar a cabo una implacable represión sobre los vencidos: fusilamientos en masa, juicios sumarísimos, campos de concentración, batallones de castigo y graves condenas a la población considerada no afecta.

El Régimen [...] se aplicó a la tarea de limpiar la Patria de elementos indeseables que cometieron la felonía de apoyar o respetar la legalidad republicana. Desde Ginebra, la Comisión Internacional de Abogados denunciaría que, entre 1939 y 1943, el régimen franquista había ejecutado sin ninguna clase de garantías judiciales a cerca de doscientos mil españoles.

Se castigó con saña a militares, marinos, guardias civiles, guardias de asalto y carabineros, alcaldes y concejales, gobernadores civiles, diputados, líderes sindicales y militantes de partidos políticos, intelectuales, abogados, periodistas, catedráticos, educadores, maestros...

Los que se libraron del fusilamiento fueron enviados a cárceles, campos de concentración y batallones de trabajadores. Las cárceles se quedaron chicas ante los miles de cautivos. Se habilitaron cuarteles, monasterios, seminarios, castillos, donde, en penosas condiciones, murieron muchos represaliados, esperando el día de la libertad. [...]

Las delaciones, las denuncias contra los sospechosos de haber simpatizado con la República crearon un clima de terror y silencio. Las víctimas del exilio interior vivieron la marginación, con la amenaza de las ‘listas negras’ por la aplicación de la denominada ‘Ley de Responsabilidades Políticas’, que los consideraba ‘penalmente responsables de haber luchado con las fuerzas

republicanas o de haber simpatizado con ellas'. Fueron desposeídos de sus títulos académicos o profesionales, degradados en sus puestos, trasladados de destino y siempre dependientes de los certificados e informes de los gobernadores, civiles y militares, alcaldes y jefes provinciales del Movimiento, curas párrocos, falangistas y otros mandos. [...]

Muchas personas, antiguos combatientes, republicanos o conocidos como antifranquistas, acobardadas, se escondieron en los pueblos y en las ciudades, al resguardo de familiares y amigos, y algunos tardaron incluso años en atreverse a salir a la calle. Fueron los llamados 'topos'.

A la represión personal acompañaba la confiscación de toda clase de bienes para reponer las vacías arcas del gobierno de Franco. Bancos, cajas de ahorros, depósitos, inmuebles y propiedades de partidos políticos, sindicatos, asociaciones, fundaciones, empresas y particulares fueron requisados. También todos los objetos de valor: monedas y joyas de oro y plata, incluso las alianzas de matrimonio, divisas, obras de arte... Los que habían apostado por la legalidad se arruinaron al tener que esconder, quemar o tirar los billetes de la República'.³⁰

Cabe agregar que la maquinaria represiva organizada por Franco no solo actúa dentro de España sino que extiende su acción a Francia y otros países de Europa. Sus objetivos son, por una parte, hacer que vuelvan a España todos los ex combatientes de la República para ser juzgados y, por otra, forzar el regreso a España de los hijos de republicanos –en su inmensa mayoría huérfanos– que habían sido puestos a salvo de la guerra en Francia, Bélgica e Inglaterra.

Desperdigados por el mundo, los exiliados conforman la llamada "España Peregrina", y lo apropiado de esta denominación no solo reside en la compleja naturaleza de su desplazamiento –que no solo es físico, errante y penoso, sino también espiritual, doliente, a la búsqueda de una especie de tierra prometida que bien pudiera no existir– apropiado lo es también por el hecho de que son muchísimos los que deben ir de puerto en puerto, de ciudad en ciudad, en busca del lugar en que puedan volver a empezar.

Por ejemplo, no son pocos los refugiados republicanos que comienzan a llegar a tierra mexicana, después de haber intentado asentarse en República Dominicana o Cuba.

En parte porque las noticias que llegan desde México son muy favorables, y en parte porque no han logrado aclimatarse en aquellos países, el hecho es que se trasladan a México con la esperanza de hallar aquí mejores condiciones de vida y trabajo.

De entre todos los países que han ofrecido asilo a los republicanos, sorprendente es el caso de la República Dominicana, dominada por la siniestra figura del dictador Rafael Leonidas Trujillo. A este "caudillo" le ha parecido que el desesperado éxodo español podría aportar a la isla mano de obra barata,

especialmente en la agricultura, ayudándole de paso a “blanquear el país”, una de sus obsesiones de “estadista”, con las que busca diferenciar lo más posible al país de sus odiados vecinos haitianos.

Muy pocos son los republicanos que se quedan en un país que tanto recuerda a las prácticas de otras dictaduras fascistas, incluidas desapariciones, persecuciones y torturas. Muy expresivo a este respecto resulta el siguiente testimonio:

“A Santo Domingo llegó un grupo numeroso de exiliados que ya eran los últimos. Muchos eran comunistas que se habían quedado en la defensa de Madrid y luego tuvieron dificultades para salir. En cuanto llegaron a República Dominicana fueron dispersados por la isla. Algunos se dedicaron a la docencia, pero la mayoría fue a trabajar la tierra, que era lo que le interesaba a Trujillo. Los intelectuales que llegaron fueron pocos, en su mayoría profesores universitarios. Todos ellos se incorporaron a la cátedra en la Universidad Dominicana, pero inmediatamente fueron perseguidos por Trujillo, y entonces lo único que buscaron fue marcharse de allí”.³¹

Penosa resultará la vinculación de los republicanos españoles con la dictadura de Trujillo, incluyendo por cierto la desaparición del profesor Galíndez, demostración flagrante de los métodos usados por el dictador para acallar toda oposición o toda denuncia.

Todos estos hechos encuentran en México un eco mayor que en cualquier otro país del mundo, porque es aquí donde existe esta especie de prolongación en suelo americano de la República Española; los hombres, mujeres y niños que representan “la Otra Nueva España”, castigada gente que tiene mucho por qué llorar, gente que aunque se niegue a olvidar y mucho menos a perdonar, hace de esa experiencia lección de vida y sobrevida para enfrentar el futuro.

Vienen de un tiempo de guerra y continúan recibiendo los ecos y aflicciones de otras guerras que no pueden serle ajenas.

Que nadie podrá sustraerse al ambiente exasperado, violento y pasional de estos días, es algo que irá quedando en evidencia con el correr de los meses siguientes.

Desde Holanda: reclamos y reproches

En medio del entusiasmo y dinamismo con que Neruda está enfrentando los deberes de su nuevo cargo, una carta enviada desde Berlín por el embajador de Chile Tobías Barros le trae noticias de María Antonia Hagenaar, a la sazón enfrentando serios problemas de dinero en La Haya.

Ocurre que ya desde 1938 venían produciéndose dificultades para que ella recibiera las remesas que Neruda debía enviarle cada mes, una situación que había empeorado últimamente debido a los trastornos de todo tipo producidos por la guerra.

Buscando quien le ayude, encuentra apoyo en Tobías Barros, embajador de Chile en Alemania pero asimismo a cargo de los asuntos de Chile en Holanda, quien intermedia en forma amistosa en una situación que las contingencias de la guerra hacen muy difíciles.

Sensibilizado por los problemas de Maruca y con la mejor intención del mundo, Tobías Barros en carta enviada directamente a Neruda en agosto de 1940 le da cuenta de lo que ocurre.

El texto de la carta conservada en los Archivos de la Fundación Neruda es el siguiente:

“Distinguido amigo;

Sólo ahora que he recibido una carta de su Señora estoy en situación de contestar su apreciada del 9 de julio último.

Con la debida oportunidad remití a su Señora los dos cheques por cien dólares cada uno que Ud. me envió. Desgraciadamente su Señora ha debido devolvérmelos, después de haber hecho infructuosas gestiones para que le fueran pagados en Holanda. Me dice, en su carta que acabo de recibir, que la única manera que tiene de recibir el dinero del extranjero es por giro telegráfico en florines holandeses, dirigido al Nederlandsche Handelsmaatschappij en La Haya.

Eso es lo que me permito telegrafiar a Ud. con esta misma fecha. Le envío los cheques que Ud. me remitió y que resultan, por las circunstancias conocidas, incobrables tanto en Holanda como en Alemania, donde también intenté hacerlos pagar.

Lamento este contratiempo pero aprovecho gustoso la ocasión para decir a Ud. que estoy a sus órdenes en ésta y que, si consigo permiso para ir a Holanda en estos días, me haré un deber en pasar a saludar a su Señora y ofrecerme a sus mandados.

Muy afectuosamente lo saluda su atto. SS. y amigo
Tobías Barros

PS. Le adjunto una carta de su Señora”.

Después de que Neruda y Maruca habían separado caminos a fines de 1937, el único contacto del poeta con su ex esposa e hija ha sido la visita que les ha hecho en Holanda a fines de 1939 –antes de regresar a Chile concluida la operación “Winnipeg”–oportunidad en que el poeta habría expresado a Maruca su intención de continuar enviándole la mesada correspondiente, un episodio que la propia Maruca mencionará más adelante en una de sus cartas.

Pero para Neruda, sobrepasando el problema de reunir las mesadas y gestionar los envíos, lo que le está causando mayor encono y molestia es esa divulgación, esa intervención de terceros en una materia que solo compete a él y su ex esposa.

En lo principal, Neruda desea que Maruca deje de llamarlo “mi marido” y espera que ella acepte sin más ni más las circunstancias de la vida. Aunque no sea de derecho, están realmente separados –de hecho y de lecho– y sin posibilidad alguna de vuelta atrás. Es una situación de ruptura como tantas otras –millares de otras– en que cada cual debe asumir lo inevitable. Ya no hay amor ni intención de vida en común. Subsisten obligaciones que él no niega, pero, por favor, que deje de presentarse en embajadas y consulados aduciendo su condición de esposa –y no de ex esposa– para reclamar ayudas y hacer intervenir a todo el aparato diplomático chileno en algo que pertenece al dominio privado. ¿Y cómo queda Delia en todo esto, cuando se ventilan por todas partes los reclamos “de su esposa” desde Holanda?

En este aspecto Neruda siempre fue extremadamente celoso. Odia que existan terceros como espectadores de asuntos que no les conciernen, en especial los sentimentales. Y en este sentido, detesta el hecho de que distintos embajadores –primero Tobías Barros y luego Morla Lynch– envíen comunicados a la Cancillería en Santiago para que sean re-expedidos a México, generando amplio conocimiento de lo que ocurre y deja de ocurrir entre él y su ex-mujer.

Pero en este razonamiento existe una grieta.

Neruda está pagando y pagará muy caro la ligereza con que ha creído factible un corte radical en esta unión.

Desde el punto de vista de María Antonia, continúan casados, y su única arma para gestionar los envíos de dinero es hacer valer su desvalimiento, la necesidad de velar por su hija enferma, y está obligada a forzar las situaciones porque, en verdad, su condición es aflictiva. Y si alguien pudiera objetar que

está en su patria, entre los suyos, habría que reconocer que el auxilio que pudiera tener de parientes y amigos no ha de ser muy efectivo, dadas las condiciones de penuria generalizada que derivan de la guerra y la ocupación nazi en Holanda.

Respecto de las reclamaciones que hace María Antonia debido a atrasos en los envíos de dinero, en calidad de curiosa pieza documental existe una carta conservada en los Archivos de la Fundación Neruda que plantea varias interrogantes dignas de consideración.

Se trata de una carta manuscrita de fecha 18-11-38, escrita en inglés, sin la firma de Maruca y en una caligrafía que no es la suya, hecho fácilmente cotejable con las cartas facsimilares que se reproducen en el libro "Neruda: Retrato de familia", de Bernardo Reyes.

No ha de ser una carta apócrifa, por cierto, ya que el texto se refiere, obviamente, a ella y a Malva Marina, pero lo primero que llama la atención es el uso del idioma inglés, siendo que todas las cartas Maruca-Familia Reyes que se conocen hasta ahora –en particular las escritas en Santiago entre 1932 y 1937– la muestran con un buen manejo del castellano y del habla coloquial chilena. Por ejemplo, escribiendo a la "mamadre" a Temuco en 1937, María Antonia le expresa: "Mi único deseo es que Ud. se mejore muy prontito".

Pero detrás de esta carta de 1938 y su curioso texto parece existir lo que se denomina "mano mora", esto es: un anónimo secretario y co-redactor, alguien que escribe en inglés y que tomando la defensa y representación de Maruca se encarga de decir, exponer y reprochar al poeta todo lo que ella sufre en estos días por la demora en las remesas y el recorte en los montos. En el proceso, obviamente, puede deslizar sus propios juicios y cargar el acento acusador.

Estas consideraciones no invalidan, por cierto, la naturaleza de los cargos, y lo único que se podría aducir es que Neruda estuvo marginado del servicio consular entre fines de 1936 y marzo de 1939, cosa que en parte explica sus dificultades en cumplir con sus obligaciones.

Pero en esta carta en particular –con su duro tono recriminatorio– no hay cómo interpretar en forma satisfactoria algunos aspectos.

Por ejemplo, la carta comienza con un saludo aparentemente injurioso: *Dear pig*, pero termina con las siguientes líneas: *Malvita sends many kisses to her daddy and love. And so do I, yours.* y firma *Pig*, con subrayado.

Finalmente, a manera de PS., una línea en que Maruca se identifica a sí misma como *Pig*. Dice textualmente:

Herewith a photograph of this Pig, taken in summer (August) in Seheveningen. Did you receive the 2 post cards?

Las perplejidades son obvias. ¿Por qué la carta está dirigida a un "Pig" y firmada por una *Pig* que confirma esa identidad al acompañar la carta con una foto "de esta "Pig" tomada en el reciente verano?

Una posible respuesta –del todo conjetural– es que corresponde a una especie de rudo, burlón o ácido tratamiento entre cónyuges, remanente de algún antiguo apelativo que él –juega jugando, sin querer queriendo– habría aplicado a su mujer, quizá por grande, corpulenta y de gran comer.

A este respecto surge algo que cuenta Virginia Vidal en un artículo publicado en los *Cuadernos de la Fundación Pablo Neruda*. Después de citar varios testimonios de amigos del poeta que respondían a la pregunta: ¿Cómo era Maruca?, se recoge la opinión del propio Neruda, que se expresa en tono de jocosos lamento:

“Era una mujer enorme. Necesitaba comer mucho. A veces, en Madrid, no teníamos sino una lata de sardinas y ella comía con ganas y yo me quedaba mirando”.

Entonces, queda en duda si Maruca deseaba en realidad ofender a Neruda con ese *Dear Pig*, o si tal tratamiento era en son de chanza –un chiste privado entre amargo y burlón– que queda explicado con esa firma y línea final que hacían de ella misma partícipe de la familia *Pig*.

Por último, no concuerda una posible intención injuriosa con un párrafo de esta carta en que, en tono amistoso e interesada en su trabajo Maruca le habla de temas literarios, acusa recibo del envío de un número de *Aurora de Chile* y le cuenta que le ha despachado por correo marítimo algunos artículos que ella ha traducido y “que pueden ser interesantes para ti o tu revista”.

Al margen de estas disquisiciones y descontando lo incisivo de los reproches financieros, lo que queda en pie es el valor informativo de esta carta en lo que concierne a Malva Marina. A la fecha en que se escribe la niña cuenta con 4 años y tres meses de edad y está al cuidado de una familia que se ocupa de ella mientras Maruca trabaja en un mísero empleo que –según manifiesta– no alcanza a cubrir lo que debe pagar por el alojamiento y mantención de la hija. Precisamente, una de las más perentorias razones que Maruca hace notar en esta carta es su deseo de cumplir con esta familia, ya que considera que trata muy bien a la criatura y que difícilmente encontraría quien les reemplazara si es que decidieran no seguir atendiéndola por demoras en los pagos, una posibilidad que ella contempla con pavor.

Respecto del estado de salud de Malva Marina escribe unas pocas pero decidoras líneas. Traduzcamos:

“Malvita sigue estando muy bien, se mueve por el piso empujando sus piernas y alzándose con sus brazos. Se está poniendo muy gorda, incluso sus piernas, y se ve más fuerte que nunca. Ella habla tan adorablemente en holandés, hace su pipí y c... en una bacinica (*pot de chambre* en el original), la cual pide cuando siente necesidad y es tremendamente traviesa, un magnífico signo de progreso”.

Y en otro párrafo, una breve referencia a sí misma: "Existe ya tanto dolor en este mundo y yo estoy tan angustiada con todas las cosas, que estoy perdiendo todo mi cabello de nuevo; la peluquera quedó asustada con esto pero me dijo que nada se puede hacer al respecto".

Volviendo al tema de la carta de Barros y la imposibilidad de cobrar los cheques, Neruda toma las medidas del caso y algún tiempo después recibe por intermedio de la Embajada de Chile en México la transcripción de un telegrama que dice:

"Para Cónsul Reyes.-

Tres remesas venida Suiza enviadas inmediatamente a su esposa.- Ella me ha encargado rogarle el envío de una remesa atrasada necesita indispensablemente para la satisfacción de obligaciones contraídas.- Agradeceré una respuesta. Barros".

Para Neruda, está quedando claramente demostrado que ha sido un error pensar que solo con estar separado de hecho de Maruca y cumplir con las mesadas podían darse las condiciones para llevar adelante sin problemas su relación con Delia.

Muchos lo hacen, no hay duda, pero Neruda es figura pública, tiene una representación diplomática, hay ojos que escrutan su vida privada y comunicados oficiales que la ponen en evidencia.

Ahí está, por ejemplo, este nuevo telegrama que vuelve a hacer mención a "su esposa", un hecho que Delia debe resentir tanto o más que el mismo poeta.

Y por ahí queda rondando la incómoda certeza de que hay algo que Pablo y Delia han venido soslayando, un serio problema que deberá ser enfrentado y solucionado a la brevedad posible.

Estos escasos y valientes libros...

Dando inicio a lo que será una intensa actividad, los dos flamantes cónsules de Chile en Ciudad de México deben consagrarse no solo a las funciones propiamente consulares sino también a actividades paralelas de tipo cultural.

La tarea que les roba mayor tiempo y dedicación en este momento es la de habilitar la Biblioteca de Autores Chilenos adjunta al Consulado, que Neruda se empeña en dejar inaugurada como parte de los actos conmemorativos del día de la Independencia Nacional.

La misión se cumple dentro del escaso tiempo disponible, y el 17 de septiembre de 1940 se inaugura la biblioteca en un acto que –cosa notable– convoca a numerosas personalidades y que recibe inusual cobertura de prensa.

Reseñando lo ocurrido en esta inauguración, el diario *Excélsior* titula: “Fue inaugurada ayer la Biblioteca de Autores Chilenos con emotivo acto. Bellos discursos del embajador Hidalgo Plaza y del Cónsul Neruda”. En la nota se señala que a la ceremonia asistieron el Director de la Biblioteca Nacional de México, Aurelio Manrique, y un buen número de artistas y escritores, entre los cuales menciona a Carlos Pellicer, Rafael Heliodoro Valle, Octavio Paz, León Felipe, Jorge García Granados, María Izquierdo, Luis Gómez Luna y Vicente Sáenz.

Para los invitados mexicanos y españoles que asisten a la inauguración no deja de ser sorprendente esta iniciativa, que introduce un factor novedoso de extensión cultural en la labor del Consulado de Chile.

Admirable idea, por cierto, pero, ¿será posible que cada consulado cuente con su pequeña biblioteca adjunta en un futuro próximo?

Tan pequeña no es, por lo demás, la que acaba de inaugurarse, ya que cuenta con más de 500 títulos, seleccionados con la intención de reflejar un panorama coherente de la literatura chilena.

Interrogado por el periodista de *Excélsior* sobre el fondo bibliográfico con que cuenta esta biblioteca, Neruda expresa que aquí están incluidos :

“...desde los cronistas chilenos de la época colonial, hasta los poetas que representan la épica chilena –Ercilla, Pedro de Oña, hasta los insignes, como Vicuña Mackenna y luego el maestro de todos, el gran don José Toribio Medina, cuya obra bibliográfica es la máxima, la inigualada de nuestros cuatro siglos de cultura hispánica– y los modernos como Lillo, Pedro Prado, Gabriela Mistral, Donoso y Eduardo Barrios”.

Aparte del significado intrínseco de estos libros, lo que llama la atención aquí es el rol de entusiasta bibliófilo y espontáneo bibliotecario con que Neruda ha organizado esta colección, y la obligada lectura, relectura y revisión que ha debido hacer de cada uno de estos textos con los ojos puestos en sus propósitos de dar a conocer en México la identidad histórica, geográfica y literaria de Chile.

Se trata de objetivos que se hallan muy presentes, por lo demás, en su pensamiento y acción, puesto que son del todo coincidentes con esa gran tarea literaria que se ha impuesto a través de su proyectado *Canto General de Chile*.

En suma: empeñado como está en este plan de divulgación y exaltación de lo chileno, el poeta ha estado nutriendo –consciente o inconscientemente– su proximidad afectiva con esa patria de la cual ha vuelto a alejarse, y a la cual le está debiendo ese poemario que por el momento no ha pasado de sus primeros seis u ocho poemas.

Nostalgia es mucho más que una palabra para poetas, diplomáticos y exiliados. Desde esas tres situaciones o condiciones –desde esas tres circunstancias de vida– Neruda tuvo tres veces nostalgia de Chile en sus andanzas por los caminos del mundo, y la suma de esas tres veces acumuladas nostalgias dio a su poesía mucho más que una cifra: dio una cosecha inigualada de fervor, elogio y cariño por la patria.

Parte de estos sentimientos se refleja en el pequeño discurso con que el poeta hace entrega de estos libros:

“Al dejar en libertad entre manos mexicanas este pequeño extracto de nuestro territorio literario, cumplo más que una designación personal, una especie de mandato marítimo, un encargo especial de las olas de la interminable costa de mi patria. Esto es, una gota salada, fuerte y fosfórica de la combatiente inteligencia de los chilenos. No es el azar, es el destino duro de nuestros hombres el que levanta como nuestro origen en el cielo de la poesía universal la simetría ardiente de *La Araucana* entre las espigas de la selva y la sangre de una raza nunca domada.

Estos escasos y valientes libros que han atravesado el mar no son, al abrirse en esta fecha, símbolo alguno de participación viva y quemante de nuestra solitaria naturaleza. Los chilenos no gustamos de hacer ofrecimientos ceremoniales, sino entregar de manera definitiva y decidida la dureza o la ternura que guardamos.

Dureza y ternura son en su mayoría estos libros, testimonio tal vez de un pueblo que a través de su vida difícil sostiene, prodigiosamente levantada sobre el combate como una clara copa de vino y de rocío, una capacidad cordial muy verdadera y resistente”.

Ahora bien, ¿cómo habrá hecho Neruda para reunir estos libros?

Es la pregunta obvia que han debido hacerse todos aquellos que saben que nada cae del alto cielo, a no ser lluvias y rayos.

En oficio de fecha 27 de septiembre el Cónsul General envía a Santiago un detallado informe de la inauguración de la biblioteca en que expresa: "Señor Ministro: Antes de partir a hacerme cargo de mi puesto, me permití informar al Ministerio acerca de mi propósito de crear, tan pronto llegara a México, una Biblioteca Chilena Pública, con el objeto de extender nuestra cultura histórica y literaria hacia los sectores intelectuales, estudiantiles mexicanos y al público en general. Con profunda satisfacción puedo informar a US. que esta iniciativa es hoy una realidad en marcha".

Después de describir la ceremonia inaugural, el informe señala: "Los asistentes examinaron los libros interesándose vivamente por la cultura, los autores y la industria editorial chilena, y elogiaron también el hecho de que la biblioteca se encuentra adornada con grandes ampliaciones fotográficas de escritores y políticos chilenos, como Pérez Rosales, Camilo Henríquez, José Toribio Medina, Alberto Blest Gana, José Miguel Carrera, Bernardo O'Higgins, Diego Barros Arana, José Manuel Balmaceda, Miguel Luis Amunátegui, el Abate Molina, etc. Causó también interés un pequeño muestrario de artes populares chilenas, compuesto de objetos de greda, crin, metal, exhibidos dentro de una vitrina de cristal".

Más adelante hace referencia al fondo bibliográfico con que se cuenta, diciendo: "Debo manifestar a US. que esta biblioteca, compuesta aproximadamente por 700 libros, ha sido formada por el Cónsul General que suscribe sin ayuda oficial alguna, y contando con la cooperación de la Universidad de Chile y de las editoriales Nascimento, Zig-Zag, Cultura y Letras, quienes cedieron la mayor parte de los libros chilenos que han publicado. Cuanto el Ministerio pudiera hacer en el sentido de contribuir con nuevos libros para la Biblioteca Pública Chilena, sería una obra de verdadera utilidad para nuestra propaganda y el establecimiento de relaciones con el pueblo mexicano".

Ya puede ir tomando nota la Cancillería chilena de que el nuevo Cónsul General en México se propone grandes tareas. Y de esta manera queda configurado, en el más breve plazo, el estilo y dinámica que el nuevo Cónsul General quiere imprimir a su gestión.

Hola y adiós a Silvestre Revueltas

A la lista de nuevos amigos mexicanos de Neruda no tarda en incorporarse un notable personaje, en quien el poeta chileno reconoce de inmediato a uno de los suyos.

Debido a esas secretas razones que a la razón escapan, este personaje tenía una cierta urgencia por acercarse al muy ocupado cónsul de Chile, no para pedirle una visa o cosa parecida sino para entenderse con él de mexicano a chileno. Es decir, para hermanarse.

El primer encuentro se produce en forma por demás singular:

“Una tarde –cuenta Neruda– al regresar de mis trabajos, encontré a un desconocido sentado en la sala de mi casa, en la ciudad de México. Yo no le veía claramente la cara porque se había puesto uno de mis sombreros de paja, pequeño y multicolor, comprado en la Feria. Debajo de sus alas una melena profusa y entrecana protegía su robusto cuello. Más abajo, venían unos hombros de coloso y un traje desaliñado. Junto a él había varias botellas de mi precioso vino chileno, estrictamente vacías.

Se trataba del más grande, más original y poderoso compositor de México: Silvestre Revueltas.

Me senté frente a él y de pronto levantó su cabeza de minotauro. Apenas abrió los ojos, me dijo:

–Tráeme otra botella. Hace ya varias horas que te espero. Se me ocurrió pensar esta mañana que puedo morirme un día de éstos sin haberte conocido. Por eso estoy aquí. Es malo que los hermanos no se conozcan.

Era fantástico, pletórico y pueril. Era el gigante genial de la música de México.

Tres días y tres noches se pasó en mi casa. Yo salía a mis quehaceres y volvía a encontrarlo sentado esperándome en el mismo sillón”.³²

Nada en esta conducta podía resultar complicado, chocante o irregular para Neruda, que se siente viviendo otra vez el clima del Madrid de la pre guerra –o antes, el de Buenos Aires– un clima distendido, nada fijado en protocolos o formalidades, una situación que vuelve a convertirlo en anfitrión acostumbrado a hacer de su casa punto de convergencia natural de músicos, poetas y locos.

Este músico genial que acaba de conocer... ¡qué bien se entendería con Acario Cotapos! ¡Qué ganas de empezar desde ya a tirar líneas para reunir aquí a todos los dispersos!

Ay, si pudiera existir una República Estrambótica en que tuvieran ciudadanía todos los alegres, extravagantes y espirituosos personajes que Neruda ha conocido en sus viajes por el mundo: Alberto Rojas Jiménez, Álvaro Hinojosa, Omar Vignole, Oliverio Gironde, Acario Cotapos, Federico García Lorca, Rafael Alberti y ahora, aquí en México... ¿cuántos hay?, ¿cuántos habrá por conocer como este Silvestre Revueltas que se le aparece de repente con toda la exuberancia y espontaneidad del carácter mexicano?

No deja de ser impresionante que aquella prisa de Silvestre por conocer a Neruda se demuestre plenamente justificada –premonitoria y agorera–, ya que muy poco tiempo después se produce efectivamente la muerte del gran compositor, el 5 de octubre de 1940.

Uno de sus hermanos –José Revueltas– se encargará de contar a Neruda el acelerado proceso de su enfermedad y muerte:

“Me contó que se había agravado en los últimos días –refiere el poeta– y que poco antes de morir había pedido que colgaran en la pared, frente a su lecho, el sombrerito de paja que se llevó aquella vez. Al día siguiente lo enterramos. Yo leí mi ‘Oratorio menor’, dedicado a su memoria. Nunca un muerto me había oído con más cuidado. Porque mi poema lo sacaba de las circunstancias y del territorio para darle la verdadera dimensión continental que le correspondía”.

Con Silvestre Revueltas la muerte se lleva a otro de esos personajes en que Neruda reconocía genialidad de vida y obra, de genio y figura, un comportamiento, una combinación de desenvoltura y libertad que marcha a parejas con un talento que se manifiesta sin pose y sin presunción.

Según algunos testimonios, al funeral del gran músico Neruda llegó con retraso, pero con tiempo suficiente para alzar la tapa del ataúd y estampar un beso en la frente del difunto.

Tal como ha ocurrido antes con Alberto Rojas Jiménez, la magnitud de esta pérdida lleva a Neruda a componer en breve tiempo una elegía en que la personalidad del músico sobrepasa sin esfuerzo las fronteras de su patria mexicana para integrarse con una gran “coda” sinfónica a la gran patria americana.

Desprovisto, empero, de la imaginería surreal que impregnaba el poema “Alberto Rojas Jiménez viene volando”, este tributo a Silvestre Revueltas es transparente, simple, emotivo y cumple a cabalidad la intención elegíaca con que ha sido escrito:

*Cuando un hombre como Silvestre Revueltas
vuelve definitivamente a la tierra,
hay un rumor, una ola
de voz y llanto que prepara y propaga su partida.
Las pequeñas raíces dicen a los cereales: “Murió Silvestre”,*

*y el trigo ondula su nombre en las laderas
y luego el pan lo sabe.
Todos los árboles de América ya lo saben
y también las flores heladas de nuestra región ártica.*

*Las gotas de agua lo transmiten,
los ríos indomables de la
Araucanía ya saben la noticia.*

*De ventisquero a lago, de lago a planta,
de planta a fuego, de fuego a humo:
todo lo que arde, canta, florece, baila y revive,
todo lo permanente, alto y profundo de nuestra América
lo acogen;
pianos y pájaros, sueños y sonidos, la red palpitante
que une en el aire todos nuestros climas,
tiembla y traslada el coro funeral.
Silvestre ha muerto, Silvestre ha entrado en su música total,
en su silencio sonoro.*

*Hijo de la tierra, niño de la tierra, desde hoy entras en el
tiempo.
Desde hoy tu nombre lleno de música volará cuando se
toque tu patria, como desde una campana,
con un sonido nunca oído, con el sonido de lo que
fuiste, hermano.
Tu corazón de catedral nos cubre en este instante como el firmamento
y tu canto grande y grandioso, tu ternura volcánica,
llena toda la altura como una estatua ardiendo.
Por qué has derramado la vida? Por qué
has vertido
en cada copa tu sangre? Por qué
has buscado
como un ángel ciego, golpeándose contra las puertas oscuras?*

Una enorme cantidad de amigos y representantes de todas las áreas de la cultura mexicana acompañan a Revueltas en su viaje final, y en los discursos fúnebres se hace oír la voz de destacadas personalidades, entre las cuales se cuentan Adalberto García de Mendoza, Manuel M. Ponce, Gregorio Cordero, el músico Carlos Chávez, José Revueltas, el hermano de Silvestre; y José Bergamín, entre otros.

El poema "A Silvestre Revueltas en su muerte", leído por Neruda el día del sepelio, aparecerá más tarde como parte del *Canto General*, en cuyas páginas hallará buena compañía al lado de los poemas dedicados a Miguel Otero Silva, Rafael Alberti, González Carbalho y Miguel Hernández.

La parte final del poema integra a Silvestre Revueltas al plano universal, y lo deja instalado, con convencido acento, en la amplitud sin fronteras del planeta:

*En este día solemne de despedida eres tú el despedido,
pero tú ya no oyes,
tu noble frente falta y es como si faltara
un gran árbol en medio de la casa del hombre. [...]
Reposa, hermano, el día tuyo ha terminado,
con tu alma dulce y poderosa lo llenaste
de luz más alta que la luz del día
y de un sonido azul como la voz del cielo.
Tu hermano y tus amigos me han pedido
que repita tu nombre en el aire de América,
que lo conozca el toro de la pampa, y la nieve,
que lo arrebate el mar, que lo discuta el viento.*

*Ahora son las estrellas de América tu patria
y desde hoy tu casa sin puertas es la Tierra.*

Los tres grandes muralistas

Aunque la relación de Neruda con la literatura y los literatos mexicanos tendrá desde el comienzo un cierto carácter controversial, nada hay en ello que pueda sorprender a nadie –y mucho menos a los propios mexicanos– puesto que lo habitual en el México de estos días es la polémica, la discusión de lo grande y lo menudo, un permanente cuestionamiento de teorías y doctrinas; una actitud a la que todos contribuyen con entusiasmo: músicos, poetas, pintores, críticos y periodistas.

Si a esto se suma la parte ideológica –derechas e izquierdas fraccionadas a su vez en corrientes más o menos irreconciliables– se verá cuán amplio era el espacio que se abría a la controversia y la polémica.

Recién llegado a México, es la pintura mexicana la que se gana la admiración sin reservas de Neruda, y poco tarda en iniciar una sólida amistad con los tres máximos representantes del muralismo mexicano –Diego Rivera, David Alfaro Siqueiros y Clemente Orozco– figuras de renombre internacional y con una obra tan vasta como poderosa y original.

A Rivera era inevitable encontrarlo rápidamente, dondequiera hubiese acción política, artística, social o noticiosa. Orozco, por su parte, era de naturaleza y trato más reservado y, en cierto sentido, la antítesis de Rivera. En su caso Neruda se empeña en buscarlo y conocerlo y se forma de él la más alta opinión. Por contraste, la amistad del Cónsul de Chile con Siqueiros –que estaba en prisión cuando Neruda llega a México– se iniciará algo más tarde y en relación con un pedido de ayuda que éste le hace llegar, y de lo cual ya trataremos más adelante.

Por cierto que existían otras figuras de relieve en la plástica mexicana, como Roberto Montenegro, Fermín Revueltas, Juan Charlot, Fernando Leal, Rodríguez Lozano y Xavier Guerrero, entre otros.

Muchos de los grandes pintores mexicanos de esa época eran personalidades de gran temperamento, incluso hombres de armas tomar. Enfrentados en interminables querellas estéticas, políticas y coyunturales o bien enzarzados en simples disputas personales, sus actividades tendían a llegar más fácilmente a la página de la crónica roja de los diarios que a las páginas de las revistas artísticas y culturales.

Neruda cuenta el caso de una tremenda polémica pública entre Rivera y Siqueiros, que después de dejarlos agotados y prácticamente sin argumentos para definir un vencedor, ambos deciden acudir a otro tipo de argumentos

más sonoros y contundentes: "...sacaron grandes pistolas –anota Neruda– y dispararon casi al mismo tiempo, pero contra las alas de los ángeles de yeso del techo del teatro. Cuando las pesadas plumas de yeso comenzaron a caer sobre las cabezas de los espectadores, éstos fueron abandonando el teatro y aquella discusión terminó con un fuerte olor a pólvora y una sala vacía".

En la persona de Rivera, Neruda se encontraría con un personaje que era dos veces grande –inmensamente grande, inmensamente mexicano– un hombre que, de no haber existido, hubiese sido obligatorio y necesario inventarlo, para honra y memoria de la creatividad latinoamericana.

Diego Rivera comenzaba por ser un gran pintor –un creador desmesurado y genial– y luego, sin mayor esfuerzo, se dedicaba a vivir de una manera tal, con tanto desparramo de desinhibida vitalidad, con tanto añadido de improvisación y desparpajo que iba acumulando anécdota y cuento y chascarro e invención hasta llegar al punto en que más que una biografía, lo que correspondía escribir de él era una mitología.

Para ir facilitando y adelantando esta tarea, él mismo se dedicaba a fantasear y deformar la verdad, inventaba historias en las que inevitablemente era protagonista o antagonista de quien fuera y como fuera.

Algunos rasgos de ese carácter logra rescatar Neruda en sus memorias, cuando escribe:

"Diego Rivera había ya trabajado tanto por esos años y se había peleado tanto con todos, que ya el pintor gigantón pertenecía a la fábula. Al mirarlo, me pareció extraño no descubrirle colas con escamas, o patas con pezuña.

Siempre fue invencionero Diego Rivera. Antes de la primera guerra mundial había publicado Ilya Ehreburg, en París, un libro sobre sus hazañas y mistificaciones: *Vida y andanzas de Julio Jurenito*.

Treinta años después, Diego Rivera seguía siendo gran maestro de la pintura y de la fabulación. Aconsejaba comer carne humana como dieta higiénica y de grandes gourmets. Daba receta para cocinar a gente de todas las edades. Otras veces se empeñaba en teorizar sobre el amor lesbiano sosteniendo que esta relación era la única normal, según lo probaban los vestigios históricos más remotos encontrados en excavaciones que él mismo había dirigido. [...]

A veces me conversaba por horas moviendo sus capotudos ojos indios y me daba a conocer su origen judío. Otras veces, olvidando la conversación anterior, me juraba que él era el padre del general Rommel, pero que esta confidencia debía quedar muy en secreto porque su revelación podría tener serias consecuencias internacionales.

Su tono de persuasión extraordinario y su calmosa manera de dar los detalles más ínfimos e inesperados de sus mentiras, hacían de él un charlatán maravilloso, cuyo encanto nadie que lo conoció puede olvidar jamás".³³

A Neruda, que admiraba a los tres muralistas, le resultaba difícil evitar que sus rivalidades personales interfirieran con la amistad que les profesaba, juntos o por separado.

Es con Rivera, sin embargo, con quien establece una relación más próxima, de mayor empatía.

Para celebrar su indudable genio pictórico y su increíble ingenio fabulador, Neruda le reservaba un título que ningún otro –ni siquiera el proteico Acario Cotapos– podía disputar, le llamaba: “El Invencionero”, un título que le venía de ser “el más fabuloso de los mentirosos” que jamás hubiera conocido.

Tal vez la literatura latinoamericana perdió en aquellos años su primer García Márquez –o su primer Álvaro Mutis– en la persona del malogrado escritor Diego Rivera; al tiempo que el arte mexicano acaparaba al gran Diego Rivera, el pintor, sin dejarle ni tiempo ni vida para trasladar a la página impresa su inagotable repertorio de historias, la mayor parte de ellas destinadas a crear una especie de fabulario autobiográfico, en la que le correspondía asumir las más cambiantes e insólitas identidades en las más extravagantes situaciones.

Un joven y promisorio pintor chileno –Julio Escámez– gran amigo de Neruda y residente en México por esos años, tuvo amplia ocasión de conocer a los tres muralistas y pudo observar de cerca sus diferentes personalidades.

Su visión de Siqueiros, por ejemplo, apunta al hombre voluntarioso, vehementemente, de humor cambiante, en que resalta su carácter teatral y exhibicionista: “Era un personaje histriónico –señala Escámez–. Le gustaba hacerse notar. Escribió un libro que se llama *Cómo pintar un mural* en que él mismo aparece fotografiado como un modelo lleno de gestos terribles. Le complacía autorretratarse. Hay una imagen suya que no me agrada porque me parece de un sensacionalismo superficial. Se llama ‘El coronelazo’. Siqueiros no era un tipo fácil de tratar aunque tan frecuentes como sus furias eran sus estallidos de afecto y generosidad”.³⁴

Esa faceta histriónica de Siqueiros queda muy bien reflejada en aquella anécdota contada por José Ricardo Morales, que al recordar la participación de Siqueiros en la Guerra Civil Española, como voluntario en las Brigadas Internacionales –había llegado a ser comandante de un batallón llamado “Latinoamericano”– narra la sorpresa de sus compañeros brigadistas cuando Siqueiros se les aparece una mañana muy gallardo y orgulloso, vistiendo un espléndido uniforme de gala –diseñado por él mismo– que justifica diciendo simplemente: “Con uniformes como los que ustedes llevan no se puede ganar una guerra”.

Por contraste, Clemente Orozco aparece en los recuerdos de Escámez como un genio huraño, altivo, intransigente; muy poco dispuesto a dejarse atrapar por el mercantilismo, el oportunismo o el cortejo de los snobs.

"Neruda sentía por Orozco una admiración incondicional —señala Escámez—. Lo llamaba "El Goya Mexicano". Orozco nunca quiso ser parte de una trilogía. Decía que Siqueiros era vacío y grandilocuente y sentía un odio irracional por Rivera. En las diatribas en su contra decía que Rivera era un pintor mimado por el estado burgués, succionado por la oligarquía que le encargaba retratos. Lo cierto es que Rivera no le hacía asco a pintar la fisonomía de los millonarios.

Orozco no ganaba mucho dinero. No era rico como sus rivales. No promocionaba su pintura en medios que rechazaba. [...] Rechazaba cualquier acercamiento a los muralistas exitosos. Había perdido una mano y Neruda lo llamaba "Este titán manco".

Desde otra perspectiva, de gran interés resulta la visión crítica de dos franceses, uno de ellos director en estos mismos años del Institut Français d'Amérique Latine en México.

En el atractivo y bien documentado libro que Jean y André Camp dedican a México, aparece un breve aunque sustancioso apartado relativo a los tres muralistas, un texto en el que debemos agradecer la síntesis elegante, informativa y desprovista de superfluos tecnicismos.

Al examinar la trayectoria y obra de Diego Rivera expresan:

"Ciertamente Rivera no era en sus comienzos un pintor accesible a todos. Cuando después de catorce años de estudios en Europa y principalmente en Montparnasse volvió a México en 1921, rompió con la tradición mediocre y, lleno de las sugerencias del arte del pueblo, pintó sobre los muros de innumerables edificios públicos una nueva imagen de México. He aquí, por la primera vez, una pintura nacional que glorificaba, en fin, al México más desdeñado, al México primitivo de los indígenas. Rivera había digerido la pintura europea y la olvidó para expresar la esencia mexicana de su alma, su salvajismo instintivo, es decir, el vital impulso de una energía primaria intacta. El espíritu de Rivera es ciertamente un compuesto en el cual se combinan el hombre culto, a la europea, y el bárbaro de la selva mexicana cuya fuerza joven y creadora es capaz de renovar el pasado para convertirlo en una materia de arte nueva. El genio no puede existir sin esta fuerza satánica, que es la fuerza y la esperanza de México. Este, bajo tal impulso, es un país en que la pintura crece y es prolífica. Es ella, quizás, la más espontánea, la más natural de las expresiones mexicanas, como el teatro o la poesía lo son en otras partes".³⁵

Respecto de José Clemente Orozco, se señala: "Su sed de pureza artística hizo de él un verdadero tirano, para sí mismo, para los demás y hasta para su obra. Solitario y taciturno, aborda la realidad que quiere reproducir con una amargura desolada, sin esperanza, que da un tono de sarcasmo agudo a sus

creaciones. La nobleza de la concepción no se produce jamás sin un aspecto grotesco que intenta disimular la fina ternura, el idealismo puro, la sencilla y poderosa emoción del artista.

Las figuras de sus frescos gigantescos pueblan la arquitectura, la continúan, invaden los contornos, la curva de sus techos, el marco de las arcadas y se animan según los juegos de la luz. Su composición se realiza siempre en profundidad, en las tres dimensiones, como la escultura o la misma arquitectura.

Una humanidad intensa surge de la pasión sobrehumana que la anima. Su materialismo es la forma más pura y la más atormentada de su idealismo recalci-trante. Él trabaja con una franqueza absoluta, intransigente, para llegar a los límites extremos de su personalidad y traspasarlos, si fuera posible. Llega hasta producir el odio, el horror, la violencia por el canal de la autocrítica, de la pasión y del amor.

Finalmente, David Alfaro Siqueiros, el benjamín, aporta a la pintura contemporánea las sabias inquietudes de su espíritu rebelde.

El ha recorrido el mundo también por los mismos caminos que Diego Rivera y por otros, con las armas en la mano. Se ha mezclado en todas las batallas suscitadas por el arte o la política. Vuelto a su patria, después, ha emprendido, con el pincel en la mano, nuevos combates. La unidad que quiere dar al espacio; las perspectivas extrañas con las que se encariña; la originalidad de las invenciones; la libertad de la que usa empleando elementos plásticos inéditos; la geometrización sistemática de las formas; las calidades del colorido arbitrario que elige, todo demuestra en qué proporción ha sabido Siqueiros mezclar a su obra las conquistas de la pintura contemporánea. Empujado por el sentido ornamental de las formas, su talento exige grandes espacios. Por medio de estructuras dinámicas, sabe unificar los planos de las murallas y de las bóvedas y demostrar allí un lirismo inspirado, de una fuerza y de una personalidad indiscutibles.

Su temblorosa emoción se transmite a sus composiciones donde exalta el olvido despreciativo del pasado y la rebelión del trabajador ante la muerte. Si existe alguna pintura prometedora, es la suya.

Así, estos tres grandes pintores realizan juntos una pintura mural en la que el México contemporáneo afirma la visión de él mismo y del mundo. Ellos contribuyen de esta forma a profundizar y a ensanchar la visión de la realidad del hombre. Ellos son el testimonio de un momento y de un estado del alma. Se puede no estar conforme con su obra; pero de ningún modo se pueden negar sus esfuerzos".

Con el correr de los años, varios serán los nexos de Neruda con los tres grandes mexicanos, y ya muy próximo el final de sus días, escribirá una breve página de presentación, destinada a encabezar el catálogo de una exposición que no llegaría a visitar.

Programada para fines de 1973 en el Palacio de Bellas Artes en Santiago, la gran muestra de los maestros mexicanos quedará en proyecto —en deuda— pero en el texto de Neruda está vivo y presente el afecto y la alegría con que veía llegar entonces a Chile la obra de sus amigos:

“Me tocó convivir con ellos y participar de la vida y de la luz de México deslumbrante”, señala, y para describir la naturaleza, razón y sentido de su trabajo escribe:

“Estos tres grandes figurativos trazaron en muro o en tela la figura de una patria, estos tres creadores la recrearon, estos reveladores la revelaron. México les debe figura, creación y revelación. Y México no es tierra de así no más, ni de baile especulativo o virreinal: es trágica grandeza, épica serenata, cadencia del corazón más volcánico de nuestro continente. Estos hombres cumplieron el mandamiento de dioses enterrados y de héroes descalzos: su pintura es esencial, geografía, movimiento, tormento y gloria de una nación formidable. Todos ellos pudieron ensimismarse en su excelencia y destreza (como Diego en el brillo cubista), pero los tres prefirieron encarar con todos sus poderes la verdad perecible estableciéndola en su patria como constructores responsables, ligados al destino y a la larga lucha de un pueblo”.³⁶

Presentes están en estas palabras los mismos conceptos que Neruda expresaba en aquellos años '40, y se hace notar el respeto que reservaba entonces, y reservó siempre, para aquellos creadores tan dotados, tan solicitados, tan tentados por el cosmopolitismo y el brillo de los grandes centros artísticos, pero que se mantenían fieles a lo nativo, a lo propio, haciendo una obra original y americana, y proyectándose desde allí al gran arte universal.

Era, por cierto, la misma lección que Neruda había aprendido viniendo de vuelta de Oriente y de Europa, viniendo de vuelta de las *Residencias* y de la obsesiva y angustiada introspección que les dio origen.

El Neruda de los años '40 es otro hombre, otro creador, otro explorador que no por casualidad encuentra en México clima y circunstancia favorables.

Como recordaremos, poco antes de salir de Chile ha dejado expresado su sentir en una entrevista: “...si no doy la expresión de mi raza, no será porque a mi raza le falte riqueza y cualidades, sino porque mi corazón fue demasiado chico”.

Esforzándose notoriamente por no incurrir en esta pequeñez de corazón, voluntad o dedicación, Neruda parece más dispuesto a sobredimensionar antes que a mezquinar este propósito.

Y en esta perspectiva, bien pudiera hacer suyo aquel inspirado decir de José Martí: “Los apasionados son los primogénitos del mundo”.

Apoteosis de poetas y pistolas

Pero en el México de aquellos años, no solo los pintores eran capaces de manejar con soltura la pistola.

Llegado el caso, los poetas tampoco lo hacían mal, como quedaría demostrado en forma por demás estruendosa durante un homenaje que un buen día se empeñan en tributar al poeta chileno una veintena de sus colegas mexicanos.

Antes de entrar en los detalles del episodio, convendrá situar un poco más el contexto en que esto ocurre.

Está claro que en la tradición mexicana, en la turbulenta historia de sus grandes y pequeñas guerras, un hombre, su pistola y su caballo son componentes básicos del valimiento personal, y que todo lo demás viene por añadidura.

Despojando a esta noción de todo exceso que pudiera venir de la deformación que las malas películas o las malas novelas hacen de ella, habrá que reconocer que en lo profundo del imaginario popular mexicano está muy altamente situada esa imagen poderosa y desafiante: la del guerrillero, del valiente, del insurgente, del caudillo; que caracoleando en su corcel dispara al aire su pistola para anunciar –a camaradas y a enemigos por igual– que aquí ha llegado... que aquí está él... listo y preparado para abrazar a los unos y tirotearse hasta la muerte con los otros.

Cuando en sus memorias Neruda refiere las incidencias del homenaje aquel, comienza por emitir su parecer sobre el ambiente en que se produce. Escribe a este respecto:

“El México de aquel tiempo era más pistolista que pistolero. Había un culto al revólver, un fetichismo de la ‘cuarenta y cinco’. Los pistolones salían a relucir constantemente. Los candidatos a parlamentarios y los periódicos iniciaban campañas de ‘despistolización’, pero luego comprendían que era más fácil extraerle un diente a un mexicano que su queridísima arma de fuego”.

Así configurado el panorama, no nos parecerá ya tan increíble ni tan extravagante el episodio anterior, en que esos dos grandes artistas –glorias vivientes de la pintura mexicana– han derribado a tiros en un acto público a unos pobres e indefensos angelotes. Tampoco deberá asombrarnos mucho conocer ahora los detalles de aquella manifestación que los vates de México hacen al poeta chileno, un episodio que terminará en lo que Neruda llama una “antología de pistolas”.

Para comenzar, reunidos en asamblea deliberante, una concertación de ilustres poetas mexicanos había resuelto que Neruda bien se merecía un homenaje, y estaban de acuerdo también en que había que realizarlo de manera excepcional.

Después de mucho deliberar, llegan a la decisión de que sería muy poco original realizar el homenaje en algún salón de actos universitario o académico –como es la costumbre– y optaron por invitar a Neruda a acompañarlos en uno de esos inevitables paseos por el lago Xochimilco, a bordo de esas floridas y engalanadas embarcaciones en que ningún extranjero de paso por México puede dejar de navegar.

Pues bien, el tal homenaje pudo haber pasado sin dejar mucha memoria, uno más entre los muchos que al poeta chileno le sobrevienen, de no ser porque todos aquellos poetas acudieron al festejo en apropiada tenida de festejo, y por ello, premunidos de sus preciados pistolones.

Como no podía dejar de ocurrir, no bien han subido a bordo han comenzado las libaciones, y el tequila generoso fluye y circula en medio de expresiones de afecto, palabras de hermandad chileno-mexicana, loas y odas varias para celebrar este momento de exaltación de la poesía y la belleza circundante.

Fiesta de colores. Fiesta del folclore. Fiesta de la poesía.

Un poeta en particular se afana y excede por tributar a Neruda las más escogidas palabras de admiración, encendidos adjetivos con los que quiere opacar las palabras de todos los restantes festejantes.

No del todo satisfecho con la elocuencia de sus palabras, en un arranque de inspiración extrapoética, saca de la funda su deslumbrante pistola con su preciosa empuñadura trabajada en oro y plata, y se la ofrece a Neruda, para que éste tenga el altísimo privilegio de dispararla.

Un complaciente aunque algo inquieto Neruda coge el arma, y obediente a la incitación, a la mímica con que su acompañante le insta a elevar el arma y dispararla al aire, termina por complacerlo, causando la instantánea interrupción de todas las conversaciones y libaciones a bordo.

Pero la inmovilidad y el asombro terminan ahí mismo.

Porque cuando aun no se pierde en el aire el eco del disparo, un segundo poeta, el más próximo a Neruda, saca a su vez como un relámpago su arma, de factura tan primorosa como la anterior, y se la ofrece con rotundo e insistente gesto de amistad para que se repita el homenaje.

Lo que sigue es previsible y caótico. Escribe Neruda:

“...acudieron los demás rapsodas, cada uno desenfundando con decisión su pistola, y todos las enarbolaron alrededor de mi cabeza para que yo eligiera la suya y no la de los otros. Aquel palio movedizo de pistolas que se me cruzaban frente a la nariz o me pasaban bajo los sobacos, se tornaba cada vez más amenazante, hasta que se me ocurrió tomar un gran sombrero típico

y recogerlas todas en su seno, tras pedírselas al batallón de poetas en nombre de la poesía y de la paz. Todos obedecieron y de este modo logré confiscarles las armas por varios días, guardándoselas en mi casa. Pienso que he sido el único poeta en cuyo honor se ha compuesto una antología de pistolas".³⁷

Si una posible moraleja o lección cívica pudiera desprenderse de este episodio, es que la poesía es capaz de desarmar a los hombres.

¿Por cuánto tiempo?

En el caso de los vates mexicanos, muy poco debe haber sido, porque una vez disipados los efectos de los tequilas y de la euforia festejante, una romería de inquietos poetas ha debido desfilar por la casa de Neruda, cada cual más ansioso de recuperar esa preciada joya de disparar que le había sido confiscada, privándolo temporalmente de algo que era parte constitutiva de su persona.

Correspondencia consular. Sobre libros y bibliotecas

Con fecha 5 de diciembre de 1940, Neruda envía al Ministro de RR.EE. un oficio titulado "Da cuenta de inauguración de una biblioteca".

La primera reacción de los funcionarios del Departamento Consular de la Cancillería bien pudo ser de extrañeza.

—¿Cómo es esto, acaso el Cónsul General se estaba repitiendo en sus comunicados? ¿Acaso no hubo hace algún tiempo algo parecido? ¿Un asunto ya debidamente conocido y debidamente archivado?

No, por cierto. En este caso se trata de otra circunstancia y otra biblioteca, pero, a decir verdad, el hecho representa una excelente oportunidad para que Neruda actualice ante la Cancillería un tema que a él le interesa de manera especial.

Ocurre que el Cónsul General tiene la esperanza (y una cierta ingenua expectativa) de que este documento le ayude a poner de nuevo en perspectiva ante la Cancillería el tema de las bibliotecas, ya que hasta ahora la que él mismo ha creado —anexa al Consulado— no ha tenido el más mínimo eco en Santiago. Nada que comentar. Nada que celebrar. Nada que sugerir.

Resulta de interés examinar este escrito, tal como va dirigido y en todos sus pormenores:

"Señor Ministro:

Tengo la honra de informar a US. que en el día de ayer, y especialmente invitado por el Jefe del Departamento del Distrito Federal, me trasladé al pueblo de Villa Obregón, D.F., con el objeto de asistir a la ceremonia de inauguración de la biblioteca popular Carlos de Sigüenza y Góngora, instalada en dicho pueblo.

Transcribo a US. algunos fragmentos del discurso que, a requerimiento de la autoridades, pronunció el Cónsul General que suscribe en dicha ceremonia:

'No es extraño para nosotros los intelectuales de hoy que el espíritu de amor, de pasión y de sacrificio por la cultura no haya sido heredado por las clases y los hombres que debieron recibirlo y que esté depositado para que pueda sobrevivir en las manos generosas del pueblo. Hemos visto en estos años decisivos para la historia del mundo que solo el pueblo levantando sus reivindicaciones se ha hecho cargo de la herencia cultural y de la protección de los intelectuales. Por eso es que los nuevos libros no van dirigidos a una casta de espíritus privilegiados sino a los ojos desconocidos del hombre popular, campesino, del artesano, del pescador, del panadero. Cuanto escribimos hoy los poetas y muchos otros escritores no

va calculado para núcleo de convento o para grandes señores, los libros de hoy quieren preparar al hombre para un estado de justicia social que haga posible la igualdad de todos en el trabajo y en la alegría.

Una biblioteca más, una pequeña biblioteca rural en este México grande es un punto salvado en el incendio del planeta. Hoy me toca a mí, ciudadano chileno, inaugurarla, por gracia especial acordada por vuestros dirigentes, y el recuerdo de mi querido y lejano país hace un puente grande en el cielo de América; por este puente imaginario se comunican los pensamientos y las acciones. ¿Habéis pensado tal vez vosotros en la República de Chile? ¿Habéis cruzado con vuestra imaginación nuestro antártico Estrecho de Magallanes? ¿Habéis oído el ruido del elefante marino, habéis visto el misterioso albatros que persigue a los barcos? ¿Conocéis la alta cordillera de los Andes con su cima esplendorosa, el Aconcagua y su largo collar de volcanes que muchas veces llenan de fuego el cielo de Chile? ¿Conocéis también de nombre nuestra larga costa llena de naufragios y de hazañas recorrida por los pescadores chilenos y por los marineros de mi patria y aclarada en la noche por las estrellas más australes?

Pues bien, tal vez en este momento, tal vez ayer, tal vez mañana grupos de muchachos, de jóvenes y de viejos se juntan también en las aldeas junto a un grupo de libros en la lejana República nacida de la legendaria Araucanía. Allí también la cultura avanza hacia el pueblo y allí también el pueblo exige su ración de inteligencia, y allí queridos mexicanos mi pueblo piensa muchas veces en vosotros y hasta los más humildes de sus trabajadores saben que México está con ellos.

Que los libros lleguen a todos los rincones de la tierra, que los libros entren por todas las puertas, que los libros se salven del incendio del mundo y que nuestra América los acoja, los difunda y los defienda para alcanzar con ellos el reinado de la paz y de la inteligencia'.

Acompaño a US. un programa de la inauguración del acto a que me refiero.

DIOS GUARDE A US.

N. Ricardo Reyes
Cónsul General".

En el misterio quedará la reacción del Ministro y restante personal del Departamento Consular ante este oficio.

Y el silencio se hará otra vez sobre el tema de los libros y las bibliotecas.

Sin embargo frescas están en la memoria de todos las imágenes –fotografías y noticiarios de cine– que muestran las quemazones de libros en la Alemania de Hitler y en la Italia de Mussolini. Entre tanto, y en forma parale-

la, otras hogueras alimentadas por libros, diarios y revistas se han producido y todavía se producen en la España de Franco, algo menos publicitadas pero incluso más generalizadas y sistemáticas.

Es por eso que Neruda habla de la tarea urgente y necesaria de sembrar bibliotecas en América. De ayudar a que los libros "se salven del incendio del mundo".

Con este documento enviado a sus superiores en Chile y ese pequeño discurso pronunciado ante un puñado de maestros y estudiantes mexicanos, Neruda cree hacer lo debido. Lo que está a su alcance.

En su fuero interno sabe que resulta muy difícil hacerse comprender cabalmente por quienes no han visto y vivido el drama de la guerra y sus terribles consecuencias. Las amenazas totalitarias. La intransigencia ideológica. El odio racial. La violencia asesina.

¿Cómo remecer conciencias con la sola fuerza de las palabras?

Como poeta, su drama personal y solitario es tener que reconocer que las palabras limitan a menudo con el más espeso e impenetrable de los silencios.

Los amigos de mis enemigos...

Aunque pudiera ser considerado tema menor, banal e intrascendente, el *Gran Tema de las Rivalidades entre Hombres de Letras* resulta fecundo en guerras, guerrillas, escaramuzas y combates, y ha alimentado desde siempre una sub-categoría pintoresca, marginal y a menudo festiva de la historia de la literatura.

Neruda bien conoce estas lides y en años anteriores –tanto en Chile como en España– le ha correspondido sufrir ataques que venían tanto de ilustres desconocidos en Chile como de grandes personajes españoles, entre ellos Juan Ramón Jiménez.

Dotados de pluma acerada, lengua afilada, sangre inquieta y carácter a menudo belicoso, los escritores hispanos podrían figurar entre los mejores cultores de la exacerbada rivalidad literaria.

Ahora, en el México de 1940, Neruda no ha podido dejar de provocar un fenómeno muy parecido al que ocurriera cuando en 1934 –a poco de llegar a Madrid– era acogido amplia y fraternalmente por los poetas de la Generación del 28, en medio del encono de Juan Ramón Jiménez que veía amenazada y debilitada su influencia entre los jóvenes cultores de la poesía española.

Con las salvedades del caso, es lo que se repite ahora en Ciudad de México, teniendo al prestigioso José Bergamín como incómodo espectador de la forma en que Neruda establece rápidos y múltiples lazos de amistad e influencia en los más amplios sectores, pasando por alto las rencillas o pequeñas querellas que ya separaban a los unos de los otros.

En otras palabras, situándose, por así decir *au-dessus de la mêlée*, Neruda comenzaba a presidir y orquestar la amistad de todos, siendo él quien se adjudicaba el soberano derecho a diferenciar entre amigos y enemigos.

En el caso de la lucha de influencias y natural enemistad que se daba en México entre Larrea y Bergamín, a éste le hirió a lo vivo y como ofensa personal la fácil amistad que Neruda parecía dispensar a Larrea y –esto es lo más grave– a pesar de antiguas querellas que los separaban por haber estado Larrea tan cercano a Huidobro en los días aquellos de la acusación de plagio y todos sus derivados.

Es lo que Bergamín se pregunta:

–¿Puede ser amigo de todos el poeta chileno? ¿Incluso de aquellos que son mis enemigos? ¿Es por prudencia de Cónsul General o por conveniencia del momento que trata a Larrea como uno de los suyos?

El hecho de que entre Neruda y Bergamín existiese una gran amistad que venía desde los días de España no era impedimento para que aflorara poco a poco una división, que ahora, a fines de 1940, alcanzaba un punto de evidente y definitiva hostilidad.

Pero los que se enfrentan son hombres de hábil pluma, fina ironía y sarcástica intención: no van a romper así como así, distanciándose, simplemente quitándose el saludo y el abrazo.

Ellos necesitan dar salida más o menos literaria a sus humores y rencores.

Aun así no cabe esperar grosera interpelación ni palabra procaz.

Es entre preciosismos de forma y regodeo de lenguaje que ellos redactan las páginas finales de la que pudo y debió ser una larga y generosa amistad.

En las líneas siguientes, se transcriben las tres cartas que –por sí solas y sin necesidad de mayores comentarios– ponen un final poco feliz a una larga historia de convergencias y divergencias.

Tomadas de los Archivos de la Fundación Neruda, he aquí la transcripción de estas cartas:

1. Bergamín escribe a Neruda en papel que lleva el membrete de la Editorial Séneca.

“México, D.F. 6 de Diciembre de 1940

A Pablo y Delia:

Os envío esta carta como regalito, supongo que de despedida, este soneto-epitafio que a petición de Alberti dedico a vuestro amigo, el rufianesco citador de vuestro nombre cuando desenmascara su cobardía.

Copio de la carta de Alberti lo que sigue:

‘Lo de Larrea y demás me deja estupefacto; es decir, me deja y no me deja, porque ya pude observar en París, y hasta comentar más de una vez con Corpus, que nuestro ignaciano, gerardiano y huidobroso poeta vasco no jugaba limpio en muchas cuestiones, deduciendo María Teresa y yo que sus cartas a ti –ya tú en México– debían ser algo liosas o inexactas respecto a cosas relacionadas entonces con nosotros, Aragón, etc. Nunca me fue muy simpático el personaje y, menos, su malísimo precedente, la excesiva y larga amistad con Huidobro. Síntoma éste de hombre de amplio estómago, incompatible con el nuestro. En fin, para darle de una vez la puntilla, dedícale un soneto-epitafio, y así sin que falte de paso otro a Jiménez Siles, completarás tu libro, ese nuevo ‘burro explosivo’ (del que casi nunca logra bajar la poesía española)’.

Y ahora mi respuesta al encargo de Rafael:

A Un Juan Catón De Basurero

(Soneto escrito a requerimiento del poeta Rafael Alberti y dedicado como homenaje al Profesor Don Joaquín Xirau Palau.)

*Engendro de Gerardas, huidobrante
aborto de lingüísticas mixturas,
ni español ni francés, tomaposturas
de serpentino afán zigzagueante.*

*Reptilíneo Catón culebreante
acantonado en torpes imposturas;
parto de asotanadas cataduras,
híbrido monstruo, feto jesuitante.*

*Verdiamarillo de envidiosa bilis
lamiculizas con fervor secreto
rábulas de fiscal y policía;*

*teosófico esperántico busilis
vomitas automático decreto
de un nuevo mundo deyección tardía.*

Y no más si no es decirnos esta especie de traba-lenguas: Que los amigos de mis enemigos, aunque no sean mis enemigos, aunque ni siquiera los sean, no son mis amigos. Y esto para mí desde anoche ha quedado definitivamente esclarecido.

Hasta la vista,
José Bergamín".

2.- Carta de Pablo Neruda, fechada en Ciudad de México, el 7 de Diciembre de 1940:

"Querido Pepe:

He leído con gran placer tu carta, y me ha regocijado enormemente constatar que tu furor bélico, lejos de disminuir se incrementa con el paso del tiempo. Es lo que corresponde a un guerrero.

Mi propósito al contestarte es encauzar y dirigir este material tan rico de que dispones, y que a mi juicio, está en peligro de ser mal gastado.

En efecto, como ya no quedan españoles con los cuales podrías pelearte, excepto tus subordinados, a los que supongo llegará también su turno, me parece que debieras hacer un acto de mayor cuantía que dejara de una vez por todas bien establecidas tus condiciones de guerrillero. Me atrevo a proponerte lo siguiente:

Podrías empezar por llamar a algún intelectual mexicano de importancia, por ejemplo González Martínez o cualquier otro. Estoy seguro de que habrá sido citado por Larrea más de una vez, lo que prueba fehacientemente su naturaleza infernal y también habrá inasistido a algún banquete dado en honor de algún amigo tuyo, cosa que justificaría el asesinato sin mayores antecedentes. Una vez en tu oficina González Martínez podrías darle una trompada en un ojo, y luego de contemplarlo exánime podrías lanzarle uno de los espirituales sonetos con los cuales aportas tanto a la causa de España en el destierro.

Junto a este acto podrías aprovechar una ceremonia pública para lanzar una carta, un sonetazo, etc., o cualquiera otra arma agresiva al General Ávila Camacho en persona, logrando así con la mayor rapidez tener la total antipatía de la nación mexicana que con tanto esfuerzo estás consiguiendo solamente dirigiéndote a sectores de la población para los que no me parece justificada tu indiferencia, y que conocerían con delicia tu furia de español sentado.

Esperando que pongas atención a este plan racional para encauzar tus facultades trastornadas por el natural ímpetu guerrero, que hace tan agradable tu personalidad, te desea muchos amigos de los amigos de tus amigos y muchos enemigos de ciertos cercanos amigos, tu viejo amigo.

Pablo Neruda".

3.- Breve carta de José Bergamín, fechada el 11 de Diciembre de 1940:

"Pablo Neruda:

en tus cartas has vomitado, al fin, como un borracho heroico, toda la porquería que llevabas dentro. Eso te aliviará. Te felicito. También me felicito por la sorpresa de haberte conocido, desentrañado y desenmascarado, tal cual eres.

Gracias. Salud. Y no más erupciones nerudianas.

José Bergamín".

Habría que añadir que por una y varias razones que no es del caso analizar, Larrea caerá más adelante y en forma definitiva en la lista de enemigos de Neruda, y se hará merecedor al dudoso homenaje de un poema, el titulado

“Oda a Juan Tarrea”, en que Neruda satiriza al ex-amigo alterando su apellido y exhortándole a que abandone México y América... y ojalá la poesía:

Tarrea,
ándate pronto.
No me toques. No toques
a Darío, no vendas
a Vallejo, no rasques
la rodilla
de Neruda.
Al español, a la española amamos,
a la sencilla gente
que trabaja y discurre,
al hijo luminoso
de la guerra
terrible,
al capitán valiente
y al labrador
sincero
deseamos. Si quieren
roturar tierra o presidir los ríos,
vengan,

sí, vengan ellos,
pero
tú,
Tarrea, vuelve
a tu cambalache
de Bilbao...

Como reflexión final en este complicado barajar de amigos y enemigos –algunos de los cuales fueron o parecieron ser lo que no eran, resultando a veces ser lo contrario de lo que hubiesen querido ser– tal vez habría que atribuir toda esta situación al clima exasperado de la época, en que se sumaba al calor de las rivalidades personales y de los egos sobredimensionados el ineludible fermento de las preferencias ideológicas, con todos sus matices y divergencias.

La revista *Araucanía*: buen comienzo y rápido final

Fiel a su vocación de hacedor de revistas –revistero, como él se llama– Neruda decide que sería un buen aporte a la difusión de Chile en México la impresión de una publicación, más o menos oficial, que pudiera realizarse al amparo del Consulado.

Para ayudarlo a poner en marcha la iniciativa, ahí estaba el incansable Luis Enrique Délano, con su amplia trayectoria de cuentista y periodista. Entre ambos, dan por descontado que conseguirán poner en pie una muy buena revista.

Ni por un momento sueñan con solicitar fondos o patrocinio del gobierno para realizar la edición.

Para que la cosa camine y camine rápido, no hay otra solución que hacerlo y conseguirlo todo por sus propios medios.

Inician los contactos con los posibles colaboradores, se afanan en obtener algunos avisos que ayuden a financiar esta publicación en que está prevista la inclusión de un buen número de fotografías, piden presupuestos; en fin, todo el quehacer propio de una empresa editorial.

Después de no pocos desvelos aparece el primer número, trayendo en la portada, como simbólico gesto de bienvenida, la sonrisa de una hermosa mujer araucana.

El título completo de la revista es *Araucanía. Una voz de Chile al servicio de América*, y su primer (y único) número lleva la fecha 15 de enero de 1941. Su precio era de 10 centavos y, para darle la debida representatividad, se dejaba constancia que se trataba de una revista mensual “auspiciada por el Consulado General de Chile”.

En una breve nota editorial titulada “Esta Revista”, se expresaba: “Esta revista no quiere ser una publicación oficial más, un guión más entre dos burocracias, sino una esencia activa, un fermento de vida entre dos nobles pueblos.

Aparecida en el seno de la tradicional hospitalidad de México, trae la estrella, la solitaria estrella del extremo Sur, a palpar en el cielo purísimo de Anáhuac.

¿Cuáles son los resultados de ciento y tantos años de trabajo independiente? ¿Desde 1810, qué hemos alcanzado, ganado y producido, y qué experiencias hemos desechado en definitiva?

¿Cómo acercar a Chile y México sino codeando nuestro mejor producto natural, nuestras mayores significaciones del espíritu?

En este instante desgarrador de la humanidad entera, esta revista quiere mostrar un camino para la paz de América: la unión de estos dos polos de libertad que son México y Chile. La unión de las dos valientes banderas de dos países tenaces y avanzados, sobre una América pacífica y atlántica, ibérica e indígena, que construye y trabaja junto al incendio del mundo”.

Los retratos de Manuel Ávila Camacho, Presidente de los Estados Unidos Mexicanos y Pedro Aguirre Cerda, Presidente de Chile, completaban la presentación formal de esta publicación destinada a establecer un nexo activo entre Chile y México.

Pero no llovieron aplausos... llovieron críticas.

Si bien las reacciones en México pudieron ser favorables, en Santiago la flamante publicación causó un instantáneo malestar entre las autoridades de la Cancillería que –según dice Neruda– finalmente optaron por transmitirle una tajante orden para que la revista cambiara de nombre o desapareciera.

Muchos años más tarde, Neruda referirá en detalle este singular episodio, convertido en anécdota propicia para iniciar una larga conversación sobre el soterrado (aunque muy vivo) racismo-clasismo imperante en Chile.

Cuando el ex cónsul rememora lo ocurrido, lo hace con una cierta ironía que no llega a ser del todo mordaz:

“Cuando llegué a México de flamante Cónsul General fundé una revista para dar a conocer la patria. El primer número se imprimió en impecable huecograbado. Colaboraba en ella desde el Presidente de la Academia hasta don Alfonso Reyes, maestro esencial del idioma. Como la revista no le costaba nada a mi gobierno, me sentí muy orgulloso de aquel primer número milagroso, hecho con el sudor de nuestras plumas (la mía y la de Luis Enrique Délano). Pero con el título cometimos un pequeño error. Pequeño error garrafal para la cabeza de nuestros gobernantes.

Debo explicar que la palabra Chile tiene en México dos o tres acepciones no todas ellas muy respetables. Llamar la revista ‘República de Chile’ hubiera sido como declararla nonata. La bautizamos *Araucanía*. Y llenaba la cubierta la sonrisa más hermosa del mundo: una araucana que mostraba todos sus dientes. Gastando más de lo que podía mandé a Chile por correo aéreo (por entonces más caro que ahora) ejemplares separados y certificados al Presidente, al Ministro, al Director Consular, a los que me debían, por lo menos, una felicitación protocolaria. Pasaron las semanas y no había respuesta.

Pero ésta llegó. Fue el funeral de la revista. Decía solamente: “Cambie de título o suspéndala. No somos un país de ‘indios’.

–No señor, no tenemos nada de indios –me dijo nuestro embajador en México (que parecía un Caupolicán redivivo) cuando me transmitió el mensaje supremo–. Son órdenes de la Presidencia de la República.

Nuestro Presidente de entonces, tal vez el mejor que hemos tenido, don Pedro Aguirre Cerda, era el vivo retrato de Michimalonco".³⁸

Sin entrar a discutir aquello de "Cambie de título o suspéndala", el documento en que consta la muerte oficial de la revista no indica razones racistas o raciales sino estrictamente presupuestarias para su defunción. Mediante oficio de 1º de abril de 1941 Neruda acusa recibo del comunicado de la Cancillería en que niega subvención a la revista, hecho que el cónsul lamenta diciendo: "Durante tres meses he estado esperando con verdadero interés la respuesta de US. al oficio aéreo que acompañé al envío de *Araucanía*. Lo que US. se digna manifestarme constituye una amarga noticia pues la falta de aliento económico me obliga a suspender la publicación de *Araucanía*, que indudablemente significaba un vínculo interesante entre Chile y México, más ahora en que nuestro país y la República mexicana se disponen a aumentar sus relaciones comerciales. Continuar editando *Araucanía* sin la ayuda económica de ese Ministerio sería una tarea superior a mis fuerzas. En consecuencia me permito comunicar a US. que *Araucanía* no podrá seguirse "publicando".

Lo lamentable que resulta la pérdida de *Araucanía* queda demostrado al examinar su contenido.

Con un criterio editorial muy bien meditado, la revista proporcionaba información sobre Chile turístico e histórico, acompañada de numerosas fotografías y artículos, entre los cuales destaca un extensa colaboración firmada nada menos que por el Presidente de la Academia Mexicana de la Lengua, don Alejandro Quijano, quien dedica su espacio no a tratar temas lexicológicos sino –cosa notable– a elogiar los vinos de Chile.

Después de señalar que al hablar de este tema no tiene la intención de incurrir en fácil erudición, haciendo referencia a Noé, Baco, Dionisios, Gargantúa, Falstaff o Cervantes, el articulista señala su intención de cumplir con el encargo de Neruda.

De este singular texto, escrito en un florido lenguaje, no puede menos que citarse un par de párrafos destacados. Escribe don Alejandro, citando y comentando una letrilla hispana que viene muy a cuento:

*"Grande ventaja es tener
la taberna por vecina.
Porque allí llegó sediento;
pido vino de lo nuevo;
mídenlo, dánmelo, bebo
págolo y vóime contento.
Esto, Inés, ello se alaba,
no es menester alaballo.
Solo una falta le hallo,
que con la priesa se acaba.*

La gracia, digo, de estos versos fáciles del sevillano Alcázar, me da sed, sed de vino, como me abren el buen afán de comer los demás versos de la jocunda poesía.

Mas si no he de echar erudición al plato, o, más bien dicho a la copa, permitidme, eso sí, que os diga, rotundamente, que en esto de vinos en América no hay otros como los de Chile. Y voy a cumplir, gustosa y amistosamente desinteresado, por supuesto, con Neruda”.

A continuación, y demostrando con juicios claros y lenguaje experto su buen conocimiento de cepas, viñas y productos, el académico se luce ponderando las calidades comparativas de los vinos de Francia y Chile y acaba declarando:

“Son, en fin, señores que me leéis, los vinos de Chile rotundos, magníficos. Probadlos, bebedlos: es el consejo que desde su gordura ya un poco laxa y desde su moderada hipertensión, que casi le prohíbe ya darse el gusto que os preconiza os da, no desde su mesa y catando una copa de 'bon vino', sino desde su bufete de burgués profesional vuestro obsecuente servidor y amigo”.

En el misterio quedará el saber si alguien en Chile valorizó, en debida forma, lo que significaba este impagable aporte del Presidente de la Academia Mexicana de la Lengua a la propaganda de los vinos chilenos.

El sumario de *Araucanía* se completa con una pequeña selección de poetas chilenos junto a un poema del mexicano López Velarde; agrega un texto de Marta Brunet e incluye otra información actualizada sobre las relaciones comerciales chileno-mexicanas.

Mención aparte merece la sección titulada “Noticias de Chile”, que dedica una de sus notas a una reunión recientemente efectuada entre el Presidente de la República y los intelectuales chilenos.

Con justa razón los redactores de la revista pueden sentirse orgullosos de dar una noticia ejemplar acerca de la forma en que el Gobierno de Chile trata a sus artistas e intelectuales:

“Por iniciativa de don Pedro Aguirre Cerda [...] se verificó a mediados de noviembre una amplia reunión en el Palacio de La Moneda, a la que concurrieron numerosos intelectuales, artistas, escritores y periodistas, con el objeto de cambiar ideas sobre previsión social de los trabajadores intelectuales y amparo del Estado para garantizar el legítimo disfrute de los derechos de su obra. El señor Aguirre Cerda explicó, sumariamente, el objeto de la reunión. [...] Analizó, en seguida, en sus diversos aspectos, la situación económica en que viven los trabajadores intelectuales en relación con el medio ambiente, refiriéndose en forma especial a los periodistas.

‘Podría decirse, agregó, que el intelectual, el artista, etc., son de suyo rebeldes, individualistas, enemigos de la agrupación, y no olvidemos que si el

Estado favoreció en otros tiempos sus posibilidades, siempre lo hizo en forma aislada, egoísta, y en tanto cuanto servía al soberano. El Estado moderno no debe actuar con ese criterio, y por eso, quiere la fijación de pautas sin consideración a la política o a otro aspecto restringido, salvo la individualización nacional en todas sus formas. Hay, pues, que adoptar la orientación que tienda a la formación de esos gremios y su capacitación, a su dignificación ante la opinión pública y a proporcionarles los medios necesarios de desarrollo a los que demuestren realmente actitudes especiales". En otra parte de su discurso expresó: "Lo que yo quiero es que levantemos un poco más al artista. Quiero que no solo los partidos estimulen el ardor por una lucha determinada en favor de un concepto también determinado en lo económico y en lo social. Quiero que haya una conjunción nacional de todas las fuerzas espirituales, para que ellas nos lleven a un convencimiento: nuestro país tiene muchos motivos para creerse en una posición de influencia y de acción efectiva en toda la América'.

Se produjo en seguida un amplio cambio de ideas, en el que participaron músicos, escritores, periodistas, etc. Después de haber escuchado las diferentes opiniones, el señor Aguirre Cerda manifestó su agrado por la cooperación que todos los elementos intelectuales le ofrecían, encareciendo a éstos que hicieran efectivos sus propósitos de trabajo, para lo cual propuso la designación de comisiones especiales que elaboren los proyectos de previsión y organización de trabajo colectivo. La iniciativa del señor Aguirre Cerda ha sido elogiosamente comentada. Se ha destacado la circunstancia de ser esta la primera vez que un Presidente de la República haya convocado al Palacio de La Moneda a intelectuales y periodistas para tratar en conjunto sus problemas".

No está de más recordar que ha sido Aguirre Cerda quien ha impulsado el proyecto para establecer un Premio Nacional de Literatura, proyecto que se convertirá en Ley a fines de 1941, entregando su primer galardón en 1942 (Augusto D'Halmar). La importancia de haberse establecido este Premio no se limita a lo literario, puesto que lleva aparejada de inmediato la idea de legislar también en favor de los artistas, a través de la creación de un Premio Nacional de Arte, que muy poco tardará en hacerse realidad.

Hasta aquí entonces "la pequeña y triste historia de la cándida *Araucanía* y sus no menos cándidos padrinos", un episodio tragicómico que —con un título a lo García Márquez— ilustra y ejemplifica la suerte de algunas iniciativas culturales nuestras que naufragan, no por falta de brújula o avería de timón, sino debido a algún inevitable tropiezo burocrático que se encarga —como en este caso— de torpedear todo aquello que vaya contra la corriente.

Aun así Neruda no desistirá de intentar una nueva manera de difundir las actividades del Consulado a través de una publicación —mucho más modesta esta vez— que con el título de *Noticias de Chile* se propone realizar más adelante.

La idea es elaborar un boletín impreso a mimeógrafo, en pequeño tiraje, un folleto que él mismo y Luis E. Délano podrán redactar e imprimir sin costo para el Gobierno y trabajando en horas extras.

Pero el tiempo demostrará que la suerte del boletín no será muy diferente al de la revista. "Hubo también de desaparecer –dirá más adelante Neruda– gracias a la indiferencia del Ministerio".

Hablando claridades ante estudiantes revolucionarios

A comienzos de abril de 1941, la Asociación Revolucionaria de Estudiantes (ARDE) extiende a Neruda una invitación para que haga uso de la palabra en un acto de carácter estrictamente estudiantil, destinado a recibir a dos de sus camaradas que vienen llegando de Chile después de asistir a los Cursos de Verano de la Universidad de Chile.

Estos universitarios son Luis Echeverría y José López Portillo, destacados estudiantes y futuros Presidentes de México.

En esta ocasión, está claro que los estudiantes de la ARDE no esperan de Neruda un recital poético.

Lo que atrae a estos universitarios que se llaman a sí mismos “revolucionarios” es la posibilidad de escuchar a este cónsul y poeta chileno tocando esos temas que están en el debate de la actualidad, los temas de la contingencia, los aspectos más controvertidos de la coyuntura internacional.

El acto se efectúa en el gran recinto del Anfiteatro Bolívar, y Neruda da lectura a un texto que luego –al ser publicado– causará la sorpresa de unos pocos y la molestia de otros muchos.

En lo que a los universitarios respecta, Neruda no defraudará en absoluto a los que esperaban de él algo que saliera de la retórica de ocasión, de la medida y circumspecta charla a medio camino entre el protocolo y el buen decir.

El poeta comienza por sacudir la atención de su auditorio con su decidido rechazo a uno de los más añejos tópicos del discurso convencional:

“Una nueva mitología de oradores nos conduce a fáciles halagos. Creemos halagarnos mutuamente destacando los parecidos que existen entre nuestros países. Yo, por mi parte, os aseguro no existir dos naciones hermanas tan diferentes como México y Chile. Vamos a tocar sus estructuras, vamos a llamar a sus profundidades.

Y desde luego la hermosura del mundo está en las diferencias. Es un metal, en el seno de la tierra, diferente al que yace dormido junto a su material, es distinta cada familia de hojas y cada copa de árbol. Todo lo que hay sobre la tierra quiere diferenciarse.

Basta mirar un mapa para comprender. Vuestro territorio es un cuerno de abundancia vertiendo hacia el sur y hacia el norte toda vuestra prodigiosa riqueza, muchas veces, como lo dijo vuestro poeta mayor, escriturada por el diablo. Todo es germen, colorido y producto de vuestra extensa patria.

Nuestro territorio es una espada de piedra y nieve abandonada en la costa más lejana del planeta. Los chilenos hemos sentido, no el sonido del aire en las palmeras, ni hemos oído caer las frutas pesadas y maduras en la siesta del trópico; hemos vivido conquistando nuestra propia extensión, limpiando la costa endurecida que nos tocó habitar, y levantando en nuestras manos el fulgor de nuestra dura patria.

Entre Acapulco, azul, y Punta Arenas, polar, está toda la tierra, con sus climas y sus razas y sus regiones diferentes. Allí terminan los árboles, los hombres y la tierra. Comienza pronto el mar antártico y la gran soledad de los hielos.

Mientras grandes razas de sacerdotes y guerreros, entre vosotros, escogían la turquesa, el jade y el oro para levantarlos a la altura de la flor, y las estructuras de templos y pirámides de un imperio gigantesco llenaban vuestro territorio, era entre nosotros la sombra de la prehistoria. Y cuando para enfrentarse al más grande imperio manda España, y el mundo, su más titánico capitán, Hernán Cortés, una nueva España grandiosa de templos y de humanismo se levanta en este lado de América, mientras nosotros oíamos el tambor guerrero de Arauco dominando el silencio de las ciudades recién quemadas.

Nuestra reserva y nuestros silenciosos trabajos civiles comienzan a marcarse como resultado de condiciones históricas y físicas, nuestro desarrollo lento y orgánico nos modela diferentes en todo de los orgullosos argentinos y de los secretos peruanos. México, en el norte, se diferencia de todos, por su vida sacudida y dramática, por su grandioso escenario en que la libertad y la sangre, como grandes estatuas alegóricas, indican los caminos del mundo.

Pero si descendemos desde la copa y desde la flor, si deseamos toda la superficial apariencia, si derrotamos todo benévolo sentimentalismo, si pasamos desde la hoja al tronco y desde el tronco al origen: allí nos encontramos".³⁹

¿Cuánto hay de novedoso en estas palabras para el intelecto de estos universitarios? ¿Cuánto habrá de emotivo para su sensibilidad?

En esta especie de clase magistral, en que Neruda comienza tomando aside-ro en lo mexicano y lo chileno para proyectarlo luego a toda América, está, ni más ni menos, que el postulado central del *Canto General*.

Y si ya en el comienzo han quedado debidamente establecidas diferencias y convergencias, en las palabras siguientes comenzará a delinearse la lucha en común contra todo aquello que brutal o subrepticamente amenaza la libertad, el desarrollo, la paz y el bienestar de los pueblos latinoamericanos:

“Mexicanos y chilenos nos encontraremos en las raíces –expresa Neruda– y allí debemos buscarnos: en el hambre y en la insatisfacción de las raíces, en la búsqueda del pan y de la verdad, en las mismas necesidades, en las mismas angustias, sí, en la tierra, en el origen y en la lucha terrestre nos confundimos con todos nuestros hermanos, con todos los esclavos del pan, con todos los pobres del mundo.

Hacia nuestra América avanzan en esta hora sangrienta, la guerra y los protectores; entre la sangre y el oro quieren encadenarnos. No sé, ni sabéis, cuál será nuestro destino en esta tormenta terrible. Los viejos y los nuevos piratas se reparten el botín del mundo y las viejas manos de Europa que cincelaron y pintaron y escribieron todo lo que aprendimos, se levantan ahora bajo una luna sanguinaria para que nuestra América también aprenda de ella el arte completo de aniquilar la vida.

Nosotros, americanos, queremos la paz, pero si ésta ha sido imposible, esperamos que de las cenizas de la contienda, en la que no queremos otros vencedores que los pueblos de cada país en lucha, salga una nueva humanidad que no acumule las riquezas en unas cuantas manos, sino que repartiéndolas haga imposible el exterminio y el odio. Que el botín no cambie de manos, que la paz venga con la justicia.

Por eso en esta hora mi voz va hacia los pueblos oprimidos, y los saluda con mi libre conciencia de chileno y de americano, y saludo desde esta casa de estudiantes a los oprimidos pueblos de Checoslovaquia y de la India, a los chinos que luchan contra su terrible enemigo, a los españoles que aun, entre los breñales de Asturias, resisten con esa fuerza de leones que los hizo únicos héroes del triste mundo actual.

Y mi pensamiento va también a los soldados de las Brigadas Internacionales, a los refugiados políticos españoles, alemanes, checos, italianos, que se acumulan en campos de concentración en Francia, sin que el mundo dé una mirada a quienes fueron a dar su sangre al pueblo español en su grandiosa lucha. El monstruoso egoísmo de la humanidad los deja olvidados y perseguidos como criminales, deja que los héroes se pudran en la mugre y en el hambre, cuando traídos y repartidos en nuestra vasta América serían ellos las únicas bases, las verdaderas, las bases morales, las bases humanas sin las cuales la lucha contra el fascismo es de antemano una derrota.

Jóvenes camaradas: perdonad que os haya llevado tan lejos para mostraros una gota de lo que creo la verdad. Espero que vuestro venturoso viaje establezca entre mi patria y la vuestra una nueva corriente de vida: una corriente de juventud y de verdad, una corriente de raíces”.

Pero no solo discursos como éste van poniendo en entredicho la conducta del Cónsul Ricardo Reyes.

De estos mismos días data una carta suya a uno de sus colegas en la diplomacia, dejando establecida una abierta negativa a participar en medidas consulares que –coordinadamente– impidan la entrega de visas a determinadas personas, una práctica que considera más cercana "...a las labores de las policías ciudadanas, rurales o pueblerinas".

En este caso –y actuando en perfecta consonancia con su convicción de que los países de América deben ser refugio natural para todos los que sufren cárcel o persecución en Europa– Neruda contradice una práctica que ya se hace notar en varios países latinoamericanos: la tendencia a cerrar sus fronteras a lo que se califica de "inmigración indeseable".

La carta –del Archivo de la Fundación Neruda– es muy clara y no requiere mayor comentario:

"México, D.F. 13 de Mayo de 1941

Sr. Don Luis Greñas Gooding
Cónsul General de Costa Rica.
Estimado colega:

Tengo el honor de acusar recibo de su atenta del 24 de abril, que contiene la transcripción de una carta recibida por el señor cónsul de Colombia en México, y por la que se me sugiere haga conocer al Cuerpo Consular extranjero las visas que por razones políticas o de orden público fuesen negadas por este Consulado.

El suscrito no ha recibido instrucciones al respecto del Gobierno de Chile y personalmente siente tener que manifestar al Sr. Cónsul que la ejecución de las medidas propuestas en la nota le parecen reñidas con el decoro de las altas funciones consulares, y más cercanas a las labores de las policías ciudadanas, rurales o pueblerinas.

Hemos visto en los últimos años cerradas las puertas de muchos de nuestros países americanos para los mejores y más eminentes pensadores y perseguidos políticos de Europa. No podríamos los cónsules, por ética profesional, aceptar ni enviar insinuaciones para que se continúe persiguiendo, acorralando y martirizando a quienes debieran encontrar por fin un asilo en nuestro continente.

Saluda a Ud. atentamente
Pablo Neruda
Cónsul General de Chile".

No hay duda de que Neruda se está colocando una vez más bajo el escrutinio del Ministerio de RR.EE. y no habrá de faltar algún funcionario del

Departamento Consular –no precisamente afecto a su persona– que haga notar en la Cancillería que el Sr. Reyes ha vuelto a las andadas.

Como antes ocurriera en España, como lo hiciera en París en 1937 con su conferencia en homenaje a García Lorca; en México el cónsul ha vuelto a salir de su esfera propiamente diplomática y participa en actos públicos, escribe y publica textos de marcada intencionalidad política. Pero Neruda cuenta con la amplia simpatía y el respaldo del Presidente Aguirre Cerda, y episodios como el acto en la universidad y opiniones como las vertidas en esta carta quedan sin reparo, al menos por el momento.

Sin embargo a partir de noviembre de este mismo año –y a raíz del fallecimiento de don Pedro– algo comienza modificarse en las esferas del gobierno, y es de temer que en el futuro no exista tanta benevolencia para con el ya habitualmente conflictivo cónsul Ricardo Reyes.

La Quinta Rosa María

El hecho de que Neruda haya vivido hasta ahora en departamentos no quiere decir en modo alguno que guste de ellos. En los años precedentes –en Buenos Aires, en Madrid, en París– el habitar en departamentos se ha presentado como la solución más conveniente e inmediata. Es también lo que ha ocurrido en estos primeros meses en Ciudad de México.

¿Pero dónde está el verdor, los árboles, el espacio necesario para ir atesorando los libros y objetos varios que nunca cesan de llegar debido a los compulsivos hábitos del poeta?

Una buena idea de la residencia soñada se hace presente cuando –conforme a lo convenido con Luis Enrique Délano– se dan a la tarea de encontrar una gran casa en la que puedan volver a vivir juntos, como ha ocurrido antes en Chile, cuando Pablo y Delia recién volvían de España y los Délano los acogen por algún tiempo en su casa de Ñuñoa.

Ocurre que ya ha llegado el tiempo de que Luis Enrique haga efectivo el traslado de su mujer, Lola Falcón, y de su hijo Poli a México, quienes han permanecido en Santiago a la espera, precisamente, de que encuentren una buena y espaciosa casa que se pueda compartir.

Cuando Pablo y Luis Enrique la descubren y se enamoran de ella a primera vista, se enteran de que tiene un nombre: “Quinta Rosa María” y que la rodea la historia de un pasado esplendor.

De esta famosa Quinta Rosa María habría mucho que decir, comenzando por señalar que sus nuevos arrendatarios la encuentran en estado deplorable, mantenida por mucho tiempo en total abandono y convertida en algo así como un escenario natural para una película de suspenso y terror.

Con muchas y amplias habitaciones, con un enorme parque salpicado aquí y allá con esculturas propias de una residencia señorial, la Quinta tenía también una piscina en ruinas y era habitada por cuanto bicho reptante, alado o caminante se diera en forma natural en esos parajes semi selváticos.

Nada de eso importa mucho a los recién llegados, porque celebran lo exótico, lo natural, lo forestal; unido a la amplitud del espacio y –en especial– la conveniencia de que los dos cónsules vivan juntos, ya que ahora pueden organizarse con mucha mayor facilidad para dirigir y manejar el Consulado.

La más precisa referencia acerca de lo que era esta quinta nos la da el propio Neruda, cuando escribe:

“Muchísimos años después me tocó alquilar la vieja villa de los López Velarde, en Coyoacán, a orillas del Distrito Federal de México. Alguno de mis amigos recordará aquella inmensa casa, plantel en que todos los salones estaban invadidos de alacranes, se desprendían las vigas atacadas por eficaces insectos y se hundían las tablas de los pisos como si se caminara por una selva humedecida. Logré poner al día dos o tres habitaciones y allí me puse a vivir en plena atmósfera de López Velarde, cuya poesía comenzó a traspasarme.

La casa fantasmal conservaba aun un retazo del antiguo parque, colosales palmeras y ahuehuetes, una piscina barroca, cuyas trizaduras no permitían más agua que la de la luna, y por todas partes estatuas de náyades del año 1910. Vagando por el jardín se las hallaba en sitios inesperados, mirando desde adentro de un quiosco que las enredaderas sobrecubrían o, simplemente, como si fueran con elegante paso hacia la vieja piscina sin agua, a tomar el sol sobre sus rocas de mampostería.

Entonces sentí con ansiedad no haber llegado a tiempo en la vida para haber conocido al poeta. No sé por qué me pareció que le hubiera ayudado yo a vivir, no sé cuánto más, tal vez solo algunos versos más. Sentí como pocas veces he sentido la amistad de esa sombra que aun impregnaba los ahuehuetes. Y fui también descifrando su breve escritura, las escasas páginas que escribiera en su breve vida y que hasta ahora, como muy pocas, resplandecen”.⁴⁰

Cuando Neruda hace el elogio de la poesía de López Velarde, pone en evidencia una vez más la asombrosa capacidad que tiene para celebrar la obra de sus predecesores, para ir a la íntima vibración de sus versos, para buscar, identificar y exponer a la luz –para hacernos compartir– lo que hay en ellos de original, valioso y trascendente:

“No hay poesía más alquitarada que su poesía. Ha ido de alambique en alambique destilando la gota justa de alcohol de azahar, se ha reposado en diminutas redomas hasta llegar a ser la perfección de la fragancia. Es tal su independencia que se queda ahí dormida, como en un frasco azul de farmacia, envuelta en su tranquilidad y en su olvido. Pero al menor contacto sentimos que continúa intacta, a través de los años, esta energía voltaica. Y sentimos que nos atravesó el blanco del corazón la inefable puntería de una flecha que traía en su vuelo el aroma de los jazmines que también atravesó.

Ha de saberse, asimismo, que esta poesía es comestible, como turrón o mazapán, o dulces de aldea, preparados con misteriosa pulcritud y cuya delicia cruje en nuestros dientes golosos. Ninguna poesía tuvo antes o después tanta dulzura, ni fue tan amasada con harinas celestiales.

Pero bajo esta fragilidad hay agua y piedra eterna. Cuidado con engañarse. Cuidado con superjuzgar este atildamiento y esta exquisita exactitud.

Pocos poetas con tan breves palabras nos han dicho tanto, y tan eternamente, de su propia tierra. López Velarde también hace historia. [...]

En la gran trilogía del modernismo es Ramón López Velarde el maestro final, el que pone el punto sin coma. Una época rumorosa ha terminado. Sus grandes hermanos, el caudaloso Rubén Darío y el lunático Herrera y Reissig, han abierto las puertas de una América anticuada, han hecho circular el aire libre, han llenado de cisnes los parques municipales, y de impaciente sabiduría, tristeza, remordimiento, locura e inteligencia los álbumes de las señoritas, álbumes que desde entonces estallaron con aquella carga peligrosa en los salones.

Pero esta revolución no es completa si no consideramos este arcángel final que dio a la poesía americana un sabor y una fragancia que durará para siempre. Sus breves páginas alcanzan, de algún modo sutil, la eternidad de la poesía".

¿Qué poeta en el mundo no quisiera para su obra —en especial si es semi-secreta, discreta o relativamente ignorada— unas palabras tan luminosas como las que le prodiga Neruda?

Digno escenario, entonces, la antigua mansión de López Velarde para acoger desde ahora a los incontables amigos de los Neruda y los Délano, que comienzan a devolver a esta quinta la animación, el humor, la vitalidad de otrora; un ambiente distendido y alejado de toda ostentación, refugio de musas y lugar obligado para festejos, libaciones y condumios.

Una de las primeras y muy necesarias tareas de limpieza ha consistido en desalojar a insectos, roedores y otros animalejos del todo desconocidos para los nuevos arrendatarios.

Pero uno de estos animalejos recibe un tratamiento diferente.

No solo se le permite continuar aquí, en virtud de derechos adquiridos como antiguo inquilino, sino que es adoptado desde el principio como la mascota de la casa. Y como ni siquiera saben de qué bicho se trata, lo primero que hacen es pedir que se lo identifiquen.

—Es un tejón —le responden —hay que tener cuidado con él.

Según refiere Poli Délano: "Por allí circulaba libremente nada menos que un tejón. También se le podía ver desplegando su amenazante figura en el comedor o en la estancia. El *Pequeño Larousse Ilustrado* define al tejón como 'mamífero carnívoro de la familia de los mustélidos. Aunque el 'Niño', como lo bautizó Pablo, parecía simpático y gracioso, llegué a tenerle algo de temor desde que estranguló a una tejona que había llevado la pintora María Izquierdo con la intención más amorosa de cruzarlos".⁴¹

Durante algunos meses todo marchará muy bien en la idílica casa-quinta.

Hasta que un día se produce un episodio que excederá los límites de lo permisible.

Una fiesta del todo desmesurada –incluso para los padrones mexicanos– pondrá fin, sin apelación posible, a la grata estadía de los dos cónsules de Chile en la Quinta Rosa María.

Cedamos la palabra a Volodia Teitelboim, para que nos cuente el cómo y el por qué de la medida que, paradójicamente, tuvo como inspiradora a una inocente criatura:

“...se bautizó a Cibeles, hija de Andrés Henestrosa. Ese día, el propietario del inmueble desahució a su inquilino Pablo Neruda, no tanto porque tuvo unos quinientos invitados, sino porque muchos, fuera de sí, con hectólitros de mezcal y tequila en el cuerpo, se volvieron monos, trepándose a los árboles y desgajándolos. Querían así contemplar mejor desde la altura representaciones de teatro primitivo y griego, en que actuaban José Revueltas y el propio Pablo Neruda”.⁴²

Habría que añadir que existían precedentes de este tipo de fiestas *henestrósicas-mexicanas*. El año anterior, sin ir más lejos, se había efectuado la boda de la pareja Andrés y Alfa Henestrosa en la región del itismo de Tehuantepec con tres días completos de celebraciones.

Fueron unas bodas que según refiere Cardoza y Aragón resultaron: “Suntuosas e inolvidables, y en que lo único que faltó fueron los sacrificios humanos”.

En septiembre de 2003, conversando con el propio Henestrosa en su pequeña oficina-refugio en el centro mismo de Ciudad de México, el tiempo no parece haber desdibujado ninguno de los recuerdos que el gran memorialista guarda de éste y otros acontecimientos.

Tardo de oído pero chispeante de palabra, recuerda que el bautizo de su hija Cibeles se realizó el 20 de mayo de 1941, con la asistencia de más de 400 invitados, en su mayor parte artistas, escritores e intelectuales, y entre los cuales se contaba una apreciable cantidad de refugiados españoles y varios chilenos residentes en México.

Conforme a una práctica tradicional en México y en toda la América Latina, a pesar de la condición de no creyentes de sus padres, la niña recibe los nombres de Rosa María Cibeles, no solo para agradar a los católicos sino porque su nacimiento ha ocurrido el día de Santa Rosa de Lima, a lo cual se añade el hecho de que su bautismo se efectuaría en una casona que llevaba ese nombre.

No obstante ese gesto de deferencia onomástica, la niña será siempre llamada Cibeles y tendrá que habituarse a escuchar de los nuevos amigos de su padre una frase más o menos idéntica: “Ah, tú eres Cibeles, la del bautizo aquel”...

Según cuenta Henestrosa, para la ocasión fue preciso elaborar una gigantesca comida, incluidos unos 1.200 tamales surtidos, entre los cuales los de iguana fueron los más apetecidos y celebrados.

A la fiesta asistieron todos los amigos de Henestrosa y de Neruda, y entre ellos estaban Pedro Garfias, Juan de la Cabada, Pepe Revueltas, María Izquierdo, Lola Álvarez Bravo, Tina Modotti y el comandante Carlos, la pintora chilena Mireya Lafuente, Juan Rejano, Miguel Prieto, Emilio Prados, en fin, una larga lista imposible de consignar en su totalidad.

Los festejos comenzaron a las diez de la mañana del día 20 y solo declinaron 45 horas después, en la madrugada del 21, cuando hectólitros de cerveza, tequila y otros espirituosos habían sido consumidos.

Tal como lo recuerda Henestrosa, a las cuatro de la mañana de este segundo día de libaciones solo él y Neruda estaban en condiciones de seguir la fiesta y sostener una conversación más o menos coherente. Fue a esta hora que Pablo hizo a su amigo una pregunta que, según él, jamás se había atrevido a hacer a nadie.

—Dime, Andrés, cuando bebes demasiado y te vas a dormir... ¿te caes de la cama durante la noche?

Henestrosa se sorprende. No, a él nunca le ha ocurrido semejante cosa.

Ante lo cual Neruda le confidencia en voz muy baja algo que los alcoholes convierten en un tremendo secreto:

—Pues a mí —le responde—, y no se lo cuentes nunca a nadie, me resulta terrible esto de despertarme en el suelo, al lado de la cama, sin saber cómo ni cuándo me he caído.

Y hablando de bebedores épicos, entre los recuerdos de Henestrosa aparece también a menudo la figura extravagante y genial de Silvestre Revueltas, el gran músico cuya intemperancia en la bebida lo empujaba periódicamente a ciclos de formidables borracheras que le duraban veinte días. A este respecto cuenta Henestrosa que la rivalidad que existía entre Revueltas y Carlos Chávez hizo que más de una vez Chávez invitara a Revueltas a beber unas copas antes de un concierto, de tal manera que Silvestre tuviera un mal desempeño o que simplemente no pudiera dirigir.

Para Delia del Carril, Henestrosa reserva un recuerdo afectuoso y singular. “A ella le encantaba, adoraba, escucharme cantar tangos, y no podía creer que yo me supiera de memoria todas esas letras. Treinta, cuarenta tangos yo podía cantar en esos años. Otras veces me pedía que le recitara el *Martín Fierro*, cosa que la Hormiga celebraba como una verdadera proeza. Y no era para tanto. Yo siempre he tenido muy buena memoria y aun hoy, a mis 91 años, puedo recitar esos versos.

Pero los elogios hacia esa gran vitalidad, ese memorión y la calidad de la escritura de Andrés Henestrosa no solo provenían de Delia, Neruda, por su parte, y después de leer un pequeño libro de Henestrosa titulado *Retrato de mi madre*, lo proclamó en el acto y sin reservas como “el más grande escritor mexicano”.

"Y conste que esto no ocurrió durante una de aquellas bebederas –aclara Henestrosa– con una chispa de divertida complacencia".

Para los arrendatarios de la Quinta Rosa María el epílogo del bautizo de Cibeles tuvo algo de apocalíptico: ni más ni menos que la expulsión del paraíso.

Pero en lo que a Neruda y Delia respecta, forzoso era recordar que no era esta la primera vez que les expulsaban de algún sitio por razones más o menos similares. ¿Te acuerdas, Pablo de París, con los Alberti...?

La situación de hoy es muy parecida a la de ayer. Con el debido respeto, señor Cónsul, haga usted el favor de marcharse con sus bulliciosos amigos a otra parte.

En este caso, lo más probable es que la decisión del propietario de poner fin al arrendamiento se hubiese producido después de muchos episodios menores, que ya habían provocado un cierto malestar o preocupación en el dueño de la quinta.

Lamentablemente, Neruda tendrá que conformarse con volver a habitar un departamento, esta vez en la calle Río Elba, cerca del Paseo de La Reforma.

Por comprensibles razones, Delia no lamentará excesivamente el forzoso alejamiento de la bendita Quinta Rosa María.

El caso Siqueiros y una visa muy conflictiva

Algún tiempo después de asumir su consulado, Neruda había recibido una breve y confidencial misiva que le ponía en contacto con uno de los tres grandes muralistas mexicanos, a la sazón en graves problemas.

Se trataba de David Alfaro Siqueiros, en estos momentos intensamente buscado por la policía. Escribe Siqueiros con fecha 25 de septiembre:

“Pablo Neruda

te escribe un prófugo de la justicia, que se llama Siqueiros para decirte que lamenta mucho no haberte podido dar el abrazo de bienvenida, y para suplicarte escuches algo que Angélica te tratará”.⁴³

Es así como comienza a configurarse una situación que llevará a Neruda a involucrarse más y más con la situación de este hombre a quien tiene muchos motivos para apreciar y admirar. El hecho de que fuese no solo un gran muralista sino también un ex combatiente de las brigadas internacionales que lucharan en España contra Franco eran ya razones sobradas para intentar ayudarle.

Pero poco después de escrita esta carta, Siqueiros cae en poder de la policía, y el tipo de ayuda que pueda necesitar se vuelve aun más complicado.

Ahora bien, los pormenores del “Caso Siqueiros” resultan tan amplios y complejos, tan del gusto de la prensa sensacionalista y tan saturados de dispares opiniones que podría componerse un voluminoso libro solo con las declaraciones de sus principales involucrados y la cobertura noticiosa que éstas recibieron.

Desde el punto de vista policial, los hechos se originan a partir de un asalto armado a la casa de Trotsky, un operativo comandado por Siqueiros y realizado el 25 de mayo de 1940 con la clara intención de eliminar al más enconado enemigo de Stalin. En forma providencial, Trotsky y su mujer escapan ilesos (Dígase de paso que estos hechos ocurren tres meses antes de que –con fecha 21 de agosto– Ramón Mercader repita el atentado y cometa el crimen).

Ocurrido el asalto y perseguido por la justicia, Siqueiros se había mantenido prófugo por varios meses hasta ser finalmente detenido y encarcelado. Pero su prestigio de muralista y la intervención de amigos influyentes le habían permitido disfrutar de un régimen carcelario más bien benigno, que le permitía salir a voluntad de su encierro para irse a beber unos tequilas con el alcaide, o a almorzar sin prisa con algunos visitantes en un restaurante en las cercanías de la cárcel.

Con la discreción del caso ha sido el propio Cónsul General de Chile uno de

los que le han acompañado de vuelta a la prisión después de unas demoradas libaciones.

“David Alfaro Siqueiros estaba entonces en la cárcel –dice Neruda en sus memorias–. Alguien lo había embarcado en una incursión armada a la casa de Trotsky. Lo conocí en la prisión, pero, en verdad, también fuera de ella porque salíamos con el comandante Pérez Rulfo, jefe de la cárcel, y nos íbamos a tomar unas copas por allí, en donde no se nos viera demasiado. Ya tarde, en la noche, volvíamos y yo despedía con un abrazo a David que se quedaba detrás de sus rejas. [...] Entre salidas clandestinas de la cárcel y conversaciones sobre cuanto existe, tramamos Siqueiros y yo su liberación definitiva. Provisto de una visa que yo mismo estampé en su pasaporte, se dirigió a Chile con su mujer, Angélica Arenales. [sic] México había construido una escuela en la ciudad de Chillán, que había sido destruida por los terremotos, y en esa ‘Escuela México’, Siqueiros pintó uno de sus murales extraordinarios. El gobierno de Chile me pagó este servicio a la cultura nacional, suspendiéndome de mis funciones por dos meses”.

Es cierto que esta historia puede reducirse a términos anecdóticos e incluso superficiales, pero el trasfondo es bastante serio, como serias serán sus consecuencias.

En todo caso, Neruda incurre en uno o dos errores (o extremas simplificaciones) cuando narra el episodio en sus memorias. La suspensión será de un mes, y la excarcelación del muralista no fue cosa tan fácil como “tramar” juntos su “liberación definitiva”, como veremos más adelante.

Después de enfrentar una larga batalla judicial, llega el día en que Siqueiros se entera de que existían grandes posibilidades de obtener una sentencia favorable y que, de ser así, estaba a punto de ser liberado.

Existía –eso sí– una condición extrajudicial. Ciertas presiones. Un compromiso. El pintor debía abandonar transitoriamente el país.

Con gran secreto, autoridades judiciales y carcelarias sacan una mañana a Siqueiros de la Penitenciaría y sin decirle de qué se trata le invitan a “dar un paseíto”, un viaje que el pintor teme por momentos que pueda ser el último de su agitada vida.

Pero no. Lo conducen hasta la finca del presidente Ávila Camacho, de quien recibe la noticia de su inminente liberación junto con una especie de petición que es, en verdad, una orden: “Lo he llamado –le expresa el presidente– para pedirle que al salir en libertad, salga usted inmediatamente del país, porque según todos los informes que tengo, sus enemigos trotskistas lo quieren asesinar. Y yo de ninguna manera quiero que eso acontezca y menos aun bajo mi gobierno. Se trata, por lo tanto, de una medida protectora y de ninguna manera de un destierro. Ya está todo arreglado; el licenciado Alemán se ha encargado de ello. [...] Mañana a primeras horas saldrá usted con su esposa y

su hija en avión rumbo a Cuba y de ahí hasta la República de Chile, a donde podrá usted radicar y trabajar durante algún tiempo”.

Aunque Siqueiros sea hombre tan destemido como el que más y la prudencia no constituya parte de su inventario, en este caso se muestra de acuerdo con la medida.

No obstante hace notar al presidente un punto que considera muy importante:

“...le dije que debería quedar perfectamente esclarecido que yo salía en libertad –escribe Siqueiros– porque tenía absoluto derecho a ella, toda vez que un tribunal, esto es, la corte penal formada por tres jueces, me había absuelto totalmente de la acusación de homicidio y que en esas condiciones de mi juicio, yo tenía derecho a que se me concediera esa libertad bajo caución. El presidente aceptó como justas mis afirmaciones, pero insistió, casi en forma suplicatoria, en que yo no me negara a salir del país. [...] Por otra parte, con la ayuda de Octavio Reyes Spíndola, embajador en la República de Chile, estaría yo en condiciones de realizar obras pictóricas importantes en aquel país”.

Conviene señalar que detrás del gesto de Ávila Camacho había algo más que preocupación de estadista o respeto por el artista, existía también una cuestión de hidalguía. Ocurre que veinticinco años antes, el ahora Presidente de México (y en aquella época teniente en campaña) había recibido de Siqueiros un espontáneo gesto de camaradería que hasta ahora no ha olvidado. El episodio –narrado por el propio Siqueiros en sus memorias– lo recrea también su mujer Angélica Arenal en su libro: *Páginas sueltas con Siqueiros*, una biografía que tiene la particularidad de estar escrita en un tono coloquial en que ella dialoga con su marido para juntos recordar todo lo visto, vivido y batallado. Respecto de este tema escribe: “Durante los aciagos combates en las filas del Ejército de la Revolución, cerca de la estación de Santana en Irapuato, un día todos los oficiales se refugiaron en unos grandes jacalones, pues vino una borrascosa tormenta. Tú estabas con las fuerzas del estado mayor de Manuel M. Diéguez. El improvisado cuartel estaba repleto cuando se acercó un teniente pidiendo que lo dejaran guarecerse en el mismo jacalón; tu compañero de armas, Tomas Morán le dijo sin inmutarse que no había lugar, pero tú que lo escuchaste, lo tomaste del brazo y dijiste: ‘Teniente, véngase conmigo a mi petate, ahí pasará usted la noche’ ”.

Veinticinco años después, bromeando con Siqueiros en medio de esta crucial entrevista y como para restarle importancia a la seriedad del asunto que trataban, Ávila Camacho le habría expresado “Ya ve señor Siqueiros, que usted y yo hemos dormido juntos”.

Y así, sin innecesaria verbosidad, quedaba explicado el gesto presidencial y su meditada decisión de hacer que Siqueiros abandonara temporalmente México.

Que todo este proceso estaba contaminado por muchas y dispares influencias queda algún rastro en la correspondencia de la Embajada de Chile en México, que en uno de sus primeros telegramas confidenciales hace notar que la excarcelación de Siqueiros se ha hecho “con escándalo de la opinión pública” (cierta opinión, habría que precisar). Dice el telegrama: “Va a Chile con pretexto de pintar frescos Escuela de Chillán, pero indudablemente el motivo principal del Gobierno de desligarse inquieto agente de la G.P.U. a fin de complacer Estados Unidos cada día adquiere mayor influencia en la vida política mexicana”.

Ahora, respecto del viaje a Chile, no está del todo claro si la misión artística de Siqueiros en Chillán se había planteado así desde el comienzo, o si esta posibilidad aparecerá luego —en los momentos en que la visa se tornaba conflictiva— como plausible pretexto para validar y justificar el traslado del pintor a Chile.

Porque si efectivamente Siqueiros iba a hacer tan gran contribución artística a Chile, ¿cómo era posible la reiterada negativa de la Cancillería para concederle el visado?

La verdad es que tanto en México como en Chile las autoridades actuaron de manera errática, con evidente falta de coordinación en el manejo de la situación.

Para comenzar, Neruda había otorgado los visados ante la seguridad que ha recibido de que se contaba con el beneplácito de las más altas autoridades en México y Chile.

Aun así y para mayor seguridad, el poeta consigue que Siqueiros firme una declaración en que se comprometía a no intervenir en actividades político-partidarias en Chile. Este documento señala:

“Yo, David Alfaro Siqueiros, declaro ante el Consulado General de Chile en México lo siguiente:

Que durante mi permanencia en Chile no me inmiscuiré en absoluto en la política interna de ese país, ni tomaré parte en actos que, directa o indirectamente, vayan dirigidos contra el Gobierno o pueblo chilenos. Asimismo declaro que mis actividades en Chile se limitarán, única y exclusivamente, a las propias de mi profesión de pintor.

En México D.F., a 19 de abril de 1941”.

Con este documento en la mano, Neruda procede a la visación de los pasaportes y da el asunto por felizmente concluido.

Sin embargo no tardan en aparecer informaciones de prensa que señalan que el Gobierno de Chile no estaba dispuesto a recibir al muralista y su familia.

Ante esta situación y con la celeridad que el caso exige, el 24 de abril Neruda opta por enviar un cable a RE.EE. en que señala: "VISACIÓN PINTOR SIQUEIROS SE HA CONCEDIDO A PETICIÓN EXPRESA EXTRAURGENTE DE S.E. EL PRESIDENTE DE LA REPÚBLICA MÉXICO Y EMBAJADOR REYES SPÍNDOLA OBJETO DECORAR ESCUELA CHILLAN. HÍCELE FIRMAR DECLARACIÓN NO INTERVENDRÁ POLÍTICA CONCRETÁNDOSE TRABAJO ARTÍSTICO. PUNTO. PRE-SIÓN OFICIAL Y TALENTO ARTÍSTICO PINTOR OBLIGARON VISACIÓN TOMANDO CUENTA ASILO OTORGADO MÉXICO INNUMERABLES POLÍTICOS CHILENOS. PUNTO. RUEGO A U.S. RATIFICAR VISACIÓN DESECHANDO VERSIONES INEXACTAS".

La Cancillería chilena responde ordenándole que anule el visado concedido y luego, con fecha 3 de mayo, le comunica que ha incurrido en "falta grave". Poco después, junto con ratificar la anulación del visado comunica al Cónsul General que ha sido objeto de una sanción disciplinaria.

Como si esto fuera poco, y habiendo recibido información del embajador de Chile en México en el sentido de que Siqueiros se había negado a darse por enterado de la anulación de su visa, el Departamento Consular de la Cancillería toma medidas adicionales para impedir su ingreso a Chile, y junto con alertar a la policía civil envía una nota a la Cía. Inglesa de Vapores explicando que "debido a un error", se ha otorgado tal visado, ante lo cual, expresa el comunicado: "...ruego a Uds. tomar nota a fin de que no se le permita embarcarse en alguno de los barcos de esa Compañía, pues no se le permitirá su desembarque".

Todo esto aparece contradicho el 27 de mayo, cuando el Subsecretario de RR.EE. aprueba la visa y autoriza la estadía del pintor y su familia por un plazo máximo de dos meses. En definitiva, Siqueiros permanecerá dos años y medio en Chile, un lapso que le hubiera permitido crear no solo un gran mural sino otros y ejercer una gran tarea formativa, si es que hubiese encontrado aquí algo más que una reticente acogida y un verdadero aprecio por su trabajo.

En su libro de memorias *-Me llamaban el Coronelazo-* Siqueiros dedica varias páginas a su experiencia chilena, una estadía que le dejará un gusto agrídulce, una mezcla de admiración y rechazo por los usos y costumbres chilenas. Pudo contar, eso sí, con un puñado de buenos amigos y algunos discípulos que le hicieron sentir el afecto que *-en general-* se le escatimó por ser considerado individuo peligroso y soberbio, "deslenguado, bebedor y pendenciero", con prontuario policial y, por añadidura, comunista de armas tomar.

De este libro lleno de tajantes afirmaciones y juicios lapidarios, dignos de cita son algunos párrafos en que Siqueiros describe su llegada a Santiago,

después de un azaroso y largo itinerario en que debió hacer escala en varios países antes de arribar a Chile:

“Acompañado de un agente de la policía aduanal y pagando yo mismo mis pasajes en avión, salí dos días después rumbo a Santiago, recordando en el camino el extremo entusiasta [sic] recibimiento que me habían hecho escritores, pintores, dirigentes obreros y maestros de escuela en Arica. Para ellos había sido también algo extraordinario recibir y agasajar a una personalidad de un país tan remoto y desconocido como México y, no obstante, tan amado.

Se me autorizó para descansar dos días en Santiago. Para ello me alojé en el mejor hotel, el Hotel Carrera. Pero, habiendo salido a pasear por las calles de Santiago y estando en un elegante restaurante del estilo que en México se llama Kiko, inesperadamente se me acercó un individuo que después de mostrarme su placa, me dijo que lo acompañara a la Secretaría de Gobernación.

El embajador de México, licenciado Octavio Reyes Spíndola recurrió al Presidente de la República de Chile, señor Pedro Aguirre Cerda, denominado don Tinto, porque era dueño de una viña donde se producía vino, y el cual por cierto se da en aquel país en forma tan superior que los franceses no tienen ningún empacho en etiquetarlo como suyo”.

Aquí corresponde un breve y necesario paréntesis. Siqueiros ignoraba o pasaba por alto el hecho de que el apodo de “don Tinto” era el usado solo por los enemigos y detractores de Aguirre Cerda para aludir a su amor –dizque algo desmedido– por los buenos vinos de Chile. Precisado lo cual, volvamos al relato de Siqueiros, que en este momento –y por instrucciones del Ministerio del Interior– se hallaba bajo custodia policial a la espera de que el embajador de México le ayudara a regularizar su situación. El diplomático mexicano obtiene que el Presidente Aguirre Cerda se comunique telefónicamente con su par mexicano Manuel Ávila Camacho para zanjar la situación al más alto nivel.

“La conversación se llevó a cabo –continúa Siqueiros– y ante la súplica del segundo (¡perdón por la incorrección!), que veía en mi retorno obligado a su país el fracaso de su determinación evidentemente destinada a alejarme durante varios años de la vida de mi país, aunque fuera en lo que le restaba de su sexenio, accedió a su demanda, a condición de que yo quedara relegado a la zona de Chillán, donde se construía la Escuela México. Buen pretexto sería para ello el que yo me encargara de la decoración precisamente de la sala que llevaría el nombre de don Tinto.

Ávila Camacho justificaba así mi salida del país: yo no había sido expulsado, sino simplemente iba a cumplir un contrato. Por su parte, Aguirre Cerda, el Presidente de Chile, tendría una explicación para deshacer cualquier intriga, como procomunista, en contra suya”.

En estas últimas palabras salta la referencia que explica el real trasfondo de lo que está ocurriendo.

Desde 1939, en los días previos a la llegada a Chile de 2.000 refugiados españoles republicanos tildados de “rojos” e “indeseables” por la oposición, el Gobierno de Aguirre Cerda no ha cesado de recibir ataques por una política que se califica de “pro-soviética” o “comunistoide”. De aquí que en las presentes circunstancias, cuando el comunista Siqueiros y su familia no tienen cabida en México y no hay otro país americano que le ofrezca visa y residencia, resulta que en Chile –supuesto asilo contra la opresión– el Gobierno vacila entre lo que debería hacer y lo que preferiría no hacer.

Lo vulnerable de su posición quedará ejemplificado poco después, precisamente en México, cuando al dar a conocer la presencia en Chile de Siqueiros un humorístico pero insidioso comentarista del diario *Excélsior* anotará que: “Chile se ha convertido en paraíso de los comunistas”.

A despecho de esta liviana apreciación, establecido ya en Chile Siqueiros no se sentirá precisamente feliz en esta *copia feliz del Edén*.

En algún momento dirá que “se le ha asignado Chillán por cárcel”, ya que ni siquiera puede viajar a Santiago para comprar los pinceles, pinturas y otros materiales necesarios para su trabajo. Y aunque el cariño de la gente de provincia se haga notar y establezca buenas relaciones con muchas personas, las condiciones en que viven él y su familia distarán de ser espléndidas: no percibe remuneración alguna ya que su trabajo forma parte de la donación hecha por el Gobierno mexicano a Chile, y es el embajador de México en Chile quien provee a él y a su familia de alimentación y medios de subsistencia, como también de los materiales pictóricos que necesita.

Por otra parte, para dar cumplimiento a su trabajo debe improvisar soluciones, obtener ayudantes, nadar contra la corriente para avanzar en la planificación y ejecución del gran mural que titulará “Muerte al invasor”.

Respecto de sus colaboradores y de las condiciones más bien precarias en que debe iniciar su trabajo, Siqueiros escribe: “Escogido el lugar donde debería ejecutarse el mural, o sea, la biblioteca de la escuela, era indispensable conseguir ayudantes. Me comuniqué telefónicamente con el licenciado Reyes Spíndola y éste a su vez me puso en contacto en una nueva conversación telefónica con la Escuela de Bellas Artes. La elección resultaba particularmente difícil. Primero, porque había un verdadero entusiasmo en pro de tal colaboración, lo que establecía un número muy grande de aspirantes; después, porque yo no podía trasladarme a Santiago, teniendo la ciudad de Chillán por cárcel, para seleccionarlos, y, tercero, porque tanto ellos como el maestro, o sea yo, no cobraríamos ni un solo centavo y si para mí había una portavianda de detestable comida cocinada con sebo de res, para ellos no había ni eso. Por otra parte, los estudiantes de pintura riquillos no existen en ninguna

parte del mundo. Los hombres de aspiraciones plásticas y a la vez hijos de familias ricas, prefieren la arquitectura, allá, como en México y en todas partes.

En esas condiciones, tuve que empezar el trabajo con ayudantes obreros, ignorantes por lo tanto de las cuestiones más elementales del trazado en el muralismo y de todo lo demás. Pero, felizmente, y cuando menos lo esperaba, me llegó un telegrama. Se me pedía que concurriera a la estación al día siguiente para recibir a dos jóvenes pintores que, según parece, tenían medios propios de vida. El telegrama lo firmaba José Venturelli, un joven pintor entonces desconocido, pero que hoy es uno de los más prestigiados, sino el más prestigiado de aquel país. A la hora habitual en aquella pequeña población, o sea a las cuatro y media de la mañana, aun en las sombras de la noche, pude ver por vez primera a quienes me iban a ayudar en toda la tarea. Se trataba de un chileno-alemán, de apellido Werner, y de un chileno-colombiano Alipio Jaramillo. Venturelli no podía ir”.

Según este testimonio, las cosas empezaban a tomar un mejor cariz en lo que se refiere al trabajo en curso, pero Siqueiros no tardará en enterarse de que sus flamantes ayudantes habían llegado a Chillán con poco más que un desbordante entusiasmo y una gran voluntad por colaborar.

“...pude saber –añade Siqueiros– que Werner, además de artista pintor era relojero y que para trasladarse a Chillán había tenido que abandonar el trabajo que le proporcionaba los medios de vida. El otro, Alipio, era becado por el gobierno de su país, pero con una beca tan pequeña, que de haberlo dejado en el ambiente económico de ésta el pobre muchacho se hubiera muerto de hambre. Muy pronto descubrí que ambos pintores se había dejado arrastrar por el entusiasmo y dispuestos a todo habían, de hecho, mentido sobre su realidad económica”.

El resultado de todo esto no podía ser otro que una especie de “olla común” –o con más propiedad: un portaviandas común– ya que de la misma comida que recibían los tres miembros de la familia Siqueiros-Arenal empezaron a ser partícipes los dos ayudantes, sin que hubiera, al parecer, fuerza humana o poder divino capaz de aumentar el presupuesto disponible que, para empezar, no era particularmente generoso. Sobre este punto Siqueiros agrega: “... el señor Saavedra tenía un presupuesto excesivamente bajo para el objeto, y decía, naturalmente muy a la mexicana, que él temía quedarse con parte de ese presupuesto. Desnutridos en extremo iniciamos sin embargo la tarea. Y ésta nos alimentaba de entusiasmo a falta de otra cosa”.

Pero a poco andar Chillán le seduce. Y al referirse a algunas de sus particularidades escribe en sus memorias varias páginas en que se mezcla la crónica y el anecdotario local. Entre otras cosas, fuerte impresión ha hecho en él el terrible terremoto de 1939, al que dedica las siguientes líneas:

“En Chillán, una población del sur de Chile, quizás el único lugar del país donde existe un importante arte popular, por cierto muy parecido en algunos aspectos al llamado barro negro de Oaxaca y en el cual un año antes se había producido uno de los más terribles terremotos de todos los tiempos y de todos los países, pues solo en el primer sacudón hubo más de 25 mil muertos (por cierto que en relación con ese terremoto las gentes han fabricado un interesante canto a la honestidad. Dicen que la única persona que se salvó en el cine del lugar fue una muchacha que segundos antes del sacudón sísmico, salió corriendo violentamente de dicho centro público como protesta a ciertas intenciones indecorosas de su novio. Todos los demás cineastas, hasta el novio, murieron)”.

Recordemos que el feroz terremoto de Chillán –ocurrido el 24 de enero de 1939– afectó también fuertemente a Talca, Parral, Cauquenes, Concepción, Talcahuano, Temuco y Los Ángeles, dejando graves daños materiales en toda la zona y un trágico saldo en muertos y heridos.

Solo en Chillán las cifras oficiales contabilizarán 30.000 muertos y 40.000 heridos.

Ha sido la magnitud de este terremoto la que ha provocado la solidaridad de México, ha originado la donación de esta nueva escuela y, consecuentemente, ha dado lugar a la misión de Siqueiros para embellecer sus muros.

Como ocurre con muchos de los amigos de Neruda que aparecen en este libro, Siqueiros es un hombre de excepcional talento y personalidad volcánica, y habría que dedicarle enorme espacio para reflejar en debida forma su peripécia humana y artística, en una época en que los hombres de acción –como él lo era– enfrentaban tantas y tan variadas contingencias.

Por el momento su contingencia es Chile, y sus anhelos son terminar sus compromisos aquí para marcharse a Nueva York o bien a otro país de América Latina en donde exista ambiente más favorable a sus expectativas.

Siqueiros sueña con una gran ciudad, en donde puede recibir nuevos y grandes encargos para realizar nuevos y grandiosos murales. En Chile, lo dice con absoluta franqueza, no ve perspectiva ni destino alguno para el desarrollo del arte mural.

Otros antecedentes del caso Siqueiros

En las líneas siguientes –y prescindiendo de innecesarios comentarios– se transcriben cuatro documentos que reflejan algunos de los entretelones del caso Siqueiros.

En primer lugar, Neruda defiende su actuación y se muestra dispuesto a hacer abandono de su cargo.

En segundo lugar, el Embajador de Chile en México, Manuel Hidalgo, defiende a Neruda.

En el tercer documento, corresponde al Embajador de México en Chile precisar sus puntos de vista.

Por último, es Neruda el que entrega sus opiniones y pide consejo, en carta al senador Carlos Contreras Labarca.

Comencemos por el telegrama que con fecha 2 de Mayo de 1941 y por intermedio de la Embajada de Chile en México, dirige Neruda a la Cancillería:

“Me refiero a su telegrama N° 460. Me permito insistir respetuosamente a US. que visación era solicitada por el Presidente de la República de México, a quien no puedo considerar recomendación extraña. Mi vida entera se basa honestidad consular y consecuencia absoluta ideas Frente Popular que dieron nacimiento actual Gobierno de Chile. Si US. considera necesario prescindir mis servicios dejaré honrosamente cargo he desempeñado irreprochablemente durante 14 años para defenderme de falta grave que US. atribuye”.

Examinemos ahora el oficio que dirige el embajador Manuel Hidalgo al Ministro de RR.EE. en Santiago:

“SE REFIERE A LA SUSPENSIÓN DE CÓNSUL GENERAL DE MÉXICO.

México, D.F., 9 de Junio de 1941

Señor Ministro:

Graves razones de orden moral, que no pueden pasar desapercibidas, me obligan a referirme al confidencial de US. N° 31, de 26 de Mayo último, y al que es sirve acompañarme, confidencial N° 25, de la misma fecha, dirigido al Cónsul General, señor N. Ricardo Reyes, en el que le avisa US. que ha dictado un decreto suspendiéndole de sus funciones por espacio de un mes, sin goce de sueldo.

Me inclino ante los considerandos primero y segundo del aludido oficio que se refieren a las trasgresiones a las instrucciones y reglamentos del Ministerio

sobre la visación general de los pasaportes. Pero, me permitirá US., respetuosamente, que me refiera al considerando 3º, en el que US., en vista de la información del Embajador de México en Santiago, señor Octavio Reyes Spíndola, estime que es falsa la declaración del Cónsul General, señor N. Ricardo Reyes, de que la otorgación del visado del pasaporte del señor David Alfaro Siqueiros se debe a la alta recomendación del Presidente de la República de México. Un deber de conciencia y el convencimiento absoluto que tengo de que el Gobierno de este país se interesó por la salida del mencionado agitador comunista me lleva a afirmarlo en este documento oficial a US.

Siento tener que decir a US. que el Gobierno de la República ha sido sorprendido con la declaración del Embajador de México que no se ajusta a lo que me manifestó personalmente durante su reciente permanencia en esta capital”.

A estas consideraciones, el embajador agrega unas palabras de abierta intercesión en favor de Neruda, expresando: “Conociendo el recto y ecuaníme espíritu de US. me he atrevido a aportar estos datos para esclarecer debidamente lo sucedido. La suspensión de un mes sin goce de sueldo la estimo dolorosa. Estoy cierto, dado el fino sentido político de US., sabrá encontrar alguna otra medida disciplinaria que no coloque el Cónsul General en una difícil situación moral y ante perspectivas de carácter económico muy afligidas, por sus obligaciones actuales contraídas como funcionario chileno como aparece ante el Gobierno y el comercio de México”.⁴⁴

Queda ahora con la palabra el Embajador mexicano en Chile, Reyes Spíndola, quien en carta a Neruda le manifiesta su sorpresa ante las afirmaciones que lo señalan como faltando a la verdad y perjudicando con ello al poeta en su carrera. Con sobria pluma y generosa intención, escribe el diplomático:

“Estimado y fino amigo,

Nuestro común amigo, David Alfaro Siqueiros, me mostró esta mañana una carta recibida de México, de uno de sus familiares, en la que le informa la sorpresa que causó, a usted y a sus amigos el acuerdo de la Cancillería Chilena de suspender a usted, por un mes, en el ejercicio de sus altas funciones de Cónsul General en México, pero que, lo que había despertado verdadera indignación en mi contra era el hecho de que dicha medida disciplinaria aplicada a usted fuera el resultado de ‘mis declaraciones al Ministerio de su país de mi desconocimiento y absoluta ignorancia sobre el asunto Siqueiros, el cual era para mí una completa sorpresa’ y que, naturalmente, la actitud asumida contra usted, ‘se debía exclusivamente a esa contundente declaración mía’.

Puede usted creerme, amigo Neruda, que de no tratarse de algo que atañe a usted tan directamente y a quien estimo como a un buen amigo, no me hubiera ocupado de aclarar estos rumores, por estúpidos, incongruentes e

ingenuos. Usted me conoce desde hace poco, poeta, y, por lo tanto, no está en la obligación de saber que soy un hombre acostumbrado a responsabilizarme siempre de mis actos, ante quien quiera y en el momento en que sea necesario. El asunto Siqueiros lo conocemos al detalle, Pérez Rulfo, usted y yo, y sería absurdo pensar que cualquiera de los tres tratara de evadir acciones o responsabilidades. Mi actuación en este asunto la conocen las Secretarías de Relaciones Exteriores de México y de Chile, in extenso, así como los representantes Diplomáticos de Cuba y Panamá, a quienes personalmente fui a solicitar la visa para el pasaporte del señor Alfaro Siqueiros. No basta esto?... pues entonces, acredite usted a mi haber la tramitación y el consentimiento del Gobierno Chileno para que el señor Siqueiros y su familia gocen de la hospitalidad de su país.

Bastarán estas aclaraciones para desvirtuar mi supuesta injerencia en la sanción aplicada a usted y la idea de mi desconocimiento y sorpresa en el asunto Siqueiros?...

Naturalmente que de estas líneas usted puede hacer el uso que mejor le convenga para la aclaración o aclaraciones necesarias.

Con pena me informé, *a mi llegada a Chile*, de la medida disciplinaria de que fue usted hecho objeto, la que, según me comunicaron, obedecía a la 'reincidencia' de usted en dos casos análogos al que me he venido refiriendo. Usted, amigo poeta y yo, somos de los hombres que por doctrina y principios obramos a la luz del día; pero... créa usted que todos los que nos rodean proceden en igual forma?... Mande en lo que quiera a su amigo".⁴⁵

Examinemos por último la carta que Neruda dirige a su amigo, el senador Carlos Contreras Labarca. Se trata de un documento bastante esclarecedor, que junto con tratar aspectos directamente relacionados con el caso Siqueiros, agrega otros temas de la contingencia:

"México, D.F., 8 de Julio de 1941.

Señor Senador

Carlos Contreras Labarca

Santiago de Chile

Ya estará Ud. en posesión del telegrama de Wences en que le comunicaba la absurda noticia de mi suspensión por un mes sin sueldo, medida tomada por el Gobierno para castigarme por haber otorgado el visado al pintor David Alfaro Siqueiros.

Supongo que ya habrá hablado con Siqueiros quien le habrá interiorizado en la parte mexicana del asunto. Los puntos de vista sobre mi defensa administrativa están contenidos en la carta que le acompaño y le mando un facsímil de la absolución legal del pintor, ya que por ese lado quieren defenderse nuestros enemigos de cierto Ministerio.

La parte administrativa es riquísima en datos para mi defensa; sobre todo no puede escapársele a nadie que si el pintor está en Chile es por voluntad del Gobierno chileno, ya que pudiera haberle impedido la entrada. Yo alcancé a comunicarle que el Gobierno había anulado su visa. Así es que por ese lado he cumplido con mi deber oficial.

Pero se trata, no tengo necesidad de decírselo, de un caso enteramente político, de la fobia que nos tienen ciertos personajes y de la cual se me pretende hacer víctima. Hace tiempo que el Ministerio viene persiguiéndome con pequeñas ruindades y de aquellas promesas que a Ud., al senador Ortega, y a Justiniano les hicieron sobre mi persona, ya no queda ni el humo.

Quiero saber, mi querido Carlos, qué piensa Ud. de todo esto, si debo aceptar esta nueva provocación tragándomela –cosa muy difícil porque los términos en que viene mi suspensión son francamente agresivos y fuera del respeto que debo yo merecérselos– o debo terminar este asunto y regresar a Chile y acompañarlo en la lucha.

Muchos puntos diversos se expresan entre nuestros amigos de aquí con respecto a la situación y más bien se tiende a creer todo el asunto una provocación de los elementos conocidos para que yo presente mi renuncia y ayude con eso a un plan hace mucho tiempo estudiado. Por otra parte me parece que sin sacrificio grave de mi dignidad es difícil permanecer en el servicio después de este incidente o por lo menos sin que la autoridad derogue al infame decreto por el cual se me suspende.

Me parece que un rápido movimiento a obtener la derogación de este decreto, que fue firmado por el Presidente, podría producir algún resultado, pero no conozco enteramente la situación y por lo tanto le ruego me aconseje y me instruya sobre el particular, recurriendo, como la sugería Wences en el telegrama, al senador Ortega.

Para que vea Ud. qué gente más pequeña y perversa le diré que en vez de nombrar a Délano para sustituirme durante mi suspensión, se ha nombrado, pasando sobre él, al Sr. Gonzalo González, pequeño funcionario de la Embajada que junto con el advenimiento del Frente Popular fue retirado del servicio por ser enemigo nuestro. Espero rápidamente sus noticias y le escribo a pesar de mi impaciencia para llegar a la solución más justa y aconsejado por algunos amigos comunes de por aquí. Así es que espero a vuelta de avión su carta, a menos que rotundamente quiera Ud. aconsejarme algo por cable.

Quiero preguntarle también por petición especial de la querida persona de que se trata cómo van las gestiones para la visación del comandante del Quinto Regimiento, tocayo suyo y que me dice haberle escrito.

Sería un gran placer para mí darle buenas noticias.

Hasta luego pues, Carlos, y un leal y fuerte abrazo de Delia, Enrique y de su invariable amigo".⁴⁶

Al margen de lo relacionado con el problema específico de la visa y la sanción, de los términos de esta carta se desprende una poco usual apelación del poeta a un amigo influyente –que es, por los demás un destacado político comunista y senador por añadidura– y tal vez lo más interesante de la carta sea esa frase: '...o debo terminar este asunto y regresar a Chile y acompañarlo en la lucha', una posibilidad que prefigura de manera clara la opción de una renuncia que lo alejaría de la diplomacia para insertarlo 'en la lucha'.

Queda reflejada aquí la íntima disposición que ya tiene Neruda para involucrarse en política, y de ahí que no sea de extrañar el sesgo cada vez más acentuado de sus posteriores actuaciones poético-políticas.

Los hechos posteriores demostrarán que el consejo debió ser: "no todavía".

Aun no están maduras las uvas.

Neruda tendrá que aceptar la sanción sin otro desahogo que unas cuantas cartas más o menos virulentas a amigos chilenos y extranjeros, y sin otro consuelo que un buen número de afectuosos mensajes de solidaridad.

La conexión americana (II).

Guatemala

Mientras la medida administrativa que lo obligaba a alejarse temporalmente de sus funciones seguía su trámite, Neruda alcanza a enviar a RR.EE. un oficio en que da cuenta de otra iniciativa suya destinada a mejorar y ampliar la labor del Consulado.

Tal como se lo propusiera y siempre secundado por Luis E. Délano han editado a mimeógrafo un pequeño boletín informativo que lleva por título *Noticias de Chile*, que publica su primer número el 21 de mayo de 1941.

Ideado como nexo entre el Consulado y la colonia chilena residente, este folleto sirve también como medio de divulgación de informaciones que pudieran ser útiles para la relaciones culturales entre Chile y México.

Satisfacción causará a los editores enterarse más adelante que la estructura y características de la publicación habían sido adoptadas por el Consulado de Chile en El Salvador y por otros consulados de países amigos en México.

Es la única nota grata en estos días, porque de acuerdo con los procesos burocráticos, la aplicación efectiva de la suspensión de funciones –notificada mediante Oficio confidencial de 26 de mayo– se hace efectiva a partir del 4 de junio, fecha en que el Cónsul Reyes debe hacer entrega formal de su cargo.

El poeta aprovecha esta coyuntura no para irse frívolamente de vacaciones a un balneario cualquiera, sino para realizar un breve viaje a Guatemala, cuna de la cultura maya.

En la primera quincena de junio, liberado del fardo de sus obligaciones pero castigado con un mes sin sueldo, no resultaba tan fácil para él organizar y financiar un viaje de la noche a la mañana, pero aquí entra en acción un personaje injustamente olvidado dentro del amplio registro de sus nuevos amigos.

Se trata de Enrique de los Ríos, un agrónomo y empresario chileno que llevaba ya bastante tiempo residiendo en México. De temperamento dinámico y carácter servicial, a poco de llegar el nuevo cónsul a Ciudad de México Enrique de los Ríos ya se había convertido en un gran y generoso amigo, debido en gran parte a un mérito adicional que pocos podían exhibir: contaba con tiempo y voluntad suficientes para acompañar al poeta en sus andanzas y exploraciones.

El hecho de que Enrique fuese un gran volante, que dispusiera de un excelente automóvil y que estuviera siempre dispuesto a emprender viaje a la menor provocación hizo posible que –durante este obligado alejamiento

de su cargo— Neruda ideara y realizara este viaje a Guatemala, que pudo realizarse así en óptimas condiciones gracias a este compañero a quien no preocupaban mayormente ni los gastos ni las distancias. Por esta y otras razones no nos extrañará que en su libro de memorias *El río*, Luis Cardoza y Aragón llame a Enrique de los Ríos: “el mecenas de Pablo Neruda”.

Ideado, organizado y puesto en acción, el viaje a Guatemala convierte la sanción administrativa en preciosa oportunidad para agregar nuevos contactos, paisajes y memorias a la agenda americana del poeta, al tiempo que incorpora otros paisajes mexicanos a su registro de cronista-poeta.

“Pasamos por el istmo de Tehuantepec —anota en sus memorias— región dorada de México, con mujeres vestidas como mariposas y un olor a miel y azúcar en el aire. Luego entramos en la gran selva de Chiapas. De noche deteníamos el vehículo asustados por los ruidos, por la telegrafía de la selva. Millares de cigarras emitían un ruido violento, planetario, que parecía increíble. El misterioso México extendía su sombra verde sobre antiguas construcciones, sobre remotas pinturas, joyas y monumentos, cabezas colosales, animales de piedra. Todo esto yacía en la selva, en la millonaria existencia de lo inaudito mexicano. Pasada la frontera, en lo alto de la América Central, el estrecho camino de Guatemala me deslumbró con sus lianas y follajes gigantescos; y luego con sus plácidos lagos en la altura como ojos olvidados por dioses extravagantes...”⁴⁷

Yendo tras las huellas del poeta itinerante, bien pudiera ser este el mejor momento para examinar la lenta progresión de su periplo americano.

De los anteriores viajes, de sus contactos previos con Argentina y Uruguay no solo conserva recuerdos y amigos, tiene la percepción fraterna de esas tierras, la relación comprendida y asumida de que existe un destino común —comunes problemas y desafíos— para todas las naciones de la América Latina.

Y tal parece que su intención y ambición de este momento —a escala continental— no fuese otra que la de ir juntando amigos, conquistando aliados, allegando voluntades para las dos causas centrales que le obsesionan: el vaciamiento en su poesía de un sentir americano... la defensa de la dignidad y libertad del hombre frente a la agresión del nazi-fascismo, incluida aquí su ya larga lucha en favor de los republicanos españoles.

No deja de ser significativa a este respecto la anécdota que refiere una de sus amigas argentinas, María Rosa Oliver. Después de señalar la fecha y oportunidad en que ha conocido a Neruda en Buenos Aires, expresa: “Cuando se presentó en casa más tarde, para hablar de los refugiados españoles, se presentó con los dos pilotos del avión y la azafata. Igual que Gabriela Mistral, Pablo Neruda necesitaba ir acompañado. Tenía algo de cacique. Le gustaba tener ‘su gente’ a su lado. Y en seguida se formaban grupos a su alrededor. Por

donde iba lo seguían. Le gustaba el calor humano. Le gustaba la gente nueva. Bastaba verlo, oír cómo pensaba, su visión general del mundo, su amor al ser humano, para entender por qué asumía la posición política en la que estaba".⁴⁸

Neruda aprovechará su período consular en México –comprendidos estancia, permanencia y regreso– para ampliar su bagaje americano, visitando Guatemala, Cuba, Estados Unidos, Panamá, Colombia y Perú, siendo evidente desde el comienzo su intención de ampliar desde su sede en México su relación con las demás culturas americanas.

Durante todos sus viajes por tierras de América, Neruda no toma fotos de prospección, como un geólogo; ni fotos de registro, como un antropólogo; y mucho menos fotos de recuerdo, como un turista. El poeta toma íntima razón y perdurable memoria de América, y nada de lo que ve, escucha, huele o toca deja de ser para él materia preciosa, engendradora de poesía.

Mientras viaja practicando este "trabajar de esponja", que es el suyo, en pequeñas libretas o papeles sueltos van quedando breves anotaciones, escuetos apuntes que señalan fechas o cifras o nombres (lo que debe ser establecido con precisión), a lo cual se suma una especie de taquigrafía personal, hecha no de signos sino de "palabras claves", dos o tres palabras con las cuales va quedando resumido todo lo digno de elaboración posterior, siendo este mínimo trampolín verbal todo lo que necesitará más adelante para reconstruir en prosa o verso lo visto y lo vivido.

De estas andanzas, de esta avidez de saber y conocer se van nutriendo las páginas del futuro *Canto General*.

Como una extraña planta de vigoroso e imprevisible desarrollo –recién descubierta... apenas nacida y ya extendiéndose en frondosidades inesperadas– así la semilla original del *Canto General de Chile* expande sus raíces y toma posesión del suelo americano, en un proceso orgánico que después de asentarla firmemente en el sustrato más profundo y antiguo de estas tierras, se alza hasta el tiempo de hoy, para expresarse y reclamar su derecho a un lugar bajo el sol.

Decidoras resultarán aquí las palabras con que el poeta describe, no la persecución de una meta intelectual, sino el proceso vivo que ante sus ojos se verificaba en ese tiempo:

"Mi poesía comienza a ser parte material de un ambiente infinitamente espacial, de un ambiente a la vez submarino y subterráneo, a entrar por galerías de vegetación extraordinaria, a conversar a pleno día con fantasmas solares, a explorar la cavidad del mineral escondido en el secreto de la tierra, a determinar las relaciones olvidadas del otoño y del hombre. La atmósfera se oscurece y la aclaran a veces relámpagos recargados de fosforescencia y de terror; una

nueva construcción lejos de las palabras más evidentes, más gastadas, aparece en la superficie del aire; un nuevo continente se levanta de la más secreta materia de mi poesía".⁴⁹

Solo se ama lo que se conoce. Al conocer América, al redescubrir América, al reconocerse como hijo suyo, Neruda –en cuanto poeta apasionado– no puede dejar de exaltarse por este sentimiento de pertenencia y amor y goce, tanto más intenso cuanto se le presenta como el reverso de aquel otro doloroso sentimiento –de ajenidad, de orfandad, de extranjería– que ha experimentado ya en otras partes del mundo, en especial en el Oriente.

Solo el viajero que vuelve del infierno puede llamar paraíso al paraíso.

Pero ocurre que este paraíso americano solo puede ser cantado como tal si se limita al elogio de sus ríos y mares, de sus bosques y pájaros. En medio de un paisaje idílico y de una naturaleza exuberante, este llamado paraíso se halla habitado por codicias y opresiones; se halla envenenado por amargas desigualdades y crueles dictaduras que no admiten otro canto que no sea el de denuncia y condenación.

¿Puede –podrían– ponerse juntos en un mismo discurso, en un solo gran poemario el máximo embeleso y la más amarga y furiosa condena?

Esta es la tarea que Neruda tiene por delante en el proyectado *Canto General*, y al ingresar en Guatemala se encuentra, precisamente, con una de esas dictaduras que son el azote del pueblo, la perpetuación de la maldad.

Breve y precisa, la descripción que nos hace Neruda retrata de cuerpo entero al personaje:

"El caudillo se llamaba Ubico y gobernaba desde hacía muchísimos años. Era un hombre corpulento, de mirada fría, consecuentemente cruel. Él dictaba la ley y nada se movía en Guatemala sin que él expresamente lo dispusiera. Conocí a uno de sus secretarios, ahora amigo mío, revolucionario. Por haberle discutido algo, un pequeño detalle, lo hizo amarrar allí mismo, a una columna del despacho presidencial y lo azotó sin piedad".

Sobre el carácter sádico de Ubico abundan referencias en que lo aberrante se une a lo grotesco. Luis Cardoza y Aragón, por ejemplo, refiere que Ubico decidió un buen día adoptar como *hobby* la práctica de la dentística, para lo cual hizo instalar en su residencia palaciega un verdadero consultorio dental, perfectamente equipado. Los clientes no le faltaban, ya que tan pronto le venía el deseo de practicar su *hobby* convocaba a sus capitanes, coroneles o sargentos –el que tuviese la desgracia de hallarse más a mano– y alicate en mano se dedicaba a explorarle y enmendarle la dentadura.

"... a quienes sentaba en la silla de su clínica privada –dice Cardoza– les registraba el hocico y sin título de veterinaria siquiera, decidía lo que le venía en gana. El uniformado acataba al déspota y sin proferir un grito soportaba, muy macho, así estuviera sufriendo como si le leyese poesía o cerdo que degüellan".

Para Neruda, el desagrado de hallarse en el país de Napoleón Ubico se ve compensado por el agrado de conocer a Miguel Ángel Asturias, con quien establece de inmediato una de esas amistades ejemplares.

"Pasé una semana conviviendo con Miguel Ángel Asturias –recuerda Neruda– que aun no se había revelado con sus novelas victoriosas. Comprendimos que habíamos nacido hermanos y casi ningún día nos separamos. En las noches planeábamos visitas inesperadas a lejanos parajes de sierras envueltas por la niebla o a puertos tropicales de la United Fruit. Los guatemaltecos no tenían derecho a hablar y ninguno de ellos conversaba de política delante de otro. Las paredes oían y delataban".

La llegada del poeta a Guatemala se produce el 25 de junio, y sus primeras declaraciones a la prensa son recogidas por el diario *El Imparcial*, que informa que Neruda "viene con el fin de pasear y conocer la intelectualidad guatemalteca", señalando, entre otros puntos, que el viaje desde Ciudad de México lo ha efectuado mayormente en automóvil y que tiene vivo interés por visitar los mercados y enterarse de lo que come y bebe la gente del pueblo.

Por otra parte, de la entrevista que con el título de "Charlando con Pablo Neruda" publica el periodista G. Castañeda, resulta de interés la opinión que el poeta expresa sobre el aporte español a la cultura mexicana.

"... como Neruda viene ahora de México –escribe Castañeda– empiezo por pedirle su opinión sobre el movimiento literario mexicano de los últimos tiempos y sobre la influencia que en este movimiento tenga ya la inmigración intelectual hispana, llegada a ese país en los tres años anteriores.

El poeta de *Con España en el corazón* encuentra muy interesante este movimiento sobre todo por lo que tiene de actual, de humano, y considera que no solo para México sino para los demás países del continente de habla española, será de extraordinario valor esta inmigración. Hay más: cree que la intelectualidad española, el pensamiento español, mejor dicho, experimentará una gran transformación en su contacto con nosotros y que esa mutua influencia se hará sensible hasta en aquellos países que, como Guatemala, no han recibido ese valioso aporte de la tragedia de España.

El español –piensa Neruda– tiene la gracia, el donaire, la elegancia, el gusto por la aventura, mientras que nosotros tenemos cierta fuerza desordenada, cierta áspera grandeza que es la naturaleza misma infundida en el individuo. Le he anotado el hecho de que en América estábamos ya, de tiempo

atrás, más o menos influidos por los grandes valores españoles a través de los libros que copiosamente derramaban las editoriales de la península en América, mientras que de nosotros allá no llegaba nada, en nuestra pobreza editorial, aunque ya un poeta americano hubiera gloriosamente ganado la otra orilla [...] Las influencias –dice el poeta– nos vienen a veces con toda una época de por medio, en el estilo de escritores a los que suponemos que no debemos nada. Y añade: Muchos creerán que no tienen nada que ver con Darío y, sin embargo, si escriben como lo hacen, lo deben a aquel fulgor de Rubén, que modificó de modo tan trascendental la lengua castellana”.

Como la estadía será solo de una semana, el poeta se apresura en establecer los contactos que le permitan sacar el mayor partido posible de este viaje.

A la cabeza de la representación diplomática de Chile en Guatemala se halla Gaspar Mora, quien el día 26 ofrece a Neruda un banquete de recepción en el Palace Hotel.

Funcionarios diplomáticos y consulares y una gran cantidad de artistas y escritores asisten al banquete, correspondiendo a Miguel Ángel Asturias pronunciar el discurso de bienvenida.

Pocos días después, y por iniciativa conjunta de la prensa y la intelectualidad guatemalteca, un banquete en honor de Gaspar Mora y de Neruda tiene lugar en los salones del Club Guatemala.

Durante el resto de su estadía, Neruda trata de “reportear” la realidad del país, y acompañado por Asturias emprende discretos paseos –a vista y paciencia de la policía política–, andanzas con las que procura formarse una opinión de las condiciones en que vive la gente, todo lo cual se hace sin contratiempos, pero tomando las debidas precauciones. “En algunas ocasiones –recuerda– deteníamos el carro en lo alto de una meseta y allí, bien seguros de que no había nadie detrás de un árbol, tratábamos ávidamente la situación”.

Sin embargo, un eventual motivo de conflicto se produce hacia el final de su estadía, cuando un grupo de jóvenes poetas guatemaltecos, osados pero prudentes, se atreven a elevar una petición al dictador, solicitando su venia para que el poeta chileno efectuase un recital público.

“Enviaron un telegrama a Ubico –dice Neruda– solicitando el permiso. Todos mis amigos y jóvenes estudiantes llenaban el local. Leí con gusto mis poemas porque me parecía que entreabrían la ventana de aquella prisión tan vasta. El jefe de policía se sentó conspicuamente en primera fila. Luego supe que cuatro ametralladoras se habían emplazado hacia mí y hacia el público y que éstas funcionarían cuando el jefe de policía abandonara ostensiblemente su butaca e interrumpiera el recital.

Pero no pasó nada, pues el tipo se quedó hasta el fin oyendo mis versos.

Luego quisieron presentarme al dictador, hombre inflamado por locura napoleónica. Se dejaba un mechón sobre la frente, retratándose con frecuencia

en la pose de Bonaparte. Me dijeron que era peligroso rechazar tal sugerencia, pero yo preferí no darle la mano y regresé rápidamente a México".⁵⁰

A su regreso a México, recibe una carta de Gaspar Mora en que le dice: "Aquí dejaron un estela de simpatía y todos son incansables en recordarlos. Han prestado un gran servicio al prestigio chileno y, en particular a mi misión".

De interés en esta carta es la sugerencia que hace el diplomático chileno para que Neruda extienda sus giras a otros países de la región. A este respecto escribe: "Hay vivo interés en El Salvador, Nicaragua y Costa Rica para conocer al poeta en carne y hueso (bien duros, por ser parralinos). Se me ocurre, en caso de posibilidades de tiempo, o bien al regreso a Chile, que esta sería una gira provechosa, arreglada con tiempo"...

La excelente acogida recibida en Guatemala y la amistad con Miguel Ángel Asturias serán los resultados más importantes de este viaje.

En la perspectiva de los años, curioso será comprobar que ya en 1941 Neruda había conocido y fraternizado con tres de los futuros Premios Nobel latinoamericanos: Gabriela Mistral, Miguel Ángel Asturias y Octavio Paz.

Pero en estos días nadie piensa en grandes premios.

Neruda, al igual que sus otros ilustres amigos, están muy ocupados, conscientes de lo mucho que tienen que hacer y decir por la América Latina.

Un canto para Bolívar

El 24 de julio de 1941, para rendir un homenaje a Simón Bolívar en el aniversario de su muerte, la Rectoría de la Universidad y la Sociedad de Alumnos de la Escuela de Derecho habían organizado un acto académico, al cual invitaron a dos personalidades extranjeras: el filósofo español Joaquín Xirau y el poeta chileno Pablo Neruda.

Con el fin de asegurar la participación de Neruda, la dirigencia estudiantil comisiona a dos personeros para que le visiten, le extiendan la invitación y le expresen sus deseos de que concurra, ojalá, con un poema inédito dedicado a Bolívar. Uno de estos visitantes –Luis Echeverría– llegará a ser Presidente de México y, por cierto, un gran amigo de Chile.

Es él mismo Echeverría quien al recordar el episodio, expresa: “Cuando estudiaba Derecho, dirigía un pequeño periódico: *México y la Universidad*. El cónsul de Chile en México era Pablo Neruda. Fedro Guillén, que era diputado por Chiapas, y yo, fuimos a verlo a una casa de gran sabor provinciano en Insurgentes Sur, por Mixoac. Era lunes y le pedimos que para el viernes de la misma semana nos tuviese listo un poema sobre Bolívar. Dijo que no había tiempo pero que iba a hacer un esfuerzo”.

Pudo haber sido una velada más –cultural, académica, literaria– y, por consiguiente, de escaso relieve noticioso. Sin embargo la prensa tendría mucho que decir sobre lo ocurrido en esta sesión, al final de la cual se desataría una verdadera batalla campal entre los asistentes, los unos profiriendo insultos contra la República española, contra Neruda, contra Xirau y dando vivas a Franco, y los otros reaccionando con furia por la interrupción del acto y tomando vigoroso partido por la causa contraria.

“Desde la parte alta del Anfiteatro –refiere Cantón– varios jóvenes falangistas lanzaron ‘muera’ a la República Española, ‘vivas’ al Generalísimo y ‘porras’ salvajes y groseras que lesionaban el decoro universitario. Mientras el rector, los embajadores y demás autoridades salían apresuradamente, el resto del público se lanzó contra los alborotadores, y al poco rato ya era todo una batalla campal”...

Las razones para tal alboroto eran las de siempre: fascistas contra antifascistas, franquistas contra republicanos, derechistas contra izquierdistas –el mismo trasfondo ideológico, los mismos argumentos–, lo único que iba cambiando eran los escenarios y los protagonistas.

Aquel sonado escándalo ocurrido en el Salón de Honor de la Universidad de Chile, en 1940, era parte de la misma historia, y habría que anotar que –en lo que

a Neruda respecta— en la misma medida en que se iba convirtiendo en fervoroso, majadero y hasta fanático antifascista, así se le respondía desde el bando contrario con insultos, odio, ataques e incluso con la agresión física, como ocurrirá en fecha no lejana, en Cuernavaca.

Y habrá que reconocer que esta velada en homenaje a Bolívar era en sí misma un acto antifascista.

El tema que ha elegido Joaquín Xirau para su conferencia se relaciona con Bolívar, por supuesto, pero el título ya daba a entender su desarrollo: “Bolívar, patriota español”. En cuanto a Neruda, su largo poema “Un canto para Bolívar”, tiene ingredientes más que suficientes para provocar la furia de los fascistas, en especial los versos finales, en que de una alegórica manera hace aparecer un Bolívar redivivo en los días de la Guerra Civil Española.

El poema comienza con unos versos invocativos, que Neruda lee con su habitual parsimonia:

*Padre nuestro que estás en la tierra, en el agua, en el aire
de toda nuestra extensa latitud silenciosa,
todo lleva tu nombre, padre, en nuestra morada:
tu apellido la caña levanta a la dulzura,
el estaño bolívar tiene un fulgor bolívar,
el pájaro bolívar sobre el volcán bolívar,
la patata, el salitre, las sombras especiales,
las corrientes, las vetas de fosfórica piedra,
todo lo nuestro viene de tu vida apagada,
tu herencia fueron ríos, llanuras, campanarios,
tu herencia es el pan nuestro
de cada día, padre.*

*Tu pequeño cadáver de capitán valiente
ha extendido en lo inmenso su metálica forma,
de pronto salen dedos tuyos entre la nieve
y el austral pescador saca a la luz de pronto
tu sonrisa, tu voz palpitando en las redes.*

*De qué color la rosa que junto a tu alma alcemos?
Roja será la rosa que recuerde tu paso.
Cómo serán las manos que toquen tu ceniza?
Rojas serán las manos que en tu ceniza nacen.
Y cómo es la semilla de tu corazón muerto?
Es roja la semilla de tu corazón vivo”.*

Hasta aquí no hay reacciones contrarias en el anfiteatro. Pero, ahí está ese capote rojo, reiteradamente agitado frente a todos, una rojez inequívoca que a unos satisface y a otros provoca. Y luego viene la forzosa e inevitable referencia a esa España que convoca la solidaridad de América:

*Por eso es hoy la ronda de manos junto a ti.
Junto a mi mano hay otra y hay otra junto a ella,
y otra más, hasta el fondo del continente oscuro.
Y otra mano que tú no conociste entonces
viene también, Bolívar, a estrechar la tuya
de Teruel, de Madrid, del Jarama, del Ebro,
de la cárcel, del aire, de los muertos de España
llega esa mano roja que es hija de la tuya.*

*Capitán, combatiente, donde una boca
grita libertad, donde un oído escucha,
donde un soldado rojo rompe una frente parda,
donde un laurel de libres brota, donde una nueva
bandera se adorna con la sangre de nuestra insigne aurora,
Bolívar, capitán, se divisa tu rostro.
Otra vez entre pólvora y humo tu espada está naciendo.
Otra vez tu bandera con sangre se ha bordado.
Los malvados atacan tu semilla de nuevo,
clavado en otra cruz está el hijo del hombre.*

Pudo haber sido un poema de circunstancia, de escritura apresurada, pero este “Canto para Bolívar” es un texto que conjuga el lirismo con una dosificada carga proselitista (propaganda roja, como podría decir un detractor), pero hermosa y eficaz propaganda, que sirve con eficacia y vigor la causa que el poeta defiende:

*Pero hacia la esperanza nos conduce tu sombra,
el laurel y la luz de tu ejército rojo
a través de la noche de América con tu mirada mira.
Tus ojos que vigilan más allá de los mares,
más allá de los pueblos oprimidos y heridos,
más allá de las negras ciudades incendiadas,
tu voz nace de nuevo, tu mano otra vez nace:
tu ejército defiende las banderas sagradas:
la Libertad sacude las campanas sangrientas,
y un sonido terrible de dolores precede*

*la aurora enrojecida por la sangre del hombre.
Libertador, un mundo de paz nació en tus brazos.
La paz, el pan, el trigo de tu sangre nacieron,
de nuestra joven sangre venida de tu sangre
saldrá paz, pan y trigo para el mundo que haremos.*

*Yo conocí a Bolívar una mañana larga,
en Madrid, en la boca del Quinto Regimiento,
Padre, le dije, eres o no eres o quién eres?
Y mirando el Cuartel de la Montaña, dijo:
"Despierto cada cien años cuando despierta el pueblo".*

Junto con los aplausos vienen los abucheos, los gritos, las maldiciones.

Según refiere Wilberto Cantón: "El público, silencioso y emocionado, escuchó la poesía valiente, rotunda, encendida; y la lluvia de aplausos al final fue el más elocuente testimonio de su adhesión. Pero cuando el entusiasmo desbordaba, un grupo fascista, de antemano organizado, inició el escándalo".

Ya está suficientemente claro que Neruda no ha venido a México a pasarlo bien, a escribir poesía americanista, a visitar mercados y a engolosinarse con esa fiesta de colores y sabores que es México.

Porque la guerra sigue. La guerra contra el fascismo –perdida ya en España– se continúa en escala aun mayor y ahora que Hitler ha invadido la Unión Soviética, es hacia esta tierra, hacia este otro drama de feroz resistencia al invasor que se orienta la acción, el batallar y la poesía de Neruda. No hay duda que se está desdoblado una vez más: consúl de carrera a la vez que beligerante poeta, la misma difícil mezcla de funciones que le ha acarreado tantos problemas anteriormente en España.

Introducción a la caracología

No hay duda de que la afición naturalista de Neruda –ese agudo interés por insectos, pájaros, árboles y especies botánicas en general– era algo que venía con él desde la infancia, ni más ni menos como venía con él la poesía.

Como es comprensible, las primeras manifestaciones de este interés no pasarían más allá de la simple atracción y curiosidad hacia la belleza, la sorpresa y la variedad que el mundo ponía ante sus ojos.

No es raro, por otra parte, que de esta temprana fascinación por las cosas de la naturaleza surjan también las primeras muestras de un espontáneo coleccionismo. Comenzará como un afán acumulador –incipiente y primitivo–, ya que tesoros propios de la infancia serán para él los insectos de armadura y color extraordinarios, tesoros serán los moteados y diminutos huevos de las aves silvestres, tesoros por otros despreciados serán para él las piedrecillas de formas y colores caprichosos que se pueden recoger a las orillas de los ríos.

La vida, los viajes, los variados caminos que van ensanchando el conocimiento y afinando el gusto, llevarán al poeta a convertirse en un coleccionista obsesivo a la par que insaciable, que sin olvidar sus primeras pasiones irá agregando otras muchas a la lista.

De su regreso de Oriente –ya lo sabemos– había llegado a Chile con una colección de cuchillos y máscaras de origen malayo, javanés o birmano, mucho de lo cual se perdería para siempre durante la Guerra Civil Española.

Los libros, por otro lado, no terminarán nunca de acumularse, y parte importante de su afán de bibliófilo no estará dedicada a la persecución de obras propiamente literarias, sino científicas –libros de botánica maravillosamente ilustrados, libros sobre peces y pájaros y oceanografía.

Estando en México, la variedad de la flora y la fauna que aquí se prodiga en escala desmesurada le abruma e impresiona, y esta prodigalidad natural halla en él un comentador de ojo penetrante y palabra entusiasta.

Será también aquí –en este México de todos los deslumbramientos– en donde Neruda dará amplitud y extensión a una de sus colecciones más famosas: la de caracoles marinos.

“En México –contará más tarde– me fui por las playas, me sumergí en las aguas transparentes y cálidas, y recogí maravillosas conchas marinas. Luego en Cuba y en otros sitios, así como por intercambio y compra, regalo y robo (no hay coleccionista honrado), mi tesoro marino se fue acrecentando hasta llenar habitaciones y habitaciones en mi casa.

Tuve las especies más raras de los mares de China y Filipinas, del Japón y del Báltico, caracoles antárticos y polymitas cubanas; o caracoles pintores vestidos de rojo y azafrán, azul y morado, como bailarinas del Caribe. [...] Exageré en este caracolismo hasta visitar mares remotos. Mis amigos también comenzaron a buscar conchas marinas, a encaracolarse".⁵¹

Uno de estos amigos voluntaria (o perentoriamente) "encaracolado" es Juan de la Cabada, a quien Neruda escribe en más de una ocasión para pedirle e insistirle sobre el tema: "Querido Juan: Me dicen que regresas pronto. Haces muy bien. No es bueno que el hombre esté solo, dice la Biblia. Te escribo para que me traigas caracoles marinos y conchas raras cuando vengas. Tienen que ser raras, se lo dirás a los pescadores. Deben ser de profundidad. No te doy nombres porque ellos no saben los nombres científicos. Esto es muy importante para mí, como lo verás cuando vengas".

Más adelante, y previendo ciertas dificultades monetarias, escribe: "Querido Juan: No he visto aun a Cardona pero voy a buscarlo para atender tu petición. Te mando mi poema sobre Stalingrado. Dale amplia difusión.

Sobre los caracoles de Isla Mujeres y Celestún, te ruego sigas reuniéndome cuantos puedas, pero diferentes. Cerca de Mérida hay una playa que también puede tener algo. Ojalá me escribieras diciéndome algo sobre esto. Si quieres encargar algunos caracoles raros a los pescadores de alta mar o de las Islas, y esto puede costarte algún dinero, dímelo para enviártelo".⁵²

Lo que había comenzado como una afición más, es algo que se irá convirtiendo, primero en devoción y luego en pasión, una pasión que habrá de llevarlo al estudio persistente y científico de todo lo relacionado con una disciplina que —ahora lo sabe— no se llama caracolismo ni caracología sino malacología. Durante todo este proceso, de manera gradual y sin pretenderlo irá convirtiéndose en un consumado y experto malacólogo.

"Los caracoles —señala en otro momento— son los más silenciosos habitantes de mi casa. Todos los años del océano pasaron antes y endurecieron su silencio. Ahora, estos años les han agregado tiempo y polvo. Sin embargo, sus fríos destellos de madreperla, sus concéntricas elipses góticas o sus valvas abiertas, me recuerdan costas y sucesos lejanos. Esta inestimable lanza de luz sonrosada es la Rostellaria, que el malacólogo de Cuba, mago de profundidad, Carlos de la Torre, me otorgó una vez, como una condecoración submarina. Aquí está, un poco más descolorida y empolvada, la "oliva" negra de los mares de California y, de la misma procedencia, la ostra de espinas rojas y la de perlas negras. Allí casi naufragamos en aquel mar de tantos tesoros".

No hay novedad en esto: todo verdadero coleccionista puede ser elocuente y entusiasta a la hora de hablar de sus tesoros.

Pero en el caso de Neruda, a esta elocuencia propia del coleccionista se irá allegando de manera natural la exuberancia de la palabra poética.

La combinación de malacólogo y poeta tiene esa ventaja evidente: para describir un determinado ejemplar, serán al mismo tiempo el científico y el lírico que se unan para contarnos –a nosotros los legos– lo que hay de notable y único en este particular caracol que contemplamos, que nos parece hermoso, desde luego –como tantos otros– pero en el cual no sabríamos descubrir su profunda identidad.

En el poema “Mollusca Gongorina” está clara, desde el título, esa confluencia de poesía y ciencia descriptivas.

Se trata de una especie de Poema-Inventario que Neruda nos ofrece como introducción a su caracología más querida:

*De California traje un múrex espinoso,
la sílice en sus púas, ataviada con humo
su erizada apostura de rosa congelada,
y su interior rosado de paladar ardía
con una suave sombra de corola carnosa.*

*Mas tuve una cyprea cuyas manchas cayeron
sobre su capa, ornando su terciopelo puro
con círculos quemados de pólvora o pantera,
y otra llevó en su lomo liso como una copa
una rama de ríos tatuados en la luna.*

*Mas la línea espiral, no sostenida
sino por aire y mar, oh
escalera, scalaria delicada,
oh monumento frágil de la aurora
que un anillo con ópalo amasado
enrolla deslizando la dulzura.*

*Saqué del mar, abriendo las arenas,
la ostra erizada de coral sangriento,
spondylus, cerrando en sus mitades
la luz de su tesoro sumergido,
cofre envuelto en agujas escarlatas,
o nieve con espinas agresoras.*

*La oliva grácil recogí en la arena,
húmeda caminante, pie de púrpura,
alhaja humedecida en cuya forma
la fruta endureció su llamada,*

*pulió el cristal su condición marina
y ovaló la paloma su desnudo.
La caracola del tritón retuvo
la distancia en la gruta del sonido
y en la estructura de su cal trenzada
sostiene el mar con pétalos, su cúpula.*

En estos versos, Neruda reconoce y hace homenaje a la herencia verbal de Góngora, a la magnificencia del lenguaje castellano, que aquí aparece llevado a una altura que es a la vez opulencia y contención.

Pocas veces –quizá nunca– un caracol marino, un pez, un pájaro, una flor; hayan encontrado palabras más ceñidas y al mismo tiempo tan voluptuosas para describirlos. Y qué difícil tarea quedará en pie para los traductores, puestos a la tarea de poner en otra lengua, con adecuada concisión y parecido resultado, esos versos que hacen cumplido honor tanto a la belleza de estas joyas del mar como a la expresividad de la lengua castellana:

*Oh rostellaria, flor impenetrable
como un signo elevado en una aguja,
mínima catedral, lanza rosada,
espada de la luz, pistilo de agua.*

*Pero en la altura de la aurora asoma
el hijo de la luz, hecho de luna,
el argonauta que un temblor dirige,
que un trémulo contacto de la espuma
amasó, navegando en una ola
con su nave espiral de jazminero.*

*Y entonces escondida en la marea,
boca ondulante de la mar morada,
sus labios de titánica violeta,
la tridacna cerró como un castillo,
y allí su rosa colosal devora
las azules estirpes que la besan:
monasterio de sal, herencia inmóvil
que encarceló una ola endurecida.*

*Pero debo nombrar, tocando apenas
oh Nautilus, tu alada dinastía,
la redonda ecuación en que navegas*

*deslizando tu nave nacarada,
tu espiral geometría en que se funden,
reloj del mar, el nácar y la línea,
y debo hacia las islas, en el viento,
irme contigo, dios de la estructura.*

Una de las nuevas amigas que ha hecho Neruda en México, Graciela Amador, registrará en algún momento con admirativas palabras el afán marino del poeta y la manera como se aviene a compartir (o contagiar) a otros con su pasión de malacólogo obsesivo.

Lo recordará mostrándole "...una enjuta planta marina, matriz de miriadas de caracolillos que, a la simple vista, se nos antojan fragmentos de polen, pero que, de seguir viviendo su secuela normal, llegarían a ser una de aquellas inmensas "caracolas" irisadas, orgullo de su colección. Pablo las estima tanto que nunca las califica en tono masculino, y está rodeado de ellas como un Tritón.

Siente pavor y grandeza por las cosas del mar –añade Graciela Amador– y sabe de los seres que habitan en cada capa de las olas: si éstas son tibias y mirando al sol, en ellas viven los preciosos habitantes de las aguas claras, envueltos en prismas de luz [...] Escucho su lección y pienso que no hay poeta sin la fantástica vida de las grandes cosas: peces o revoluciones.

Pablo tiene un tacto especial para todas las cosas finas, y en su pequeña biblioteca, taller, estudio y comedor a un tiempo mismo, va colocando la infinita gracia de sus búsquedas. Tiene una mirada profunda y certera para encontrar la belleza, que bien puede ser un libro, una porcelana, una pintura, un amigo o un raro ejemplar marino que casi se deshace al roce de los dedos.

Pero no se crea que Pablo tiene el vicio del coleccionismo; es que va buscando cosas agradables a la vista y las coloca en estandartes para su propio recreo y para el de los demás pues... la casa de Pablo es la casa de nosotros".⁵³

Hasta aquí todo bien en los dominios de la malacología y la poesía. Los libros especializados van llegando poco a poco, los ejemplares siguen incrementándose a través de compras, o regalos o permutas, y si algún remordimiento existe en este coleccionista, sería el de no haber descubierto antes a los caracoles –estando en Ceylán, por ejemplo– lo cual le habría permitido recoger, por mano propia, quizá qué joyas en aquellas playas de aguas tibias y calmas que diariamente frecuentaba.

Sin embargo remordimientos puede haber –al menos uno– producto de un hecho que podríamos llamar "expropiación autorizada" (más crudamente: "robo tolerado"), episodio del cual ha quedado constancia escrita e indesmentible.

Se trata del cambio de manos de un valioso caracol que su dueña, la gran poetisa uruguaya Juana de Ibarbourou, permitirá que se produzca (en parte por

amistad, en parte por una especie de obligada generosidad), sintiéndose incapaz de decirle que no –simplemente que no– a este coleccionista depredador que, con la mayor naturalidad del mundo, se hace dueño de uno de sus más bellos ejemplares.

Nadie mejor que la propia víctima para narrar el episodio:

“Esa casa mía, que visitó tanta gente interesante de América, y aun de todo el mundo, fue una vez honrada con la visita de Pablo Neruda y Delia del Carril [...]. Quiero mucho a Pablo, aparte de mi admiración por el poeta que es, y con abstracción total, absoluta, de todos los defectos que se le reprochan y de los cuales el que más me duele es su falta de fe religiosa. Es bueno, despreocupado y espontáneo como un niño. ¡Ah, qué hermosa noche fue aquella! Mientras Delia curioseaba mis colecciones de porcelanas... Neruda y yo nos enfrascábamos en una seria charla sobre caracoles.

Desentendiéndonos de la demás gente, sentados sobre la alfombra frente al gran ventanal en cuyo alféizar interior yo tenía los más preciados ejemplares, Pablo me decía sobre ellos preciosas cosas líricas, científicas o de buen experto. Los dos amábamos mucho esas exquisitas obras de arte del mar, donde los colores más hermosos y sorprendentes, las formas más fantásticas, alternan con el más delicado pulimento de los materiales. De pronto Pablo tomó uno de los más bellos y raros. Sorprendida, alcé los ojos hacia su rostro, pues su ademán no fue igual a los otros sino absolutamente intranquilizador.

–No tengo éste y hace mucho que lo persigo. Soy feliz de haberlo encontrado –dijo apaciblemente–. Bien merece un whisky. Vamos a tomarlo.

Tragué saliva, sentí deseos de llorar. ¡Pero se trataba de Pablo Neruda, potencias infernales! ¡Es mi amigo, señores coleccionistas de caracoles, y uno de los poetas que me son más caros! Le serví su whisky. En el espejo de un mueble frente a nosotros me vi del color de la tiza. Hasta el rosa de Ida Rubinstein había desaparecido de mis mejillas”.⁵⁴

No hay coleccionista honrado –así (y entre paréntesis), el propio Neruda lo ha ratificado– y aunque esto se aplique más comúnmente a los bibliófilos, en este particular caso del robito consentido, la tolerancia –la indefensión– de Juana de Ibarbourou tendrá como única retribución ese momento de magia y embeleso a que ha hecho mención, cuando juntos los dos, ajenos al mundo circundante, el habla cansina del poeta chileno se ha hecho envolvente y seductora para hablarle de poesía hecha ondulación y de sustancias marinas hechas milagro, para deslumbrarla con la descripción de bellezas sumergidas y de joyas del océano profundo, preparando ya –como consumación del elogio, y como culminación de todo aquello– la entrega inevitable, la ofrenda sin remedio de la prenda más preciada. ¿Acto de amor? Sí, por qué no.

Pero el tiempo, a veces, todo lo redime.

Cuando en 1954 Neruda donó a la Universidad de Chile su biblioteca y su colección de caracoles, ahí estará, entre todos los demás, re-regalado ese valioso y bello caracol, a cuyo nombre científico bien se podría agregar hoy una palabra latina, un gentil derivativo, en homenaje a Juanita de Ibarbourou, esa "Juana de América" a quien Chile debe una joya, una plaza, un monumento.

Laurel: La antología de la discordia

Transcurrido un año desde la llegada de Neruda a México, ya estaba muy claro que sus actividades tendían a sobrepasar ampliamente el marco propiamente consular, y que en medio del beneplácito de algunos –y el encono de otros– ahí estaba el poeta y cónsul dispuesto a continuar una línea de conducta que le llevaba a insertarse de manera activa en el escenario social, político y literario mexicano.

En forma paralela a su función consular –y tanto en lo poético como en lo político– este Neruda impaciente e incisivo que ha llegado a México es el mismo que había llegado a Chile en 1937 dispuesto a fundar la Alianza de Intelectuales... a hacer la defensa de la España Republicana... a ayudar a elegir un Presidente representativo de las fuerzas de izquierda. El mismo que ha organizado la inmigración española republicana a Chile.

Hoy como ayer, ha sido y sigue siendo un escritor comprometido con su tiempo y con los desafíos que plantea.

De uno de sus libros de juventud, *El habitante y su esperanza*, viene su decidido rechazo a escribir lo que entonces llamaba: “bailables o diversiones”.

En el México de hoy, su aguda percepción de los grandes y graves deberes del intelectual le lleva a considerar banal, irrelevante o simplemente ocioso el tiempo que algunos escritores mexicanos dedican a afanes puramente literarios o librescos.

Interminables discusiones –por ejemplo– acerca de los poetas merecen figurar en una gran-gran antología.

En realidad, lo que ocurre es que este poeta está marcado a fuego por su experiencia reciente, y nadie sabe la carga de pesares, memorias y preocupaciones que vienen de lo visto y lo vivido en los años precedentes.

Neruda no está para “bailables o diversiones”, y todo lo que hace o dice no es sino una prolongación de esa beligerante actitud asumida en España, y que se continúa hoy, con la atención puesta en la situación internacional.

En estos primeros doce meses de su estancia mexicana, su corazón continúa sangrando por lo que ocurre en España. No está para juegos intelectuales, malabares verbales o minucias literarias, cosas que considera tan ociosas como perniciosas en la hora presente. Y para su gusto – o disgusto– llega a pensar que en México no existe una real compenetración con el momento que se vive, que no hay una percepción de las responsabilidades que la hora presente plantea a los intelectuales latinoamericanos.

La radicalización de su actitud –que ya ha quedado demostrada en entrevistas y declaraciones y en sus palabras a los universitarios– volverá a hacerse presente en un episodio que pondrá de relieve las discrepancias que existían entre él y algunos intelectuales mexicanos y españoles refugiados.

Entre las variadas iniciativas de la Editorial Séneca, el persistente y activo José Bergamín estaba a punto de hacer realidad en estos días un antiguo proyecto editorial que venía desde el año 1935, en Madrid.

Se trataba de la publicación de una gran antología de la poesía hispano-americana, para la cual había intentado en aquellos días interesar a Neruda para que se hiciera responsable de la selección.

Diversas razones –guerra incluida– habían dejado en suspenso aquel proyecto, que ahora llegaba a su culminación en este nuevo y propicio escenario mexicano.

Lo que resulta curioso es que en aquellos días en Madrid (abril de 1935), Neruda había acogido inicialmente con mucho interés la idea de efectuar la selección, pero al poco tiempo, en carta dirigida a Ricardo Molinari le había confidenciado: “Los planes al suelo. No quiero hacer la antología porque no se puede pelear con tanta gente”.

Ahora, ha correspondido a Octavio Paz encabezar un equipo antologador, secundado por Xavier Villaurrutia, Emilio Prados, Juan Gil-Albert y el propio Bergamín.

Entre todos han realizado la selección de autores y poemas, y llega el momento en que deben someter a la aprobación de Neruda el puñado de poemas con que él estará presente en la antología.

Obviamente, las malas relaciones Neruda-Bergamín del último tiempo introducían un factor extra-literario en el proceso, pero los antologadores esperaban que Neruda hiciese abstracción de ello y diera su aprobación sin mayor dificultad. Pero se llevan una ingrata y enorme sorpresa.

Neruda se niega de plano a permitir que sus poemas aparezcan en esta antología, que no vacila en declarar lamentablemente incompleta.

No se trata de que discrepe de la selección que ha hecho de su obra, tampoco de la cantidad de espacio que se le asigna. No se trata, por cierto, de esa típica vanidad del poeta que se juzga subvalorado en el conjunto de la lírica hispano-americana.

No es eso. A sus ojos, en esta antología existen omisiones graves, exclusiones que no pueden aceptarse.

Ahora bien, cuestionar el largo, paciente y demorado trabajo de los antologadores es una cosa, y excluirse sin más ni más de la antología es otra muy diferente. No hay duda de que Neruda ha actuado de una manera frontal y agresiva que no deja espacio a revisiones. Los antologadores se sienten ofendidos. Neruda, por su parte, está convencido de la razón que le asiste.

Sobre este episodio, resulta de interés el testimonio del mexicano Wilfredo Cantón. Después de señalar que se trata “del incidente que separó a Neruda del grupo más activo de nuestra literatura”, se refiere al origen del conflicto: “Fue a propósito de la elaboración de la antología Laurel [...] en la que se negó a aparecer por razones que no se han puesto en claro. Su negativa y la de León Felipe dejaron sensibles vacíos en esa exposición frecuentemente acertada de la poesía hispanoamericana, completa hasta con la inclusión del antolofobo Juan Ramón Jiménez, a quien aplicaron la sentencia que hace del silencio aquiescencia.

En uno de los grandes banquetes ofrecidos a Neruda, éste rompió violentamente con Octavio Paz, uno de los responsables de Laurel. El ambiente generalmente apacible de nuestras letras, se caldeó con estos sucesos hasta una temperatura inusitada, en la que se injuriaban los dos grupos en que se escindieron los escritores: nerudistas y antinerudistas. Quienes no tomaron parte en el combate, fueron espectadores atentos y regocijados. Solo los pintores, entre nosotros, se habían atrevido a tanta violencia y tanta publicidad. Antes ni después ha ocurrido nada semejante, en nuestro medio de cortesía, diplomacia y crítica secreta”.⁵⁵

A la luz de estos antecedentes –y tal como señala Cantón–no quedan suficientemente explicadas las razones que han provocado el conflicto. ¿Uno o varios los que sobran? ¿Uno o muchos los que faltan?

Si se tratara de nombres que sobran, es muy probable que al poeta chileno no le simpatizara la posibilidad de verse en la compañía de Juan Ramón Jiménez. Se podría conjeturar que un primer escozor de Neruda venía de aquí, y no solo porque don Juan Ramón estuviese presente, sino que lo estaba por decisión autónoma de los antologadores, que muy bien pudieron haberlo excluido dada su declarada antipatía por las antologías. Más aun, por su olímpico desinterés en responder a los requerimientos de los antologadores, aprobando o negando su inclusión en ésta en particular.

Si se tratara de nombres que faltan, no tardarían en barajarse los de algunos excluidos que pudieron haber llevado a Neruda a declarar incompleta la selección: Julio Herrera y Reissig y Nicolás Guillén, para comenzar, y tal vez uno o dos chilenos.

Sin embargo todo lleva a concluir que –a los ojos de Neruda– bastaba apenas una grave exclusión para malograr la representatividad de la famosa antología. Se trataba de una sola y gran figura –la de Miguel Hernández– inexplicablemente ausente en esta selección y cuyo recuerdo es fuente de constante pesar para quienes le saben todavía encarcelado y enfermo en las prisiones de Franco.

Habría sido esta omisión –que tanto a Neruda como a León Felipe les pareció imperdonable– la que les habría decidido a protestar de ella, negándose a aceptar que su propia obra apareciera en la dichosa antología Laurel.

Con el tiempo, muy dura será la referencia que haga Neruda a esta particular exclusión.

En efecto, en el poema "A Miguel Hernández asesinado en los presidios de España", después de rendir al poeta miliciano un homenaje con palabras que todavía tienen el fuego y la pasión de la guerra, escribe:

*Y a los que te negaron en su laurel podrido,
en tierra americana, el espacio que cubres
con tu fluvial corona de rayo desangrado,
déjame darles yo el desdeñoso olvido
porque a mí me quisieron mutilar con tu ausencia.*

Tal como señala Enrico Mario Santi, Neruda no olvidaría tan fácilmente el episodio, al punto de dedicarle en el *Canto General* esos versos tan abiertamente condenatorios a los antologadores.

Como hemos visto, muy entremezclados y diversos han sido los motivos para la enemistad de Neruda con Bergamín y otro tanto ocurrirá respecto de Octavio Paz.

Como suele suceder, junto a uno y otros no faltaban quienes les apoyaran, formándose así –como en los días de España– dos bandos rivales cuyos miembros contribuían, cada cual por su lado, a hacer más amplias y complejas las divergencias.

En el caso de la presente antología, nuevos leños han sido agregados a una vieja hoguera, y tanto por los roces previos como por la derivaciones posteriores, se producirá ese resultado lamentable que algunos llamarán "distanciamiento" y otros "enemistad".

Pero no solo la dichosa antología había contribuido a enturbiar las aguas de las amistad.

Algunos mínimos episodios previos habían comenzado a deteriorar los vínculos de Neruda con Octavio Paz. En su revista *Taller*, Octavio Paz había publicado una selección de poemas de Sara de Ibáñez, precedidos de un texto de presentación en que Neruda destacaba la aparición de esta novísima estrella de la lírica uruguaya.

En medio de estas palabras de encendido elogio para ella, se deslizaba lo que Octavio Paz llama "una injuriosa expresión para don Juan Ramón", y cuenta que fue motivo de graves dudas la publicación de este texto, puesto que el poeta español era suscriptor e incluso ocasional colaborador de *Taller*. Cuando finalmente Paz decide que el texto debe publicarse –contrariando incluso el parecer del Comité Editorial– la mala suerte hace que el texto aparezca con un error y, peor aun, sin la firma de Neruda. "Pablo se disgustó –recordará más tarde Paz– y aceptó solo a medias mis explicaciones".

Abriendo un paréntesis, es del caso preguntarse en qué consistía exactamente aquella "injuriosa expresión" que tanto había preocupado a Paz.

Las breves palabras con que Neruda presenta a la "resplandeciente camarada en poesía, la uruguaya Sara de Ibáñez", terminan con un párrafo en que después de haber ponderado la "delicada fuerza que hizo salir en olas de cuarzo y de ágata profunda, este nuevo y sumergido firmamento para nuestra poesía", concluye que: "Falta en ella el mueble juanramonesco con patas de libro, falta en ella el rencor del asno demenchínico, es voz y flor y cielo para todos los días fulgor tallado en la viva luz de América, estrella dura, directa y tierna, recién salida y temblando en el litoral del sur".⁵⁶

No hay constancia de que don Juan Ramón se haya enterado de esta curiosa alusión mobiliaria, más pintoresca que injuriosa sobre todo si se la compara con la que Neruda dedica a Domenchina, nada más que por ser éste un poeta de la preferencia de Jiménez.

Pero todo esto forma parte de lo anecdótico, de lo circunstancial.

En lo principal, cabe destacar que ya en este año de 1941 ha quedado abierta una brecha entre Paz y Neruda, dos grandes escritores coincidentes en mucho –discrepantes en no poco–, una brecha que acontecimientos posteriores contribuirán a ensanchar.

A este respecto resulta de interés contrastar la actitud que ya es decididamente (o ciegamente) politizada de Neruda, con la postura que ya se muestra crítica e independiente de Octavio Paz.

Se trata del dilema central de los intelectuales de este tiempo.

Están los convencidos, activos y fervientes partidarios de la Unión Soviética, los admiradores de Stalin, los que tienden a considerar falso, mal intencionado y dañino para la causa todo ataque contra el partido comunista y su líder.

Son los que –considerando como única y gran tarea la lucha contra el nazifascismo– hacen abstracción de algunos hechos que los otros –los intelectuales independientes– examinan, critican y condenan.

Reside aquí la principal divergencia entre los que actúan como Neruda y los que actúan como Paz.

En los años por venir –y al compás de los acontecimientos– estas diferencias tenderán a agudizarse o a aminorarse, aunque difícilmente llegarán a desaparecer del todo.

El mundo no solo es "ancho y ajeno", es también cruel y ambicioso y soberbio y sobre todo agresivo y violento.

¿Cuál podrá ser el papel de los intelectuales en un mundo en que las ideologías proponen la aniquilación de todos los contrarios y las palabras –la reflexión, el pensamiento, la poesía– apenas son audibles en medio del tronar de las batallas?

Cada cual toma su posición en estos días, consciente de que lo único realmente condenable es el silencio.

Equivocado o clarividente, lo que no se le podrá reprochar a Neruda es tibieza o falta de coraje.

Y hablando de tibieza, hablando de "bailables o diversiones", hablando de comodidad y acomodamiento, ¿por qué no inaugurar en México y desde México en un merecido intervalo de descanso, una apacible y grata residencia americana consagrada al elogio de las bellezas de estas tierras sin igual?

¿Por qué no cambiar de pista, de registro, de camisa y dedicarse a escribir –por ejemplo– la florida y amable crónica de algo que pudiera llamarse "Canto Elemental de América", un redescubrir de ríos, valles, bosques y montañas? ¿Un embelesado registro de la geografía, la fauna y la flora de este mundo americano? ¿Algo que sea recitable en todos los salones, en todas las academias y embajadas sin que nadie se ofenda, sin que nadie palidezca?

Pero no. No existe este tipo de dilemas para Neruda. De alguna manera su camino está trazado.

La versión de Octavio Paz. El decir de León Felipe

Tratando de explicar (y de explicarse) las razones que lo han llevado a enemistarse con Neruda, Octavio Paz escribirá mucho más adelante su personal visión de la historia:

“Yo era buen amigo de Neruda. Lo había conocido desde 1938 en París y habíamos estado juntos en España en el Segundo Congreso de Escritores Antifascistas. Desde nuestro primer encuentro se mostró cordial y enseguida fuimos amigos. Cuando vino a México, como Cónsul General de Chile, nuestro trato, durante los primeros meses de su estancia, fue más bien íntimo. Lo veía con frecuencia, visitaba su casa y él la mía. Aparte de la admiración que le profesaba desde mi adolescencia, le tenía gratitud: había sido uno de los primeros, como él lo recuerda en sus *Memorias*, en pensar (y en decir) que mis poemas juveniles tenían algún interés. El era el gran poeta de América y yo me iniciaba en las letras. Neruda era generoso y su inmensa cordialidad no tenía más defecto que el de su mismo exceso; su afecto, a veces, aplastaba como una montaña.

El peligro de la amistad con temperamentos de esta índole es que ellos, como ríos en perpetua crecida, se desbordan y derraman sobre los espacios libres. Para hacer frente a esta continua inundación no tenemos más remedio que levantar diques y muros. Así la amistad se transforma insensiblemente en un sistema defensivo.

Pronto advertí, además, que su vitalidad recubría, con su masa enorme, un alma, inquieta, recelosa y exigente.

Aun en los momentos de mayor confianza, miraba al interlocutor con ojos entornados pero ansiosos e inquisitivos, como si quisiera examinarlo y ponerlo a prueba antes de juzgarlo. Secreto desasosiego del tirano, soledad del ídolo... No es descabellado pensar que esa desconfianza e inseguridad eran el origen de los estados de melancolía silenciosa en que caía a menudo. Neruda, gran volcán taciturno”.⁵⁷

En esta aguda semblanza, está muy vívidamente reflejada la imagen de un Neruda que –sin proponérselo y de manera gradual– ha terminado por convertirse en una especie de César o monarca absolutista, rodeado de innumerables y fieles seguidores, pero, ay, asediado también por intrigas y aduladores y oscuras maniobras de enemigos de diverso pelaje y condición.

Siempre hubo en Neruda ese temor, ese afán de asegurarse del afecto que se le brindaba, el mismo recelo del tímido muchacho de Temuco que escribía a Albertina Rosa para ponerla en guardia sobre terceros interesados en malograr su relación. De allá para acá las cosas se han vuelto mil veces más complicadas y mil veces más serias.

Muy altamente situado está en estos días el cónsul general y el gran poeta, –y por añadidura, el político en función de francotirador– y en esta triple condición solo él sabe cuánto le cuesta manejarse con la debida prudencia, o prescindencia, o perspicacia; él, que en lo íntimo de su naturaleza solo quisiera atesorar caracolas y escribir poemas y darse el gusto de recorrer los mercados de México en busca de artesanías y flores y frutas.

Pero los motivos de fricción o de encono entre Neruda-Paz eran muchos y de variada naturaleza.

Un buen indicio de lo que a Paz le dolió esta creciente animosidad está en la atención que le dedica a reconstruir con minucioso detalle la pequeña historia de esas fricciones. Porque cada detalle pesa en esta historia, y no es ociosa la referencia que se hace a aspectos aparentemente irrelevantes. Escuchemos el resto de su historia:

“Varias veces me confió que no le gustaba mucho la idea de la antología, sobre todo cuando supo que intervenían en ella Villaurrutia y Gil-Albert. No eran santos de su devoción. En los primeros tiempos, al hablar del tema, me prevenía contra los peligros de caer en una poesía falsamente pura y artificiosa (“el mueble juanramonesco con patas de libro”). Me recomendó la inclusión de poetas chilenos que yo no conocía –Carlos Pezoa Véliz, entre otros– y me habló con saña de Huidobro. No se reconciliaba con la idea de que la figura de su rival era imprescindible en cualquier antología de la poesía moderna de nuestra lengua. Después hubo un cambio. Empezó a cubrir con los mismos términos de oprobio a los poetas puros y a los trotskistas. En una ocasión me atreví a defenderlos; me miró con asombro, casi con incredulidad, y después me respondió con dureza. No volvimos a tocar el tema pero sentí que desde entonces me veía con desconfianza. Había caído de su gracia. Como tantos, Neruda padeció el contagio del stalinismo; hay que agregar que esa lepra se apoderó de su espíritu porque se alimentaba de su egolatría y de su inseguridad psíquica. El estalinismo no ha sido la causa sino una de las formas que ha adoptado la enfermedad de nuestro siglo: la paranoia, el delirio de persecución.

Al mismo tiempo que nuestra amistad se mudaba en recelo mutuo, Neruda rompió con Bergamín. No fue por razones ideológicas; ambos comulgaban en los mismos altares, uno como ‘católico progresista y compañero de ruta’, el otro como militante. Nunca pude saber con claridad cuál había sido la causa del pleito.

O si lo supe, lo he olvidado: confusas rivalidades, envidias, luchas de intereses y poder. La disputa entre Neruda y Bergamín se mezcló a otra, no menos sonada; los actores fueron Bergamín y el poeta Juan Larrea. Al principio Neruda tomó el partido de Larrea pero un poco más tarde estalló otra querrela, ahora entre Neruda y Larrea. La que opuso Bergamín a Larrea tuvo una consecuencia inesperada: León Felipe, por lealtad de amigo al segundo, decidió no figurar en la antología. Fue inconsecuente, pues también Villaurrutia y yo éramos sus amigos. La actitud de León Felipe no es inexplicable, todo lo oponía a Bergamín, las ideas, la sensibilidad, el temperamento y hasta el tono de voz –tonante el suyo y suave el del otro–. León Felipe veía en Bergamín, ingenioso y complejo, agudo como un epigrama y esbelto como un cohete, a una encarnación de la inteligencia luciferina que, ebria de orgullo, se desploma desde la altura. Bergamín, andaluz de Madrid y veneciano de París, encontraba un poco cómico a León Felipe. La verdad es que nuestro amigo –tierno, profético, declamatorio y purísimo– era un león de botica.

Ya en prensa el libro, Neruda envió a Bergamín una carta en que se negaba a figurar en la antología. Casi al mismo tiempo León Felipe le dirigió otra en el mismo sentido. Nunca pude verlas porque para esas fechas, ante la eliminación de los jóvenes, había decidido alejarme de Laurel y sus enredos. Bergamín resolvió, como lo dice una pequeña nota en la última página del libro, “cumplir los deseos, aunque lamentándolo, de los dos poetas”. Dos o tres días después de la aparición de Laurel, vi por última vez a Neruda. Fue en una cena celebrada en su honor, no recuerdo con qué motivo. Quince días antes se habían presentado en mi casa dos jóvenes españoles, Lorenzo Varela y Juan Rejano, para pedirme que firmase la tarjeta de invitación al homenaje. Los otros firmantes eran José Vasconcelos, Alfonso Reyes, Enrique González Martínez y Carlos Pellicer.

Firmé. Mis relaciones con Neruda, borrascosas unos meses antes, habían alcanzado ese punto que los barómetros señalan como *Beau fixe*. Explicaré la razón.

Pablo me había dado, para un número de *Taller*, unos poemas de una joven poetisa uruguaya que él había descubierto, Sara de Ibáñez, con una nota suya de presentación, en la que maltrataba a Jiménez. Publiqué ese texto, a pesar de que Juan Ramón era colaborador y suscriptor de la revista. En el mismo número aparecieron unos poemas de Alberti dedicados a Bergamín. A Neruda le pareció aquello una traición. Me llamó por teléfono y me increpó: ‘Alberti es mi hermano y esos sonetos fueron dedicados a Bergamín antes de que Alberti conociese lo acontecido... Tú has sido cómplice de una intriga en mi contra’. Procuré defenderme. Todo fue inútil y acabé por replicarle con la misma rudeza. Dejamos de vernos por una temporada hasta que, por casualidad, nos encontramos en una exposición. Me vio de lejos con cara hosca pero yo me

acerqué a él y entonces sonrió y me recibió con un abrazo. A los pocos días me invitó a comer. El día de mi santo –no sé cómo se enteró: no aparece en los calendarios– se presentó en mi casa sin previo aviso, con Delia, su mujer, la pintora María Izquierdo con su amigo y unos músicos. ¿Cómo no iba a firmar aquellas líneas de homenaje?

La cena fue en el Centro Asturiano. Había varias mesas y mucha gente: escritores, artistas, periodistas y, detalle curioso, varios agrónomos (Pablo se había interesado en la Reforma Agraria). Busqué sitio en un extremo y me senté al lado de Julio Torri y de José Luis Martínez. Hubo discursos tronitantes y brindis exaltados. A la salida nos formamos en fila para despedirnos de Pablo, que conversaba con Clemente Orozco, González Martínez y otras notabilidades. Había bebido. Cuando llegó mi turno, me abrazó, me presentó con Orozco, elogió mi camisa blanca –‘más limpia’, agregó, ‘que tu conciencia’– y enseguida comenzó una interminable retahila de injurias en contra de Laurel, Bergamín y, claro, contra los autores de la maldita antología. Lo interrumpí, estuvimos a punto de llegar a las manos, nos separaron y los refugiados españoles se me echaron encima para golpearme. Mi amigo José Iturriaga los puso en fuga con dos guantadas. Entonces intervino Enrique González Martínez, que me cogió del brazo y salió conmigo y con Alí Chumacero, José Luis Martínez y José Iturriaga. En la calle me sentí abatido y roto, ‘como un camarero humillado, como una campana un poco ronca, como un espejo viejo’ ”.

No deja de ser curioso el hecho de que Paz termine este relato con una cita de Neruda –muy expresiva, por lo demás–, lo cual puede verse como un guiño final de amistad y simpatía destinado a atenuar algunos de sus juicios.

Cuando hace estas reflexiones, no en vano ha pasado tiempo y lluvia suficientes como para diluir rencores, para aminorar el peso de viejas querellas y pleitos trasnochados.

En lo que respecta a la favorable acogida que la crítica mexicana está dando a la antología *Laurel*, uno de los más expresivos elogios vendrá de José Luis Martínez, quien en una amplia reseña publicada en la revista *Letras de México* (15-01-42), escribirá: “Y la Editorial Séneca, con miras más amplias llama a dos poetas mexicanos y a dos españoles residentes entre nosotros a formar una Antología de la Poesía Moderna de Lengua Española que titulan *Laurel*. A más de ser el citado libro el más hermoso que de prensas mexicanas hayan salido recientemente, es también una de las antologías hechas con más sentido, unidad y gusto riguroso. La corriente poética más apreciable dentro del panorama total de la poesía moderna en lengua española tiene en *Laurel* una patentización ejemplar. Pese a las rabiets que la selección ha merecido, no cabe duda que, salvando mínimos reparos, el conjunto logra su propósito”.

El mismo José Luis Martínez se mostrará apesadumbrado por la ausencia de León Felipe y Neruda, expresando lo siguiente: "Por circunstancias personales o de política literaria, los poetas Pablo Neruda y León Felipe –sin cuyos nombres es visiblemente incompleta la presente antología– decidieron prohibir su inclusión en *Laurel*. En el caso semejante de Juan Ramón Jiménez, la Editorial Séneca tuvo el buen sentido de incluirlo –con una pequeña componenda– a su antología. ¿por qué no haber hecho lo mismo en el caso de Neruda y León Felipe? El pequeño disgusto –muy improbable– que ellos hubieran sufrido se convertiría en satisfacción para millares de lectores y, sobre todo, haría completo un libro colmado de cualidades".

En medio de todo este despliegue de ilustres pareceres, no debería faltar la palabra serena de León Felipe, expresada en un texto tan poco conocido como digno de atención, y que puede servir de complemento y broche de oro a todo lo anterior.

Es un mensaje dirigido "A los antólogos", que aparece en la revista *Letras de México* del 15-09-41, y que dice a la letra:

"He visto poetas que se irritan y enloquecen cuando su obra y su nombre no aparecen en una nueva antología, en una antología hecha, de ordinario, por el capricho de un coleccionista, por el resentimiento de un poeta dudoso o por los intereses de una casa editorial. A mí me molesta ver mis versos enganchados sin mi aprobación con otros vagones a un tren frecuentemente conducido por un maquinista daltoniano que confunde las luces y no sabe adónde nos lleva. ¡Pobres poetas!

Otras veces somos juguetes de la envidia, de la venganza, de la locura, de un gusto monstruoso... Y cualquiera puede hacer su pequeño negocio con la vanidad de los poetas. Pero ¿qué cosa es un poeta, que se le trae y se le lleva y se le mete sin su asentimiento, como un fagot o como una flauta, en una caja para componer un organillo, y él no tiene derecho siquiera a un ejemplar de ese organillo? Y vivimos en una época de sindicatos; en una época en que el esfuerzo, el trabajo de cualquier hombre es respetado por el patrón y el mercader y tiene un precio o un salario.

Pero ¿y la fama, y la vanagloria –dirá alguno–, no es una moneda? Pues ya ni siquiera esto. Porque las últimas antologías que se han visto en el mercado de México parece que no tienen otro fin que el de deshonar a los poetas, sacándoles a la vergüenza sus pecados más íntimos. El antólogo ha venido a ser un comerciante ladino que denigra su mercancía para lucrar mejor con ella. ¡Paradojas de la propaganda! Y tal se han puesto las cosas en este respecto que alguien podría decir que la babosa, ese natural enemigo de las flores, se ha dedicado hoy a recogerlas con sus dedos amarillos y a anudar con el hilo viscoso de su baba tantos de los últimos florilegios que ven ahora la luz en el mundo. Pasamos por unos días tan enconados que esos menesteres que los

hicieron siempre espíritus amorosos están hoy en manos enemigas y rencorosas.

Y gracias al epílogo generoso de un hombre honesto y pacificador que ha sabido amansar la furia de un cierto antólogo reciente, no hemos leído aquí en México otra vez graves insultos personales que, por lo visto, han sido borrados.

En cuanto a mí, y sobre este tema quiero decir a todos los antólogos lo siguiente:

Mi palabra está aun trémula y tímida en el aire, y a merced del viento estará siempre. Es posible, casi seguro, que se la lleve el vendaval. Si al mundo de mañana llega algún resto de mis versos, salvado del gran torbellino, eso será lo que recojan los antólogos venideros, los cuales tendrán en cuenta otros valores que no pueden ver los antólogos de hoy.

Aun no ha concluido mi vida, y mi pluma todavía no se me ha caído de la mano. Mi obra hecha, la rehago. Y lo que tengo que decir, creo que aun no lo he dicho.

Antólogos inquietos, dejadme acabar y no os apresuréis a arrebatarme de las manos, para meterlo en vuestro cesto, lo que aun no está corregido por mí y seleccionado por el viento. Porque a fin de cuentas mi último antólogo fidedigno será el viento. El viento. El que decide es el viento. El viento que se lleva a la aventura el infolio y la canción".

¿Hablar o no hablar de política...?

Dentro del sombrío panorama internacional de estos días, Neruda está cada vez más preocupado con lo que ocurre en la guerra y muy poco con lo que pasa o deja de pasar en la literatura.

Hace solo unos pocos meses que Francia ha caído bajo la ocupación alemana (julio de 1941) y que la URSS sufre la invasión de las tropas hitlerianas (desde junio de 1941). ¿Habrà prueba más dramática y real de la amenaza que representa el nazi-fascismo para todas las naciones?

De ahí el evidente desapego que el poeta siente por temas puramente literarios (o literaturizantes), una actitud que en gran parte explica esa reacción suya frente a la *Antología Laurel*.

Esta posición quedará muy claramente reflejada en un discurso que pronuncia en septiembre de este año, durante un homenaje que le ofrece el Partido Comunista de México.

Se sienten en deuda los comunistas mexicanos con Neruda, no solo por su actuación en el Caso Siqueiros —y los problemas que le ha acarreado— sino también por su permanente y tenaz prédica antifascista. Esta es la razón principal del homenaje. Honrar a un poeta que sin ser miembro del partido tiene una similar e intransigente postura frente al enemigo común.

Centrando nuestra atención en el breve discurso con que Neruda agradece el homenaje, lo que llama la atención es el tono de íntima confidencia con que inicia sus palabras, porque ellas nos revelan algo que nunca antes ha dicho.

Ocurre que desde los días de España el poeta vive en el permanente dilema de decir o no decir las palabras que le dicta el político, el ciudadano, el intelectual comprometido. Cosas que tal vez el poeta podría silenciar ¿O no?

Es lo que confiesa con estas palabras: "Amigos míos: cada vez que las circunstancias imponen mi presencia y mis palabras en una reunión de amigos o enemigos, vivo por muchas horas antes perturbado por un problema antiguo entre mis problemas. Y es el de hablar o no hablar de los asuntos sociales y políticos, el de esconder o no sus dramáticas repercusiones, el de hacer jugar la inteligencia o la conciencia.

Cuántas veces he visto la protesta y el desasosiego de los que escucharon, y tantas veces he soportado, no solo la consecuencia física de cuanto dije, sino la simple pena humana de haber herido a quienes no estaban conmigo cuando estaban junto a mí. Nadie buscó más que yo el silencio que guardar, lo

busqué en la poesía y en las piedras secretas de la tierra, busqué el olvido en la botánica que viste de azul las llanuras de los bosques, me perdí y me embriagué en el océano y en el cielo.

Pero en la flor y en la palabra, en la planta y en la piedra, cuando entré en ellos con la mano y con la sangre, encontré en el fondo de todas las cosas el corazón dolorido de los hombres. Y perdí posiblemente muchas entidades misteriosas, desconocí sin duda muchos sistemas de sabiduría y de esplendor, para encadenarme de manera definitiva a la rueda terrible de la angustia y de las esperanzas del hombre.

Por eso, perdonadme, si más allá de vuestras nobles frentes, más allá de este coro de amistad poderosa que me rodea como un anillo de oro profundo, vea, sienta, oiga, más allá de esta masa y de vosotros, lo que está grabado cada minuto y cada hora en la substancia de mi corazón: veo a los campesinos ateridos y azotados, veo a los obreros del carbón, del caucho, del salitre, del marfil, explotados y heridos; busco en medio de las selvas el origen del Amazonas, de su fuerza fluvial y sagrada, y veo desde su origen tribus hambrientas, dolores y miserias, y por la costa de nuestros océanos oigo la carcajada de los grandes y el llanto inmenso de los pobres. Oigo los pasos y los látigos de los déspotas, veo a Luis Carlos Prestes, veo a los presos de Puerto Rico, veo a los españoles encarcelados en España, veo a Martín Niemöller, a Thaelmann, a Gabriel Peri. Y miro a las puertas de Leningrado como miré a las puertas de Madrid, la charca de sangre de donde puede salir la nueva salvación terrestre, y acongojado hasta el fondo con tantos dolores de la humanidad e iluminado por las esperanzas que nacen de la sangre de la gran nación patriótica y heroica defendida de los bárbaros invasores por millones de corazones rojos. Perdonadme aquellos que no creáis, aquellos sin fe, que un hombre, transido y esperanzado, traiga ahora, y siempre, a toda reunión, a todo lugar donde le escuchen, su testimonio, su congoja y su esperanza".⁵⁸

Esta es la parte relativa a la contingencia y demuestra cómo Neruda ya está en sintonía con temas que más adelante tratará en sucesivos poemas: el caso de Luis Carlos Prestes, el drama de los españoles en las prisiones de Franco (con Miguel Hernández a la cabeza) y la heroica defensa de las grandes ciudades rusas ante la avasalladora ofensiva nazi. En todos estos casos será el Neruda político el que recurra al poeta Neruda, para hacer de la poesía un arma al servicio de la causa que defiende.

Al finalizar su discurso, Neruda cambia de tono y se dirige no ya a los militantes y simpatizantes del PC local sino a todos los mexicanos por igual, porque siente que a poco de cumplir un año en México ya está en condiciones de aquilatar el significado profundo de una relación que excede el simple hecho de haber

llegado para asumir una representación consular. Ha llegado para establecer lazos que ya son indestructibles. Y lo dice con estas palabras:

“Queridos amigos mexicanos: me habéis abierto las puertas de vuestra patria violenta, he entrado en ella tomando posesión de todo. Lo que he querido de vosotros está ya conmigo para siempre; extranjeros, podéis odiar o adorar esta tierra, pero ella os ha cambiado, la llevaréis en la vida impregnando hasta vuestra sombra. Yo sentí al llegar arder las estrellas en lo oscuro, levantarse los inmensos árboles sobre mi estatura, y el viento musical y grandioso de este clima llevarme arrodillado a los pies de los dioses que aun rigen vuestra grandiosa patria.

Yo os quisiera recibir en Chile, alguna vez con el cariño que me demostráis esta noche. Allí comienza en esta época la primavera, despunta el frío capullo del manzano salvaje mostrando su pequeño temblor de arteria frente a las grandes cordilleras. El cielo hace temblar sus brillantes materias junto a nuestro infinito litoral. Las islas se llenan de flores, y el vino y la primavera tocan como en un vaso los labios de mi patria.

Allí nos juntaremos alguna vez, hermanos. Allí o en Madrid, en Moscú, o en Alemania o en Francia reconquistada. Allí donde, como en este gran país hermano o como en mi tierra austral, se pueda tomar el pan y el vino de la amistad bajo las banderas de la libertad y de la justicia. Allí estaremos alguna vez, juntos o separados, pero felices”.

Es del caso hacer notar que los conceptos de apoyo a la URSS vertidos por Neruda en esta ocasión – *la gran nación patriótica y heroica defendida de los bárbaros invasores por millones de corazones rojos*– parecen haber inspirado una Carta Abierta que escribe Ilya Ehremburg poco después, y que será dada a conocer simultáneamente en varios países por los partidos comunistas locales.

Ehremburg reconoce en Neruda un aliado natural en esta lucha y a él apela en esta hora terrible.

Ambos han estado en España en los días previos a la Guerra Civil, son amigos y tienen ya una probada actitud antifascista.

Agobiado por el drama que enfrenta su patria invadida por los ejércitos de Hitler, Ehremburg redacta una extensa carta en que exhorta a Neruda –y a todos los intelectuales de América– a apoyar la terrible lucha que ellos libran en estos momentos en defensa de su territorio.

En los Archivos de la Fundación Neruda solo existe una versión en inglés de esta carta, que en uno de sus primeros párrafos dice: “Me dirijo a ti, Pablo Neruda, espléndido poeta de la lejana América. Me dirijo a ti y a mis amigos, escritores de México y Chile, Argentina y Brasil, Uruguay y Cuba, Venezuela y Ecuador. Me dirijo a la intelectualidad de América Latina. Quiero decirles

que en los Cáucagos estamos defendiendo a los Andes; que nosotros en Rusia estamos luchando, no solo por nuestra libertad, sino por la libertad del mundo; y que del resultado de estas batallas depende vuestro destino”.

Después de señalar que los nazis se proclaman raza superior y que cuentan con tan poderosa maquinaria bélica, Ehreburg no duda en pronosticar que de no ser detenidos, todos los otros pueblos, latinos, eslavos, anglosajones, se convertirían en sus esclavos. Y al respecto cuenta lo siguiente: “Recientemente, en un pueblo cerca de Rzhev, liberado de los alemanes, hemos visto placas de madera en los campesinos, del tipo utilizado para marcar ganado. En las placas están grabados el nombre, el pueblo y el número de la persona. Todos los rusos en regiones capturadas por los alemanes deben usar estas placas en sus cuellos. Los alemanes se sienten inclinados a privar al hombre incluso de su nombre: Se le convierte en un número”.

La carta finaliza con una grave exhortación: “Querido amigo Pablo Neruda, tú conoces el olor de la Muerte Parda: Dile a tus amigos, dile a tu pueblo, dile a todas las naciones de América que la hora cero ha llegado. Si América no lanza una campaña contra Alemania, Alemania lanzará una campaña contra América.

Estoy escribiéndote estas líneas en una herida y acongojada Rusia. El duelo ha visitado nuestra tierra. Silenciosas están las madres que han perdido a sus hijos; silenciosas están las esposas que han perdido a sus maridos. Silenciosas están las ruinas de las antiguas ciudades de Kiev, Novgorod y Pskov. Silenciosos están los devastados campos. Silenciosas están las musas. Silenciosos están nuestros hijos. ¿Puedes escuchar este silencio? ¡Son las armas las que hablan! Si ustedes no hacen la guerra en Europa, la guerra, entonces, llegará hasta América, a vuestras ciudades, y a vuestros hijos. Les pido que se apresuren, bravos soldados. Con pena me aparto de los complacientes. Hoy día todavía podemos ganar y vivir. Mañana, tal vez, nada quedará para nosotros; para nosotros y para ustedes. ¡Vencer o morir!”

No hay duda de que sembradas han quedado las semillas para los futuros “Cantos de amor a Stalingrado” y que –consecuente con sus ideas– tanto en prosa como en verso Neruda no hará oídos sordos a esta dramática apelación.

Primer encuentro con Michoacán

Dentro de una agenda saturada de actividades y compromisos, Neruda compatibiliza con relativo éxito su labor consular con una enorme cantidad de peticiones para que asista a eventos culturales y literarios de mayor o menor categoría, a los cuales no siempre puede asistir.

Desde la hermosa ciudad de Morelia, tan orgullosa de su pasado como de su presente, le llega en estos días una invitación que no puede ni quiere desoir. Un grupo de alumnos de la Universidad de San Nicolás de Hidalgo –editores de la revista *Letras nicolaítas*– solicitan su presencia en este recinto académico para un coloquio informal y un recital de su poesía.

Varias son la razones para que Neruda acepte de inmediato esta petición.

De labios de Rafael Alberti ha escuchado en algún momento elogiosos comentarios acerca de la gente de Michoacán, junto con una entusiasta descripción de la belleza de sus paisajes. Le ha comentado, también, el espíritu abierto, entusiasta y de avanzada que inspira el quehacer universitario.

Además, ¿cómo ignorar el caso de “Los Niños de Morelia”? ¿Y cómo ignorar, por otra parte, que varios son los catedráticos españoles republicanos –Adolfo Sánchez Vázquez, Marcelino Méndez, José Peinado Altable, Juan López Durá, César García Lombardía– que han encontrado aquí acogida generosa y un honroso lugar en los cuadros académicos de esta universidad, que es considerada “el Centro Cultural más antiguo de América”?

Con estos antecedentes que le hacen aproximarse con particular interés a esta región, el 10 de octubre de 1941 el poeta chileno toma un primer contacto con la ciudad de Morelia y con el estado de Michoacán, una región que de manera tan profunda habrá de ligarse a la lista de sus afectos americanos.

Cabe señalar que existe una gran figura de la poesía chilena que ha precedido a Neruda en su descubrimiento de Michoacán. Se trata, por supuesto, de su amiga Gabriela Mistral.

De la tierra michoacana –como de México en su totalidad– tanto Neruda como Gabriela Mistral harán en su momento elogio justo, sabroso y entusiasta. En la prosa y en la poesía de ambos irá quedando la huella de unos pasos sin cansancio y de unos ojos deslumbrados por lo mucho que hay por aquí para ver y celebrar.

En su “Recado sobre Michoacán”, Gabriela concluye su diligente enumeración de las siete maravillas de esta región con unas palabras plenas de admiración y afecto:

“Yo dormí en tantas casas que no puedo contarlas; comí en las mesas más dispares los guisos de las más variadas cocinas; comí en tarasco y en zapoteca, en yaqui y en otomí. El común denominador de estas cocinas lo ponían las especias, las incontables hierbas de olor, el ají guerrillero de la lengua, el maíz abrahámico, dividido en doce tribus de sabor y color [...] Con todas sus bayas y sus cereales y sus bestezuelas finas me agasajaron e hicieron de mí por el repertorio de mesas, de costumbres y de vínculos inefables, la curiosa industria chileno-mexicali que me volví... ¡Ay, pero no sabía devolver el agasajo! Yo era una mujer de australidad, fría, lenta y opaca. Mucho más tarde les respondería con la tonada del sur y la cara vuelta hacia sus ternuras y a sus generosidades”.

Pero las andanzas de Gabriela por tierras mexicanas pertenecen al pasado. En estos días, describiendo el entorno que recibe a Neruda a su llegada a Morelia, Raúl Arreola escribe:

“En 1941 cuando por primera vez arribó Neruda a la vieja ciudad, las calles parecían muertas, pero superada esa apariencia, había fogosidad en las luchas sindicales y estudiantiles, había jóvenes lectores de buena poesía, maestros ilustres y periódicos serios.

Aun resonaban en las húmedas canteras las voces de los representantes de la España eterna. Por los sindicatos había pasado la figura morena, juvenil, de Rafael Alberti, con su oriflama libertaria”.⁵⁹

Al final, el encuentro del poeta chileno con los docentes y estudiantes no se efectúa en la Universidad sino en el marco informal del Salón Colonial del Museo de Morelia, y las breves palabras con que Neruda agradece la invitación tienen un apropiado tono coloquial y directo, en que no puede faltar la referencia a la coyuntura internacional. Expresa el poeta:

“Jóvenes de Morelia: Tenía yo ganas de conocer vuestra ciudad famosa, que Alberti me describiera como una gran flor rosada y que es más bien una campana de coral ceniciento, levantando su acorde puro entre las colinas y las praderas verdes. La quise conocer como se quiere entrar en las ciudades dormidas de la selva, una Morelia dormida en el agua del tiempo, una ciudad vacía bajo cuyos portales, sobre los atrios legendarios, solo pasaban las sombras centenarias de los dioses y de los héroes.

Pero desde hoy hago la adquisición de vuestra existencia, jóvenes fraternales, y sé que desde ahora, en mi recuerdo no estarán vacíos los bosques ni las bellas piedras monumentales, sino poblados por el fuego, por la juventud, por la esperanza; por lo que sois y seréis, por el espíritu que defendéis con

vuestra presencia en esta sala, en torno de un hombre que no busca otra manera de ser grande, que la de ser humano.

Comenzáis a vivir en la angustiosa era decisiva de dos mundos. Dos grandes países titánicos, los más grandes de nuestro planeta, se han trabado en lucha mortal. Uno de ellos lucha por mantener el odio de razas y de hombres; el otro por levantar a los esclavos, por dignificar la vida. Uno de ellos hizo de todos los libros una gran hoguera, el otro terminó una tiranía y de sus ruinas hizo millones y millones de libros. El jefe de uno de ellos dijo como lema: 'Cuando oigáis la palabra cultura, sacad el revólver'; y el otro Jefe de Estado, aquel mismo día, dejó un laurel rojo en la tumba de Alejandro Pushkin.

Así pues, para vuestra patria, para vuestro pueblo, para el mundo que os tocará vivir, tenéis bien trazadas y diferenciadas con sangre las rutas que debéis elegir.

Que mi paso entre vosotros, jóvenes y fraternales corazones, os ayude a caminar, desde las nobles piedras de Morelia, por la ruta del conocimiento, de la inteligencia, de la cultura, hacia la fraternidad final entre todos los hombres".⁶⁰

Al día siguiente se efectúa una visita no exenta de solemnidad histórica al Colegio de San Nicolás, con un recuerdo a las figuras patrióticas de Hidalgo y Morelos. Se respira historia patria en estas aulas, que otrora escucharan la palabra encendida de Miguel Hidalgo y que aun guardan los ecos de las luchas de la emancipación mexicana.

Para Neruda –inmerso como está en la preparación de lo que será el *Canto General*– cada oportunidad de conocer, entender, aprehender la realidad de los países americanos es sumamente valiosa. Encuentros como éste le aportan no solo conocimiento, sino también fusión e identificación con ese substrato histórico que –obsesivamente– ve continuarse en las luchas y tareas del presente.

En la noche, una lectura de poemas en el Colegio le da la oportunidad de repetir "Un canto para Bolívar", junto a otros poemas escritos en México, como "Oratorio menor a Silvestre Revueltas", a los que se añaden varios poemas de "España en el corazón". Es la parte contingente y politizada de su poesía, pero hacia el final del recital los estudiantes le piden también una vuelta atrás –hacia el romanticismo juvenil– y aquí Neruda vuelve a comprobar de qué manera los "Veinte poemas de Amor" y algunos versos de "Crepusculario" permanecen vivos y activos en las preferencias de la juventud mexicana actual.

Recordando a los Alberti

Poniendo fin a un prolongado silencio, hacia fines de 1941 Alberti retoma contacto con su *confrère* Neruda, enviándole desde Argentina –desde Córdoba, para ser más precisos– una afectuosa carta acompañada de un libro suyo de reciente publicación: *Entre el clavel y la espada*.

Se trata de una obra de gran oficio y depurado lenguaje, escrita durante el doloroso proceso de ruptura y cambio que comprende el fin de la guerra y el comienzo del obligado exilio en tierra de América.

Pero el libro no es la única noticia de importancia en la carta.

Junto con esta novedad literaria viene otra de tipo familiar: ocurre que casi en coincidencia con la publicación del libro ha llegado un nuevo miembro a la familia Alberti-León, una niña que ha sido llamada Aitana, en recuerdo de las Sierras de Aitana, última tierra española vista por los Alberti al momento de emprender viaje hacia el exilio.

Para agradecer el libro, Neruda les envía un ejemplar de su recientemente editado *Un Canto para Bolívar*, en la hermosa edición hecha por la Universidad de México, con dibujo capitular y viñetas Julio Prieto.

La carta que lo acompaña, no obstante su brevedad, está llena de referencias de interés. Escribe el poeta:

“Querido Rafael, cada día te escribo mentalmente y cada día os recordamos, a ti, María Teresa y la nueva niña, cuyo nombre y llegada celebramos.

Tu libro, espléndido; estás en lo más maduro de tu camino, estoy feliz de que me los hayas dedicado. Tengo frente a mí tu buen retrato de gaucho y espero tendrás un poncho igual al mío y te explicarás que viniendo de Deodoro no te lo haya dejado.

Delia y yo vivimos con la mirada en el Sur –mientras no haya España– para probar de vinos en definitiva Chile, Bs. Aires o Montevideo. Ya te contaré de aquí.

Me escriben de Chile que iréis en marzo por allí. Siento no estar para atenderte porque yo soy el dueño de todo allí, piedras, mar, sin olvidar mi casa. Te ruego me contestes por aéreo para pedir que te den las llaves de ella y pases allí algunos días de gran océano.

Darío [Carmona] se fue a Chile, y me siento más solo porque me ayudaba muchísimo a vivir aquí.

Te contaré que mi colección de caracoles comenzada con el tritón que tú y M.T. me regalásteis en París ha crecido de manera alarmante, tengo miles de ejemplares.

Queridísimos Raf. y Mar. y Ait. Cuándo nos tocará estar juntos de nuevo? Te acuerdas de la Hormiga Furiosa vagando por los puentes del Sena en la noche?

Os beso y abrazo con todo el cariño que la distancia agranda. Hasta luego! Pablo".

Transcrita por Aitana Alberti, esta poco conocida carta de Neruda permite descubrir el verdadero origen de la pasión de "caracólogo" del poeta, y comprobar que en el breve período comprendido entre mediados de 1939 y fines de 1941 la colección ha crecido a ritmo impresionante.

Con el correr de los años, será la propia Aitana Alberti quien explique algunas de las referencias más o menos enigmáticas contenidas en esta carta. Por ejemplo: ¿de qué habla Neruda cuando hace alusión a una "Hormiga Furiosa vagando por los puentes del Sena en la noche"?

Según el relato de Aitana:

"Cuando Rafael y María Teresa llegaron a París, su primer destino de exiliados, compartieron con los Neruda el piso del Quai de l'Horloge. Delia y mi madre solían enfadarse a muerte con Pablo por su pasmosa facilidad para invitar a cenar a treinta personas cuando solamente había cuatro filetes en la nevera.

Mi madre, eximia cocinera, conseguía multiplicar los peces y los panes a fuerza de imaginación, mientras Delia recibía a las multitudes con su más diplomática sonrisa. Después del convite, ambas mujeres se lanzaban furiosas a la calle seguidas por el marinero en tierra y el dueño del gran océano, obligados a desatar torrentes de oratoria para aplacarlas".⁶¹

Lo que no queda suficientemente comentado por Aitana –aunque da para imaginarlo– son los muchos motivos que debieron causar esas furias femeninas, la prolongada acumulación de factores exasperantes de imposible control. Los comensales inesperados una y otra noche, la infinidad de platos y copas por lavar, la permanente lucha contra el desorden, las repetidas trasnochadas, los coros aquellos, ardientes de fervor y alcohol; el soportar al día siguiente los reclamos o miradas asesinas de los vecinos, la batalla por hacer rendir los centavos... cosas domésticas, "nimiedades" que los dos alocados poetas daban por circunstancias complementarias del oficio de vivir y nada más.

No está de más recordar que tanto Delia como María Teresa –aun siendo de carácter muy diferente– tenían empuje, voluntad y admirable disposición para enfrentar contratiempos y dificultades de todo orden, en especial cuando los desafíos eran grandes y las circunstancias lo exigían. Durante los días de la Guerra Civil, ambas lo había demostrado a cada paso, pero ahora... en

esos días de París, la habitualmente pacífica Hormiga explotaba al punto de no hallar ya otra solución que abandonar la casa –en un genuino ataque de desesperación– después de haberse quejado inútilmente una y cien veces de aquel estado de cosas.

En estas circunstancias María Teresa no podía hacer otra cosa que solidarizarse totalmente con ella, y ahí se iban las dos mujeres en estampida, alta la noche o temprana la madrugada, cruzando el Sena en busca de otra orilla o de otra realidad o de otra vida que las pusiera a salvo de aquellas recurrentes pesadillas.

Al final cedían, por supuesto.

Pero no antes de haber obligado a sus respectivos compañeros a trotar tras ellas intentando ganar con súplicas, exhortaciones, mimos y ruegos el perdón; concedido finalmente a regañadientes y a sabiendas de que existían muy pocas esperanzas de que la fácil promesa: “no se volverá a repetir², se refiriera a situaciones que no se volverían realmente a repetir.

Regresando al tiempo presente, lo que esta vez no se producirá en definitiva es el anunciado viaje de los Alberti a Chile, un proyecto que tenían contemplado para los primeros meses de 1942.

La perspectiva de un largo viaje en compañía de una hijita de pocos meses hace poco recomendable el traslado, y este factor, unido a la ausencia del amigo que debería ser el gran anfitrión –el “dueño del mar”– termina por postergar la iniciativa, que quedará para una mejor y más propicia oportunidad.

Tiempo de decepciones

Cercano ya el fin del año 1941, y cansado de luchar contra la corriente, Neruda deja aflorar algo del malestar que siente ante la falta de apoyo de la Cancillería, y en un extenso oficio de fecha 18 de octubre se dirige al ministro de RR.EE. para informarle de unas medidas que denomina “introducción de economías”, y que en la práctica significan el término inmediato de todas aquellas iniciativas de las cuales se sintió tan orgulloso en algún momento.

No es cosa baladí para él haber consagrado tanto trabajo –tanto entusiasmo y perseverancia– a unas ideas pioneras en materia de difusión y extensión cultural y tener que reconocer que solo el silencio y la indiferencia de las autoridades han sido las respuestas.

También en sus días de cónsul en España Neruda ha debido emplear un lenguaje funcionario –medido y protocolar– para manifestar sus quejas ante el ministro de turno. En esta ocasión vuelve a hacerlo, y es obvio que son varias las razones de su descontento.

Examinemos este documento, una pieza más en el historial funcionario del cónsul Ricardo Reyes:

“Señor Ministro:

Al marchar a México para hacerme cargo de este Consulado General, lo hice contando con dos promesas oficiales de ese Ministerio: la de que sería ascendido a grados superiores del escalafón, tomando en cuenta mis catorce años de servicios en distintos consulados y mis trabajos en favor del país, y que se me aumentarían los gastos de oficina con el objeto de montar un Consulado General digno de nuestro país en México. Estas promesas me fueron hechas y reiteradas personalmente, tanto por el señor subsecretario de Relaciones Exteriores, como por el entonces jefe del Departamento Consular, Sr. Tulio Maquieira.

En esta inteligencia, inmediatamente de llegar a México trasladé el Consulado General, que se encontraba instalado en una pequeña habitación de la casa particular del anterior Cónsul General, y lo llevé a la Avenida Brasil, una de las arterias más importantes de la ciudad, a escasos metros de los ministerios más importantes y a dos cuadras de distancia del Palacio de Gobierno; adquirí muebles para suplir y complementar los escasísimos que existían; arrendé un departamento entero, a fin de montar en su gran hall la Biblioteca Pública Chilena, que ha prestado interesantísimos servicios a estudiantes, intelectuales y mexicanos en general; enmarqué diez y seis grandes fotografías

de nuestros Padres de la Patria; cubrí las paredes con fotografías, afiches y propaganda en general de nuestro país e instalé, en resumen, un Consulado General útil y digno, que ha merecido los elogios de cuantos chilenos y extranjeros han estado en él."

Más adelante, al señalar la manera como se han robustecido los lazos del Consulado con los chilenos residentes y con la prensa y sociedad mexicanas escribe: "Con el fin de estrechar más estos lazos, emprendí publicaciones como la revista *Araucanía* y el boletín quincenal *Noticias de Chile*, para lo cual adquirí, en alto precio, una máquina modernísima de ciclostyle, todo ello a costa de mi propio sueldo, empleando sumas subidas desprendidas de mis entradas, que esperaba compensar con el ascenso y con el aumento de gastos de oficina.

Durante un año he aguardado que dichos ofrecimientos se cumplieran, inútilmente por cierto, y ahora, urgido por mi delicadísima situación económica, me veo en la dolorosa necesidad de adoptar medidas restrictivas en el tren de funcionamiento del Consulado General. Quiero hacer presente respetuosamente a US. que no ha decaído en un ápice mi afán de mantener en un plan de dignidad la misión que ostento, ni mi entusiasmo por el desarrollo de mi trabajo. La introducción de economías se debe a las causas que he tenido la honra de señalar a US.: el incumplimiento de las promesas que se me hicieron de mejorar mi situación económica. Hasta hoy no me ha sido posible obtener de ese Ministerio ni siquiera una suma para gastos de correo aéreo, en una época tan compleja y difícil en que es absolutamente necesario enviar por la vía más rápida una parte importante de la correspondencia consular.

Las medidas que adoptaré a partir del 1º de Noviembre próximo, son las siguientes:

- a) Traslado de las oficinas consulares a un local menos céntrico y más reducido;
- b) Supresión de la Biblioteca Pública Chilena, por falta de espacio en el nuevo local;
- c) Supresión de un empleado, que estaba contratado desde hace más de un año, para la mejor atención de la oficina;
- d) Supresión del boletín quincenal *Noticias de Chile*, como he tenido la honra de explicarlo a US. en el oficio N° 633/315, de esta misma fecha.

El nuevo local del Consulado General esta situado en la calle Elba N° 70, despacho 2, y su teléfono es Ericsson 14-30-28."

Hasta aquí el texto de este oficio, que al margen de su finalidad estrictamente administrativa es la constancia de una gran y grave decepción para el poeta cónsul.

Para él, la presencia de las letras y la cultura chilena en una Biblioteca Pública a disposición de lectores y estudiosos mexicanos parecía una necesidad entrañable, una iniciativa que –idealmente– podría y debería extenderse a todos los Consulados Generales de Chile en la América Latina.

En su ánimo pesa esa constatación deplorable: lo poco que nos conocemos en América Latina. Lo mucho que necesitamos hacer para comprender y valorizar la cultura de nuestros vecinos. Para divulgar la nuestra.

Empeñado como está en la aproximación intelectual y sensorial a las cosas de América, Neruda ve en la siembra de bibliotecas uno de los deberes urgentes de este tiempo.

Inevitable resulta recordar una vez más a Martí: “Los apasionados son los primogénitos del mundo”.

Neruda es de esa raza, de ese temperamento: quiere hacerlo todo y rápido, por correo aéreo, a volandas, buscando atajos y apresurando el paso. Cuando se trata de plantas y árboles, quiere verlos crecer a marchas forzadas. Cuando se pone a coleccionar caracolas, quiere tenerlas todas, sin consideración de precio, exotismo o tamaño. Cuando se trata de proyectos complicados, busca aliados, recluta partidarios, actúa impulsiva y emocionalmente buscando y encontrando amigos que le ayuden a empujar el carro o a trazar los primeros senderos para carreteras que se tardarán cien años o más en construir. Por ejemplo, la ruta hacia la integración de la América Latina. Hacia el sueño de Bolívar.

Pero no hay duda de que en la Cancillería y en el Departamento Consular la gestión del cónsul Reyes era mirada con otros ojos, en los que asomaba un duro pragmatismo antes que un exaltado idealismo.

¿No será que Neruda está sobredimensionando el rol del Consulado General de Chile en México? ¿La importancia bastante relativa de Chile, su cultura y su influencia en Latinoamérica? ¿Su propio rol como abanderado de una causa que linda con quimeras o utopías?

En este sentido, digno de interés es otro documento –enviado tres meses atrás por Neruda a la Cancillería– que sirve para demostrar el inesperado valor de esa Biblioteca Chilena que ha dejado de funcionar.

En oficio de 28 de julio, el Cónsul General comienza señalando que México cuenta con muy buenas leyes laborales y sindicales, pero que se hace notar la falta de una legislación social más amplia, semejante a la que existe en Chile.

Sobre este punto señala: “En este aspecto Chile está muchísimo más adelantado y es una aspiración auténtica de los trabajadores mexicanos el llegar a contar con leyes como las nuestras, de Seguro Obrero Obligatorio, Accidentes del Trabajo, Medicina Preventiva, etc”.

En seguida, y dada la carencia de estos textos en el Consulado, Neruda solicita se los envíen debido a una importante razón: “Justamente en este

momento estudian las autoridades, la Confederación de Trabajadores de México, los médicos y otras entidades, proyectos de legislación obrera, y sería muy interesante poderles proporcionar el texto de nuestras leyes obreras, con sus reglamentos, complementos y modificaciones, que indudablemente podrían servirles de base para la elaboración de sus trabajos”.

Pero la preocupación de Neruda sobre este tema obedece a una motivación muy directa. Ha sido en la Biblioteca anexa al Consulado en donde un médico mexicano ha cotejado al menos un aspecto de la legislación social chilena que juzga digna de introducción en su país. Sobre este punto Neruda escribe: “Envío a US. un interesante trabajo elaborado por el joven médico mexicano Dr. Enrique Salgado Palacios para un congreso que acaban de celebrar los médicos justamente sobre seguro social en relación con el binomio madre-hijo. Como verá US., en él se cita en su texto íntegro nuestra Ley de Medicina Preventiva y en una de las conclusiones de él se dice: ‘...que se establezca la medicina preventiva y orientada en nuestro país de acuerdo con la Ley del Seguro Social Obligatorio y como se realiza actualmente en la República de Chile’.

El doctor Salgado Palacios para documentarse, empleó los servicios de la Biblioteca Pública Chilena, que funciona anexa a este Consulado General.

Me atrevo a sugerir a US. la conveniencia de entregar a la prensa noticias del trabajo que acompaño a US”.

Todo esto es historia antigua, documentación que engrosa los archivos consulares de la misma manera como se archiva ahora el “memorial de agravios” que envía en estos días Neruda a la Cancillería, y que por cierto ha de quedar sin respuesta.

Incidente en Cuernavaca

La ciudad de Cuernavaca –cuyo nombre deriva de una voz azteca que significa *cerca de los bosques*– está situada a 75 kilómetros de Ciudad de México.

Hacia allá se dirigen un día los Neruda y los Délano, dispuestos a pasar un tranquilo fin de semana alejados del asedio y del bullicio que impone la capital.

Favorita como lugar de descanso y recreación debido a su clima semitropical, Cuernavaca abundaba en lugares de atracción turística y era para los habitantes del D.F. punto obligado de convergencia cuando se trataba de huir de la asfixiante metrópoli.

Era el 28 de diciembre de 1941 –tres semanas después del ataque japonés a Pearl Harbor– y los dos cónsules chilenos, sus familias y un par de amigos disfrutaban de los últimos minutos de una plácida estadía en el Restaurant Parque Amatitlán, y estaban conversando muy cercana ya la hora de emprender el regreso a la capital.

Las noticias de la guerra, el ataque japonés y las perspectivas que se abrían con la intervención de los Estados Unidos en el conflicto eran parte principal de la conversación, en que los nombres de Roosevelt, Churchill, Stalin, Mussolini y Hitler iban y venían, acompañados de respeto y admiración los unos, de escarnio y odiosidad los otros.

En el escenario político internacional de estos días habría que destacar la enorme cantidad de noticias antinazis que publicaban diarios revistas, y desde el punto de vista de la América Latina, muy presentes están las reiteradas denuncias acerca de la forma en que opera la globalmente denominada “Quinta Columna”, organismos nazis infiltrados que preparan en el mayor secreto la toma del poder.

Sin ir más lejos, entre julio y agosto de 1940 habían quedado revelados –en Uruguay primero y luego en Argentina– elaborados planes de las “Quintas Columnas” locales, con el intento de socavar las instituciones y ganar el control del país. En estas mismas noticias se había citado la pobre opinión que Hitler tenía sobre el conjunto de naciones latinoamericanas, en cuanto “repúblicas de mestizos corrompidos”. Son las riquezas minerales y petrolíferas de la América Latina las que codicia Hitler, y un considerable y solapado esfuerzo se hace no solo en Uruguay y Argentina sino también en Brasil, Chile y Paraguay para crear las condiciones que pudieran llevar al establecimiento de una estratégica área bajo dominación nazi.

No es extraño, entonces, que llevados de la elocuencia con que expresaban su repudio a Hitler y al nazismo, poco se hubieran cuidado los chilenos de

mantener bajo el volumen de su conversación, y de ahí que cuando se apresan a alzar sus copas para brindar una vez más por Roosevelt y por el presidente Ávila Camacho, un pequeño grupo de enardecidos alemanes se les viene encima, a golpes de puño y armas contundentes.

Al recordar el episodio, Luis Enrique Délano escribe: "...nos hallábamos en una mesa al aire libre, bajo los árboles, en una especie de plácida quinta, la tarde de un domingo. Hablábamos, claro, de la guerra [...]. No habíamos reparado en que en una mesa vecina unos alemanes bebían cerveza. Nuestras opiniones deben haberlos irritado en grado sumo, pues, sin decir agua va, se levantaron y de pronto nos vimos rodeados de un agresivo grupo que cargó violentamente contra nosotros [...] Tuvimos que pelear, con las manos y hasta con las sillas, porque aquellos individuos no andaban, desde luego desarmados. La larga herida en la cabeza que le infirieron a Pablo Neruda fue producida por un fierro, un laque o quizás un revólver. Al ver que se les había pasado la mano y el poeta se encontraba cubierto de sangre, los asaltantes desaparecieron rápidamente: se oyó el motor de un automóvil y no se les vio más. [...] Llevamos a Pablo, para una curación provisoria, a la posta de Cuernavaca. La herida era impresionante, de 12 a 15 centímetros, en la parte superior del cráneo. En México lo examinaron los médicos y lo mantuvieron en cama, sin movimiento, por temor de una conmoción cerebral. Por fortuna no se produjo".⁶²

Desde otra perspectiva, será el hijo del matrimonio Délano-Falcón –el futuro escritor Poli Délano– quien registre en su memoria un episodio que, ante sus ojos infantiles, más parecía escena de película del oeste norteamericano que asunto de la vida real:

"Mi padre me había empujado debajo de la mesa y desde allí retuve algunas imágenes: a Lola, mi madre, y a la Hormiguita combatiendo mano a mano junto a sus hombres con otros tipos que parecían, pienso ahora, bastante mejor preparados. Vi a mi madre reventar en la cabeza de uno de ellos una gran caja de fósforos de chimenea, gigantes; a mi padre defendiéndose, y a Neruda con la cabeza partida y la sangre corriéndole a raudales. Nunca podré olvidar esa imagen. No sé cuánto duró ese pequeño infierno, pero de pronto vino la calma y los agresores se hicieron humo. Partimos con Neruda, en su auto, a una enfermería y luego a comprarle una camisa, ya que la suya estaba cubierta de sangre.

Hubo silletazos, golpes de botella, puños duros..."⁶³

Valiosos como son estos dos testimonios, digna de especial atención es la versión del propio afectado. En carta fechada el 31 de diciembre y dirigida a sus amigos Diego Muñoz y Alberto Romero, Neruda hace una completa versión de los hechos. En su extensa carta comienza agradeciendo el telegrama de adhesión

que le han enviado y termina exhortándoles a que se preocupen de neutralizar posibles maniobras hostiles en la Cancillería y les sugiere utilizar el incidente para promover la causa antifascista en Chile. Este el texto de la carta, transcrita tal cual se conserva en el Archivo de la Fundación Neruda:

“Queridos Alberto y Diego: He recibido vuestro telegrama, que me ha causado gran emoción. Para que estéis informados aquí va una relación sintética de los hechos, que ocurrieron el domingo 28 en el vecino balneario de Cuernavaca, donde habíamos ido a pasar el fin de semana. Llegamos en la tarde del sábado a Cuernavaca, al Hotel Puente Amatlán, con Delia, Enrique, Lola, Poli y un chileno antifasc., De los Ríos. Alojamos allí y todo fue muy bien hasta el domingo en la tarde, 7.30 más o menos, en que estábamos merendando algo antes de regresar a Méx. Se nos había agregado el Consejero de la Embajada de Chile, Julio Fuenzalida. En nuestra mesa hablábamos de la guerra, de sus contingencias, etc., con nuestra correspondiente adhesión al Presidente de México Ávila Camacho, a Roosevelt, a Churchill, a Stalin. En una mesa vecina bebía un grupo de nazis, 8 o 10 individuos con cuello de toro y cabeza de fierro; estaban en compañía del dueño del hotel. De pronto estos bandidos se levantan y se precipitan sobre nosotros, formados más o menos militarmente, y armados de sillas y unos laques que fueron a buscar a sus automóviles (sabían perfectamente que allí había diplomáticos y cónsules chilenos, puesto que estábamos inscritos en el registro del hotel y nuestros coches, con las patentes diplomáticas se hallaban en el patio). Haciendo el saludo nazi se lanzaron contra nosotros, que naturalmente nos defendimos, a bofetadas, silletazos, etc. Pero eran muchos y, como os digo estaban armados. Yo recibí un lacazo que me partió la cabeza, no sin haber pegado unos cuantos silletazos, pero ya os digo que tenían la cabeza dura. Algunos eran derribados y se levantaban felina y gimnásticamente. Cuando me vieron enteramente cubierto de sangre, decidieron apretar y se fueron a sus coches, pero ya iba llegando la policía, de modo que dejaron abandonados los coches y huyeron por el interior del hotel, hacia el campo, ayudados por el dueño que fue detenido. Perdí mucha sangre, pero no el sentido. Me han examinado buenos médicos mex. y españoles y estoy bastante bien, con una abertura en el cuero cabelludo de más de 12 centímetros de largo. Fui curado en Cuernavaca y denuncié los hechos a la policía. Posteriormente hemos sabido que ese hotel es uno de los focos nazis de espionaje y quintacolumbo [sic] más caracterizados de México. Ha sido denunciado por Lombardo Toledano y el diputado César Garizurieta, uno de los antifascistas más activos de Méx. Allí celebran reuniones, ejercicios militares, etc. --- La reacción de México frente a estos hechos ha sido muy importante y se espera que provoque el encierro de estos nazis en campos de concentración o algo así. La prensa condena unánimemente el

atentado, incluso los diarios reaccionarios. *El Popular*, órgano de la C.T.M., ha publicado ayer un magnífico editorial que os acompaño. He recibido visitas de embajadores, cónsules, diputados, intelectuales, obreros, etc. La Cámara de Diputados aprobó un voto de protesta, así como también los intelectuales mex. en manifiesto dirigido a A. Camacho; todos los partidos rep. españoles en una colosal asamblea que hubo ayer; la C.T.M., distintas agrupaciones democráticas de Méx. y los Estados; el P.C. mexicano, etc. etc. He recibido montones de telegramas de Méx., E.E.UU., Chile y otros países de América, así como cartas, mensajes telefónicos, etc. Todo el mundo está indignado, menos, al parecer el Gob. de Chile, que a lo mejor se aprovecha de esto contra mí. Hay que estar atentos. ---A base de los hechos que os he expuesto, os ruego hacer una información oficial para la prensa, en especial nuestro diario, información oficial de la AICH, naturalmente y provocar la mayor agitación, para evitar que los enemigos de RR.EE se aprovechen y utilicen esto contra mí.

Os ruego --y este encargo es especial para ti, Alberto, que eres menos flojo que Diego, que me escribáis inmediatamente una carta aérea, contándome no solo lo relacionado con la reacción que provoca en Chile el asalto, sino también -- y esto es muy importante-- *dándome una síntesis de la situación política de Chile, y sus perspectivas para después de febrero.* --- Creo que si hacéis un acto de protesta en la U. de Ch. o en la AICH, podría aprovecharse como base de unidad y hacer hablar a algún soc., Aldunate, por ej., que me mandó un simpático telegrama".

La carta termina con una recomendación para que se reciba en debida forma en Chile a Jesualdo, escritor y maestro uruguayo.

Tal como señala Neruda, la prensa mexicana recoge el incidente en amplios reportajes, en los cuales se condenaba unánimemente la agresión y se solidarizaba con los afectados.

"Brutal atropello de nazis a dos cónsules chilenos", titulaba el diario *El Nacional* del 29-12-41.

Por su parte, el diario *Excélsior* publicaba: "Atraco de quintacolumnistas al Cónsul de Chile. Está lesionado D. Pablo Neruda. Fue atacado por un grupo de nazis al brindar ayer en Cuernavaca".

El día 30, *Excélsior* vuelve a dar cobertura al episodio a través de un amplio reportaje, que da cuenta de las reacciones de repudio que se han producido y titula: "D. Pablo Neruda, Cónsul de Chile en México, obligado a guardar cama a causa de los golpes que le propinaron en Cuernavaca varios alemanes".

El reportaje incluye una foto del poeta con la cabeza vendada, algunas de sus declaraciones y un apartado en que se transcribe una nota de prensa elaborada por el Partido Comunista de México, condenando el ataque e instando al Gobierno mexicano a identificar y castigar a los agresores.

En un extenso editorial de 30 de diciembre titulado "El atentado Nazi en Cuernavaca", el diario *El Popular* expresa su indignada reacción ante el ataque, y concluye con unas palabras que exhortan a terminar con la llamada "Quinta Columna", enquistados partidarios locales del nazi-fascismo: "*El Popular* protesta con indignación –dice el editorial– por el atentado a Pablo Neruda, el alto poeta de América; protesta contra la agresión al diplomático que representa a una nación amiga de México; pero también señala enérgicamente la necesidad de acabar con la organización de la quinta columna. Insistimos con apremio a que se desinfecte México".

"Indignación por el atentado al cónsul Neruda", titula el diario *Novedades*, abriendo espacio a una detallada crónica que se inicia con la llegada del periodista al domicilio del principal afectado: "Cuando nos presentamos en la casa número setenta de las calles de Elba, en donde se encuentran instaladas las oficinas y residencia del Cónsul General de Chile, Pablo Neruda, un nutrido grupo de amigos personales del poeta se hallaba comentando en diversas formas la brutal agresión de que fue objeto por varios alemanes de reconocida filiación nazi.

En los centros intelectuales de esta ciudad se ha condenado esta agresión, pues el señor Neruda cuenta con grandes simpatías en dichos círculos, llegando algunos grupos a proponer el envío de un mensaje al señor Presidente de la República para solicitarle en forma respetuosa que los culpables sean castigados severamente"... La nota concluye con una referencia a las múltiples muestras de adhesión que Neruda ha recibido, señalando: "Entre los intelectuales mexicanos que desde temprana hora, una vez enterados por los diarios del atentado cometido en la persona del señor Neruda, estuvieron a saludarle, nos encontramos con la pintora María Izquierdo, Raúl Uribe, Jesús Guerrero Galván, Octavio Paz, Clarita Porzet y algunas otras personas de nacionalidad chilena, quienes condenan el acto brutal al que nos hemos referido".

En Chile, la noticia del atentado es difundida a través de pequeñas notas en la prensa, que se limitan a reproducir los despachos de las agencias internacionales, mientras la Cancillería chilena opta por no darse por enterada de la noticia ni juzga del caso hacer declaración alguna.

En su edición del 30 de diciembre, *La Nación* inserta una pequeña foto de Neruda con el título "AGREDIDO", acompañado del siguiente cablegrama: "Cuernavaca (México, 29). Cinco personas de tendencia totalitaria atacaron e hirieron levemente en la cabeza al Cónsul General de Chile en México, don Pablo Neruda, por haber dado vivas a los presidentes Roosevelt y Ávila Camacho.

Neruda, que se aloja en el Hotel Amatland con varios amigos, dio vivas a dichos presidentes a lo que los nazis respondieron "¡Heil Hitler!" sobreviniendo la lucha entre ambos bandos.

Al llegar la autoridades policiales, los atacantes ya habían conseguido huir”.

En otra nota se recogen unas breves declaraciones del poeta, en que afirma haber identificado a uno de los agresores, un agente alemán llamado Robert Kabler, quien protegido por el propietario del hotel había podido escapar por una puerta trasera en los momentos en que llegaba la policía.

La Cancillería chilena, por su parte, se limita a enviar un telegrama al embajador Hidalgo, en que dice: “Prensa informa Cónsul Neruda habría sido objeto agresión y secuestrado. Sírvasse informar brevedad posible”.

La respuesta del embajador es igualmente breve: “Cónsul Neruda muy mejorado. Se encuentra en su residencia particular no siendo efectivo su secuestro”.

Quienes se pronuncian rápida y enérgicamente son los miembros de la Alianza de Intelectuales de Chile, que hacen llegar a la prensa un manifiesto de solidaridad con el afectado y de condena a sus autores.

Entre los fundamentos de su protesta, se expresa que: “...la Alianza de Intelectuales de Chile levanta su más enérgica protesta, considerando agredida la cultura nacional en la persona del poeta y ofendida la nación misma en la persona del Cónsul General de Chile en México”.

Firman el documento una cincuentena de personalidades, encabezadas por Alberto Romero, presidente de la AICH, y Gabriel Amunátegui, director de la Biblioteca Nacional.

Entre tanto, en Ciudad de México, una verdadera avalancha de mensajes de adhesión ha comenzado a llegar tanto al Consulado como al domicilio de Neruda.

No solo los amigos mexicanos y los exiliados españoles se hacen presente con sus cartas y telegramas. Desde Cuba, Perú, Costa Rica, Guatemala y Chile también llegan palabras de saludo y adhesión.

Las expresiones de repudio al atentado son particularmente fuertes en el caso de los refugiados españoles en México, y en uno de los mensajes que Neruda recibe se hace notar la cólera y la belicosidad de quienes saben reconocer muy bien los métodos del nazi-fascismo. En una carta que pudiera ser representativa de muchas otras firmadas por republicanos españoles, el escritor Ramón Sender expresa:

“Muy querido Pablo:

Acabo de leer el periódico y estoy indignado. A pesar de la confusión de las noticias que dan, una cosa hay clara y es que te han agredido nuestros enemigos. [...]

Querido Pablo, no quiero que sobre esto haya la menor duda ni confusión. Estoy contigo y contra todos los que por razones políticas están contra ti. Ha sido un hecho bárbaro e innoble. Cuenta con mi indignación, con mi

mejor y más sólida amistad y, aunque no valga mucho, con mi brazo también.

Iría a verte, pero supongo que estarás bien asistido y que en la afluencia de gente en estos momentos una persona más no hará sino aumentar la confusión inútil. Cúrate pronto y cuando pienses en la gente que te estima resérvame uno de los mejores lugares.

Un fuerte abrazo con toda mi capacidad de indignación y de fraternidad.

Ramón I. Sender"

—Te la ganaste —Pablo— pudo haberle dicho Luis Enrique Délano, haciendo recordar a su jefe y amigo el ya largo historial de escritos y declaraciones suyas en contra de Hitler y el nazismo.

Habría que recordar, en efecto, que ya desde los días de la guerra civil española el poeta no ha perdido ocasión de expresar palabras de denuncia y repudio a todo lo que el nazismo representa.

¿Habrá olvidado, por ejemplo, sus violentas expresiones anti-nazi publicadas en la revista *Aurora de Chile* en 1938? ¿La sistemática campaña que en esas páginas había emprendido contra la amenaza nazi en la América Latina?

Claro está que las consecuencias de entonces habían sido más llevaderas, incluso pintorescas, porque los nazis criollos se habían conformado con imprimir unos volantes injuriosos, en que la principal imputación que se hacía a Neruda era la de ser un "judío degenerado".

Aunque solo sea como curiosidad documental, vale la pena reproducir uno de estos volantes, que con el título de "BOLETIN INFORMATIVO Nº 2", expresaba a la letra:

"¿Quién es Pablo Neruda?

Es un judío degenerado.

El se dice chileno y poeta.

NERUDA es judío, y por lo tanto no puede ser chileno, es un hombre pagado por el judaísmo internacional. Dio pruebas de ello abusando de su cargo como Cónsul chileno en Madrid, logrando con su sucia labor, atraer las mayores desgracias sobre España. A él le debe la Madre Patria la muerte y masacre de millares de españoles.

EL JUDÍO es enemigo de todos los pueblos y por naturaleza anarquista.

EL JUDÍO PABLO NERUDA, unido a la Alianza Israelita de Chile se puso al servicio del Frente Popular para conseguir... qué? solo el caos y el desorden, que es lo que trae consigo siempre, un gobierno de comunismo o bolchevismo, que es sinónimo de judaísmo".

Desde esta perspectiva, bien librado ha salido el “judío” Neruda (o Reyes) de este combate, con apenas un garrotazo en la cabeza, procedimiento totalitario de probada eficacia para remecer –y en lo posible erradicar– las ideas del contrario, esto es, sin tener que apelar todavía al método más eficaz que consiste –simple y llanamente– en la eliminación definitiva del oponente.

En todo caso, el episodio ha servido para demostrar que todavía hay en América quienes apelan al garrote para silenciar las palabras, y de esto mismo trata –ni más ni menos– la lucha que se libra en estos momentos en Europa.

Aquellas muertes que me hicieron tanto daño...

El agudo sentido que Neruda tiene de la fatalidad de la muerte, unido al deseo de exorcizarla –y de alguna manera contrariarla – le hacen desafiar su poder con palabras que quieren revivir en el poema a los ausentes.

El resultado se traduce a menudo en poemas elegíacos de gran fuerza expresiva.

Ahí están los poemas dedicados a Joaquín Cifuentes Sepúlveda y a Alberto Rojas Giménez, las palabras dedicadas a Federico García Lorca y, más recientemente, los versos que ha leído en el funeral de Silvestre Revueltas.

Desde niño, y comenzando por esa madre que no alcanzó a nombrar, Neruda siente en torno suyo la presencia intrusa y perversa de la muerte, y más tarde, en los años de la bohemia santiaguina, ha tenido varios amigos poetas a quienes una mezcla malsana de pobreza, bohemia e irresponsabilidad han llevado prematuramente al camposanto.

Llegado el momento de las evocaciones, varios son los amigos que se hacen presente en su recuerdo, entre ellos –y sumando sus nombres al de Rojas Giménez– están Romeo Murga, Eusebio Ibar y Víctor Barberis, “desaparecidos de la existencia, pero no de la poesía”...

Estos amigos son los mismos que alguna vez, de paso por la pobre pieza de pensión en que el joven Neruda vivía a comienzos de los años '20, han mirado largamente un grabado pegado al muro, con la efigie del poeta inglés Chatterton, el joven suicida de 19 años, a quien el mundo terminó por resultarle territorio imposible de habitar.

Extremo camino, significativo ejemplo éste, que escalofría al joven Neruda, porque le muestra la renuncia de un poeta que no ha logrado adaptarse a los usos, modos y maneras de un mundo decididamente a-poético.

Con su zambullida en Oriente, Neruda escapa tanto de la tentación de no ser –a la manera de Chatterton– como de un prematuro fin a semejanza del de Rojas Giménez, Murga, Ibar y Barberis.

Pero ese ronda-ronda de la muerte le acompaña a Birmania, a Ceylán, a Java, en donde su poesía “residenciaria” se convierte en espejo de una alucinante lucha entre germinaciones y destrucciones, entre la afirmación y la negación del yo. Luego viene España. Luego sobreviene España. Luego llega el amplio y aterrador protagonismo de la muerte.

Pero cuando Neruda hace mención en un poema a “aquellas muertes que me hicieron tanto daño”, aunque se refiere preferentemente al caso de España,

se sobreentiende que esas palabras son aplicables a todas las pérdidas, no por lejanas menos sentidas, no por silenciadas menos dolorosas.

Otra muerte –esta vez la de una fotógrafa italiana con muchos años de residencia en México– se produce a comienzos de 1942, y para ella Neruda escribe un poema que le brota en respuesta a la malintencionada y sectaria campaña de acusaciones y tergiversaciones que han rodeado los últimos años de su vida, y que incluso la persiguen después de su muerte.

En el poema “Tina Modotti ha muerto”, Neruda reivindica su notable condición de mujer entregada en cuerpo y alma a la causa popular, y hace el elogio de su silencioso heroísmo, de su humildad y su capacidad de trabajo, que incluye su participación en la Guerra Civil Española como enfermera voluntaria en el bando republicano.

*Tina Modotti, hermana, no duermes, no, no
duermes:*

*Tal vez tu corazón oye crecer la rosa
de ayer, la última rosa de ayer, la nueva rosa.
Descansa dulcemente, hermana.*

*La nueva rosa es tuya, la nueva tierra es tuya:
te has puesto un nuevo traje de semilla profunda
y tu suave silencio se llena de raíces.
No dormirás en vano, hermana. [...]*

*A mi patria te llevo para que no te toquen,
a mi patria de nieve para que a tu pureza
no llegue el asesino, ni el chacal, ni el vendido:
allí estarás tranquila.*

En la breve semblanza que de Tina hace en sus memorias, Neruda la describe –apropiadamente– como rodeada de una atmósfera de incerteza, envuelta en el misterio, desdibujada por ese mismo afán suyo de pasar desapercibida.

“Cuando quiero recordar a Tina Modotti –escribe Neruda– debo hacer un esfuerzo, como si tratara de recoger un puñado de niebla. Frágil, casi invisible. ¿La conocí o no la conocí?

Era muy bella aun: un óvalo pálido enmarcado por dos alas negras de pelo recogido, unos grandes ojos de terciopelo que siguen mirando a través de los años. Diego Rivera dejó su figura en uno de sus murales, aureolada por coronaciones vegetales y lanzas de maíz.

Esta revolucionaria italiana, gran artista de la fotografía, llegó a la Unión Soviética hace tiempo con el propósito de retratar multitudes y monumentos. Pero allí, envuelta por el desbordante ritmo de la creación socialista, tiró su cámara al río Moscova y se juró a sí misma consagrar su vida a las más humildes tareas del partido comunista. Cumpliendo este juramento la conocí yo en México y la sentí morir aquella noche. [...] Siempre estaba dispuesta a lo que nadie quiere hacer: barrer las oficinas, ir a pie hasta los lugares más apartados, pasarse las noches en vela escribiendo cartas o traduciendo artículos".⁶⁴

En estas palabras ya empieza a surgir la leyenda de Tina, puesto que esa especie de suicidio fotográfico, ese arrojar la cámara al río tiene más bien un carácter metafórico, ya que ella continuó por muchos años cultivando la fotografía documental y artística, una disciplina en que llegó a sobresalir y que, entre muchas otras cosas, la hizo amiga, modelo y amante del gran fotógrafo norteamericano Edward Weston.

Pero el pasado de Tina estaba marcado por el asesinato de su compañero, el dirigente juvenil cubano Julio Antonio Mella, exiliado en México. Hasta México había llegado la larga mano del dictador cubano Gerardo Machado, haciéndolo víctima de unos pistoleros a sueldo. Para añadir agravio a su dolor, Tina había sido acusada de ser la asesina y tras largo proceso, y sin lograr condenarla, había sido expulsada de México.

Años después ingresa con falsa identidad a México, y después de muchos papeleos y trámites y sobornos consigue regularizar su situación, y puede volver a disfrutar de la hospitalidad mexicana en calidad de exiliada.

Para esta fecha está unida sentimentalmente al famoso y no menos legendario Vittorio Vidali, miembro de las Brigadas Internacionales y con el nombre de Comandante Carlos, jefe del 5º Regimiento.

Como muchos de los personajes que Neruda conoce en México, Tina Modotti —a quien muchos, especialmente en España, solo conocían por su nombre de batalla de "María"— es una figura de enorme interés y complejidad, a la que solo se puede hacer justicia en una extensa biografía y detallada, como la que escribió Christiane Barckhausen-Canale, de la cual transcribimos un testimonio que ella recoge de la escritora francesa Simone Tery, relacionado con los días previos a su muerte:

"La última vez que la vi fue la noche del 31 de diciembre en casa de Pablo Neruda. [...] Al salir de casa de Pablo, María vio a un anciano mexicano, tendido en el umbral de una puerta. La gente, indiferente, pasaba junto a él creyéndolo borracho. Pero María se acercó. '¿Por qué no va usted a su casa?' le preguntó, 'su familia va a inquietarse'... 'No puedo, dijo el hombre, estoy demasiado débil'. Entonces, en plena madrugada, María fue al Hospital General a pedir que recogieran al enfermo. 'Eso no es cosa nuestra', le contestaron 'no somos un

hospital para emergencias. Diríjase a la Cruz Verde'. María telefoneó a la Cruz Verde. Se le contestó que no había camillas disponibles. Pero María no se desanimó. No se fue a descansar hasta haber obtenido que transportaran a la Cruz Verde al pobre hombre, que seguramente habría perecido de frío sobre la acera. Ese anciano no sabrá nunca, sin duda, que como tantos otros, debía la vida a Tina Modotti. No sabrá que cinco días más tarde, el cadáver de Tina Modotti llegó en un automóvil de alquiler al Hospital General [...] Porque Tina murió de un fulminante ataque cardíaco, en un taxi, como para no causar molestias a nadie, discretamente, como había vivido".⁶⁵

La paciente investigación hecha por Christiane Barckhausen-Canale reconstruye la noche de su muerte, el día 5 de enero de 1942. Acompañada de Vidalli, Tina asiste a una cena en casa del arquitecto alemán Hannes Meyer. Después de cenar, Vidalli se disculpa porque debe retirarse para terminar de escribir un artículo. Meyer insta a Tina a que se quede, porque hay otros amigos comunes que están por llegar y que quieren conversar con ella. En los minutos siguientes Tina manifiesta sentir algún vago malestar que va y viene, y cuando por fin decide volver a su casa rechaza todos los ofrecimientos que le hacen para acompañarla, y aborda un taxi, ordenando al conductor dirigirse al Hospital General que, por lo demás, está situado frente a su casa.

Durante el recorrido, el taxista escucha a su pasajera quejarse suavemente y la observa recostarse sobre el asiento. Cuando el taxi se detiene a las puertas del Hospital, la pasajera ya no está en condiciones de escuchar las insistentes voces del conductor que le dice: "¡Hemos llegado, señora... hemos llegado!"

La odiosidad de un sector de la prensa mexicana quiso ver en esta muerte súbita y discreta un crimen político, un ajuste de cuentas o cosa parecida, y dio pretexto para que se reconstruyera toda su agitada trayectoria, su regreso clandestino a México, sus amores y amoríos, en fin, una mezcla de sensacionalismo y aprovechamiento ideológico.

Algunos de los titulares del diario *La Prensa* señalaban. "Ahóndase el misterio de la muerte de Tina Modotti. Desaparece el amante de la trágica mujer rojizante." y otro: "Tina Modotti fue asesinada por el gang comunista. Todo hace creer que fue víctima de sus mismos amigos".

De todo esto nos habla Neruda, al evocar el velatorio de Tina en los momentos en que arrecian las calumnias: "Carlos y yo velábamos el pequeño cadáver. Ver sufrir a un hombre tan recio y tan valiente no es un espectáculo agradable. Aquel león sangraba al recibir en la herida el veneno corrosivo de la infamia que quería manchar a Tina Modotti una vez más, ya muerta. El comandante Carlos rugía con los ojos enrojecidos; Tina era de cera en su pequeño ataúd de exiliada; yo callaba impotente ante toda la congoja humana reunida en aquella habitación.

Los periódicos llenaban páginas enteras de inmundicias folletinescas. La llamaban 'la mujer misteriosa de Moscú'. Algunos agregaban: 'Murió porque sabía demasiado'. Impresionado por el furioso dolor de Carlos tomé una decisión. Escribí un poema desafiante contra los que ofendían a nuestra muerta. Lo mandé a todos los periódicos sin esperanza alguna de que lo publicaran. ¡Oh, milagro! Al día siguiente, en vez de las nuevas y fabulosas revelaciones que prometían la víspera, apareció en todas las primeras páginas mi indignado y desgarrado poema.

El poema se titulaba 'Tina Modotti ha muerto'. Lo leí aquella mañana en el cementerio de México, donde dejamos su cuerpo y donde yace para siempre bajo una piedra de granito mexicano. Sobre esa piedra están grabadas mis estrofas.

Nunca más aquella prensa volvió a escribir una línea en contra de ella".⁶⁶

En esta época mexicana, acosado por mil diversas absorbentes ocupaciones Neruda escribe poca poesía, y junto a unos pocos trabajos previos, los recientes poemas dedicados a Revueltas, Bolívar y la Modotti se van acumulando sin miras inmediatas a publicación definitiva, hasta que lleguen, en 1947, a las páginas de *Tercera residencia*, un libro que tendrá la particularidad de separar aguas entre un ayer marcadamente "residenciario" y un hoy que se traduce en un lenguaje más directo y una entonación y sensibilidad abierta a los hombres y hechos de América.

El panorama internacional

Ya desde los inicios de la gran guerra europea, la posición oficial de Chile frente al conflicto había sido de absoluta prescindencia y neutralidad. –“En lo que respecta al aspecto político, Ud. ya conoce nuestro firme propósito de mantener la neutralidad de Chile” –había escrito el presidente Aguirre Cerda a Neruda, en carta de fines de 1939.

En noviembre de 1941 –y sin haber logrado completar su mandato– fallece don Pedro Aguirre Cerda, y en abril de 1942 asume el nuevo mandatario, Juan Antonio Ríos. En materias internacionales, Ríos mantiene a firme la posición de neutralidad adoptada por Chile.

Pero en el intertanto, el sorpresivo ataque japonés contra la flota naval norteamericana del Pacífico en Pearl Harbor –efectuado el 7 de diciembre de 1941– ha creado un nuevo y más complejo escenario internacional.

Con el ingreso de los Estados Unidos a la guerra, el conflicto se hace aun más extenso y masivo, comprometiendo no solo la voluntad, recursos y esfuerzos bélicos de la Unión, sino que involucrando de una u otra manera a los países de la América del Sur.

Con distintos grados de compromiso, las naciones latinoamericanas comenzarán a hacer su contribución a la causa de los Aliados, y esta cooperación se irá desarrollando de muy diversas maneras, desde el envío de tropas hasta el aporte económico que significaba la venta –a mínimo precio– de materias primas de uso estratégico.

Dentro de los márgenes de este libro, imposible resulta examinar la compleja interacción de opuestas fuerzas que determinan la conducta de los gobiernos latinoamericanos durante la Segunda Guerra Mundial.

Lo más destacable pudiera ser –en todo caso– el peso de un poderoso factor aglutinador: el agudo repudio que el nazi-fascismo despertaba en la inmensa mayoría de la población.

Siendo tan inmensa y perentoria la tarea primera de vencer a Hitler, subordinados quedan o deben quedar todos los aspectos secundarios, incluido aquí ese “recelo” que algunos sectores sienten hacia la Unión Soviética, nación que al ser invadida también por Hitler se convierte en natural aliada y valiosa compañera de armas. Demás está decir que es éste el sentimiento predominante en los propios Estados Unidos: bienvenidos sean los heroicos camaradas rusos que enfrentan y desgastan los ejércitos de Hitler mientras se organiza la gran ofensiva final.

Ahora bien, centrando nuestro interés en la forma en que Neruda interviene voluntaria (y voluntariosamente) para definir su pensamiento frente a la coyuntura internacional, de interés será examinar los conceptos que aparecen en un prólogo que escribe en estos días para el libro de un diplomático mexicano.

Al presentar y comentar el libro *Ballet de sangre - La Caída de Francia*, de Luis I. Rodríguez, Neruda escribe una especie de exhortación a los pueblos americanos, un alegato que es un llamado a la unidad continental frente a la amenaza del nazi-fascismo. Sus palabras en nada difieren de las que se emiten en los Estados Unidos para urgir a cada nación latinoamericana a adherir a las iniciativas diplomáticas que buscan dar un sólido respaldo al esfuerzo bélico en que están empeñados.

En este prólogo –como en muchos otros textos de este tiempo– Neruda no se cansa de insistir en la gravedad de la amenaza que representa la ideología nazi-fascista, y en sus palabras nunca deja de estar presente la trágica lección de España, esa herida que para él está viva y sangrante.

Escribe en el prólogo del libro de Luis I. Rodríguez:

“Me tocó vivir antes que a Luis I. Rodríguez la preparación de la danza sangrienta que aquí nos describe. He visto detrás de la gran escena agitarse el poderío de los murmullos, de las voces, la precipitación de los personajes, las máscaras recién pegadas a los rostros terribles. Luis I. Rodríguez, desde su alta estatura americana, las ha visto caer ya innecesarias, en el crepúsculo tenebroso; y este libro es la radiografía patética del mundo, cuando las llamas sobrepasan al árbol y a la nieve, rodeando a los protagonistas con su fuego mortal. [...]

Luis I. Rodríguez actúa cuando ya la araña feroz está engullendo y digiriendo la catástrofe. Ya ha terminado la comedia angustiosa de España. Franco está sentado sobre un millón de cadáveres; las cárceles están apretadas de seres humanos; el destierro divide a España con una cicatriz inolvidable, entre un pueblo famélico y martirizado que quiere salir y un río de desterrados que esperan el regreso. Nadie habla ya de civilización occidental defendida: España es la primera víctima de una conspiración criminal y Franco un pequeño lacayo, barrigudo y sangriento, poseído también de un odio recalcitrante por la cultura y la libertad.

A la historia diplomática y pública de México, pertenece desde hoy este noble y elevado libro, atravesado por todas las corrientes superiores del pensamiento en la angustia: la acción y la impotencia, la pérdida absoluta y el nacimiento de la esperanza desde el hueco de las ruinas; cuanto nos preocupa y nos deprime con el crecimiento de una Europa maldita; cuanto nos espera si no anticipamos el panorama y no miramos en torno nuestro, en torno a nuestra América amenazada.

El patético relato de Luis I. Rodríguez, enseñará al que lea lo que mañana harán en nuestra América el aislacionista, el franquista, el simple simpatizante del fascismo, ante una pequeña coyuntura, debilidad o derrota. Saldrán de sus cuevas, vendrán al aire libre con garrote y horca, y con ellos el espíritu de la fuerza violenta entrará en nuestras patrias a desarrollar el mismo *Ballet de Sangre* aquí descrito con pasión y dolor.

Este libro es una nueva enseñanza, agregada a las de cada día.

Enseñanza más digna de ser tomada en cuenta que la noticia de una batalla perdida, porque esta sumersión en el torbellino, en el corazón traicionado de Francia, en la danza de la sangre, está hecha con la ternura, con la nobleza y la misericordia de un hombre que, como Luis I. Rodríguez, llevó a ese pueblo y a ese drama, con la representación de México, las manos acogedoras de América y las llaves de la Libertad".⁶⁷

¿Estará Neruda siendo algo obsesivo –majadero incluso– con este infatigable discurso antifascista?

Solo los que no están realmente conscientes de la gravedad del momento –o bien sus enemigos personales– pudieran ser los que condenen esta reiterada, insistente y punzante denuncia.

Para Neruda no hay tolerancia, perdón ni olvido para lo que ocurre en España.

Ese terrible y denso muro que aísla España de la mirada internacional no impide, sin embargo, que se filtren informaciones que no pueden ser ignoradas.

Pero con la atención del mundo puesta en las noticias que vienen de los frentes de combate de la Segunda Guerra Mundial, ¿quién se interesa real y profundamente por la desgraciada situación de los millares de presos republicanos que hay en la cárceles de Franco?

Estadísticas confiables señalan que la cifra de presos políticos que alcanzaba a los 270.000 al terminar el año 1939, había bajado a 140.000 a fines de 1941.

La maquinaria represiva de Franco se ha encargado de disminuir esa cantidad mediante un sistemático programa de ejecuciones diarias. Por otra parte, la enfermedad y el hambre han hecho y continúan haciendo lo suyo para ir raleando paulatinamente las prisiones.

Es un proceso que se ha iniciado junto con el término de la guerra y que aun se prolonga en todas las regiones de España. Según anota Francisco Moreno Gómez, ha correspondido al general Máximo Cuervo Radigales, director general de Prisiones desde 1939, diseñar la política represiva de postguerra, y ha sido "el inventor del turismo carcelario, del traslado continuo de presos de cárcel en cárcel, y el responsable del exterminio por hambre en las prisiones".⁶⁸

Entre esos miles de hombres en prisión y a la espera de la muerte, uno hay que representa a todos.

Es Miguel Hernández, el pastor de cabras, el niño grande –el sin maldad–, a quien la vida hizo madurar a golpes de infortunio.

Es Miguel Hernández, el miliciano. Es Miguel Hernández, el gran poeta de imposible olvido.

Miguel Hernández: agonía y muerte

El 28 de marzo de 1942, a los 32 años de edad y reducido a un espectro del hombre que fuera en sus años de fulgor combativo, muere Miguel Hernández en el presidio de Alicante.

Su tránsito terrestre está tan matizado de luces y sombras, de entusiasmos y padeceres, de ramalazos de euforia y años de pobreza; está tan determinado por una poesía que se enciende primero en ardores místicos para luego transformarse en fiebre combativa y revolucionaria; su peripecia humana está tan castigada por las circunstancias y al mismo tiempo tan enaltecida por su conducta, que no se puede hacer elogio de este poeta sin honrar en él al individuo que hizo de su vida un raro ejemplo de heroísmo e integridad.

Doble heroicidad la suya, la del pastor-poeta que comienza por hacer saltar la poesía desde su humilde condición; y luego el heroísmo del poeta-combatiente que –en plena afirmación de sus convicciones– participa en la lucha, es vencido y muere rechazando la posibilidad de salvarse a cambio de la abjuración de las ideas que han dado sentido a su vida y su obra.

Larga y penosa sería la tarea de detallar los padecimientos de este hombre, desde el día en que ha caído en prisión –el 29 de abril de 1939– tras cruzar la frontera portuguesa con la intención de ponerse a salvo de la represión franquista.

Para el lector interesado en la biografía del poeta-pastor de Orihuela, de gran valor resultará el libro de José Luis Ferris: *Miguel Hernández. Pasiones, cárcel y muerte de un poeta*, documentada obra de la cual se han recogido aquí algunos extractos y citas de indispensable lectura.

De prisión en prisión ha recorrido España Miguel Hernández, trasladado a veces por razones válidas y otras a causa de ese perverso “turismo carcelario” que conlleva un castigo adicional para el trasladado. En efecto, en cada nueva cárcel se recibe al condenado con una obligada y rigurosa cuarentena, cuarenta terribles días de prisión solitaria, al cabo de los cuales es trasladado a los pabellones comunes.

Al comenzar este período de prisiones –y por unos breves días– el poeta miliciano ha obtenido la libertad, atribuyendo este hecho a las muchas gestiones que han efectuado sus amigos para salvarlo.

Sin embargo se trata de una falsa libertad, ya que en medio de la maraña judicial que le rodea –en diversas instancias, en diferentes procesos, al tenor de dispares informes– un tribunal ha decretado su libertad provisional en

tanto que otro le sentencia a la pena de muerte, justo en los días en que ha sido liberado.

Detenido una vez más al cabo de catorce días de ilusoria libertad, le es ratificada la pena de muerte, y vuelven sus amigos a intentar socorrerlo, esta vez buscando alguna manera de revertir la condena.

Aunque son muchos los que se movilizan para lograrlo –entre ellos Aleixandre, Alberti, María Teresa León y el propio Neruda–, de la pormenorizada relación que de estos hechos hace Ferris se desprende que a los oídos de Franco ni siquiera llegó la petición de un cardenal francés, y en definitiva lo que influyó en el ánimo de Franco fue una gestión de quien fuera jefe y amigo de Hernández, el director de la enciclopedia *Los toros*, José María de Cossío.

Escribe Ferris al respecto: “...lejos de nuevas e inútiles conjeturas, lo cierto es que Cossío fue quien realmente se movilizó con todo lo que su influencia y su capacidad imaginativa pudieran rendir para solucionar sin demora la trágica situación de Miguel. El director de la enciclopedia *Los toros* recurrió en primera instancia a sus amigos de la tertulia madrileña del café Lion d'Or. Entre ellos estaba el doctor Eusebio Oliver Pascual, viejo conocido de Miguel, ya que en su domicilio asistió el 12 de julio de 1936 a la lectura que Lorca hizo de su *Bernarda Alba*. Oliver había sido, durante la contienda civil, el médico de cabecera del general Varela, ministro ahora del Ejército. Por esa vía y, sobre todo, por la emprendida a través del escritor falangista Rafael Sánchez Mazas, ministro vicepresidente de la Junta Política, fue por donde Cossío lograría llegar hasta el citado general José Enrique Varela. [...]”

Las gestiones tuvieron su efecto y el ministro del Ejército se entrevistó con Franco antes de que éste rubricara la sentencia contra Hernández. Como se ha señalado en diversos estudios, todas las condenas a la pena capital debían llevar el visado y la aprobación del Caudillo. [...] Lo que sí parece admisible al tenor de las pruebas y documentos encontrados es que el general Varela, acompañado al parecer de Sánchez Mazas, obtuvo de aquella entrevista con Franco un provechoso resultado. El Caudillo escuchó las argumentaciones de su ministro, pronunció una frase parecida a ‘otro García Lorca no’ y determinó, días después, conmutar la pena del procesado”.⁶⁹

La clemencia ha consistido en conmutar la pena de muerte por una condena de treinta años y un día.

Durante su larga estadía en prisión, con el ánimo entero, lo que más entristece a Hernández es la situación de su mujer, Josefina Manresa, y de su hijo. A ella jamás le ha dicho que ha estado condenado a muerte, y en los incesantes mensajes que le hace llegar casi a diario, sus palabras son de consuelo o exhortación, de optimismo y afecto, sin una palabra que haga notar la real condición en que se encuentra.

Como el reglamento permite a los presos una sola carta a la semana, él es el único que vive pidiendo a los que no usan este privilegio que las envíen bajo su nombre a Josefina. Además, subrepticamente, le hace llegar pequeñas notas escritas en papel de cigarrillo.

Si es que efectivamente los esfuerzos de Neruda y del cardenal francés Baudrillart no ayudaron a conmutar la pena de muerte de Hernández, sí puede decirse que en la persona de Germán Vergara Donoso –embajador de Chile en España– Miguel y su familia encontraron todo el apoyo que era posible darles en aquellas circunstancias.

A este respecto señala Ferris: “Durante ese tiempo de estancia en Conde de Toreno Miguel consigue que Vergara Donoso le envíe regularmente a Josefina ciento cincuenta pesetas, bien directamente, bien a través de Vicente Aleixandre. Las atenciones que el diplomático de la Embajada chilena –el tío Germán, como le llama cariñosamente el poeta– tuvo con Hernández y su familia han de quedar fuera de toda duda. Procuraba hacer llegar alimentos diarios a Miguel y tramitar mensualmente la asignación a su esposa, a pesar incluso de la actitud a veces airada de Josefina ante el retraso del dinero: “Lo primero que voy a decirte es que no se te ocurra escribir a Vergara diciéndole que deje de mandarte dinero. Si no te lo manda puntualmente, es porque no está siempre en Madrid [...]. Eso faltaba, Josefina, que tampoco dispusieras de esa pequeña cantidad, con los malos ratos que te está dando la miseria”.

Uno de los compañeros de Miguel en prisión es el humorista Miguel Gila, quien al recordar su encuentro con el poeta escribe:

“Sabía que en las cárceles había delatores y decidí hacerme autista y vivir mi cautiverio en una constante y tranquila soledad. A pesar de mi voluntario aislamiento, no podía evitar que algunos curiosos se acercaran hasta mí para ver qué era lo que estaba dibujando. Una mañana se acercó uno de esos curiosos y me preguntó si yo era dibujante. Le dije que no, que era solamente un aficionado. Me mostró un dibujo que había hecho él y me dijo que era para su Manolillo. Era un dibujo muy infantil, creo recordar que era una cabra [...] Me gustó el dibujo, se lo dije, sonrió y sin decir una palabra se alejó y se perdió entre los que paseaban su miedo y su debilidad por el patio. Instantes después se me acercó alguien y me preguntó si no había conocido a aquel compañero. Cuando dije que no, el que me había hecho la pregunta, muy sorprendido, me dijo: ‘¿Que no le conoces? ¡Es Miguel Hernández, el poeta!’ Yo conocía a Miguel porque al igual que Rafael Alberti se había llegado hasta el frente a recitarnos sus poemas; pero el Miguel Hernández que yo había conocido en el frente de Somosierra era un hombre rústico, macizo, con ojos brillantes y mandíbula fuerte, y este Miguel que ahora paseaba por el patio de la prisión de Torrijos tenía movimientos lentos y sus ojos apenas se entreabrían. El trato recibido

por la policía portuguesa al ser detenido y, posteriormente, las palizas recibidas cuando fue entregado a las autoridades franquistas le habían marcado muy hondamente".⁷⁰

En marzo de 1942, al cabo de 35 meses de cárcel y 9 diferentes lugares de reclusión, Hernández se aproxima a la muerte afectado por una enfermedad contraída en prisión y agravada, obviamente, por las condiciones de su cautiverio.

Respecto de estas condiciones, que incluyen un remedo de asistencia médica, maltrato físico y deplorable alimentación, existe un testimonio que ahorra toda ulterior explicación. A comienzos de los años '40, ante la enorme cifra de fallecidos en prisión, las autoridades carcelarias habían optado por "...ignorar la gravedad de los procesos morbosos de los penados y de sus estados de desnutrición y hacer la vista gorda sobre su deterioro que indefectiblemente los conducía a la muerte. En vez de fusilarlos resultaba más práctico, económico y menos comprometido el dejarlos morir de forma natural".⁷¹

En lo que a Miguel se refiere, solo a último momento se han aprobado medidas para conducirlo a un hospital, cosa que no resultará necesaria ya que la muerte será más rápida, más eficiente y –quizá– más misericordiosa.

En los días previos a su muerte, las condiciones en que agoniza son verdaderamente terribles.

Escribe José Luis Ferris: "Aquellos días, las noticias que llegaban de la enfermería no podían ser más desalentadoras. Las proporcionaban los reclusos que hacían su turno de limpieza y que salían horrorizados del espectáculo y del hedor que emitían las llagas de Miguel. Ya en sus límites físicos, el poeta recibe a algunos compañeros que se arriesgan a verle, saltándose los permisos especiales, las normas carcelarias que lo prohibían. Allí, a su lado, pendiente en cada momento de sus necesidades, haciendo de enfermero, de inseparable compañero que le alienta sin tregua, permanece Joaquín Ramón Rocamora, que comparte con el poeta el insalubre aire de ese espacio cerrado. Fue el testigo de aquellas semanas en que Hernández se iba consumiendo, apagando lentamente. Le arreglaba la cama, le hacía aire con un cartón, le ponía la cánula que se salía con frecuencia del orificio de su costado y por el que brotaba abundante pus, empapando las sábanas y la ropa. "Apenas hablaba, ya no podía, era como un ronquido; cuando movía los labios salía como un ronquido; y los ojos abiertos, los tenía siempre abiertos, y me miraba, siempre me miraba; los pies y las piernas no los movía, no podía moverse [...]; nombraba a su madre, a su mujer y a su hijo, siempre los nombraba..."

Y luego, ya en los instantes que preceden la muerte, este testimonio:

"Respiraba mal –relata el compañero–, muy mal [...]; ya no podía moverse, y él me miraba, sin hablar, pero yo lo sabía, yo sabía lo que quería y le

ayudaba a moverse, porque tenía llagas, y en el trasero, y la herida de la espalda de cuando le operaron la tenía infectada [...], salía pus, mucha pus, y yo le limpiaba y le ponía la cánula, que se salía, alguna vez se salía [...]. Aquella noche tenía fiebre, como siempre, y pedía aire: yo estuve allí, y le hacía aire sin parar, pero no creí que se moría aquella noche, y me miraba como si me hablara, con los ojos abiertos, siempre abiertos..." Poco antes del amanecer, el único testigo de aquellas horas últimas de Miguel recuerda haber oído, de la ronca gravedad de su garganta, una estremecedora frase: "Ay, hija, Josefina, qué desgraciada eres!"

A las 5:30 horas de la mañana, según consta en el parte extendido por el jefe de los Servicios Médicos del reformatorio, fallecía "el recluso hospitalizado en esta Enfermería, Miguel Hernández Gilabert, a consecuencia de Fimias pulmonar según me manifiesta el médico auxiliar recluso. Ha recibido los Auxilios Espirituales. Dios guarde a Ud. muchos años. Alicante 28 de marzo de 1942".

De aquellas dos bolsas situadas a los pies del cadáver, Ramón Pérez Álvarez, cumpliendo el deseo expreso de Hernández, extrajo nueve poemas manuscritos a lápiz...

Miguel Hernández: últimas cartas

Muy incompleta quedaría la crónica de los últimos meses de vida de Miguel –ya obligadamente breve en este libro– si no se transcribieran algunos párrafos de las cartas que constantemente ha estado enviando a Josefina.

Son cartas de amor, en verdad, y de contenida desesperación, ya que todas las miserias que sufre quedan silenciadas (o bien aparecen burlescamente camufladas), y solo la obsesiva preocupación por llevar una palabra de aliento y conformidad a su mujer, la necesidad de confortarla confortándose, el cuidado que siente por su madre; todo pasa a las ansiosas cartas o recados breves que se las arregla para enviarle burlando prohibiciones y castigos.

Del todo innecesario sería el agregado de cualquier comentario.

En estos fragmentos –extractados del libro de José Luis Ferris– está enteramente reflejado el hombre y su estatura:

“No me perdonarán nunca los señoritos que haya puesto mi poca, o mi mucha inteligencia, mi poco o mi mucho corazón, desde luego las dos cosas más grandes que todos ellos juntos, al servicio del pueblo de una manera franca y noble. Ellos preferirían que fuese un sinvergüenza. No lo han conseguido ni lo conseguirán. Mi hijo heredaré de su padre, no dinero; honra”.

“Se han empeñado en amargarnos la existencia y para nosotros debe ser siempre bueno y dulce vivir y luchar por la verdad de nuestra vida, que es la de nuestro hijo [. ..]. Y aunque el mundo entero se empeñe en hacernos desgraciados, seremos felices por encima de todo [...]. Creo que dentro de unos días me llevarán a juicio, atado como merezco [...]. Aunque podáis, no vengáis ni tú ni mi madre a verme. Con que venga mi padre un día basta. No se te ocurra mandarme nada. Ya lo pasaréis difícilmente vosotros... ”.

“Querida Josefina: A ver si es posible tener noticias tuyas. Quince días aquí y aun no se te ha ocurrido mandarme como sea unas letras [...]. Esta gente es más bruta que lo que se puede imaginar. Pero a mí no me joden ni ellos ni nadie. Todo el tiempo que me hagan perder ahora, todos los atropellos, me los han de hacer ganar. No sé vengarme, pero sí afirmarme más en defender una justicia que si no ha estado con otros, ha estado siempre conmigo [...]. Yo he sacado la cédula de preso perpetuo y no quiero salir mientras haya sirvergüenzas y canallas en el mundo [...]. Animo, nena. A mí no me falta nunca”.

“Y tú, y vosotros, y Manolo, empeñados en no darme señal de existencia. Vais a obligarme a hacer lo mismo, ya que me habéis obligado. La suerte que tenéis es que yo soy así: jodido, pero poco dispuesto a joder a nadie [...]. Todos los que hay aquí, mil setecientos, tienen una cara de presos que meten miedo. Seguramente a mí me pasa lo mismo. Pero como no me veo, no me asusto. Más blanco sí que sé que estoy, porque me lo dicen y porque me veo los brazos [...]. ¿Has guardado bien esos originales que te mandé? ¿Qué dice mi niño?”.

“Lo paso muy bien, Josefina. He visto a la gente que me rodea desesperarse y he aprendido a no desesperarme yo. Con los amigos que he encontrado aquí, me paso el día a veces hasta sin acordarme de ti y de Manolillo (no lo creas), cantando y riéndome de todo aquello que puede atacar mi salud y desgastar mis energías, que quiero conservar para luchar porque a vosotros no os falte lo que hoy apenas podéis tener: la felicidad y el pan [...] En fin, estoy aquí como en un hotel de primera, sin ascensor, pero con una gran esperanza de verte, de ver a ese hijo que me crías [...] Me tienes seguro, es verdad; pero me puedo enamorar, porque el patio de mi casa da a unos balcones por los que se asoman algunas muchachas que no están mal del todo. Claro está que no hay peligro de infidelidad porque ellas están fuera y yo dentro y a mí me guardan mis ‘papás’, más que a ellas sus mamás, de día y de noche [...] En la manta duermo muy bien, tanto que tengo fama de dormilón entre los demás. Duermo tres horas de siesta y 8 de lo demás, y eso que solo tenemos palmo y medio de habitación por cabeza y cuerpo y para volverse del otro lado hay que pedir permiso a los vecinos [...] También paso mis buenos ratos espulgándome, que familia menuda no me falta nunca, y a veces la crío robusta y grande como el garbanzo. Todo se acabará a fuerza de uña y paciencia, o ellos, los piojos, acabaran conmigo [...] ¡Pobre cuerpo! Entre sarna, piojos, chinches y toda clase de animales, sin libertad, sin ti, Josefina, sin ti, Manolillo de mi alma, no sabe a ratos qué postura tomar, y al fin toma la de la esperanza que no se pierde nunca [...] El pijama se me ha roto y le he puesto un remiendo que es media camisa, porque se me veía toda la parte de atrás y era una verdadera vergüenza”.

“Cuídate, nena. Cuidarte tú es cuidar a nuestro hijo y a mí. No necesito nada: tengo de todo porque tengo una salud a prueba de todo lo malo y lo bueno”... “Se debe vivir con alegría siempre, cuando no se ha perdido la esperanza de recobrar la felicidad pasada, y ni tú ni yo la hemos perdido. Hacer lo contrario, entristecerse por todo lo que le recuerda a uno algo mejor, es perder fuerzas hasta agotarse en una lucha estéril con uno mismo, con el aire, con nada [...]. La vida ha sido muy dura contigo en poco tiempo. ¿Lo has perdido todo? Yo creo que no. Y mientras le quede a uno un hilo al que agarrarse para vivir, hay que agarrarlo con toda la fuerza del mundo”... “Tienes madera de mártir, y es muy posible que algún día vengas en el santoral del

almanaque: Santa Josefina, casada, tonta y mártir. Vas a ganar el cielo martirizándote con zapaticos y todo...”.

“Madre, mama, madrecita, madrecilla, madraza [...]. Ya ves, no vale la pena sufrir por el cabezón que he sido siempre...” “Madre, hoy he encargado que te envíen ese medicamento que necesitas y creo que pronto lo recibirás. No me dices nada de tu salud y la del padre y los demás. Se que todos estarán bien menos tú [...]. No tenéis que preocuparos mucho por mí, madre, aquí se está como en un cuartel y me hago a la idea de que hago el servicio militar que no hice antes”.

“La otra noche me desperté y tenía una rata al lado de la boca. Esta mañana me he sacado otra de la manga del jersey y todos los días me quito boñigas suyas de la cabeza. Viéndome la cabeza cagada por las ratas, me digo: ‘¡Qué poco vale uno ya!’ [...]. Ya tengo ratas, piojos, pulgas, chinches, sarna. Este rincón que tengo para vivir será muy pronto un parque zoológico o, mejor dicho, una casa de fieras...”.

“Toda mi confianza la tengo en ti y en nuestro hijo. Es por vosotros por quienes estoy dispuesto a hacer frente a todos los contratiempos, y el ánimo más grande lo tengo pensando en vosotros. Y aquí me tienes, cabezón siempre, como mi hijo dispuesto a ser más cabezón cada día, más obstinado en querer lo que quiero” [...]. “Me extraña que sea llorón Manolillo: antes no era así. Creo que se debe a que le tienes muy mimado y eso no me gusta porque se criará muy blando de naturaleza...” [...]. “No le mimes, que los mimos no valen si no es para hacer de él un niño caprichoso y blandengue, cosa que no está bien en una mujer y mucho peor en un hombre. Mimándole solo cultivarás en el hijo un cariño enfermizo, que le impedirá más adelante andar con soltura por el mundo entre los hombres. Quiérole como tú sabes querer, pero cuando se merezca una reprimenda no le des una caricia. Has de ser cariñosa y sería al mismo tiempo, que aprenda a respetarte y no a burlarse de ti. No le amenaces a gritos ni le metas miedos. Razónale todas las cosas y no le dejes sin satisfacer su curiosidad y su fantasía recién despierta a la vida...”.

Las dos últimas cartas llevan –implícitamente– el signo de la derrota.

Derrota ante una enfermedad que jamás pudo ser controlada en la miserable enfermería de la cárcel.

Escribe Miguel:

“Josefina manda inmediatamente tres o cuatro kilos de algodón y gasa, que no podré curarme hoy si no me mandas. Se ha acabado todo en esta enfermería. Comprenderás lo difícil de curarme aquí. Ayer se me hizo la cura con trapos y mal”...

Y la derrota menor, quizá, pero significativa para él, de tener que aceptar una ceremonia de casamiento canónico, puesto que la nueva legalidad considera nulo el matrimonio civil.

Escribe Miguel:

“De lo que me dices si es por voluntad mía o no, te digo que no. Lo que para mí es una gran pena, para ti es alegría. Pero, al fin, esto no tiene importancia por ahora”.

Lo que ocurre es que anticipando su muerte y para no dejar aun más desamparados a su mujer e hijo, Miguel ha aceptado el matrimonio religioso, cosa que sus carceleros interpretan como un primer paso para lograr del condenado la abjuración de todo su pasado y su formal adhesión al nuevo régimen.

Pero no hay tal. Miguel Hernández morirá sin aceptar el chantaje, la oferta que se le ha hecho desde hace mucho tiempo –y a través de varios emisarios– para sacarlo rápidamente de la prisión a cambio de que se declare arrepentido de todo su pasado republicano y militante.

Incluso su amistad con Cossío –su gran benefactor de los primeros tiempos en prisión– había experimentado un retroceso total cuando éste, intentando el último y gran recurso para salvarlo, había recurrido también al discurso persuasivo que le señalaba el único camino que podía salvarlo: la explícita adhesión al franquismo.

No en Miguel Hernández, no en este “cabeza dura” –como él mismo se ha llamado– que es y será “un convencido de la razón que les ha asistido en la guerra”; un hombre cogido en el fuego de una lucha que si ha acabado por vencer su cuerpo, no ha logrado domeñar su espíritu.

Miguel Hernández: últimos poemas

Durante su estadía en prisión, Miguel Hernández escribe numerosos poemas, en la mayoría de los cuales aparece la descarnada reflexión sobre la vida, la libertad y la muerte.

Sin embargo hay en este conjunto un pequeño y excepcional poema –una pequeña joya– que se plantea como una canción de cuna, como un delicado juego de transmutaciones en que la amargura deviene ternura y la pobreza retrocede y deja paso al júbilo, ante un hecho familiar mínimo, tal vez, pero de gran impacto en la sensibilidad exacerbada del prisionero.

Una breve carta de Josefina ha informado a Miguel que su hijo –Manolillo– acaba de cumplir ocho meses y que ya le han salido cinco dientes. Otra de las cosas que le cuenta es que la falta de dinero obliga a la familia a vivir prácticamente de pan y cebollas.

La mixtura de alegría y tristeza que conlleva aquella carta no tiene en Hernández otra válvula de escape que no sea la poesía.

Tierna, dolida, luminosa poesía, que Miguel escribe y envía a Josefina, con una pequeña nota en que le dice:

“Estos días me los he pasado cavilando sobre tu situación, cada día más difícil. El olor de la cebolla que comes me llega hasta aquí, y mi niño se sentirá indignado de mamar y sacar zumo de cebolla en vez de leche. Para que lo consueles, te mando estas coplillas que le he hecho...

*La cebolla es escarcha
cerrada y pobre:
escarcha de tus días
y de mis noches.
Hambre y cebolla:
hielo negro y escarcha
grande y redonda.*

.....

*Desperté de ser niño.
Nunca despiertes.
Triste llevo la boca.
Riete siempre.
Siempre en la cuna,
defendiendo la risa
pluma por pluma.*

*.....
Al octavo mes ríes
con cinco azahares.
Con cinco diminutas
ferocidades.
Con cinco dientes
como cinco jazmines
adolescentes.*

*.....
No te derrumbes.
No sepas lo que pasa
ni lo que ocurre.*

Y si bien en este poema está presente el padre lejano –que de lejanías y hambres muere– hay otro Miguel que no transige ni renuncia y que vierte en el poema su rebeldía y exasperación, y hay aun otro Miguel, el que le canta a su mujer, a la libertad, en versos que van más allá de todo amor:

*Amor, tu bóveda arriba
y yo abajo siempre, amor,
sin otra luz que estas ansias,
sin otra iluminación.
Mírame aquí encadenado,
escupido, sin calor
a los pies de la tiniebla
más súbita, más feroz,
comiendo pan y cuchillo
como buen trabajador,
y a veces cuchillo solo,
solo por amor.*

Todo lo que significa
golondrinas, ascensión,
claridad, anchura, aire,
decidido espacio, sol,
horizonte aleteante,
sepultado en un rincón.
Espesura, mar, desierto,
sangre, monte rodador:
libertades de mi alma
clamorosas de pasión,
desfilando por mi cuerpo,
donde no se quedan, no,
pero donde se despliegan,
solo por amor.

Porque dentro de la triste
guirnalda del eslabón,
del sabor a carcelero
constante y a paredón,
y a precipicio en acecho,
alto, alegre, libre soy.
Alto, alegre, libre, libre,
solo por amor.

No, no hay cárcel para el hombre
no podrán atarme, no.
Este mundo de cadenas
me es pequeño y exterior.
¿Quién encierra una sonrisa?
¿Quién amuralla una voz?
A lo lejos tú, más sola
que la muerte, la una y yo.
A lo lejos tú, sintiendo
en tus brazos mi prisión:
en tus brazos donde late
la libertad de los dos.
Libre soy, siénteme libre.
Solo por amor.

Miguel Hernández: pro memoria

Con una tremenda intensidad, con un acento en que se funde pena, ira y desesperada invocación contra la muerte, Neruda rendirá homenaje al compañero desaparecido en dos grandes poemas.

Tanto en "A Miguel Hernández asesinado en los presidios de España", como en "El pastor perdido", la voz que resuena en estos versos no solo expresa dolor y rechazo ante la fatalidad; no solo destila odio y condenación contra sus verdugos; hay aquí una dolida ternura y un inmenso respeto hacia este hombre que ha enseñado a todos a vivir y morir defendiendo la causa que ha abrazado.

Cronológicamente, el primero de estos poemas hallará su sitio en el *Canto General*, y bastarán unos fragmentos de "A Miguel Hernández asesinado en los presidios de España" para aproximarnos al sentimiento elegíaco que aquí se expresa:

*Ay, muchacho, en la luz sobrevino la pólvora
y tú, con ruiñeñor y con fusil, andando
bajo la luna y bajo el sol de la batalla.*

*Ya sabes, hijo mío, cuánto no pude hacer, ya sabes
que para mí, de toda la poesía, tú eras el fuego azul.
Hoy sobre la tierra pongo mi rostro y te escucho,
te escucho, sangre, música, panal agonizante.
No he visto deslumbradora raza como la tuya,
ni raíces tan duras, ni manos de soldado,
ni he visto nada vivo como tu corazón
quemándose en la púrpura de mi propia bandera.*

*Joven eterno, vives, comunero de antaño,
inundado por gérmenes de trigo y primavera,
arrugado y oscuro como el metal innato,
esperando el minuto que eleve tu armadura.*

No estoy solo desde que has muerto. Estoy con los que te buscan.
Estoy con los que un día llegarán a vengarte.
Tú reconocerás mis pasos entre aquellos
que se despeñarán sobre el pecho de España
aplastando a Caín para que nos devuelva
los rostros enterrados.

Años después, en el libro *Las Uvas y el Viento*, el recuerdo marcado a fuego de esta y tantas muertes lleva a Neruda a escribir ese segundo poema que reivindica la memoria del gran poeta de Orihuela:

...y así salió caminando
sobre las espigas de España
con una voz que ahora
sus verdugos
tienen que oír, escuchan,
aquellos
que conservan las manos
manchadas
con su sangre indeleble,
oyen su canto
y creen
que es solo tierra
y agua.
No es cierto.
Es sangre,
sangre,
sangre de España, sangre
de todos los pueblos de España,
es su sangre que canta
y nombra
y llama,
nombra todas las cosas
porque él todo lo amaba,
pero esa voz no olvida,
esa sangre no olvida
de dónde viene
y para quiénes canta.
Canta
para que se abran las cárceles
y ande la libertad por los caminos.

*A mí me llama
para mostrarme todos los lugares
por donde lo arrastraron,
a él, luz de los pueblos,
relámpago de idiomas,
para mostrarme
el presidio de Ocaña,
en donde gota a gota
lo sangraron,
en donde cercenaron
su garganta,
en donde lo mataron siete años
encarnizándose
en su canto
porque cuando mataron esos labios
se apagaron las lámparas de España.*

*Y así me llama y me dice:
"Aquí me ajusticiaron lentamente."
Así el que amó y llevaba
bajo su pobre ropa
todos los manantiales españoles
fue asesinado bajo
la sombra de los muros
mientras tocaban todas las campanas
en honor del verdugo,
pero
los azahares
dieron olor al mundo aquellos días
y aquel aroma era
el corazón martirizado
del pastor de Orihuela
y era Miguel su nombre.*

Para no morir ha muerto, entonces, Miguel Hernández de España, víctima tanto de su idealismo como de su tozudez, tanto de su integridad de carácter como de esa poesía combatiente que la represión franquista ha insertado dentro del gravísimo delito de "efectuar propaganda subversiva" y merecedora, por tanto, del máximo castigo.

Fuera de España, muchas y muy altas voces se elevarán en los meses y años siguientes para rendir un tributo a la memoria de Miguel Hernández.

Dentro de España, silenciadas y ocultas durante los largos años del franquismo, algunas de esas voces hallarán en la vía epistolar una manera de registrar su pensamiento.

Entre ellas, la de Vicente Aleixandre, quien con grave riesgo personal había intentado también alguna gestión en su favor en los días en que pesaba sobre él la condena a muerte.

En carta de 3 de septiembre de 1946 dirigida al poeta canario Juan Madores, Aleixandre establece en pocas líneas, sobrias y expresivas, el juicio mayor y mejor sobre el gran ausente, después de lo cual ya nada es preciso agregar o comentar:

"Yo no se si Ud. sabe que Miguel era para mí un hermano, un hermano menor, entusiasta, entrañablemente unido, con el que conviví continuamente. Tenía un corazón enorme, ciegamente generoso, latidor en su poesía entera y que se le transparencia en los ojos, como en su poesía. El fuego de la vida estaba en su alma y era comprensivo para todo. Capaz de pasión, apasionado, capaz de esa desnudez del alma, de ese palpito de la sangre a que llega el verdadero poeta, y que hace que todo lo humano sea comprendido, llegando a esa generosidad sin esfuerzo que de nada se asusta porque todo lo humano le toca y de nada puede espantarse. Por eso no había en él (como no puede haberlo en el poeta esencial) ni ñoñez, ni intransigencia.

Era un alma libre que miraba con clara mirada a los hombres. Era el poeta del triste destino, que murió malogrando a un gran artista, que hubiera sido, que ya lo es, honor de nuestra lengua".⁷²

Índice

Introducción	
La conexión americana	5
Agradecimientos	7
Primera parte	
Intervalo chileno	
El poeta y su circunstancia (1940)	9
De regreso a esta tierra pacífica y vinícola	11
Patria y poesía: La alianza de lo cívico-poético	15
El poeta y la contingencia (I). La entrevista	19
El poeta y la contingencia (II). El discurso	23
El poeta y la contingencia (III). La carta	26
Amado Alonso y la poesía "hermética" de Pablo Neruda	29
Alberti... ayer y hoy	33
Amistades y enemistades literarias	38
Una despedida accidentada	42
¿Por qué México?	47
Notas	50
Segunda parte	
Residencia en México	
La conexión americana (1940-1943)	51
La conexión americana (I). México	53
Una mirada preliminar al México que descubrió Neruda	57
El exilio español en México	62
México en el exilio español	67
Esa España que nos une	73
Desde Holanda: reclamos y reproches	78
Estos escasos y valientes libros...	83
Hola y adiós a Silvestre Revueltas	86
Los tres grandes muralistas	90

Apoteosis de poetas y pistolas	96
Correspondencia consular. Sobre libros y bibliotecas	99
Los amigos de mis enemigos...	102
La revista <i>Araucanía</i> : buen comienzo y rápido final	107
Hablando claridades ante estudiantes revolucionarios	113
La Quinta Rosa María	118
El caso Siqueiros y una visa muy conflictiva	124
Otros antecedentes del caso Siqueiros	133
La conexión americana (II). Guatemala	138
Un canto para Bolívar	145
Introducción a la caracología	149
<i>Laurel</i> : La antología de la discordia	156
La versión de Octavio Paz. El decir de León Felipe	162
¿Hablar o no hablar de política...?	168
Primer encuentro con Michoacán	172
Recordando a los Alberti	175
Tiempo de decepciones	178
Incidente en Cuernavaca	182
Aquellas muertes que me hicieron tanto daño...	190
El panorama internacional	195
Miguel Hernández: agonía y muerte	199
Miguel Hernández: últimas cartas	204
Miguel Hernández: últimos poemas	208
Miguel Hernández: pro memoria	211
La conexión americana (III). Cuba	215
Memorial de agravios	221
Política interna y política internacional	225
Dos cantos de amor a Stalingrado	228
Quien olvide el hoy, será olvidado mañana	233
Sentimientos y resentimientos	238
Ausencia y nostalgia de la patria	245
Malva Marina. Paz para una existencia malograda	254
Simbólica edición del <i>Canto General de Chile</i>	260
Neruda: Homenaje a una madre	263
Vargas: Protesta de un dictador	269
Diego Rivera: gigantismo y verbalismo	274
La "Escuela México" en Chillán	278
El caso de la revista nonata	283
Un matrimonio largo tiempo diferido	287
<i>Toda la piel de América Latina es nuestra piel...</i>	293
Faltó la diplomacia	302

El término de una carrera consular	306
Tiras de colores para el poeta	309
Pablo Neruda se nos va...	313
La despedida mexicana	318
La despedida en versión del embajador	324
La conexión americana (IV). Panamá y Colombia	328
La conexión americana (V). Perú	335
La callada elocuencia de Macchu Picchu	338

Notas	342
--------------	-----

Tercera parte

Poética y política

Los ásperos días de la confrontación (1943-1948)	345
---	-----

Esperando al poeta: crítica y contra-crítica	347
<i>Lo propio es lo nuestro</i>	351
Recibimiento en Chile	354
La entrevista que faltaba	357
Un sitio bajo el sol	364
Perspectivas del año	367
<i>Todo cuanto os he dicho, pero mucho más es la vida</i>	371
América: Entre democracias y dictaduras	378
Constructor y paisajista	382
El poeta Neruda se convierte en el senador Reyes	386
Fin de la Segunda Guerra Mundial	394
El Premio Nacional de Literatura	398
El poeta y el enmascarado	405
Tiene la palabra el senador Reyes...	412
Catástrofe en Sewell	418
La conexión americana (VI). Encuentro con Brasil	420
Yo quisiera contarte, Brasil...	429
En São Paulo, con Jorge Amado y Zelia Gattai	436
Bienvenida a Rafael Alberti y María Teresa León	441
Un Nobel para Gabriela	446
Los muertos de la Plaza	450
La huelga de los porotos blancos	453
Una conferencia, un testimonio, una denuncia	456
Amigos y visitantes	468
Una malograda conferencia y un exitoso banquete	472
El pueblo lo llama Gabriel	478

En Brasil: Primera edición en portugués de los <i>Veinte Poemas de Amor</i>	483
Las lámparas de América	486
Los agitados días del poeta-senador	489
Las <i>Obras completas</i> : balance provisorio	494
<i>Tercera Residencia</i> : el libro de la transición	499
La huelga de Lota. Antecedentes	503
La huelga de Lota. La represión	507
La huelga de Lota. Neruda acusa a González Videla	512
La huelga de Lota. Las medidas del Gobierno	519
Con un poeta escocés por testigo	522
El pueblo ya no lo llama Gabriel...	527
Una carta "íntima" para millones	532
González Videla acusa a Neruda	540
Se inicia el proceso de desafuero	543
Noticias de primera plana	548
El discurso <i>Yo acuso</i> en primera sesión	551
El discurso <i>Yo acuso</i> en segunda sesión	557
La última batalla del senador Neruda (I).	
Contra las Facultades Extraordinarias	565
La última batalla del senador Neruda (II).	
Contra la censura	574
La última batalla del senador Neruda (III).	
Contra las relegaciones a Pisagua	582
Memorial de Pisagua	590
¿El asilo o el exilio?	595
Adiós a Michoacán	600
Ha lugar al desafuero	605
Se busca a Neruda por todo el país	608
El tío Pedro y la tía Sara	616
Rumores... pistas... versiones...	621
La obra de Neruda fuera de Chile	625
Neruda no ha sido habido	629
Amigos próximos... amigos distantes	638
Apelación ante Lincoln	644
Insultatorio y divertimento	652
<i>Alturas de Macchu Picchu</i> : el libro de la afirmación	659
La acusación de bigamia	665
Ni voz ni voto	669
<i>Pro Arte</i> se atreve	672
Notas	677

Cuarta Parte

En algún lugar de América

Todas las voces confluyen en el Canto General (1949-1950) 679

El poeta también ha trabajado activamente	681
Rumbo al sur, hacia el exilio	687
Correspondencia desde el sur	694
A caballo, remontando la cordillera	699
San Martín de Los Andes	707
Un verdadero coup de théâtre	713
La ley que contradice la legalidad	721
En el exilio, con botas de siete leguas	725
Reencuentro con México	728
Mi país, como ustedes saben...	732
Un folleto injurioso y una protesta diplomática	737
Preparando la edición del Canto General	745
Aparece el Canto General	753
¿Dónde están los críticos?	758
La edición clandestina en Chile	765
Educación del poeta	769
Canto General y controversia	772
No salgas de tu casa, ni de tu huerto, ni de tu poesía...	776
Nosotros, los de las Américas	780
La conexión americana (VII). Otra vez Guatemala	784
Desde Lisboa, abierto a todos los mares	789
¡Vámonos al Paraguay...!	793

Notas 797

Quinta Parte

Tres posdatas y un epílogo 799

Posdata (I). Neruda y la América Latina	800
Posdata (II). Neruda y Chile	803
Posdata (III). A la paz por la poesía	810
Epílogo. Resumir lo irresumible	816

Notas 823

TRABAJAN EN LOM

Comité Editorial Silvia Aguilera, Juan Aguilera, Mauricio Ahumada, Mario Garcés, Paulina Gómez M., Luis Alberto Mansilla, Tomás Moulian, Héctor Muñoz, Naín Nómez, Julio Pinto, Paulo Slachevsky, Verónica Zondek
Relaciones Públicas Irma Palominos **Proyectos** Ignacio Aguilera, Carlos Cociña **Diseño y Diagramación Editorial** Hugo Ortiz de Pinedo, Claudia Quintero, Marcos Ribeiro **Exportación** Ximena Galleguillos **Página web** Leonardo Flores **Producción** Eugenio Cerda **Impresión Digital** Carlos Aguilera, Jorge Ávila, Marcelo Díaz, William Tobar **Preprensa Digital** Ingrid Rivas, Daniel Véjar **Impresión Offset** Eduardo Cartagena, Héctor García, Luis Palominos, Rodrigo Véliz, Francisco Villaseca **Corte** Enrique Arce, Eugenio Espíndola **Encuadernación** Carlos Campos, Rodrigo Carrasco, Sergio Fuentes, Francisco González, Carlos Muñoz, Gabriel Muñoz, Gustavo Ocares, Miguel Orellana, Santiago Oyarzo, Marcelo Toledo, Daniel Vergara, Juan Zúñiga **Diseño y Diagramación Computacional** Carolina Araya, Guillermo Bustamante, César Escárate, Jessica Ibaceta, Claudio Mateos **Servicio al Cliente** Elizardo Aguilera, Carlos Bruit, José Lizana, Edgardo Prieto **Difusión y Distribución** Elba Blamey, Marcos Bruit, Luis Fre, Carlos Jara, Marcelo Melo, Nelson Montoya, Pedro Morales, Leonidas Osorio. **Librerías** Nora Carreño, Ernesto Córdova **Área de Administración** Jaime Arel, Mirtha Ávila, Alejandra Bustos, Alejandra Céspedes, Diego Chonchol, Marcos Sepúlveda.

Se han quedado en nosotros Adriana Vargas, Anne Duattis y Jorge Gutiérrez.

PUBLICACIONES LOM EDICIONES

COLECCIÓN

TEXTO SOBRE TEXTO

- EL ÁRBOL DE LAS FIGURAS
Raúl Silva Cáceres
- REESCRITURAS DEL QUIJOTE
Marcela Ochoa
- EL CIRCO EN LLAMAS
Enrique Lihn
- DONOSO SIN LÍMITES
Carlos Cerda
- NUEVA NARRATIVA CHILENA
Edición de Carlos Olivárez
- HUIDOBRO O EL ATENTADO CELESTE
Óscar Hahn
- GABRIELA ANDA LA HABANA
Jorge Benítez
- CANTAR DE LOS CANTARES
Traducción de Gastón Uribe
- CAJA DE HERRAMIENTAS
Julio Ortega
- PABLO NERUDA:
LOS CAMINOS DE ORIENTE
Edmundo Olivares B.
- LEÍDO Y ANOTADO
Pedro Lastra
- DEL VANGUARDISMO A LA
ANTIPOESÍA
Federico Schopf
- DIEZ TESIS SOBRE LA CRÍTICA
Grínor Rojo
- TAHUASHANDO
Jorge Guzmán
- LA FICCIÓN NARRATIVA
Félix Martínez Bonati
- LA EDICIÓN SIN EDITORES
André Schiffrin
- PABLO NERUDA:
LOS CAMINOS DEL MUNDO
Edmundo Olivares
- LA MÁQUINA DE PENSAR DE BORGES
Sergio Missana
- SEXUALIDAD Y CULTURA EN LA
NOVELA HISPANOAMERICANA
Rodrigo Cánovas
- ¿QUÉ SERÁ DE CHILE EN EL CIELO?
Soledad Falabella



Concluye la trilogía que efectúa el seguimiento del poeta Pablo Neruda entre los años 1927 y 1950, un período que puede señalarse como el más combativo y novelesco de su existencia. Los dos anteriores volúmenes: *Pablo Neruda: Los Caminos de Oriente (1927-1934)* y *Pablo Neruda: Los Caminos del Mundo (1934-1939)*, dan cuenta detallada de aquellos años literariamente fecundos.

Neruda acaba de regresar a su patria al finalizar su misión como Cónsul especial para la Inmigración Española a Chile, y se apresta a viajar a México para asumir un nuevo cargo. Para el poeta, este destino representará un factor detonante en la nueva orientación que ya desde 1938 revelaba su poesía: su idea original de un "Canto General de Chile" abre paso a un vasto poemario de intención continental. La historia y geografía de América Latina, su gente y sus luchas, se harán presentes en el *Canto General* como la gran tarea pendiente, un compromiso no solo poético sino también cívico, político y de profundo sentido americanista. Pero junto al poeta surge el político, y en 1945 es elegido senador e ingresa poco después al Partido Comunista. En el marco de la Guerra Fría y enfrentado al Presidente González Videla por su política anticomunista, Neruda es enjuiciado por "injurias al Presidente" y se dicta orden de prisión en su contra. El poeta entra en la clandestinidad para luego de un año salir a caballo rumbo hacia Argentina. *Pablo Neruda: Los Caminos de América*, un libro excepcional que reúne lo anecdótico y lo histórico, lo literario y lo político.

PELIGRO
LA FOTOCOPIA
MATA AL LIBRO

